

MIGUEL BONASSO nació en Buenos Aires en 1940. Periodista desde los dieciocho años, se inició en *Leoplán* y fue jefe de redacción de *Análisis, Extra* y *Semana Gráfica*, y uno de los editores de *La Opinión*. Entre enero y marzo de 1973 fue secretario de Prensa del Frente Justicialista de Liberación, y asesor de Héctor Cámpora durante su fugaz presidencia de cuarenta y nueve días. En 1974 fundó y dirigió el diario *Noticias*, posteriormente clausurado por orden de José López Rega. Perseguido por la Triple A y condenado a muerte por los grupos de tareas de la dictadura militar, vivió en la clandestinidad hasta su exilio en 1977. En Roma integró el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, con el que rompió dos años más tarde. Durante los doce años que residió en México continuó ejerciendo el periodismo como editor y corresponsal de diversos medios latinoamericanos. En 1984 publicó *Recuerdo de la muerte*, que rápidamente se convirtió en un clásico de la literatura argentina, galardonado en 1988 con el Premio Rodolfo Walsh a la mejor narración testimonial de tema criminal por la International Crime Writers Association (más de 170.000 ejemplares vendidos, y traducido a varios idiomas). En 1997 publicó *El presidente que no fue* (premiado por los librerías argentinos y por la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata), y en 1999, *Don Alfredo*.

Bonasso publica regularmente sus investigaciones y artículos en *Página/12* y en *3 puntos*.

MIGUEL BONASSO

DIARIO DE UN CLANDESTINO

A mi amigo Beto Borro, porque supo estar donde esperaba encontrarlo

EL MANUSCRITO DE ANÁHUAC

Me despiertan los ladridos del perro.

– Alguien entró a la casa – murmura mi mujer alarmada.

La luz de la madrugada traspasa la cortina que da al balcón, cubre de ceniza los objetos del dormitorio y permite entrever, más allá de la puerta abierta, el rincón del teléfono y, al fondo, el living fantasmal. El perro gruñe y le muestra los dientes a la penumbra. Una suave brisa llega desde la puerta de calle y hace ondear las cortinas del dormitorio.

Ana lo entiende antes que yo:

– Miguel, despertáte: está abierta la puerta del departamento.

Nos miramos, espantados.

– Miguel, alguien entró.

Manoteo con cuidado en la mesa de luz, mis dedos lo descubren sin estrépito y empuño el Tramontina con el que anoche pelé una pera. Me levanto conteniendo la respiración, precedido por el perro que ha vuelto a ladrar con furia.

En el living no hay nadie, pero la puerta del departamento está completamente abierta, enmarcando la negrura del palier. El perro le lanza dentelladas a la tiniebla. Salto hasta la puerta y la cierro de un golpe. Y entonces se me ocurre que ellos han quedado adentro. Con el ridículo Tramontina exploro el balcón de la sala, la cocina y el baño. No hay nadie. Regreso a la cama y ensayo un exorcismo:

– Debí quedar mal cerrada y se abrió con el viento.

Ana me mira como diciendo “dejáte de joder”. Los dos sabemos que es una puerta pesada, con cerradura especial de seguridad. Entonces suena el teléfono. A las cuatro de la madrugada.

Escuchamos en silencio, con la luz apagada.

–Hola... –propone una voz meliflua en el contestador– ¿Está el doctor Gervasi?

Corro al teléfono y levanto el auricular.

– ¡Acá no vive Gervasi! –vocifera. Del otro lado me llega una respiración

fatigosa y luego retorna la voz con una insinuación de risa:

– Ah, ¿no? Entonces estará operando subversivos.

Se ríe y cuelga sin darme tiempo a insultarlo.

La visita al dentista y a la bóveda se me confunden. Tal vez porque el hombre (¿de la voz meliflua?) está en los dos lados. Y no debería estar en ninguno. Es un tipo delgado y seco, de estatura mediana, con un mentón lampiño y puntiagudo, que viste un traje oscuro y un abrigo a cuadros. En cada lado hace como que no me mira, hace como que lee la misma revista, pero yo sé que me está vigilando. El dentista también se queda mirando al hombre que lee en la sala de espera y se le escapa el torno sobre mi encía. La boca se me llena de sangre. También hay sangre en la bóveda y no debería haberla porque el entierro fue hace mucho. A través de la puerta de bronce, con sus ventanas atravesadas por cruces romanas, espío al hombre del abrigo a cuadros que camina entre cipreses.

Es absurdo pero puedo ver claramente el interior del féretro depositado en esa bóveda hace tantos años. Sufro la claustrofobia de la tapa, con su forro de raso blanco, *capitonné*. Mi doble, el que se hizo el harakiri, está allí perfectamente conservado, con su campera de corderoy de aquella época. Y parece que me sonrío.

Me digo que me están volviendo loco las inesperadas visitas de la madrugada y que, obviamente, estoy soñando.

Salgo de la bóveda. El hombre del mentón puntiagudo no está pero hay unos muchachones, unos lúmpenes de anteojos negros, recostados sobre una tumba gótica, que hacen bromas a mi paso.

Ahora sé que estoy bien despierto, que se acabaron los malos sueños como el de la bóveda. Siento el espesor, la dureza y la opacidad de la realidad, que no consiente ver a través de la madera de un ataúd como si uno fuera Superman. O encontrarse con un doble, que sí existió e incluso se hizo el harakiri, pero que no puede sonreírte desde el sueño eterno. Hay una lógica –nada onírica– que encadena mis pasos en la mañana de otoño, mientras camino Palermo sobre las hojas secas del cuento de Cortázar. Y esa lógica me certifica que la apertura de la puerta no ocurrió en una pesadilla, porque Ana la recordaba perfectamente esta mañana y aunque nos unen muchas cosas no compartimos –que yo sepa– el mismo subconsciente. Tampoco la voz meliflua se disolvió en los remolinos del café con leche. La sombra del perseguidor nos estropeó el desayuno.

Camino hacia la casa del doctor Gervasi, que tiene esos papeles vitales para mí. Además, debo ponerlo sobreaviso con respecto a la llamada amenazante de esta madrugada. Fue muy claro lo que dijo el de la voz meliflua y aunque el amigo lleve un cuarto de siglo sin operar compañeros en las postas sanitarias, es evidente que se

la tienen jurada por lo de antes y por lo de ahora.

La casa es un poco sombría pero hermosa. Una mansión de prosapia británica reciclada con gusto y dinero. Allí Gervasi vive y atiende a sus pacientes. Una enfermera petisa y pizpireta me hace pasar a la sala de espera del consultorio que está casi vacía. Sólo hay un paciente viejo y gordo que dormita acompañado por una mujer, que debe ser su esposa, aunque no es gorda ni vieja. Se abre la puerta del consultorio y alcanzo a ver a Gervasi despidiéndose de un hombre de mandíbula prominente que se parece muchísimo al perseguidor de mis pesadillas. Pero este no lleva ningún abrigo a cuadros y se va sin dirigirme una mirada. Gervasi me indica por señas de que será breve y hace pasar al matrimonio.

Agarro una de esas estúpidas revistas atrasadas que rellenan las canastas de mimbre de todos los consultorios, cuando se abre abruptamente la puerta de Gervasi e irrumpen en la sala cuatro lumpenes desafiantes y soeces como los del cementerio. Están armados y el cabecilla me apunta al corazón con una 45. Me quedo paralizado. No digo nada. Es absurdo, como todo, pero sé desde antes de nacer que ese tipo me va a matar. Dispara. Me enceguece el fogonazo. Nada más. No alcanzo a escuchar el sonido del disparo. No me duele, aunque sí me asfixio. Sé que el fogonazo abre las anchas alamedas de la nada, pero no llego a saber cómo es la muerte porque el sueño guarda la llave mayor de la lógica y nunca representa lo que sabe que no existe.

(México-Tenochtitlán. Noviembre de 1999)

Me despierto casi ahogado por el ataque de asma. Tengo miedo de que mi hija Flavia o mi yerno Roli se levanten alarmados por mi acceso de tos y me vean así, sentado al borde de la cama, con la cabeza gacha, cianótico, escuchando el silbido agónico de los bronquios. Me enchufo dos sifonazos de Ventolín que me calman de inmediato. El aire vuelve a circular gozosamente por mis pulmones. Me digo que es el smog, el frío o los pobres gatos que los chicos mantienen alejados de mí para que no me contaminen con sus pelos. Pero sé que hay algo más. Algo que va más allá de la pesadilla que me asaltó, tal vez, cuando los bronquios se cerraron. Algo que va a ocurrir mañana.

Me levanto de la cama doble que los chicos me han dejado y voy hasta la ventana enrejada que da a la "cerrada" suburbana, de casitas humildes y gemelas, desterrada más allá de Satélite, en la zona norte de este valle magnético de Anáhuac. Hace mucho frío, pero la contaminación ha bajado y —cosa rara— se pueden ver las estrellas sobre el valle. A lo lejos, invisibles, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. El Príncipe y la Mujer Dormida. Esos volcanes que se presienten aunque uno no los vea. Los chicos duermen en la cama que se han improvisado en el estudio de sonido del Roli. Observo el dormitorio de la pintora y el músico: Flavia, con sus inclinaciones prerrafaelitas, lo ha cubierto y decorado con mantas de distintos colores, tules, exquisitas telas mexicanas que merecerían ser orientales (y acaso lo sean de manera indirecta y remota); una encantadora parafernalia textil que se potencia en las paredes con alguno de sus dibujos, ricos de línea, bellos y sombríos, siempre inquietantes.

Pienso en Flavia y en Federico, los dos hijos que ya pasaron la línea de los treinta y eligieron quedarse en el México adonde los llevó nuestro exilio cuando eran pequeños. El México donde murieron su madre, Silvia, y su abuelo, Ernesto. La mujer a la que estuve unido durante más de treinta años y mi padre, el Gato filosófico. Otros duelos, otras pérdidas corresponden a Buenos Aires donde a los chicos se les murió la abuela Esther, madre de Silvia, y a Madrid, donde mi madre, la vasca Carmen (la roja Carmen) eligió cerrar su propia parábola de la derrota y el destierro con un prematuro derrame cerebral.

Hace tiempo que yo no vivo en México, que me fui a Londres y luego a Buenos Aires. Que aposté a vivir y me casé de nuevo, con Ana.

Hace mucho tiempo que el Big Bang de la historia desperdigó mis pedazos y nunca he podido juntarlos de nuevo. Se distancian cada vez más, en expansión como el Universo. ¿Hacia dónde? "Pos quién sabe", como dicen por estas tierras.

Pienso en Flavia, en Federico, en mis cuates mexicanos. La ciudad de exilio, al comienzo tan odiada y resistida, ya es como lo fue Buenos Aires en aquellos años de forzada lejanía: el territorio de mis nostalgias.

Mañana voy a remover algunos pedazos dispersos. Recuerdos, vestigios,

ruinas, que la munificencia de mi amigo Luis Javier Solana, ha repartido en una casa y un departamento de la megalópolis. Con Flavia vamos a ir al departamento de la Zona Rosa que alguna vez fue aguantadero amoroso del gran señor mexicano que me salvó la vida, donde se conserva una parte de “mis cosas”: muebles, ropas, fotografías, las cartas de mi mujer, los apuntes filosóficos del Gato, el cuaderno “Scribe” donde Silvia registró las impresiones del primer regreso suyo a Buenos Aires; los cientos de objetos que poblaron nuestros refugios mexicanos y los archivos de la lucha, de la esperanza y el terror. Todo lo que pudo salvarse de la salida clandestina del país, de los viajes con otra identidad por el vasto mundo, de los variados escrutinios policiales y de la lucha interna que llevó a la ruptura de los Montoneros y a otro cambio de país dejando baúles en los puertos de partida. Allí espero encontrar entre libros entrañables, pescados artesanales y un impermeable de Humphrey Bogart que compré en Madrid, las actas secretas del MPM, los informes de inteligencia de la Organización, los primeros testimonios de los sobrevivientes del terrorismo de estado, las pruebas del Plan Cóndor y de la alianza entre la CIA y las aves de rapiña del subcontinente.

Es probable que la vecindad de esta revisión de los pedazos haya disparado las pesadillas persecutorias con más fuerza aún que la sensación de muerte que produce el asma. Pero ahora, en la vigilia, en la lunar madrugada del valle de Anáhuac, mientras la estufa que me ha dejado la amorosa Flavia calienta el ambiente prerrafaelita, la posibilidad de ponerme a jugar con el rompecabezas de la memoria me conforta y me llena de esperanzas.

Por la mañana desayuno huevos motuleños y frijol refrito con un apetito que casi compite con la voracidad de mi joven yerno. Con él y Flavia hacemos bromas sobre la buena señora Felá, la espantosa dueña del pequeño almacén vecino de la que se supone que estoy perdidamente enamorado, a causa de su sobrenombre prometedor. De sobremesa planificamos la Operación Dart Vader. Como descontamos que los archivos están sumergidos bajo varios centímetros de polvo ácido, hemos comprado en una pinturería un sofisticado tapaboca que me acerca *al lado oscuro de la Fuerza*. Me lo pongo y me miro al espejo; mi respiración completa la caracterización del temible personaje.

El departamento de la calle Niza debió ser una joya de la bohemia en los cincuenta y todavía un bulín muy apetecible allá por los setenta. Ahora está un poco abandonado, aunque si superase su destino de depósito podría recuperar su encanto con pocos arreglos. Está ubicado en/un octavo piso (que para una ciudad sísmica ya está bien) y su living-comedor se prolonga en una terraza que mira a la Zona Rosa: el centro turístico de la ciudad. Al fondo, al lado del dormitorio, hay otra terraza y, dentro de ella, una construcción precaria, con un domo de plástico, donde duermen su sueño de polvo los vestigios de mi pasado. Miro las cajas y se me estruja el alma, aunque todavía estoy muy lejos de imaginar la sorpresa que me espera. Supongo que a mi hija le sucede algo parecido.

Nos ponemos de acuerdo para la faena y pronto tengo que delegar en ella y en el chofer de Luis Javier la tarea más pesada, porque me ahogo. Pero no cejo. Voy de

recuerdo en recuerdo. Una lámpara, una máscara comprada en Cuernavaca. Y luego carpetas y viejas agendas, donde lo que fue pasión, encuentro o rutina ha quedado congelado en un jeroglífico garabateado con una birome. “Ver a L; chequear lo de T.; consulta con el doctor Peláez; colegio de los chicos: hablar con profesora Galli; hoy vuelve Silvia de Buenos Aires. Llamar a Von Galimbertzen, como le dice Pascualito. Memo a Pepe. Pagarle deuda de prensa a Pascualito. Arreglar el clutch del Volkswagen”. ¡Ay, carajo!

En un maletín negro con combinación están los pasaportes yutos con los que salimos clandestinamente del país en abril de 1977. Y las dos armas que tenía en México: la Colt Commander calibre 45 con seguro de empuñadura (de la que alguna vez tuvo una foto la Secretaría de Gobernación) y el viejo y querido Smith & Wesson, calibre 38, niquelado. Habrá que venderlas para no comprometer a nadie. Entre una ristra de papeles sin destino, debajo de un chaleco que mi abdomen ya no consiente, aparece un documento terrible: los informes sobre el grupo naval de Los Luteranos del teniente de navío que era secretamente montonero y fue asesinado por la dictadura militar.

Vamos de sorpresa en sorpresa. Las sucesivas mudanzas, el gran terremoto del 85, el cáncer y la muerte prematura de Silvia, nuestra huida desde la casa de la Colonia Roma al departamento del Parque Hundido, la muerte del Gato, la partida de los chicos hacia sus propias vidas de adultos, mi viaje a Londres, han convertido lo que alguna vez estuvo reunido y clasificado, en un *bric-à-brac* de papeles amarillos y mutilados o prodigiosamente conservados, donde puede saltar cualquier liebre.

Y la liebre mayor salta a eso de las seis de la tarde, cuando un sol sangriento baja en dirección del Aeropuerto, el monstruo vomita azufre y anhídrido carbónico y se encienden las primeras luces de la Zona Rosa. Haciendo fuerza para sacar las cajas donde guardé los testimonios y documentos que me sirvieron para escribir *Recuerdo de la muerte*, se nos viene encima un viejo bolso de cuero color bordó, cuya base dura (recuerdo) habíamos usado en varios viajes como embute de documentos y dinero. Lo miro, lo sopeso y le digo a Flavia:

—Acá adentro hay algo escondido. —Mi hija alza las cejas esperanzada, invitándome a comprobarlo.

Con mucho cuidado, usando un cuchillo puntiagudo, hacemos saltar la tapa del escondite y aparecen un cuaderno y unos papeles.

—Es el diario... —murmuro emocionado y Flavia me mira sin entender. Aquí están las anotaciones caóticas que fui haciendo a lo largo de una década. La decisiva década del setenta. Los diez años de mi militancia en Montoneros: desde el encuadramiento hasta la ruptura.

Nos ponemos a bailar como dos boludos.

Quince días más tarde, el Diario regresó conmigo a Buenos Aires. Había estado

exiliado durante 22 años, dentro de un bolso viejo. La lectura voraz y por momentos dolorosa de aquella “memoria del subsuelo” que reaparecía en la siesta cibernética del nuevo milenio, me permitió recuperar el día a día de los setenta, el aroma de la juventud perdida, las anécdotas sublimes y las ridículas, la tragedia y la comedia, la intimidad y la gesta, algo de la compleja trama que la memoria simplifica y tergiversa.

Recuperé la noción del compromiso revolucionario como un proceso mucho más complejo que la respuesta que solemos dar a quienes nos preguntan por qué elegimos ese compromiso. Recordé que la clandestinidad, igual que el coma, tiene grados. Que uno se va internando en sus profundidades hasta toparse con un extraño que te mira desde el espejo. Y que nadie se libra de ella sin pagar un precio; los expertos de la inteligencia cubana afirman que permanecer clandestino más de seis meses deja severas lesiones psíquicas; no quiero ni pensar cómo me catalogarían a mí, que viví en la clandestinidad durante más de tres años.

Es verdad que los recuerdos de aquellos tiempos han vuelto continuamente en los años de la “normalidad”, fuera y dentro del país, pero nunca me habían saltado a la cara con la fuerza que lo hizo el manuscrito de Anáhuac.

En enero del 2000, cuando la revista *Tres Tuntas* me propuso publicar notas sobre los años setenta, comprendí que había llegado la hora de hacer públicas aquellas historias dormidas en el bolso. Y aunque supe desde el primer momento que su destino sería el actual (el libro), conservé —prácticamente intactas— las vidas que bullían en el caótico manuscrito. Mantuve lo fundamental de los escritos originales: el tiempo presente, las desprolijidades de la escritura automática y un cierto desorden estructural. Me limité a enhebrar las cuentas del collar (las hojas y los papeles dispersos), incorporando módicas mejoras y apenas algunas ligazones, pero descarté desde el primer momento los cambios de fondo que le escamotearían al lector la atmósfera de aquellos años. Los seres que pueblan el manuscrito de Anáhuac y las historias que protagonizaron debían llegar de manera tumultuaria al lector, como una montonera de palabras que reitera la vieja utopía del que escribe: el vano intento por rescatar el aire personal e intransferible de cada época.

LA PREHISTORIA

(Buenos Aires, octubre de 2000)

No hubo Diario antes de la militancia. Ese registro de horas que va pautando el goteo de la conciencia. Lo único que encuentro son miradas retrospectivas. Preguntas, como esta:

(Teotihuacán, agosto de 1975)

Estamos sentados en la Pirámide del Sol, mirando hacia la Calzada de los Muertos. Sobre la pira de los sacrificios. A lo lejos, en los confines montañosos del valle, una bruma gris ratón anticipa el pesado aliento de la ciudad de México. Aquí estaban, en el 300 después de Cristo. Mil doscientos años antes de que llegaran los españoles.

Dentro de poco voy a ingresar, clandestinamente, a la Argentina. Mi responsable, Chacho, sonrío mientras observa las hormigas humanas que ascienden y descienden por la ladera de piedra volcánica. Es un montonero culto, irónico.

— Es surrealista, ¿no?

— ¿Qué?

— Que estemos aquí. El Partido puede colocarte en cualquier lado. En una pintada en el cementerio de Morón a las 5 de la madrugada o aquí, en la ciudad sagrada de Teotihuacán. Todo es posible. ¿Cómo nos metimos en esta locura?

(Buenos Aires, octubre de 2000)

El muchacho amable y bigotudo que se hacía esa pregunta era, casualmente, lo que solíamos llamar un cuadro experimentado. Uno de los fundadores de la CGT de los Argentinos en Tucumán y uno de los combatientes inaugurales de aquellas Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que nacieron como apoyo en la Argentina para la guerrilla del Che en Bolivia. Es curioso encontrarlo en el Diario, congelado en ese 75, cuando coincidimos en México. Aquella tarde en la Pirámide del Sol estábamos lejos de imaginar que un año y medio más tarde Chacho sería “chupado” por el Grupo de Tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada, que conocería el otro lado de la luna y sus propios límites; que no cambiaría su vida por la de ningún compañero (a mí pudo entregarme en la tortura y no lo hizo) pero encabezaría un grupo de prisioneros (el *Staff*) al que los marinos obligaron a colaborar con el proyecto político del almirante Emilio Eduardo Massera. Otro dato: en México se había hecho muy amigo de Gabriel García Márquez. Que se alegró mucho cuando yo le conté (en setiembre de 1978) que el Chacho había sobrevivido. “Es que, carajo — dijo el Gabo —,

yo no quiero hacerme amigo de ustedes porque después los andan matando y uno sufre.”

(67, 68, 69)

¿Cómo nos metimos? Recuerdo fechas sueltas, datos deshilvanados, iniciadores y padrinos. Todos fuimos convencidos por alguien. Alguien que supo canalizar la rabia infinita que traíamos adentro.

La rabia se fue espesando con la dictadura falangista del general Juan Carlos Onganía: una mezcla de contrainsurgencia pentagonista, cursillismo chupacirios y tecnocracia empresarial que John William Cooke sintetizó como nadie: los militares quieren un país “que produzca en medio del aburrimiento, la sequedad de espíritu, la estolidez conservadora; sin pueblo, sin peronismo, sin rebeldía, sin parejas candentes en las plazas”.

Paulatinamente, sin apercibirme, fui pasando del gozo que me producía la Buenos Aires de los sesenta, a sospechar lo enfermo que estaba el país y al odio contra la omnipresencia de los milicos y sus patrones de la oligarquía. Por influencia dostoyevskiana empecé a pensar en la contracara de los dictadores: los humillados y ofendidos que nunca tenían derecho al pataleo. Sin embargo, en un sentido más profundo, podría decir que no llegué a la Revolución por resentimiento (porque era un privilegiado) sino por sentimiento: el que me produjo ver a mi primer hijo recién nacido e imaginar lo que pasaría con otros padres menos afortunados que yo, enfrentados a la posibilidad de perder a sus hijos por las asechanzas de la miseria.

En junio de 1967, cuando nació Federico, yo tenía 27 años y estaba lejos de ser un subversivo: era jefe de prensa y subgerente de relaciones públicas de la General Motors. Los gringos me querían hacer estudiar inglés en serio y se proponían llevarme a Detroit para completar mi formación de *júnior executive*. Pero estaba escrito que recorrería el camino inverso al de algunos antiguos compañeros que fueron leones africanos en los setenta y en los noventa descubrieron el encanto del mercado y las multinacionales. El paso por las entrañas del monstruo fue altamente positivo: nunca entendí a esos cabrones de plástico, que se ríen a carcajadas de chistes que no les hacen ninguna gracia, se hacen los humildes para encubrir su desprecio racista frente a los nativos y coronan la estúpida soledad de sus vidas poniéndose en pedo (rigurosamente solos) a las seis de la tarde. Allí pude descubrir, sin que ningún marxista me lo contara, cómo Mister Vange o Mister Conckling o Mister Stone metían marinos y militares gorilas para manejar represivamente el área de Relaciones Industriales, contrataban ex ministros para negociar con la dictadura militar y cagaban al país con supuestas “radicaciones de capital”, que encubrían compras de matrices ya amortizadas a la no menos amortizada casa matriz, con dineros captados al ahorro nacional.

Pero el proceso no fue tan rápido como se escribe. Posiblemente porque el escepticismo de mis padres, quemados con la derrota española y el estalinismo, me vacunaron durante un tiempo contra la vocación militante. Además, la rabia no creció

junto a la desdicha, como suele suceder, sino en medio de la fiesta. Estaba enamorado de Silvia y vivía el Buenos Aires de los sesenta con todos los poros. Caminábamos gozosamente bajo sus plátanos y sus paraísos, redescubriendo a la ciudad desde la óptica novelesca de Arlt y Marechal, desde los cuentos fantásticos de Cortázar, imaginando que a la vuelta de una ochava la aventura nos redimiría de todas las rutinas. Con amigos hospitalarios como Héctor y Alicia Grossi concurríamos a las privadas de cine, donde nos cruzábamos con Enrique Pichón Rivière comentando el voyeurismo de Buñuel en *Belle de jour* íbamos a “676” (a escuchar a Vinicius, Maysa Matarazzo, Astor Piazzola o el Gato Barbieri), y después de actuar en Michelangelo, en el Payró o en el Viejo Almacén, la Negra Sosa, Edmundo Leonel Rivero o la Tana Rinaldi, cantaban *a capella* en la casa de Héctor, al final de Pringles, donde el muro que limita con el ferrocarril alimenta la ilusión de una escenografía para una pieza de Arthur Miller.

Flavia y Federico aprendieron a moverse, patizambos, con los flequilludos de Liverpool, confirmando el aserto de García Márquez: “Los Beatles son la única nostalgia que compartimos con nuestros hijos”.

Sin embargo, más de una noche sombría, observando el dibujo Victoriano de *Revólver* o escuchando *Adiós Nonino*, se coló en mi cuarto la Muerte con mayúsculas. No la Muerte histórica y colectiva de la lucha (que aún no conocía), sino la otra, la personal, que nos cuesta mirar de frente.



Los sesenta...
Todavía trabajaba
en General Motors, pero
algo se iba cocinando.
Mi cara de joven
ejecutivo. Con Silvia
y nuestra hija Flavia.
Nuestro ícono cultural.
El avión que Dardo Cabo
secuestró para llegar
a Malvinas.

Y es probable que esas zambullidas vertiginosas en la propia nada, “esa angustia existencial” como se decía en los cincuenta, hayan influido para que algunos de nosotros, paradójicamente, decidiéramos salir a jugarnos la vida. Buscando vencer a esa Señora que tan inoportunamente se me colaba en las volutas de *Adiós Nortino*, con un sentido de trascendencia; con un proyecto que pudiera romper el manto de la angustia: la cáscara individual (como me diría más tarde Paco Urondo: “nos vamos a morir de todas maneras. Nos juguemos o no nos juguemos: el problema en todo caso no consiste en morirse joven, sino en haber vivido al pedo”).

No encuentro a los sesenta en las películas de la tele. Me dicen poco las rubias melenas femeninas petrificadas en una onda por el spray y las marcas de fábrica de la época: las virtutas de Beardsley, el pop, la píldora, las sopas de Andy, el primer porro, una revolución sexual que estaba más en los eslogans que en las camas de la clase media argentina, el Di Tella, el Bar-Bar-O, los happenings. Recuerdo caricias en la penumbra de verano; ansiedad inexplicable ante el departamento invadido por los pañales de Federico y su hermana Flavia (que llegó traviesamente apenas once meses y veinte días después que el primogénito); algunas charlas sabrosas con mis padres; algunas discusiones importantes con ellos también cuando dejé de idealizarlos; la espalda desnuda de Faye Dunaway en *Bonnie and Clyde*, el curry de cordero que cocinaba Silvia, los mejillones a la parrilla que sólo se hacían en el Chiesa, la resurrección del conejo Tambor que salvé de una pulmonía con el calor del horno; las primeras palabras de los pibes preservadas por el Grundig, mi intento por convencerme (contra toda evidencia) de que Lennon (que nació en el 40 como yo) nunca sería tan tonto como para cumplir 64.

Tampoco encuentro en las fotos de Mary Quant y Carnaby Street las leyes secretas que programaron nuestras vidas. La certidumbre de un destino, la búsqueda lúdica del peligro, la admiración heredada de los padres por el coraje físico, un absolutismo romántico (plenamente compartido con Silvia) que nos depararía momentos amargos y más de una vez nos haría ser injustos e implacables con los demás y, ciertamente, con nosotros mismos.

En el proceso de “radicalización”, como se decía entonces, tuve varios maestros. Que – con mayor o menor arte y ciencia – le fueron otorgando organicidad a la bronca instintiva que me producían los bastonazos de la Guardia de Infantería contra los estudiantes de Ciencias Exactas.

Uno de los predicadores que me llevó a la conversión fue el “Colorado” Carlos Amestoy, un trotskista hiperpsicoanalítico, al que conocí en General Motors y aproveché mi inclinación por Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir para acercarme *Los condenados de la tierra* de Franz Fanón. Un libro esencial, que sacudió mi conciencia liberalona e ingenua de aquellos días, como Sartre suponía que iba a sacudir la conciencia hipócrita de los europeos.

Otra estampa recuperada de los sesenta es el extraño departamento *art-decó* que tenía Amestoy en la calle Tucumán (donde luego vivieron Walsh y Lilia). Con un living-comedor y un dormitorio unido a la sala por una escalera que recordaba las películas de Luis César Amadori. En las paredes, pósters de Mao, Giap y el Che (que todavía estaba vivo). Y las mejores expresiones de la gráfica cubana. El Winco girando en un rincón y reproduciendo los discursos de Fidel y la respuesta oceánica de la multitud en la Plaza de la Revolución. Mientras tomábamos grapa, vino o cerveza y nos reuníamos con gente del Colorado Ramos y peronistas de izquierda, para putear contra la dictadura militar, citar a los clásicos y soñar con la Revolución en la Argentina.

Había también extraordinarios maestros a la distancia como Gilo Pontecorvo, con su épica *Batalla de Argel*, o la subversiva *Quemada*, que vimos con Silvia en el Capitol.

Y no tardaron en llegar los otros iniciadores, los que me sacaron de la curiosidad *dilettante* y me acercaron al compromiso más serio, que empezó cuando todavía le parecía a los menos informados que era una promesa de ejecutivo a la manera de los que parodiaba María Elena Walsh:

Dinámico y rodeado de azafatas.

Trajina para darnos la ilusión

De un cielo donde muy poquitos

Aprenden a jugar al golf.

¡Ay, qué vivos son los ejecutivos,

Qué vivos que son...!

Roberto Sinigaglia, un quijotesco abogado peronista que pasaba más hambres que un bachiller cervantino pero compensaba esas carencias con sus éxitos como Donjuán, me llevó al peronismo cookista y a la amistad profunda con Alicia Eguren, la famosa “Cookskaya”, mujer, compañera y continuadora del Bebe. Aunque, tal vez, el mayor iniciador y padrino fue el flaco Dardo Cabo, el primer “aeropirata” de la Tierra, que desvió a las Malvinas un avión de Aerolíneas Argentinas y fue preso durante la dictadura “nacionalista” de Onganía, el general con bigotes de morsa que en esas mismas fechas jugaba al polo con el Príncipe Felipe.

Conocí a Dardo en la revista *Extra* de Bernardo Neustadt, donde recalé cuando decidí irme de la General Motors, con una carta muy violenta que me cerraba para siempre la tentación de regresar al mundo de las transnacionales. El acababa de salir de la cárcel en el Sur y buscaba en el periodismo un puente hacia su vocación más profunda que era la política (era un flaco muy alto, que estaba en el pasillo esperando algo — no se sabe bien qué — en una sórdida oficina de la calle Defensa). Pese a todas

las recomendaciones en su contra (“es un facho, es un lumpen, es el hijo de un burócrata, es un pistolero”) el personaje de alargada figura, sonrisa franca y rostro surcado por las patadas prematuras de la vida, me cayó muy bien. Tan bien que lo tomé como periodista aunque todavía escribía de manera muy confusa. Nuestra amistad personal y política fue muy intensa, porque se alimentó de un real intercambio: él me ayudó a “nacionalizar” y “peronizar” mi visión de la historia. Yo, por mi parte, fui “responsable” de su radicalización ideológica, de su acercamiento definitivo a esa Revolución Cubana que había combatido cuando John William Cooke la pregonaba dentro del Movimiento. Como se lo recordó Sinigaglia en un café, con una sonrisa deportiva (y muy peronista) que borraba cualquier sospecha de rencor: “cuando el Bebe Cooke vino de Cuba vos fuiste a cagarlo a tiros. Me acuerdo muy bien (la puta que te parió) porque yo también tuve que tirarme al piso”.

A través de Dardo no tardé en conocer a su padre, el mitológico Armando Cabo, que había sido uno de los hombres de confianza de Eva Perón y después un héroe de la primera Resistencia Peronista, pero que luego había tenido un tránsito polémico e inquietante en el círculo áulico del Gompers argentino: el poderoso secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, Augusto Timoteo Vandor. No fueron fáciles los primeros encuentros, porque yo no tenía buenas referencias sobre Armando: Rodolfo Walsh lo había denunciado en su libro *¿Quién mató a Rosendo?* como uno de los gatilleros que secundaron, al “Lobo” Vandor en el tiroteo de la pizzería La Real en Avellaneda.

Cuando lo conocí, Armando ya había roto con Vandor y los burócratas de la UOM y estaba cada vez más cercano a la militancia de su hijo. Era un personaje turbulento y temible, con el que sin embargo llegamos a ser amigos y compañeros de militancia en las condiciones más extremas de clandestinidad. En gran medida porque en él se operó un fenómeno moral y político común a muchos padres y madres en la Argentina de los setenta: terminó siendo hijo de su hijo.

Pero ya a fines de los sesenta el Viejo Armando aparecía ante mí y ante otros jóvenes clasemedieros que ingresábamos al movimiento popular, como uno de esos ancianos de la tribu que la conservan unida en el tiempo a través del relato oral. Flaco, espigado, con andar de guapo borgiano, Armando solía arrugar su fina boca en una mueca de desprecio, recordando las traiciones y agachadas que había visto en treinta años de sindicalismo y política. Gracias a él conocí, por primera vez, la anécdota de Evita y las milicias obreras que se armarían con las pistolas proporcionadas por el príncipe Bernardo de Holanda. (Y me dije, cuando le escuché aquella anécdota, que el hombre delgado y fibroso que la evocaba, había sido el elegido de Evita para tamaña conspiración.) Por él me enteré —mejor que en muchos textos— de las tragicómicas peripecias que signaron el frustrado primer retorno de Juan Perón en 1964. Y aprendí a conocer al mítico General que unificaba nuestras conspiraciones desde su exilio madrileño.

Dardo Cabo vivía con su compañera, la escritora y periodista María Cristina Verrier, en una pequeña casita de ladrillos (muy Hansel y Gretel) ubicada al fondo del chalet de los Verrier en Belgrano R. Los Verrier eran oligárquicos y antiperonistas. El

padre de María Cristina era juez y su tío, Roberto, había sido ministro de la Revolución Libertadora. Los padres de María Cristina tuvieron que asimilar que la muchacha –difícil de dominar, por otra parte– se enamorase del joven peronista, dejara su *mariage de raison* con un actor de teatro con el que realmente no convivía y se lanzara con Dardo a la aventura de la Operación Cóndor en las Malvinas, que escandalizaría a los amigos de la familia. Tuvieron que asimilar luego el romance que se produjo en la cárcel del Sur, donde la agradecida benevolencia de algunos carceleros debidamente estimulados les permitía visitarse en sus respectivas celdas y, por fin, el matrimonio de los dos presos. Pero eran buenas personas y acabaron brindando amparo a la pareja. Su recompensa fue la llegada de una nieta: María (la Tata), concebida en aquellos amores carcelarios. Pronto María Cristina se convirtió en la mejor amiga de Silvia y la Tata de los chicos, con quienes iba todos los días a la Nueva Escuela Argentina 2000, de Antonio Salonia. Allí, en la pequeña casa del fondo, en las gloriosas noches de los asados, solía juntarse una concurrencia bien heterogénea compuesta por los Cabo, los Bonasso, Luis Alberto Murray, el cura Carlitos Mugica y, curiosamente, Ernesto Sábató y su mujer, Matilde, que no renegaban de su conocido antiperonismo pero estaban fascinados con el extraño *combo* que se había creado a partir de la revista *Extra*, a contrapelo de su director, Bernardo Neustadt. *Combo* que se completaba con otros personajes como Vicente Zito Lema, que en esos días trabajaba duramente para exhumar a Jacobo Fijman, el poeta encerrado durante treinta años en el manicomio de Vieytes que acabó escribiendo una columna para *Extra* desde el loquero (singular corresponsalía que no volvería a repetirse en el periodismo argentino). O el séptimo loco, Dalmiro Sáenz, con su camisa y su pantalón negros, su dogo argentino de mirada colorada y asesina y sus flirteos cada vez más intensos con la protoguerrilla, que se iba perfilando a partir del Cordobazo.

Porque justamente la gran insurrección popular, que nos hizo ver a la policía montada corrida por los cascotazos del pueblo y a los francotiradores disparando contra el Ejército, significaba un corte definitivo en nuestras vidas, un parteaguas de similar profundidad a ese lejano 17 de octubre que le había cambiado la vida a la generación de Armando.

Todo era posible a partir del 29 de mayo de 1969. A condición de que entendiéramos dialécticamente que se agotaba una etapa y nacía otra. Llegaba a su culminación la estrategia del sindicalismo revolucionario que habían encarnado la CGT de los Argentinos y los gremios clasistas, y germinaba la propuesta voluntarista y romántica del *Ecce Homo* barbado que la CIA y los militares bolivianos habían asesinado en la escuelita de la Higuera.

Una larga noche de verano, en aquella gozosa casita de los Cabo, semiescondida en un jardín tupido, Fernando “Pino” Solanas, nos proyectó en persona los 240 minutos de *La hora de los hornos*. La legendaria saga del peronismo revolucionario que luego pasaríamos cientos de veces en la clandestinidad. La gesta del pueblo proscrito que llega justo hasta el umbral de nuestra propia experiencia: la hora de los tiros.

EL FINADO NEUSTADT

(Buenos Aires, junio de 1970)

— Despierta Miguel, despierta coño, que te busca la policía.

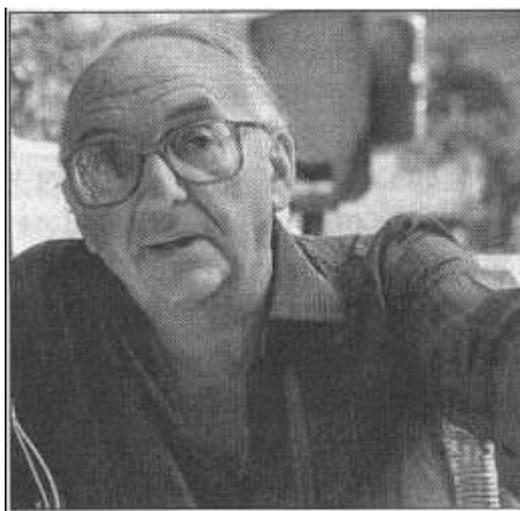
La voz de mi madre y su cara de preocupación me arrancan de la dulzura de la siesta. Es raro que Doña Carmen (la Vasca) tenga miedo, así que la cosa debe ir en serio.

— ¿La policía?... — repito entre brumas y cobijas.

— Sí, han pasado por casa a buscarte. Dicen que le has hecho no sé qué cosa a Neustadt. Vinieron unos tíos con muy mala leche, apuntando con las ametralladoras y preguntándome a los gritos: “¿Dónde está ese hijo de puta?”. Vístete y márchate, porque deben estar al caer.



La ruptura con el mundo anterior. Siguiendo a un nuevo líder obrero: Raimundo Ongaro.



Bernardo Neustadt usó una nota periodística sobre Aramburu en la revista *Extra* para denunciarme a la policía. Pudo ser fatal.



Tiene razón, si todavía no han pasado por aquí es porque en la revista figura la dirección de mis padres, pero ya deben haber averiguado mi nuevo domicilio. Beso a mamá, la tranquilizo y me voy a lo de Roberto Sinigaglia, que es mi abogado en el pleito que estoy por comenzar contra el dueño de *Extra*. Bernardo me ha suspendido quince días porque me negué a pedirle a un redactor cesanteado que renunciara a la indemnización.

En el estudio de Sinigaglia, una cochambrosa oficina que Phillip Marlowe hubiera rechazado por sórdida, encuentro precisamente a P., el redactor que Neustadt echó y al que no quiere pagarle lo que fija la ley. Y curiosamente se está cagando de risa. El que no se ríe es Dardo Cabo que llega pocos minutos después y comenta que ha visto extraños movimientos en torno de su casa.

En ese mismo instante la patota de la Federal que había desembarcado antes en el piso de mis viejos, se mete a las patadas en el departamento que alquilamos en la calle Barrientos. Federico está con su madre, en el negocio de Silvia, pero Flavia (que anda un poco malucha) se ha quedado en la casa con la señora Alcira. Flavia es una

na de dos años, pero abre grandes los ojos cuando esos hombres armados, que ingresan violentamente, preguntan por “el hijo de puta” de su padre y lo buscan por todos los rincones del departamento. Dos días más tarde sufrirá convulsiones febriles y tendremos que llevarla de madrugada, casi sin pulso, a la casa de su pediatra, Florín Escardó. Algún día Neustadt tendrá que pagar por el susto de Silvia, cuando le tomó el pulso a Flavia en el auto y no quiso decirlo en voz alta pero no se lo encontró y pensó que la nena estaba muerta.

Mientras llega ese “oscuro día de justicia” habrá que hacer algo para librarse de la biaba que nos espera si nos agarra la cana. P. conoce a un tipo fenómeno en la Federal, el comisario Ricardo Vittani, un curioso policía delgado y bajito, con pinta de intelectual de la Sureté, que es amigo de Quino y de Rodolfo Walsh y propicia el desarrollo de una policía científica, que erradique para siempre la costumbre nacional de la tortura.

P. se comunica con Vittani y empalidece. Asiente en silencio y me mira. Cada tanto tapa el tubo con sus dedos afilados y murmura: “No sabés, no sabés lo que dijo ese tipo de nosotros”. Lo sabremos acabadamente mañana, cuando entrevistemos al comisario Roberto Sala, el policía que nos busca con tanta vehemencia. Y que, casualmente, tiene a su cargo el caso más espectacular de los últimos veinte años: la investigación por el secuestro y fusilamiento del teniente general retirado Pedro Eugenio Aramburu, con el que ha hecho irrupción un grupo totalmente desconocido para nosotros, que se llama Montoneros, como los gauchos que luchaban en el siglo pasado contra la hegemonía del Puerto.

Vittani nos asegura que podemos ir tranquilos, porque ya está todo aclarado con su colega Sala.

En el ínterin, Dardo y P. nos hacen reír a carcajadas con lo que parece una venganza anticipada por todas las que nos ha hecho Neustadt en los últimos meses. En una guerra sorda, donde le metemos notas de contrabando y él nos responde con pequeñas infamias administrativas. Una de esas notas ha sido un reportaje al líder de la CGTA, Raimundo Ongaro, que hicimos en su casa de Los Polvorines. A esa entrevista lo llevé a Dardo, para que se amigara con el gráfico, al que odiaba desde que Rodolfo Walsh denunció al padre de Cabo en el periódico de la CGTA.

Dardo comenta entretelones de la “muerte” de Bernardo Neustadt, que presenció en la redacción esta mañana.

“Alguien” se robó la agenda de la revista y comenzó a llamar a todos los amigos y anunciantes de Neustadt informándoles que el periodista había muerto súbitamente y era velado en la redacción de *Extra* en la calle Defensa. Luego, el mismo “alguien” tuvo la astucia de bloquear con papel la horquilla del teléfono público que había utilizado y dejó a la revista incomunicada. Al escuchar continuamente el tono de “ocupado” los allegados a Neustadt se lanzaron a su oficina de la calle Defensa. El primero que llegó fue el secretario general de Luz y Fuerza, Juan José Taccone, que se dirigió con rostro apesadumbrado al mostrador de entrada donde montaba guardia la

telefonista, la Gorda Elsa, que le preguntó por qué andaba cariacontecido.

– Y... por esto de Bernardo – respondió el sindicalista.

– ¿Qué pasó con el señor Bernardo? – preguntó la recepcionista, que un rato antes lo había visto entrar y encerrarse en su despacho al final del corredor.

– ¿Cómo qué pasó? ¿No está muerto?

– ¡Muerto! ¡Muerto! ¿Y cuándo se murió, señor Taccone? – balbuceó la gorda y se puso a llorar a los gritos pensando que el deceso se acababa de producir. Hasta que el muerto la escuchó y abrió la puerta de su despacho para terror de los dos.

A partir de ese momento empezó el desfile de notables de la política, la farándula, las fuerzas armadas y los negocios: Pinky, Alberto J. Armando, el general Manuel Laprida y el presidente de IKA-Renault, Ivon Lavaud, que también envió una de las coronas más vistosas del velorio. A las once de la mañana había tanta gente desbordando las oficinas, que el muerto se vio obligado a enviar al cadete de la redacción a buscar sandwiches de miga y un cajón de botellas de cerveza en el bar de la esquina. El administrador, Patti, un oscuro personaje de Dickens que usaba ligas de goma en las mangas de la camisa, tuvo que salir a la atascada calle Defensa para rechazar el estupendo ataúd que pretendían meter en el edificio los funebreros de Perissé-Laffué. Blackie dio la noticia de la muerte de Neustadt en su programa radial que duraba varias horas y luego en la misma edición, por primera vez en la radiofonía argentina (y tal vez mundial), informó que el finado había resucitado. Un periodista del diario *Crónica* que redactaba la necrológica con extraña fruición, maldijo cuando le avisaron que sólo había sido una burla.

Cuando se marchó el último concurrente, mientras la gente de Patti sacaba las coronas, Neustadt pidió un ejemplar atrasado de su propia revista y le ordenó a su secretaria, Susana, que lo comunicara con el general Cáceres Monié, jefe de la Policía Federal. Luego marchó personalmente al Departamento Central.

El ejemplar atrasado que llevaba en su portafolio databa de dos meses antes y contenía uno de los “juicios orales” que hacíamos en cada edición a distintos personajes. Con juez, jurados, acusador y defensor. En este caso se trataba del proceso al general Aramburu, que se presentaba en aquel momento como un demócrata, listo para reemplazar a Onganía y organizar la apertura política y la “salida” de la dictadura. El general Aramburu, como se sabe, resultó condenado por unos catorce cargos, entre los que sobresalen los fusilamientos de junio de 1956; el secuestro del cadáver de Evita; la represión de la CGT y el movimiento obrero; el decreto 4161 proscribiendo al peronismo y todos sus símbolos; la prisión y torturas a que sometió a los militantes populares; el ingreso de Argentina al Fondo Monetario Internacional iniciando la espiral de la deuda externa y la entrega de la soberanía al imperialismo...

Cualquiera puede coincidir en los cargos, porque es bien sabido lo que hicieron Aramburu y el almirante Isaac Rojas durante la llamada Revolución Libertadora, pero

estilo, sintaxis y ordenamiento de los cargos se parecen mucho a los de la sentencia dictada, en algún secreto lugar del país, por los nuevos Montoneros. Neustadt debe haberse sonreído al encontrar la coincidencia. \

Vamos con P. al Departamento Central. Me espanta ese edificio neoclásico, gris, con las paredes percutidas por viejos terrores y las palmeras raquíticas del claustro. El comisario Sala no se parece ni física ni intelectualmente a Vittani: es gordo, sanguíneo, impulsivo. Seguramente es peligroso, pero en este caso se porta bien. Le cuento que hay problemas laborales de por medio y que el señor Neustadt, como empresario periodístico, usa a la Policía Federal para intimidar a los que debería indemnizar legalmente. Y pruebo lo que digo, enseñándole la citación a reunión paritaria en el Ministerio de Trabajo que hemos gestionado con Sinigaglia. Lee y relea el papel oficial y cuando se convence, enrojece y pega un salto.

—No debería comentárselo a ustedes, pero cada vez que mi mujer prende la tele le grito: “¡Ya lo estás viendo a ese ruso de mierda!”.

Va hasta el escritorio y nos acerca una carpeta decisiva donde figura la “exposición por cuerda separada” que ha hecho Neustadt ante la policía. El comisario explica que una declaración “por cuerda separada” no es formalmente una denuncia, pero la carpeta que nos muestra (con su número de expediente en la carátula) me va a permitir ganarle a Bernardo el juicio por injuria gravísima. Allí Neustadt señala que ha recibido amenazas de muerte, que no puede probar de dónde proceden, pero que en todo caso considera oportuno consignar que está en conflicto con el redactor P. y el jefe de redacción Miguel Bonasso. En la misma exposición se desliza el veneno que explica la persecución de las patotas: el declarante refiere que en su revista *Extra* los personajes citados organizaron un juicio al general Aramburu, cuyo fallo se asemeja notablemente a la sentencia dictada por los “extremistas”.

Afuera, en el café de la esquina, nos espera Sinigaglia. Le comentamos la entrevista, se ríe a carcajadas con el exabrupto antisemita del comisario Sala, que indignaría a Neustadt, tan amigo de andar con un escapulario al cuello y amigos fascistas como el estanciero Manuel de Anchorena.

Pero no se ríe con lo de Aramburu, que pudo costarnos muy caro.

EL ARAMBURAZO

(Junio de 1970)

¿Quiénes son realmente los Montoneros? ¿Quién ordenó matar a Pedro Eugenio Aramburu? ¿Fue una fuerza de izquierda o una conspiración de la extrema derecha nazi?, como dicen esos dos gorilas, el capitán de fragata Aldo Molinari y el peligroso fanático que se hace llamar “Capitán Gandhi”. El falso Gandhi es un viejo maestro gorila, que mi viejo conoce bien desde el colegio secundario en Belgrano y se llama Próspero Germán Fernández Albariños. Estos dos, que fueron temibles interrogadores en la época de las Comisiones Investigadoras, sostienen que los Montoneros trabajan para el siniestro ministro del Interior, el general Francisco Imaz.

Yo no lo creo, aunque me cuesta sintonizarlos como una fuerza de izquierda por esa frasecita de su último comunicado: “Que Dios se apiade de su alma”.

Dardo se ha entrevistado con compañeros de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), con los que tiene nexos desde los tiempos de la cárcel y ellos aseguran que no tienen nada que ver con el episodio. Yo he sondeado a la Cookskaya y a Sinigaglia y tampoco saben nada. Pero ni unos ni otros están dispuestos a criticar a los desconocidos que han llevado a cabo una acción muy popular.

La clase media (incluidos sus sectores progresistas) está horrorizada con un “crimen” que homologan con el de Z, la película que está de moda. Pero en el magma primigenio, en el barro suburbano, el pueblo peronista festeja una revancha que se demoró catorce años y levanta el índice para señalar al otro fusilador del 56 que sigue vivo: el almirante Isaac Francisco Rojas.

Arturo Jauretche hablaba del país “formal” y del país “real”. El país “formal”, con sus militares, sus tribunos y su prensa regiminoza, condena horrorizado la ejecución del general y pretende que sus autores no fueron peronistas, porque admitirlo los llevaría a reconocer algo muy peligroso: que los pobres odian. Y que, por lo tanto, ese movimiento de masas, al que Cooke llamaba “el gigante miope e invertebrado”, ha conseguido una columna vertebral y unos poderosos anteojos estratégicos para luchar por la liberación nacional y social.

El país “real” no tiene diarios ni tribunos. Pero se expresa en las villas miseria, en los barrios donde militamos. Allí nadie ha derramado lágrimas por el general vacuno que supuestamente se arrepentía de haber fusilado y, ahora sí, estaba dispuesto a gobernar para todos los argentinos. A lo sumo ha derramado vino garnacha en los brindis soterrados, en las cocinas donde la heladera oxidada tiene pegadas las calcomanías del Pocho montado en el Manchado y la Santa Evita con la estola de visón.

Dardo teme que la muerte de Aramburu sea explotada por la reacción y me propone crear comandos peronistas de autodefensa. Estoy completamente de acuerdo. Comenzamos prácticas militares. El flaco es un excelente instructor y no tardo en repasar lo que aprendí en dos años de colimba en la Infantería de Marina.

Sin embargo, quien me revelará el sentido último de este episodio no será Dardo ni ningún otro compañero peronista, sino mi viejo, el Gato Bonasso. Que ha sido trotskista y practicó el “entrismo” en el Partido Socialista que recetaba el viejo Lev Davidovich Bronstein a sus seguidores, pero no milita desde hace muchos años. El viejo (al que ese Perón con el que buscaba un diálogo mandó tres meses en cana durante la segunda presidencia) atraviesa un período de escepticismo y cabronismo personal que me ha llevado a sostener con él (y en gran medida con la vieja) agrias discusiones. Lecturas favoritas de su período azul: Heidegger, Cioran (“el pueblo es un niño robusto y malicioso”), Nietzsche (*El origen de la tragedia*). En Economía, el viejo cabrón de Federico Pinedo. Taras de socialista como le digo yo, cagándome en el fabiano, vegetariano, descafeinado Juan B. Justo, a quien Vladimir Ilich hizo pelota en una reunión de la socialdemocracia. De todos modos, debo reconocer que el Gato manya (conozco a pocos que hayan avanzado como él por el territorio pedregoso de la *Fenomenología del Espíritu*). Y tal vez por eso me gana en el análisis con la vieja pregunta: ¿quién salió ganando?

Es evidente que Onganía no, porque su colega el general Alejandro Lanusse lo sacó de una patada en el culo, cuando insinuó que pretendía eternizarse en el sillón como Franco. Es evidente que los militares como corporación tampoco, porque ahora deben anunciar, sin más dilaciones, la famosa apertura electoral y corren el riesgo de tener que replegarse en forma desordenada. Es evidente que el *establishment* tampoco, porque perdió a una figura aglutinadora, que había pulido sus perfiles sanguinarios y componía la imagen de un abuelo tolerante y democrático.

Por ahora no tienen una figurita de recambio.

En cambio, sí ganaron las fuerzas opuestas a la dictadura militar. Sí ganaron esos revolucionarios desconocido^ que han empezado a ser mirados como Robín Hood en los barrios marginales. Sí ganó el Viejo astuto que mira la partida desde la quinta “17 de Octubre”, en la señorial Puerta de Hierro de Madrid.

—No hay nada que hacerle, chiquito, no le des más vueltas... —sostiene el Gato, apagando un pucho—. Lo mató la izquierda peronista. Que quiere convertir al peronismo en un 26 de Julio, a la cubana.

TRAIDORES DE CLASE

(Setiembre-octubre de 1970)

Días jodidos, negros. En lo personal y en lo político. Al Gato un especialista de piel le diagnosticó un lentigo de Hutchinson y lo operaron. Con Silvia fuimos a llevar tejidos al patólogo para la biopsia y fue muy angustioso para los dos. Ella perdió a su padre en 1958 (por un cáncer de pulmón con metástasis en cerebro) y al año su madre tuvo que ser operada (exitosamente) de un adenocarcinoma en el intestino. En el camino al patólogo, mi mujer trata de tranquilizarme con una obsesión que le ha entrado: el especialista habría “inflado” la gravedad para operarlo al viejo. También me cuenta lo que antes no me había dicho: que en su pesquisa para determinar cuán grave era lo de mi padre, llamó al hermanastro del viejo, Alberto Pelicano, que es médico clínico, y mi tiasstro la trató muy mal. Aunque de chico le tenía afecto, ahora me dan ganas de llamarlo y mandarlo al carajo. Porque además, por si fuera poco, es otro gorilón que en 1955, a instancias de Molinari y el Capitán Gandhi, le hizo la autopsia a Juan Duarte. Y la calavera que él exhumó de la tumba familiar anduvo durante meses en el estante de una biblioteca del Congreso, donde Gandhi y Molinari (confirmando la necrofilia gorila) la exhibieron para causarle espanto a Héctor Cámpora, que había sido gran amigo de Duarte.

El 7 de setiembre pasado cayeron acribillados, en una pizzería de William Morris, Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, dos jefes montoneros a los que venían buscando desde los episodios de La Calera y el posterior hallazgo del cadáver de Aramburu en Timote, en el pequeño campo de la familia Ramus. Otros combatientes lograron huir de lo que pareciera ser una encerrona, aunque muchos compañeros insistan en que no se trató de una operación de inteligencia, sino de una denuncia fortuita ante un grupo sospechoso.

Mi viejo tenía razón respecto a la filiación ideológica de los Montoneros y el que me lo confirmó ayer es el cura Carlitos Mugica, uno de los personajes más destacados del extraño *combo* que se fue conformando en las oficinas de la revista *Extra*. Mugica, que tiene 40 años, conoce bien a esos muchachitos de 22 y 23, que fundaron Montoneros, porque hace seis años fue instructor de todos ellos en la Juventud Estudiantil Católica (JEC).



El proceso revolucionario generó curiosas metamorfosis. Hubo "traidores de clase" como el cura Carlitos Mugica y el "Hippie" Juan Carlos Alsogaray. Dos hijos rebeldes de familias "bien". Abajo: Alsogaray padre pasa revista



Caminábamos ayer a la tarde por la afrancesada calle Copérnico, en las cercanías del piso de su padre, el dirigente conservador que fue canciller de Frondizi, y de pronto el cura detuvo abruptamente la marcha, invirtió la lógica sacerdotal y me soltó una inesperada confesión:

—Yo debería estar en Montoneros, porque me sigo sintiendo responsable del camino que tomaron estos chicos. ¿Te das cuenta? Yo los formé en aquellas excursiones del scoutismo católico, yo los llevé a la Villa de Retiro, para que vieran de cerca cómo vivían sus hermanos...

Se detuvo en la esquina y me dijo muy serio:

—Pero no puedo estar ahí y por eso me separé de ellos hace tiempo, porque yo estoy dispuesto a que me maten, pero no estoy dispuesto a matar...

No debe ser lo que piensan los hombres de la División Investigaciones Policiales Antidemocráticas (DIPA) y Coordinación Federal (“Coordina”), que lo vieron celebrar misa en el entierro de Abal Medina y Ramus. Ni los fotógrafos de la SIDE que lo deben haber escrachado junto a ese otro cura irreverente, el antiguo confesor de Evita, Hernán Benítez (que en su casa de Florida —Mugica *dixit*— tiene en la sala un busto de Eva Perón junto a un óleo del Che).

Los dos curas se la juegan. El cementerio hierve de obvios espías con anteojos negros, cuando Juan Manuel Abal Medina, que se ha destacado en el nacionalismo católico y es dos años mayor que su hermano Fernando, concluye su elegía: “Frente a la Argentina melancólica de ahora, estos cuerpos —montoneros de la ciudad terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celeste— representan la Argentina prometida, que Dios quiso que naciera al calor de su coraje y su silencio”.

Y lo importante es que no están solos: hay intelectuales como don Arturo Jauretche, sindicalistas como Miguel Gazzera, militantes de Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN), que conduce un chico Galimberti y, según los propios cálculos policiales, unas tres mil personas; que en semejante entierro y con los tiempos que corren, son muchas personas.

Algún compañero de la izquierda podría decir que hay una cierta resonancia “josé-antoniana” en el discurso del hermano de Fernando, pero los muchachos de Coordina no coinciden, porque la misma noche del entierro metieron una bomba en la casa de Juan Manuel Abal Medina.

(Octubre, noviembre de 1970)

Cambió el viento: el análisis patológico del lentigo muestra que no hay que temer por la salud del Gato, que luce muy sano, pero insiste en reivindicar al especialista que lo operó y en magnificar el peligro que corrió. Doña Carmen y Silvia

lo miran con una cruz de maternal benevolencia e ironía.

La primavera sube y baja, algunos días deja su lugar a un invierno que no se quiere ir o avanza decididamente hacia la canícula que padeceremos en el verano.

Después de *Extra* y tras un breve interregno haciendo suplementos no políticos para la revista *Gente*, estoy metido en *Semana Gráfica* con un personaje arquetípico de estos días: Enrique "Jarito" Walker. Un clásico anglo, pelirrojo y pecoso, de sonrisa y dientes generosos, que hace cinco años creó *Gente*, cuando era un chico talentoso y reaccionario. Ahora sigue siendo talentoso, pero se ha radicalizado con una intensidad y un principismo que a su primo político, Néstor Barreiro, le hacen temer por la continuidad de nuestros puestos en Editorial Abril. Jarito es valiente, hiperkinético y muy creativo, pero también es terco y frontal como una muía.

Gracias a *Semana Gráfica* y la locura de su director he podido vivir una experiencia única: estar con Salvador Allende, en su casa de Tomás Moro, en el momento mismo en que lo elegía el Congreso Pleno. Fue una cobertura especial en la que llevé al político democristiano Horacio Sueldo para que entrevistara a la DC que se iba y al psicoanalista y escritor Emilio Rodríguez para retratar la euforia popular después de ese aldabonazo de tiniebla que fue el asesinato del general legalista René Schneider.

Cuando dejamos a Don Salvador en paz, con sus hijas y sus amigos íntimos, me pregunté si podría durar esa "vía chilena al socialismo", pacífica y democrática. Los chilenos dicen que sí, porque sus militares llevan 150 años respetando la Constitución, pero yo (tal vez por ser argentino), tengo serias dudas y no logro asimilar la escena que mostró la tele: el besamanos de los cuatro comandantes en Tomás Moro, en ese mismo despacho donde entrevistamos al Chicho, coronado por una foto del Che Guevara, dedicada, que a los de gorra debe darles bien en las bolas.

De regreso de Santiago, retomo mis encuentros matinales con Mugica, en el café Blasón de Pueyrredón y Las Heras. A los dos nos queda bien. Él vive en el mismo edificio bienudo que sus padres, pero en la terraza. En una prefabricada de madera, de un solo cuarto, entre las chimeneas y los tanques de agua, de los palacetes de la zona. La pequeña vivienda superpuesta rinde culto a su ascetismo y a cierta bohemia pop que uno jamás hubiera imaginado en un sacerdote que se toma muy en serio su sacerdocio. Para joderlo, la primera vez que me lleva a la azotea, le digo que es un hipócrita y debería decidirse: o baja definitivamente al lujoso piso de sus padres (donde suele cenar) o se queda en una tapera de la Villa de Retiro. Me da tantas explicaciones, con tal humildad, que me arrepiento del chiste.

También lo jodo, con toda maldad, con el tema de las minas. Aunque un poco petiso, Carlitos es lo que los estándares locales consideran un buen mozo: rubio, de ojos celestes, con facciones varoniles bastante proporcionadas y dos comisuras muy marcadas que le dan un cierto aire de *cowboy*. Según mi mujer, el cura cuida coquetamente su apariencia. Debajo de la campera negra, suele llevar un *clergyman* impecable, como los pantalones negros. En la Villa de Retiro, en las inmediaciones de

su capilla Cristo Obrero, he visto a más de una joven militante que le coquetea. El — dicen los que lo conocen mejor — suele ceder a la tentación del escarceo, pero nunca se permite ni les permite pasar a mayores. Es que el tipo, aunque sea informal, peronista, canchero, devoto de Fidel y el Che, más demagogo que un jesuita, es en el fondo muy cura. Es un sacerdote “del Tercer Mundo”, pero es ritualmente un sacerdote. Sabe que la Iglesia es la Gran Prostituta de San Agustín pero se siente un hombre de la Iglesia. Vive la tensión de pertenecer a una época libertaria (a la que llega a tiempo con sus cuarenta años) y de ser a fondo y para siempre un cura respetuoso del dogma. Por eso se enoja con monseñor Jerónimo Podestá, que ha dejado de ser obispo para casarse con Clelia, su ex secretaria, la mujer que ama. “Nos jodió a todos”, dice. “Hay que mantener el celibato”.

Igual le pasa con la trascendencia. Una noche, sentados en los sillones fraileros de Barrientos, mientras Silvia y los chicos duermen, me pregunta si creo en Dios y en la vida eterna. Le cuento que perdí la fe a los quince años y pienso que es tan irrecuperable como la virginidad. Sacude la cabeza con profunda compasión:

— ¿Entonces vos pensás que después de la muerte se acaba todo?

— Sí —le digo, tomando un sorbo de vino—. Se acaba todo.

Me contempla con infinita dulzura, pero hay cierta rabia en sus labios fruncidos.

— ¿Y cómo podés vivir pensando que todo se acaba? ¿No te parece absurda la existencia si todo se acaba?

— Es absurda, Carlitos.

— Vos sabés que no, si no, no estarías luchando por tus hermanos.

— No lucho por ningún cielo. Lucho porque no me banco la injusticia y la prepotencia de los de arriba.

Frunce el entrecejo y él también se consuela del abismo existencial que tengo por delante, tomándose una copa de vino.

Por suerte no siempre hablamos de la vida eterna. Carlos es un extraordinario narrador con muchas historias en las alforjas.

Me habla del mayo francés, que vivió en París junto a su gran amigo, el “Hippie” Juan Carlos Alsogaray y su mujer Cecilia Taiana. Con ellos ha compartido otros días y noches de juventud y fermento revolucionario, en el estudio que habitan en el 12 de la rué Bellay, en la Isla de San Luis, rodeados por las aguas aceitunadas del Sena y las gorgonas de Notre Dame. Juan Carlos es otro “traidor de clase” como Carlitos: hijo del general Julio Alsogaray, que fue hasta hace poco comandante en jefe del Ejército, y sobrino del “Chancho” Álvaro, el ministro de Economía que nos envió a

los argentinos a “pasar el invierno”, mientras él se enriqueció al calor de ese Estado que propone destruir.

Juan Carlos ha provocado el duelo de su familia al irse a vivir “en unión libre” con la hija del médico peronista Jorge Taiana y ponerse a estudiar nada menos que sociología. Materia perversa si las hay, aunque la curse en las prestigiosas aulas de la Sorbona. O de la Ecole Normale Supérieure, donde alumnas y alumnos (pobre general Alsogaray si se enterara) fornican alegremente en el fondo del aula mientras en el frente dicta clase Louis Althusser.

Y es por allí, por la rué des Ecoles, que me imagino a estos dos hijos descarriados de la oligarquía. Discutiendo sobre Marcuse, el concierto de los Rolling Stones en Hyde Park, los cambios en el Concilio Vaticano II. Los veo corriendo de los policías en las calles del París sublevado, preguntándose, entre carros hidrantes y gases lacrimógenos, si algún día en algún lugar la imaginación llegará al poder, como lo proclaman las pintadas de los universitarios. Con ganas, como cualquiera de nosotros, de largar las charlas de café y salir de una buena vez a cambiar este mundo cruel y estúpido.

LOS ALSOGARAY Y LA FOTO QUE NO FUE

(Regreso con Carlos Mugica al año de gracia de 1968)

La foto que no fue hubiera sido (de haber sido) la síntesis gráfica más desopilante y significativa de la Argentina de 1968. Hubiera mostrado al Comandante en Jefe del Ejército Julio Alsogaray, vestido con su uniforme de teniente general, abrazando a un hippie robusto, de lengua melena rubia y barbas de profeta, vestido con un bluyín deslavado y una insoportable campera de mezclilla, al pie de un avión procedente de París. Pero la instantánea no pudo ser lograda, porque el teniente general Alsogaray advirtió a tiempo la presencia del fotógrafo que rondaba por la pista de Ezeiza y fue girando en el abrazo de manera de quedar siempre escondido detrás de su fornido hijo Juan Carlos, que se doblaba de risa con el ballet chaplinesco de su encumbrado padre.

El atribulado general había perdido por un instante su gravedad y su empaque y en esos segundos de adrenalina y sudor debió imaginar lo que podría llegar a decir el señor presidente, el taciturno general Juan Carlos Onganía, si la foto aparecía en los diarios rompiendo la siesta de plomo de la dictadura. El temor y el estupor habían comenzado unos segundos antes, cuando divisó a su hijo en la portezuela del avión y descubrió que ya no era el mismo que un año antes había marchado a la Sorbona a completar sus estudios de sociología. Intuyó —sin atreverse a llegar a fondo— que la metamorfosis indumentaria y capilar era la expresión formal de cambios internos mucho más inquietantes y quedó literalmente paralizado al verlo descender sonriente la escalerilla, avanzando inexorablemente hacia él. Luego el cariño pudo más y lo abrazó, advirtiendo en ese mismo momento que un perverso fotógrafo había brotado del áspero pavimento de la pista y los estaba enfocando. Sin dudar, usó las anchas espaldas de su hijo como escudo.

A pocos pasos de distancia y correctamente trajeado, Julio, el hijo mayor del general, observaba divertido el extraño tango que bailaba su padre con su hermano menor. Más formal, enrolado en prudentes estudios de administración de empresas en la Universidad Católica Argentina, el primogénito —al menos— parecía a salvo de peligrosas mutaciones. Pero era sólo una apariencia; en realidad estaba apenas rezagado en el camino hacia la radicalización ideológica que su hermano más chico transitó a toda velocidad. Porque Juan Carlos (Lalito) ya era —a sus 22 años— lo que el general Alsogaray y su hermano Álvaro más odiaban y temían sobre la Tierra: un marxista leninista plenamente convencido.

Álvaro, funcionario de todos los gobiernos (civiles y militares), es el principal ideólogo de la destrucción de un Estado que, paradójicamente, le ha redituado pingües beneficios. Además, es un botón: un año antes del pintoresco desembarco de su sobrino contestatario, cuando era embajador en Washington, proporcionó a la CIA

las huellas dactilares y los datos de filiación de un compatriota llamado Ernesto Guevara, que poco después sería capturado y asesinado en Bolivia. Más astuto que su hermano Julio, aprovechó su parentesco carnal con el Comandante en Jefe para influir sobre la política económica de la dictadura militar que padecemos. Y, por suerte para él, no tiene con su prole los mismos problemas que el general: su hijo Alvarito es una sombra despersonalizada del Ingeniero y su hija María Julia (la favorita) promete seguir los pasos de papá, como ingeniera y como política.

¿Por qué Juan Carlos rompió el molde familiar y se ha colocado en las antípodas de ese padre al que, sin embargo, quiere? Hay más de una respuesta para esa pregunta. Hoy podemos ver muchos ejemplos similares. En rigor, nos hemos ubicado en la vereda de enfrente de la generación anterior, que es “democrática” a la ateniense: excluyendo a los ilotas. Es decir, a los peronachos y los comunistas.

¿Cuándo y cómo se operó la transformación del joven Alsogaray? Según el cura Mugica, los primeros años no auguraban semejante salto. Julio y Juan Carlos vivían entonces a la sombra de su padre, que era bien milico. En 1951, el progenitor se sumó a la conspiración del general Benjamín Menéndez contra Perón y terminó preso en Rawson, junto con Alejandro Lanusse y otros conspiradores, que recién serían liberados y ascendidos cuatro años después, cuando triunfó la llamada “Revolución Libertadora”.

En esos años, Julio se quedó en Buenos Aires con su abuela Julia Bosch, suiza, calvinista y consentidora de sus nietos. Juan Carlos, como era más chico, permaneció largas temporadas en el sur junto a su madre, Zulema Legorburo. En aquella época solían pasar los fines de semana en la casa del tío Álvaro, en la avenida Forest, donde jugaban con los primos más chicos. La prima mayor, María Julia, les daba poca bolilla y a ellos les parecía una niña gordita, déspota y mal criada. En tiempos de Frondizi, cuando Álvaro Alsogaray era ministro de Economía, su hermano Julio fue enviado como agregado militar a México y los chicos viajaron a la ciudad de los volcanes.

De regreso siguieron sus estudios secundarios en el muy católico colegio Esquiú (a pesar de que el general, hijo de madre protestante, se había bautizado recién al ingresar al Colegio Militar). También Juan Carlos quiso entrar al Colegio Militar, pero fue rebotado por sus problemas de vista. Vivían entonces en un amplio y cómodo departamento en la calle Aráoz, entre Juncal y French; en uno de esos edificios-ghetto al que son tan aficionados los militares.

Al acercarse a sus veinte años, Juan Carlos todavía frecuentaba el Círculo Militar de Olivos, donde se ganó una merecida fama de Don Juan. Era apuesto, muy seductor y portaba un apellido con trescientos años de antigüedad en el país. Las leyendas de la época pretenden, incluso, que tuvo un romance con la actriz Graciela Borges.

Sin embargo, algo habría en sus genes, en su conciencia y en este inasible espíritu de nuestra época, que lo llevó a la primera ruptura con un destino preestablecido, cuando se metió a estudiar sociología, una peligrosa novedad para los

muchachos de su clase. Acaso pesara el recuerdo rebelde del tatarabuelo Álvaro José Alsogaray, coronel de marina y jefe de una de las tres baterías que tenía el general Lucio Norberto Mansilla en la Vuelta de Obligado. Donde este coronel Alsogaray, enrolado en el bando “nacional” y no “liberal” como el General y el Chanco, empuñó hasta el fondo una botella de ginebra y disparó el último cañonazo contra la armada franco-inglesa.

La cosa es que el general Julio Alsogaray aceptó a regañadientes la decisión del hijo menor y tal vez se consoló pensando que estudiaría en la UCA, una universidad conservadora que conduce el preconciliar monseñor Octavio Derisi. Salvo que la cátedra de sociología estaba en manos de José Enrique Miguens y pronto, profesor y alumnos, entraron en colisión con el ultramontano Derisi. Juan Carlos intentó seguir sus estudios en Chile, pero no logró lo que esperaba y regresó a Buenos Aires, para marchar pronto a la Sorbona con su novia, Cecilia Taiana.

Lo que obligaría más tarde a tensos conciliábulos familiares entre el general Alsogaray y el cirujano peronista Jorge Taiana. Dos hombres que cultivan la cortesía, pero están en trincheras enfrentadas. Y ahora, de remate, la oveja negra de la familia regresaba al país con esa facha impresentable.

Aunque Mugica no cree que es el remate, sino el comienzo. Por lo que sugiere y no quiere decir, sospecho que Juan Carlos no es simplemente un hippie, sino algo infinitamente más peligroso, que se cocinó en los fuegos del mayo francés: un guerrillero en ciernes.

NOTAS Y GARABATOS

(Anotaciones sin fecha encontradas en la libreta del año 70. Correspondientes probablemente a fines de ese año o comienzos del 71)

Habría que realizar acciones humorísticas, como las que llevan a cabo los Tupamaros dejando en ridículo a figuras del régimen, como el tipo ese de la empresa de teléfonos Ulises Pereira Reverbel (¿no es así que se llama?). Por ejemplo: el Comando Pepe Biondi de Revolución Peronista detiene al Chanco Alsogaray a la salida del Jockey Club y en la misma camioneta en que lo lleva detenido procede a desnudarlo, pintarle con brea los rollos, pegarle plumas y arrojarlo en un lugar céntrico.

Puede ser Florida y Diagonal Norte, porque la gente se junta a leer la cartelera de *La Nación*.

El lema de los hippies es boludo. ¿Por qué optar? "Make love *and* war". La guerra es afrodisíaca. Y también el amor (valga la tautología) es afrodisíaco. Hace tanto calor que todo es afrodisíaco en esta ciudad.

Dardo me acompañó a la armería a comprarme la Bersa calibre 22 que puedo tener legalmente a mi nombre. Hasta calibre 32 no hay problemas. Pero el calibre 22 me gusta más. Claro, con balas de punta hueca. El Flaco conserva en su casita de Belgrano un extraño aparato, una rareza: una Ballester Molina, igualita a la 45, pero calibre 22. Le digo: "Sí, pero cualquier tipo que sabe se da cuenta". Y me contesta: "No seas boludo: si en medio de la noche te aprietan con un fierro así no te vas a agachar para mirar de qué tamaño tiene el agujerito".

Dardo es cómico. Me dice: "Vos sos un tipo demasiado delicado y amable para ser un buen peronista. Hablás y te sonreís como pidiendo disculpas a cada rato. Hasta que no seas más bestia no vas a ser un buen peronista". Le digo que tiene mala memoria y le recuerdo lo que pasó cuando cayó Onganía y fuimos a Plaza de Mayo a simular que cubríamos la nota como periodistas. La policía intentó detener a unos chicos de la Juventud Peronista y nosotros nos olvidamos de que estábamos allí como periodistas y nos tiramos encima de los tipos, haciendo quilombo, para evitar que se los llevaran detenidos. Mientras él forcejeaba con un cana joven, yo elegí al comisario que dirigía el procedimiento y tenía en la mano una 45; me escondí detrás de otro que protestaba y, sin que el tipo pudiera verme, le pegué semejante tortazo en la mandíbula que se le cayó la 45 y soltó al compañero de la JP. Por la noche ese mismo comisario quiso llevarse detenida a María Cristina, la mujer de Dardo, y yo me presenté con la vieja credencial de jefe de redacción de *Extra* para decir que la soltara porque trabajaba "a mis órdenes". Estuve enérgico y duro, pero en el fondo tenía cagazo de que el tipo se avivara que yo era el que le había pegado cinco horas antes. El comisario, por suerte, no me reconoció, pero el que sí me vio y me lo comentó más

tarde fue el estimado colega Julio Algañaraz.

“Tenés razón –dice Dardo– me había olvidado de ese episodio”. Aunque, para no dar el brazo a torcer, añade: “pero vas a tener que seguir entrenándote”.

Una semana después me lleva como su pollo oculto a una asamblea que pretende romper. Antes de entrar me instruye: –Cuando yo diga “No es esto lo que quiere el General de nosotros”, vos elegís a uno de ellos (no te confundas) y le pegás una piña. Sí, una piña. A uno cualquiera.

Entramos al local que huele a faso y a pata. Antes de que Dardo me dé el pie, elijo a un tipo más bien petiso y delgadito (debo admitirlo). Viene la frase previamente estipulada y lo surto al petisito. ¡Para qué lo habré hecho! Se arma un quilombo de ordago. La reunión se rompe, como quería Dardo, pero sobre nuestras costillas. Salimos cagando y escuchamos, a nuestras espaldas, los primeros tiros.

No es fácil ser peronista en este país. Mucha gente lo ve mal. Especialmente en ciertos círculos. A veces me acuerdo de una película que vi de chico en la que Gregory Peck hacía el papel de un periodista que quiere vivir y transmitir lo que era el antisemitismo en la sociedad norteamericana y se convierte al judaísmo. El resultado obvio es que todo el mundo lo margina y lo rechaza (excepto el productor de la película que era Samuel Goldwyn). Bueno, ahora, yo soy el judío aunque nadie me produzca. Las otras noches fuimos con Silvia a lo de Héctor y Alicia y me enzarqué en una violenta discusión con Beatriz Guido que es una señora bastante gorda y debe considerar muy *chic* ser incluso comunista, pero jamás “esa cosa”. Su marido, el famoso cineasta Leopoldo Torre Nilsson, trató de poner paños tibios con gran cortesía. Pero la Beatriz –a quien Arturo Jauretche ha definido como la esencia del “medio pelo” – parecía dispuesta a empalarme. Sorpresivamente, el propio Héctor perdió los estribos y me regañó: “Ya me tenés hartos con tu peronismo”.

Algo muy jodido se cocina en este país militarizado. Y no es la apertura política ciertamente. Secuestraron al abogado Néstor Martins y su cliente Nildo Zenteno y no aparecieron más. (¿Qué es esto? ¿Qué significa esta técnica terrible que ya usaron en el pasado con Felipe Valiese? ¿A qué lugares tenebrosos los llevan?) El hijo de Lili Mazaferro cayó combatiendo en Rincón de Milberg. Lili lo lloró y se puso a militar. La quiero a la Lili y recuerdo nuestros años frívolos. Pero un hijo...

EL LE MONDE DE TIMERMAN

(Marzo-abril de 1971)

Estoy contento, por primera vez en mi ya dilatada carrera periodística voy a trabajar en un diario. Y en un diario que, además, se autodefine como el *Le Monde* argentino. Por si fuera poco voy en el convoy de los fundadores, a vivir la experiencia desde el arranque. Al comienzo tuve dudas de meterme porque Jacobo Timerman dista de ser un periodista transparente. Ha hecho grandes negocios con el frondicismo, con el Cadete Güiraldes, etc. Se especializa en crear medios piolas (*Primera Plana*, *Confirmado*) y después venderlos. Más grave aún es que *Primera Plana* – que indiscutiblemente revolucionó el periodismo local – también le hizo el juego al golpismo militar. Todo esto sin olvidar su confesado sionismo.

Dos consejeros me ayudaron a tomar la decisión: mi viejo y Dardo. Papá lo tuvo como subordinado en France Presse (allá por los cincuenta) y luego trabajó a sus órdenes cuando Jacoby reflató *El Mundo* y lo puso a Jacobo de mandamás. A pesar de que mi viejo lo había puteado en France Presse, Timerman lo llamó y lo nombró jefe de corresponsales con base en Londres. O sea que en lo personal puede tener un gesto desagradable pero tal vez no es un cabrón.

Dardo fue más drástico, como suele ser él: “Todos los patrones periodísticos son intrínsecamente hijos de puta; si vos te mantenés fiel a tus convicciones, podés jugar ahí un gran papel. No sólo por lo que escribas sino por las cosas que te enteres... ¿me entendés? Y si no, ¿qué vas a hacer, quedarte en Abril, acaso los Civita son mejores?”. Le entendí perfectamente y me dije: “Este guacho se enganchó con una orga y me quiere reclutar para que haga inteligencia. ¿Y qué mejor lugar que ese diario que van a leer todos los que cortan el bacalao?”.

El, por su parte, está metido en *Nuevo Hombre*, donde lo enchufó el loco genial de Jarito Walker. Ahí coincide con Alicia Eguren y otros compañeros. Es una publicación interesante que en cualquier momento es barrida por la censura. Curiosamente la financia el mismo tipo que le dio los avales a Jacobo para sacar *La Opinión*, David “Dudi” Graiver, el banquero platense que se ha casado con la ex mujer de Jarito, Lidia Papaleo.

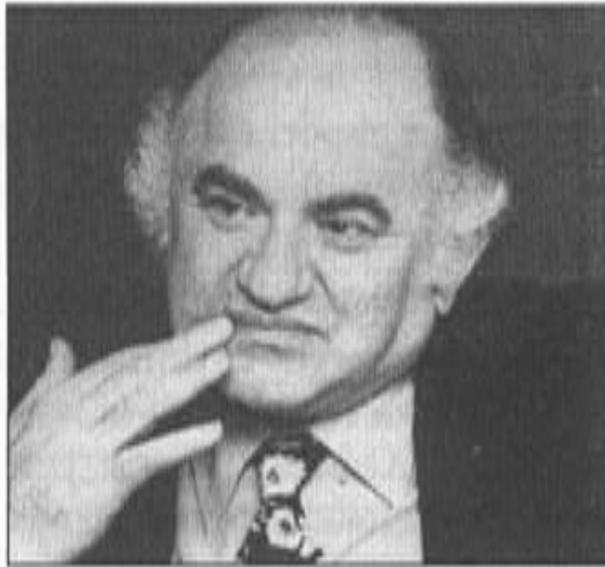
Graiver, un gordito de poblada barba negra y ojos astutos, parece que juega en varios tableros a la vez: labura con el gorila del ex capitán de navío Francisco Manrique en el Ministerio de Bienestar Social; conduce las huestes de la Federación Económica en la provincia de Buenos Aires y, según Luisito Guagnini, también le hace favores al Mossad.

“Los mejores diarios de derecha se hacen con periodistas de izquierda”, suele decir Jacobo cuando almuerza con los futuros anunciantes y todos se ríen. Pero la

verdad es que la planta profesional –de inmejorable calidad, por cierto– parece la Cuarta o, si te descuidás, la Quinta Internacional. Los más profesionales (que son los gemelos Julio y Juan Carlos Algañaraz) tienen de todos modos un pasado en la izquierda peronista. Julio es subdirector y Juan Carlos maneja la sección internacional. El jefe de Cultura es nada menos que el poeta Juan Gelman, a quien el Che nombra en su diario. Su segundo, otro poeta con olor a pólvora: Francisco Reinaldo “Paco” Urondo. Como jefe de Información hay un petisito pelado, morocho, de bigote negro que no sólo tiene pinta de terrorista, sino que fue el primer preso Conintes de la Resistencia Peronista: Carlos Alberto “Quito” Burgos, ex compañero de celda de Dardo y Armando, que se peleaban con él porque les parecía muy procubano. Y lo era, claro.

El jefe de Política es Horacio Verbitsky, uno de los periodistas más precoces y filosos de este país, que fue secretario general del diario frondicista *El Nacional* a los 21 años. Allí se ganó a pulso el pseudónimo que conserva: “el Perro”. Nadie dice mucho en qué anda hoy en día, pero no cuesta imaginar que el Perro milita en la franja más izquierdista y dura del peronismo. En todas las secciones hay segundos de lujo, como el “Moro” Edgardo Da Mommio, de gran experiencia en Internacional. El único jefe de sección que podría ser tolerado por el *establishment* es el de Economía, Jorge Riaboi que, de todas maneras, pasó en sus días mozos por la Federación Juvenil Comunista. Entre los columnistas hay un muchacho con cara roja de manzanita, que viene del desarrollismo, pero se ha ido radicalizando. Escribe bien, tiene una muy buena cultura política y Jacobo le asigna un gran futuro. Su nombre: Rodolfo Terragno.

En el medio de la amplia y cómoda redacción (insólitamente alfombrada para que los genios se sientan cómodos) se ubica un hombre de ancho belfo y gruesos anteojos, que tiene gelinita en su pincel de caricaturista: el uruguayo ácrata Hermenegildo “Menchi” Sabat, cuyos retratos implacables serán la única excepción en un diseño que sólo juega con la tipografía.



Dos extraños personajes crearon *La Opinión*, ese brillante organizador periodístico que fue Jacobo Timerman, para quien "los mejores diarios de derecha se hacen con periodistas de izquierda", y el banquero David "Dudi" Graiver, que jugaba en varios tableros a la vez.

La compañera de Rodolfo Walsh, Lilia, se encarga del archivo.

El diario no tiene taller propio, ni piensa usar fotos (como *Le Mondé*), quiere poner el acento en algo que hoy no existe en el periodismo argentino: información jerarquizada y contextualizada, con alto nivel de interpretación a cargo de primeras espadas. Como dice Jacobo: “La primera de *La Opinión* debe parecer hecha en Marte por su diferencia absoluta con los otros diarios, que son todos fascistas. Pero, al mismo tiempo, tiene que quedarle claro a nuestros lectores que lo que no figura en nuestra primera no está en la realidad. Simplemente no existe”.

Sin duda, es el seleccionado nacional. Una constelación de figuras, muy experimentadas, al lado de las cuales me siento, a la vez, orgulloso y cohibido. No tengo experiencia en materia de periodismo diario (siempre fui revistero) y me ha tocado una sección complicada, Información General. Que es, por descarte, lo que no es Política, Internacionales, Economía, Cultura, Artes y Espectáculos o Deportes. Juan Carlos Algañaraz, que me ha bautizado “Cogote” por la generosa circunferencia de mi cuello, se suele reír cuando imito a Hamlet con una nota en cada mano para abrir la página y le planteo mi duda: “Sex or pollution?”.

Timerman es indiscutiblemente un cabrón, pero un cabrón genial. Físicamente resulta, a la vez, escandalosamente feo e imponente. Es alto, canoso, con una melena enrulada que le rodea la coronilla calva, viste invariablemente un *blazer* negro y camina entre los escritorios con un puro colgando de los labios despectivos, como un Citizen Kane del subdesarrollo.

Los otros días, en reunión de jefes, mientras preparábamos los números cero, Riaboi le pidió una página más para Economía y la respuesta, rápida, contundente, subrayada por las reminiscencias del yiddisch que hablaba en la infancia de Kiev, le cortó la cara:

– ¿Para qué quiere una página más, Riaboi, si éste es un país sin destino económico? ¿O no sabe que Argentina va a terminar siendo un pornoshop para brasileños?

(Otoño del 71)

La Opinión es un éxito y Dardo tenía razón: es también un atalaya privilegiado para enterarse de muchas cosas. Como lo suponía, no anduve en Información General y he pasado a ocupar dos o tres frentes que me interesan: las denuncias por violaciones a los derechos humanos (que Timerman deja hacer, hay que reconocerlo) y la información sobre el Partido Justicialista, que me viene al pelo. Hace poco tuve una gran satisfacción: el ministro del Interior, Arturo Mor Roig dijo que no había “presos políticos” en este país sino “delincuentes” condenados por secuestrar o matar y me tomé el trabajo de contradecirlo. El diario publicó un contundente suplemento de cuatro páginas, con la lista de todos los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional – es decir, presos sin causa abierta – que hay en todas las cárceles del país. La satisfacción fue cuando Rodolfo Walsh cayó por el diario a buscar a Lilia y me condecoró, con su estilo seco: “Lo que hiciste está muy bien periodísticamente y es muy útil políticamente”.

Lilia es una infatigable militante y nos fue afiliando a todos a la Asociación de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (ATPBA), que compite con el Sindicato de Prensa, que fue de izquierda y ahora está en manos de los fachos.

Se han creado dos agrupaciones peronistas del gremio de prensa: la 26 de Enero y la 26 de Julio. La 26 de Julio evoca, a la vez, la muerte de Evita y el asalto al cuartel Moneada en la dictadura de Batista; nuestro 26 de Enero es más críptico: alude al día de 1951 en que John William Cooke logró que la Cámara de Diputados votara la expropiación de *La Prensa*, el diario que junto a “la Embajada” conspiró contra el primer gobierno de Juan Perón. En la 26 de Enero militamos los peronistas más ortodoxos, por decirlo de alguna manera. La 26 de Julio pertenece al Peronismo de Base, el PB, vinculado a las FAP. Lilia y Rodolfo están en la 26 de Julio, igual que Quito. Nos chicaneamos y jodemos (nosotros los acusamos de “basistas” y ellos nos dicen “peronistas mogólicos”), pero hacemos muchas cosas juntos.

Con Quito somos muy amigos y hemos inventado un sistema para proteger compañeros que caen en las manos de Coordinación Federal, la feroz policía política de la dictadura. Cada vez que compañeros o abogados nos hacen llegar el nombre de alguien que han levantado de manera irregular y piensan torturar bestialmente durante días, llamamos a los de Coordina y preguntamos por el detenido. La respuesta invariable del que atiende es que no está autorizado para suministrar esa clase de información. Y, a veces, que la persona sobre la cual preguntamos no se encuentra en esa dependencia. Pero ya les queda claro el mensaje: sabemos que está ahí, cuidado con lo que le hacen.

Pienso, sin jactancia alguna, que uno de esos llamados pudo salvarle la vida al “Negro” Roberto Quieto, abogado, ex dirigente del Sindicato de Prensa, y, según algunos, jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Claro que para esas llamadas tomamos nuestras precauciones: hable Quito o hable yo, siempre nos presentamos como Rabufetti.

Se ve que les quedó, porque las otras noches hubo una llamada al diario y una voz anónima le dijo a la telefonista:

—Hablamos de MANO: diganlé a ese hijo de puta de Rabufetti que lo vamos a hacer mierda.

UN TAL CLARK KENT

(Invierno del 71)

. Hermenegildo Sabat me acerca su carota asombrada, de estudiantón crónico, mira en derredor a ver si algún botón infiltrado en la redacción puede escucharlo y comenta como si preguntara:

– ¿A vos te parece que la cosa es así?: de día sos ejecutivo en una gran trasnacional y a la tardecita, cuando salís de la planta, te metés en un zaguán, te sacás el perramus y los anteojos y te convertís en Superman...

Sonrío por cortesía y disimulo. Me pregunto por qué me lo dice a mí. Menchi tiene ojos grandes y una mirada de miope que no se compadece con su agudeza como caricaturista. El comentario me molesta porque alude a un hecho terrible y tardaré mucho tiempo en entender lo que quiere decirme este anarquista uruguayo que a veces parece extremadamente cándido y en otras destila una ironía implacable a la altura de sus dibujos.

Habla con aparente liviandad de un tema que también a él lo estremece: se ha encontrado el cadáver acribillado de Juan Pablo Maestre, secuestrado el día anterior con su esposa Mirta Missetich que parece haber desaparecido como Martins y Zenteno. Maestre era uno de los dirigentes de las FAR, la guerrilla guevarista que se sumó a las organizaciones armadas peronistas. El guerrillero asesinado trabajaba legalmente como jefe de ventas de la compañía Gillette, adonde la policía llamó para pedir su dirección particular. Con Paco Urondo fuimos al cementerio. Los tipos de la cana y la SIDE sacaban fotos. Cuando metieron el ataúd en el nicho, en esas siniestras bibliotecas de la Chacarita, la madre aulló de dolor, como si se lo arrancaran literalmente de las entrañas.

Menchi deja su interrogante flotando sobre mi Olivetti y se aleja, con su dibujo en la mano, hacia el escritorio del áspero Jacobo Timerman, “la rosita de Kiev” como lo llama Paco. Pienso que en esta noche de julio más de un Clark Kent saldrá de *La Opinión* y caminará por las calles del Bajo, buscando un zaguán propicio donde sacarse el perramus y los anteojos.

(Primavera del 71)

No soy miope, pero miro al personaje como si lo fuera. Escucho fascinado los relatos de Rodolfo Galimberti en ese café penumbroso de Chile y San José, donde el Loco se acomoda ostentosamente el 32 bajo el saco de tweed y traza un pronóstico sobre el porvenir de la guerra sucia en la Argentina que recuerda *La batalla de Argel*.

–Va a venir un tiempo muy pesado –dice, masticando la pipa–. En el que

van a despellejar gente y van a torturar a los hijos delante de los padres.

Tras el ventanal, el sol del mediodía enceguece la vereda donde deambulan las gentes del barrio, ajenas a esas mazmorras argelinas que sólo nos conciernen al Loco y a mí, pero también a mis hijos que están en el jardín de infantes y por fortuna no tienen sobre sus cabezas la 45 de un represor sino la mano delicada de la maestra. El Loco es un buen narrador y posee una indudable capacidad política que acaba de recibir su premio en Madrid donde el Viejo lo ha bendecido como dirigente juvenil con el "óleo sagrado de Samuel". Pero tiene una cuerda falsa que provoca las suspicacias de mi mujer; acaso su peinada a la gomina de caquero, su fanfarronería, su bien cortada campera negra, un cinismo precoz que no deja títere con cabeza y una capacidad para detectar las miserias de la gente que no se corresponde con sus 24 años. Que contrasta con sus apelaciones al heroísmo; a una exigencia de compromiso que súbitamente me tira a la cara:

—Me gustaría mucho que algún día dejes de ser un periodista que simpatiza con el peronismo revolucionario y te conviertas en un revolucionario. Te doy un año de plazo. En un año nos encontramos en este mismo café y si no diste el paso te trataré con la cortesía (pero también con el desprecio) que dedico a los periodistas profesionales.

Sonrío tímidamente y preservo la doble vida que rige bajo la dictadura de Lanusse. No le cuento, por ejemplo, lo que acaba de ocurrir, hace pocos días, en una casa deshabitada de Quilmes. Que piense lo que quiera.

Su cara alargada todavía está presente en los afiches policiales cuando T., un pariente de mi mujer que milita en la JP, me propone tener una reunión con él. T. y Silvia, mi esposa, le llevan algunos años. Lo conocieron cuando todos eran chicos y jugaban en El Manzanar, la finca de los padres del muchacho, en la provincia de Córdoba. Desde hace un año Carlos Capuano Martínez figura en los carteles del Caso Aramburu, junto con otros fundadores de Montoneros como Fernando Abal Medina, Mario Firmenich, Carlos Gustavo Ramus, José Sabino Navarro y Norma Arrostito. En los afiches hay cruces invisibles: Abal Medina y Ramus cayeron en William Morris; José Sabino Navarro fue abatido tras una cinematográfica persecución en las sierras de Córdoba. Los sobrevivientes saben que hay otras cruces invisibles para cada uno de ellos. Y según T., parecen aceptar su destino con la resignación de los cristianos primitivos. Haber secuestrado y ejecutado al ex dictador Aramburu, no les deja camino de retorno dentro del sistema.

—Carlitos lo sabe y no piensa entregarse vivo —dice T. —. Siempre lleva la "guacha" en una carterita negra de cuero.

T. lo ha visto varias veces y está sorprendido por la madurez política de este muchacho que no llega a los veintitrés años.

—No es un tira-tiros. Sabe que la Organización sólo puede crecer y llevar adelante su proyecto dentro del movimiento de masas.

El encuentro con Luisito (ése es su nombre de guerra) será dentro de dos días, en un lugar seguro que va tratar de conseguir el propio T. Nos despedimos con bromas que disimulan la ansiedad.

Con Silvia hemos hablado muchas veces del tema. A mi mujer también le han propuesto “encuadrarse” por su lado. Una chica que trabaja con ella en la Escuela de Cerámica y el marido. *Cristianuchis* que militan en una villa. Gentes sencillas, afables, que hablan en voz muy baja y tienen una escueta presencia física. Silvia pone reparos a nuestro encuadramiento en Montoneros. Que van más allá del temor por nuestras vidas y la de los chicos y tienen que ver con la claustrofobia que provocan en ciertos espíritus las sociedades secretas.

—Carlitos... —murmura. Y no logra descifrar el trayecto que va desde el pibe que veía jugar en el Manzanar al rostro alargado de los afiches policiales.

— ¿A qué hora es la cita? —aprueba. En el cuarto de al lado, Federico y Flavia duermen en sus camas de barco, protegidos por la jirafa Lola y el chimpancé con la banana.

T. ha conseguido un buen lugar. La casa de un cliente del estudio que tienen para la venta. Está deshabitada y vacía. Apenas han quedado sillas en la cocina donde ponemos agua para un mate. Media hora más tarde se escucha el ruido de un motor que se apaga y la puerta de un auto que se cierra. Suenan los timbrazos convenidos. Carlitos entra siguiendo a T. Es un muchacho delgado, con un rostro aún más alargado que el de los carteles callejeros. Con un bigote ralo que no cumple para nada la función de enmascararlo. Es simpático y abierto, como ha dicho T. La charla se da fácil y devora la mañana. Hablamos largamente de esa Organización que no conozco para nada y a la que me propone sumarme sin mayores formalidades. Sin ritos iniciáticos. A través de tareas a ir definiendo, que se enmarcan en una reflexión política antes que militar: consolidar la creciente influencia de Montoneros sobre la Juventud Peronista a través de una publicación. Un semanario.

Quedamos en vernos y se marcha antes que nosotros. Cuando salimos a la calle, nada ha cambiado en el paisaje del barrio. Sólo ha madurado la mañana. Pero me siento distinto. Comento con T. la favorable impresión que me ha producido Carlitos o mejor dicho, Luisito. En realidad todo ha cambiado. Ya no se trata de los pininos operativos de otras épocas, de la lucha sindical en el gremio de prensa, del trabajo político en los barrios. Luisito no me apretó como Galimberti, pero su delicadeza me sumerge de cabeza en el compromiso.

Por la tarde llego al diario y encuentro la redacción semivacía. Menchi Sabat trabaja sobre la mesa de dibujo y me saluda con una sonrisa intencionada, como si conociera mi secreto.

NOTAS

(Finales 71, comienzos 72)

La vida por Perón. ¿Estamos dispuestos a dar la vida por Perón? ¿Por *Perón*? ¿O por lo que representa Perón para el pueblo?

Cuando discuto en el diario con gorilas de izquierda asumo una ortodoxia total. Igual que con mis viejos, que le pegan duro. Especialmente mi vieja, que lo llama "picha fúnebre" por sus dos viudeces y su falta de hijos.

Cuando me abroquelo frente a las agresiones de los antiperonistas tiendo a negar lo indefendible de sus primeros gobiernos (por ejemplo: la firma del acta de Chapultepec, la arrugada frente a Milton Eisenhower o el contrato con la California) y a subrayar lo positivo: enfrentó al procónsul Spruille Braden; repartió la torta del ingreso en un cincuenta y cincuenta entre patronos y asalariados; nacionalizó los grandes recursos nacionales; incorporó a los trabajadores y las mujeres en la política nacional... Francamente no creo que eso sea fascismo, como califican los liberales a la europea.

En todo caso sería bonapartismo, como dicen los troskos. Pero del bueno. Del históricamente defendible. Si yo hubiera vivido a fines del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve, hubiera sido partidario de Bonaparte (ojo: no de su sobrino, *le petit*, el que dio pie a la frase de Marx: "en la historia lo que se da por primera vez como tragedia se repite como farsa". Porque al fin y al cabo, los soldados de Napoleón portaban en sus mochilas el virus de la revolución burguesa, más allá de los delirios imperiales del Corso. Además, ¿con quién ibas a estar en esa época si no estabas con Bonaparte? ¿Con la Santa Alianza?).

¿Era mejor el país anterior a Perón? ¿El país de las vacas gordas y los peones flacos? ¿El país del fraude electoral? ¿El de la colonia sometida a Gran Bretaña? ¿Ha sido mejor el país que lo sucedió después de la Libertadora? ¿El que está por explotar gracias a los gases que harán volar las alcantarillas?

También suelo disimular lo que en el fondo de mi conciencia me jode de su presente: que lo apoye en la CGT al petiso Rucci, que es burócrata y facho, que se haya casado con una mina como Isabel después de haber tenido una compañera como Evita. Que tenga un secretario privado mamarracho y policía como el mayordomo López Rega.

Pero defiendo su política pendular que va de izquierda a derecha y lo hago por varias razones:

Perón es el líder de la clase trabajadora real (la que eructa y va a la cancha), no

la ideal y libresca de la izquierda.

. Las luchas populares, dispersas, se unifican en su nombre y conducción, potenciándose.

Es un genio político que está haciendo retroceder la trampa de los militares. Del más astuto de los militares, el general Alejandro Lanusse, que quiere darle goma a los peronistas “malos” y meter a los “buenos” en el sistema, mediante el Gran Acuerdo Nacional (GAN).

Perón es proteico. O, directamente, Proteo.

Cada cual encuentra en él lo que quiere encontrar.

Lo que les ocurre a los católicos con el Papa. O con Dios mismo.

El liderazgo de masas es como la fe: el diálogo personal con el Padre Eterno. Cada peronista dialoga con su Dios y escucha lo que necesita oír.

Definición de John William Cooke sobre ese Viejo que alguna vez lo proclamó Delfín y luego lo desplazó (cito de memoria): “Perón es un líder nacionalista y progresista, un pre-marxista que nunca será obstáculo para que se lleve a cabo la liberación nacional y social de nuestro país”.

Dardo va mucho más lejos en su devoción filial por el General. Ha vuelto de Madrid más peronista que nunca, si tal cosa es posible. “Me abrazó –cuenta el Flaco–, me abrazó y me dijo: ‘Armando debe estar orgulloso de tener un hijo que sigue sus pasos’. Y yo lo miraba al Viejo querido, ahí, en el parque de la Quinta 17 de Octubre de Madrid, con las pecas de sus manos y las arrugas del cuello, y me decía: valieron la pena los años de cárcel, valieron la pena las torturas y la juventud de proscrito que viví (toda la vida que dejé de vivir) para recibir el abrazo y el cariño de un hombre que es la Historia encarnada.”



El juego pendular... El General apoyando simultáneamente a las formaciones especiales y al "Petiso" José Ignacio Rucci, a quien vemos con los militantes del fascista Movimiento Federal. A la

izquierda, arriba, otro jugador ambivalente: el penalista Isidro Ventura Mayoral, que defendía guerrilleros presos y conocidos contrabandistas como el Cacho Otero.



Hay otras miradas, claro. Y no de gorilas sino de viejos peronistas que a su turno recibieron una patada en el trasero propinada con los zapatos bicolors del General. O han entrevistado al hombre, con sus miserias, entre los pliegues de la estatua. Como su abogado, el penalista Isidoro Ventura Mayoral, que lo está limpiando de causas judiciales para que el Viejo pueda volver al país y armar el GQN (el Gran Quilombo Nacional).

Le critica que haya elegido como tierra de asilo la España de Franco, en vez de la Cuba de Castro que le propuso John William Cooke. Dice que es tacaño y cuenta una anécdota de la que aparentemente fue testigo: el Bebe Cooke le había llevado más de cien mil dólares en billetes y, mientras Perón los contaba, comentó: “¡Qué le parece, General! Es una buena suma para llevar a cabo ciertos planes de la Resistencia que teníamos parados”. Perón, según el penalista, se limitó a dirigirle una mirada oblicua sobre sus bifocales y luego bajó la vista para seguir contando la plata. “Creo que en ese preciso momento... –subraya Ventura Mayoral– ...decidió desplazar al Bebe como delegado”.

Ventura es duro en sus críticas políticas o ideológicas pero se cuida mucho de coincidir con los gorilas (a quienes detesta, por otra parte), en morbosas revisiones de la vida personal del Líder. Las otras tardes me contó, precisamente, que estaba por prescribir la famosa causa por estupro que le levantaron a Perón a propósito de su relación con la adolescente Nelly Rivas. “¡Pero que se dejen de joder los señorones de la oligarquía!” –protesta, aplastando el puro contra el cenicero– “¡Como si yo no conociera jueces que se cogen a nenitas de quince años!”.

Para su abogado, Perón es genial pero no deja de ser “un general”; “Evita era mejor porque era lumpen y tenía un odio de clase contra la oligarquía”. Es lo que también dice Hernán Benítez, el confesor de Eva Perón: “Perón se dejó derrocar sin pelear porque es un general argentino”. Pero Carlitos Mugica atribuye esa y otras frases parecidas a que Benítez estaba secretamente enamorado de Evita (en un amor descarnado, sublimado, desde luego) y odiaba por eso al General.

Raimundo Ongaro le critica al Viejo lo que llama su “tacticaje” y no le perdona que en su momento haya perdonado al finado Vandor.

Ramón Prieto, uno de los artífices del Pacto Perón-Frondizi, nos dijo una vez en la sobremesa del restaurante El Pulpo, que en Puerta de Hierro rige la Mesa de Tres Patas. Un pacto esotérico entre Isabelita, el Brujo y Jorge Daniel Paladino. Según Prieto, el Brujo domina totalmente a Isabel y a través de ella, a Perón. Timerman le preguntó si pensaba que ese dominio provenía de que eran amantes. Prieto no lo sabe, pero tiende a pensar que no, que se trata de un dominio de carácter “moral, fundamentalmente psicológico, basado en el espiritismo y la brujería”. Todos los presentes se rieron, pero a mí no me hizo un carajo de gracia. Si las cosas no son como Prieto las percibió, no pasa nada. Pero si fueran ciertas, abrirían un interrogante que no tengo ganas de responder en este momento: ¿Hasta dónde se puede escindir lo privado de lo público? ¿Cómo se ve el porvenir de Argentina desde la magia negra?

Postdata optimista: La Mesa de Tres Patas perdió una. Perón se cansó de que Paladino, que era su delegado ante los militares, se hubiera convertido en delegado de los militares ante él. “Lo echó con un golpe de corpiño”, dice el machista de Dardo, aludiendo al generoso busto de Juanita Larrauri, la jefa de la Rama Femenina, cuya pelea de inquilinato con Paladino usó Perón para forzar la dimisión del Delegado.

En su reemplazo, Perón designó como su Delegado Personal al doctor Héctor José Cámpora, un dentista de 63 años que fue presidente de la Cámara de Diputados en la Primera Presidencia. Los radicales lo presentan como un chupamedias de Eva Duarte de Perón, un obsecuente que se dedicaba a sacudir la campanita. Es evidente que están calientes por el alejamiento de Paladino, con el que ese viejo zorro de Ricardo Balbín había hecho buenas migas. Los duros del Movimiento tampoco lo quieren mucho a Cámpora, lo presentan como un tipo que rezaba y se santiguaba en tiempos de la “Libertadora” y le prometía a Dios que si lo libraba de ésa, nunca más se iba a meter en política. Armando Cabo comenta que la cosa no es tan así y que Cámpora era uno de los políticos peronistas de mayor confianza de Evita, que fue desplazado —como él mismo— cuando la Señora se murió.

Ayer vino al diario Mario Hernández, el abogado de Ignacio Vélez y los otros muchachos del Caso Aramburu y me dijo que Cámpora es un buen tipo, que no va a traicionar a Perón como Paladino. El conoce mucho al hijo, Héctor, que es abogado y al socio del hijo, un muchacho Esteban Righi.

Dardo desprecia en general a los “politiqueros”, a los miembros de la rama política del Movimiento Peronista, pero dice que Cámpora es indudablemente leal y que, aunque no tenga luz propia, si se limita a cumplir lo que el General le ordene puede hacerle un buen agujero a Lanusse.

Hay dos cosas que me gustan mucho de Perón: su prosa, que paga tributo a la sabrosa escritura de algunos militares criollos del siglo XIX, como Mansilla y Paz, y su sentido del humor vitriólico. Ayer Quito Burgos me contó dos frases antológicas del Viejo. Una la dijo en tiempos de la Primera Resistencia, cuando gran cantidad de células estaban totalmente infiltradas por la policía: “Los peronistas debemos estar atentos y vigilantes... lástima que se fueron los atentos”.

La segunda está referida al líder gráfico Raimundo Ongaro, a quien muchos critican su acendrado misticismo. Dos dirigentes gremiales con aceitados contactos oficiales fueron a Puerta de Hierro y le dijeron al Viejo:

—Ongaro se la pasa hablando con Dios.

—Prefiero que hable con Dios y no con los militares —fue la rápida respuesta del General.

Vamos a lo que cuenta: 1) hay una carta de Perón a los Montoneros, en la que aprueba la ejecución de Aramburu. 2) he visto *Actualización doctrinaria para la toma del poder*, el largo reportaje filmado que le hicieron Pino Solanas y Octavio Gettino: allí

defiende a la guerrilla (las formaciones especiales) y proclama como objetivo estratégico de la guerra revolucionaria el socialismo nacional. Hay que trabajar intensamente este material en todas las unidades básicas y en el gremio de prensa donde nuestras dos agrupaciones (26 de Enero y 26 de Julio) están cada vez más cercanas.

Con los compañeros de la 26 de Enero (Emiliano Costa, Jorge Bernetti, "Yaya" Azcone...) fuimos al modesto local del PJ en la calle Chile (el del tiroteo con la gente de Paladino), a presentarle nuestros saludos al nuevo Delegado del General. La verdad, parecía la corte de los milagros y tuvimos que pasar varios filtros: los de esos jubilados y lúmpenes que se pegan como lapas a nuestros locales, comienzan ofreciéndose para comprar cigarrillos y terminan de indispensables, cerrándole el paso a todo el mundo. Finalmente llegamos a la antesala, donde nos recibió un personaje adusto, vestido de oscuro. Era Héctor Cámpora hijo, un joven muy atento pero escasamente comunicativo que rápidamente nos hizo pasar al despacho de su padre.

El doctor Cámpora es un personaje "pop", ubicado a galaxias de distancia de nuestra generación, pero me cayó bien. Es elegante al estilo antiguo y en su ancha frente, que culmina en avanzada calvicie, tiene una especie de muesca, o pliegue, transversal al delgado bigotito a la Gilbert Roland que lo ancla en la década del cuarenta. Cuando uno supera sus largos exordios retóricos y sus modales dieciochescos, advierte que hace preguntas atinadas. Quedamos en vernos a menudo. Se ve que tiene buenas referencias nuestras.

Ya me habían advertido que es dado a los furcios, por eso no me molesto cuando se despide con un cordial saludo:

—Fue un gran gusto, compañero Bosano.

Atención, importante, seguirlo: El doctor Ventura Mayoral me cita a su estudio de la calle Lavalle para hacerme una revelación que me causa odio y espanto a la vez: el cadáver momificado de Eva Perón que los militares le han restituido a su viudo en Puerta de Hierro, ha sido golpeado y mutilado por los que la secuestraron y la tuvieron enterrada, durante catorce años, con otro nombre. Ventura está indignado y me da los datos para que los publique. Su indignación se extiende a Isabel, la sucesora de Evita, porque ha confinado el cuerpo que preservó el doctor Pedro Ara "al cuarto de la despensa, junto con los melocotones en almíbar y los frascos de aceitunas". "Y allí se acuesta junto a ella, mientras el canalla del Brujo hace pases mágicos de una a la otra para transferirle los poderes de Eva" (será que Marx tiene razón, nomás, que lo que se da por primera vez como tragedia se repite como farsa...). Según Ventura, Perón en persona ha sacado dos series de fotos del cadáver profanado con una Polaroid y una Rolleiflex. Promete conseguírmelas. Constituyen una prueba terrible e irrefutable. Hay que publicarlas aunque se incendie el país.

Pese a los chistes que se hacen sobre el dentista de San Andrés de Giles, el doctor Cámpora me ha demostrado —en poco tiempo— que no es ningún gil. Me

sugiere un encuentro con Jacobo Timerman, con quien pretende formalizar un acuerdo inteligente: *La Opinión* contará con información privilegiada sobre el PJ si el compañero Bosano (a veces soy también Bonaraso), es el encargado de cubrir peronismo. Timerman tampoco es tonto y el pacto se formaliza con una cena en un reservado del Plaza Hotel.

CITA CON LA MUERTE

(Primera semana de agosto. Año 1972)

—Vamos a comer un pulpito y que se jodan los socialistas —propone Paco Urondo, con la voz rupestre que suele impostar para imitar a esos vascos que ambos tenemos como ancestros. Y nos metemos en El Pulpito, la sucursal de ese admirable restaurante que es El Pulpo, donde suele almorzar *monsieur le patron*, Jacobo Timerman. El Pulpito, en la esquina de Reconquista y Tucumán, es prácticamente una prolongación de *La Opinión*, cuya redacción está situada a pocos metros. El gallego del bar nos sirve una generosa porción del prestigioso cefalópodo que le da nombre al boliche: las rodajas tensas y tiernas a la vez, bañadas en aceite de oliva y convenientemente espolvoreadas con pimentón español, que habremos de acompañar con un vinito verde que no será del Ribeiro pero se deja caer sin sobresaltos por nuestros recios gaznates.

— ¿Te gusta, bestia? —pregunta Paco con la misma voz montañesa y una cabeza de barco, típicamente euskalduna, que torna verosímil la parodia. Lo miro comer y beber, con conocimiento de causa y una sabiduría adquirida en sus numerosas excursiones por Europa, donde suele alojarse en el departamento parisino de Julio Cortázar. Lo observo masticar con esa sensualidad que nos hermana y que él ha comenzado a limar en busca de una austeridad secreta, que pocos le conocen. El “hagamos tal cosa y que se jodan los socialistas”, es una muletilla para burlarse de los monjes bolcheviques que controlan con rigidez la ideología de las costumbres, pero también es otro antifaz para ocultar su creciente ascetismo, para que lo sigan considerando el Paco de siempre: el poeta bohemio, jodón y borrachín que hasta hace pocos años reunía a los “culturosos” de izquierda en su célebre departamento de la calle Venezuela o hablaba de frivolidades con Miguel Brascó y Lili Masferro en el Bar-Bar-O de Luis Felipe Noé. Alguien, en suma, inofensivo. A pesar de su paso por Cuba y de su colaboración en el semanario de la CGT de los Argentinos que dirigió su amigo, Rodolfo Walsh. El no me ha dicho nada pero yo estoy seguro de que es uno de los más caracterizados Clark Kent que ha reunido Timerman (sin proponérselo).

Lo veo beber como un François Villon moderno y lo imagino con la capa roja de Superman y en vez de la “S” una “R” en el pecho que marca su pertenencia a las FAR.

Una noche en El Pulpito, bastante pasados los dos a causa de ese vino verde más peligroso que la kriptonita, estuvo a un tris de confesármelo y, a la vez, de destapar mi propia pertenencia a la “M”:

— ¿Por qué insisten, bestia, con lo de socialismo nacional? Yo estaría más de acuerdo con lo de “patria socialista”, ¿no? Parece lo mismo, pero es diferente.

En cierto modo es cómica esta época de la doble vida. Fuera del diario y de El

Pulpito, algunos periodistas conocidos que militan secretamente en la M, la R, la D, la P o el ERP aprenden a armar y desarmar una 45, a fabricar una caja volantera o a discutir en su ámbito el diseño de una operación, y una buena mañana salen de la casa operativa donde han estado concentrados para dirigirse, con los sobacos percutidos de adrenalina, al lugar de la acción. A veces llevan adhesivos transparentes sobre la yema de los dedos para no dejar huellas digitales, anteojos, una gorra o un mostacho teatral pegado con mastic para desorientar los identikits. Si la cosa sale bien (y hasta ahora ha salido bien), puede que lleguen por la tarde al diario para enterarse por los muchachos de la mesa de noticias que en el baño de un café (que por supuesto no es El Pulpito) su organización ha dejado un comunicado reivindicando precisamente esa operación en la que su otro yo ha participado.

Sí, es cómica esta época de la doble vida, pero todos sabemos que en alguna cita puede aguardarnos la tragedia.

(16 de agosto y días subsiguientes)

Salgo de mi departamento de la calle Moldes 2460 con tiempo para llegar a la cita que tengo en la estación de Pacheco a las diez. La cita es con Luisito, más conocido en los afiches policiales como Carlos Capuano Martínez. No es un buen día para encontrarse con uno de los tres hombres más buscados por la dictadura militar de Lanusse: ayer más de cien compañeros de las tres principales organizaciones intentaron fugarse del penal de Rawson; veinticinco lograron salir de la cárcel; seis pudieron escapar en avión a Chile; otros diecinueve cubrieron su fuga en el aeropuerto de Trelew y luego debieron rendirse a la Infantería de Marina que los trasladó a la base aeronaval Almirante Zar. Tememos por sus vidas.



Epoca de insurrecciones populares y ocultos encuadramientos en la guerrilla. Francisco "Paco" Urondo, el poeta de las FAR, y una maestra del Mendozazo empapada por un camión hidrante.



A Silvia, le he dicho que me voy a encontrar con *Luisito*, Carlitos Capuano. Salí apurado y no le dije dónde era la cita. Sé que se queda angustiada. En cierto sentido le toca esta vez el peor papel, el de esperar. Yo marchó a estos encuentros con la boca reseca porque solemos vernos en bares y plazas donde estamos expuestos y la carterita negra de cuero que el flaco siempre lleva consigo me recuerda que en caso de ser descubierto peleará hasta la última bala. Pero cuando nos sentamos y comenzamos la reunión siento una calma total, como si estuviera charlando con un amigo y no con uno de los pocos sobrevivientes del grupo fundador de Montoneros.

En la solitaria estación de Pacheco me encuentro con otros militantes con los que estamos elaborando un posible semanario "legal", pero Capuano no viene. Regresamos en tren a Retiro y tomamos algo en una confitería de la calle Charcas. Por suerte se me ocurre llamar por teléfono a casa. Silvia me atiende con voz desfalleciente pero con un inmenso alivio: acaba de escuchar por la radio que en un bar de Barracas se ha producido un enfrentamiento entre la policía y tres "extremistas" en el que habrían muerto "dos subversivos". Aunque el informativo no dio los nombres, Silvia supo de inmediato que se trataba de Luisito y temió que el otro "extremista" fuera yo. El pánico duró poco: al minuto se produjo mi llamado. Pero su intuición era certera con respecto a Capuano y esa misma noche un compañero me lo confirmó: Luisito nos había plantado para encontrarse con su destino. Tardé algún tiempo en saber cómo ocurrieron las cosas: ante la emergencia producida por la fuga de Rawson, Capuano había dejado de lado nuestra cita para verse con dos dirigentes de la Organización. Uno era el "Pinguli" (Carlos Hobber) que manejaba la relación con la JP; no supe quién era el otro. El encuentro fue en el bar Santa Lucía, en Montes de Oca y Martín García. Los tres analizaban los sucesos de Trelew en una mesa que daba a la calle, cuando pasó una comisión de la comisaría 26 que les vio pinta de sospechosos y decidió entrar a pedirles documentos. Pinguli y el otro compañero estaban desarmados y Luisito lo sabía. Cuando el oficial inspector José María Fugueiro se puso a hojear los papeles que había sobre la mesa, Capuano le hizo una seña elocuente a Pinguli que sólo admitía una traducción: "Rajen que yo los cubro". Antes que los policías pudieran impedirlo, sacó la pistola de la carterita negra y comenzó a disparar. Los dos montoneros desarmados corrieron hacia la doble puerta de la ochava, mientras el oficial Fugueiro caía gravemente herido de un balazo en el estómago. Pinguli recibió un tiro en la espalda, pero logró escapar. Su última visión, de refilón, fue la del frágil Luisito en el piso, con dos robustos policías encima de él que no lograban arrebatarle esa pistola con la que seguía haciendo fuego. Algunos testigos vieron cómo lograba desasirse para salir del bar y correr algunos metros hacia el Fiat 1500 en el que se desplazaba. No pudo alcanzarlo; los policías le dispararon por la espalda y cayó mortalmente herido a pocos metros del auto. Tenía 23 años.

LA MASACRE DE TRELEW

(23 de agosto)

— ¿Te das cuenta? Siempre tiene que ser la Marina la que asesine. La verdad es que se ganó a pulso el odio que le tiene el pueblo — me comenta en voz baja Rodolfo Walsh, con sus finos labios apretados por la furia y la impotencia.

Caminamos en la noche invernal de Buenos Aires, percutida por la sombra ominosa de Trelew. Acabamos de salir de una reunión en el Sindicato de Farmacia, donde periodistas del peronismo combativo y los grupos de izquierda, discutimos qué hacer para burlar la censura impuesta por la dictadura del general Lanusse, que incluso ha reformado el Código Penal para impedir que se publique lo que verdaderamente ocurrió allí en el sur, en una base de la Armada. Observo a Rodolfo y conjeturo que su invectiva contra la Marina carga un añadido de amargura personal que se suma a la condenación moral y política del militante. Como muchos de nosotros, conoce “las entrañas del monstruo”: procede de la clase media antiperonista y en su caso con el agravante de que uno de sus hermanos es capitán de fragata y fue uno de esos aviadores navales que en 1955 dispararon bomba y metralla contra el pueblo desarmado.

En las próximas horas Rodolfo se moverá con su habitual eficacia para hacerle llegar un dossier a varios periodistas del extranjero. Es una de las acciones propuestas para burlar el cerco informativo de la dictadura y restablecer una verdad simple y terrible: en la base aeronaval Almirante Zar, aislada en un yermo helado de la Patagonia, han acribillado a mansalva a diecinueve guerrilleros desarmados, simulando que se trató de un intento de fuga.

Sólo se han salvado milagrosamente tres que están gravemente heridos: Ricardo René Haidar, Alberto Camps y María Antonia Berger. A través de ellos la verdad irá saliendo a la luz. Por eso hay que protegerlos. Hay que evitar que los médicos de la Armada, en cuyas manos están, completen la tarea que dejaron inconclusa los hombres del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa.

“Ahora ya no pueden. Ahora ya no se van a atrever”, dice Rodolfo. Estoy de acuerdo en un plano racional, pero no puedo dejar de imaginarlos en sus camas del Hospital Naval de Puerto Belgrano, vendados y entubados a los botellones de suero, acechados por enemigos, recreando en la penumbra delirante de la anestesia la carnicería de la que zafaron cuando los dieron por muertos.

La masacre permite suponer que los militares están políticamente débiles y desesperados. Perón se ha burlado del intento de Lanusse de hacerlo volver antes del 25 de este mes o decretarlo cobarde. Tampoco han logrado que el Viejo condene a las “formaciones especiales”: esa guerrilla que hace pocos días intentó la “fuga del siglo”

y ocupó el penal de Rawson, que los milicos consideraban “inexpugnable”. Desgraciadamente no se logró el objetivo máximo que era la fuga de más de cien prisioneros. Los seis que pudieron abordar el avión eran los jefes en prisión de las tres organizaciones que participaron en el copamiento de la cárcel “de máxima seguridad”: ERP, FAR y Montoneros. Otros diecinueve compañeros llegaron al aeropuerto cuando el avión que llevaba a los seis había salido ya para el Chile de Salvador Allende. Y no quisieron hacerlo regresar para buscarlos. Para su desgracia, un nuevo avión que estuvo a punto de aterrizar en Trelew, siguió su camino, cuando los marinos de la Base avisaron al piloto que el aeropuerto estaba en “manos de extremistas”.

Efectivamente, los diecinueve habían ocupado el aeropuerto y allí se atrincheraron, sin tomar rehenes, mientras los iban rodeando los infantes de marina que comandaba el capitán Sosa. Recién se rindieron cuando el oficial les garantizó – ante un juez – que serían devueltos al penal de Rawson. Pero el marino no cumplió su palabra y los llevó a la base Almirante Zar. Un escenario más propicio para el crimen.

(24 de agosto)

Esta mañana llegaron a la casona de avenida La Plata los ataúdes con los restos de los tres combatientes que serán velados en la sede central del Partido Justicialista: Ana María Villareal de Santucho y Eduardo Capello del ERP y María Angélica Sabelli de las FAR. Los féretros están cerrados y cubiertos por la bandera argentina y los emblemas de sus respectivas organizaciones.



"Ya van a ver cuando vengamos a los muertos de Trelew." La violenta represión del comisario Alberto Villar durante el velorio de tres guerrilleros en la sede central del Partido Justicialista, en avenida La Plata.
Abajo: un servidor sale con las manos en la cabeza.



La sede está custodiada por compañeros de la JP. Y fue la Juventud, como no podía ser de otro modo, la que exigió a las autoridades del Partido que “los mártires de Trelew fueran velados en Avenida La Plata”. El delegado de Perón, Héctor Cámpora, aceptó el reclamo durante un acto en la Federación de Box y se comprometió a trasladar personalmente el pedido ante el Consejo Superior. Pobre doctor Cámpora, la verdad es que no debe haberle resultado fácil convencer a ciertos carcamanes del Consejo.

Durante todo el día desfila una larga cola de visitantes que van a rendir homenaje a los militantes asesinados. A medida que pasan las horas el aire se puede cortar con cuchillo: estamos rodeados por efectivos de la Policía Federal al mando de un hombre brutal y sanguinario formado en Estados Unidos: el comisario Alberto Villar. El despliegue policial es impresionante: además de la Montada y la Guardia de Infantería han traído tres tanquetas Shortland pintadas de azul, con las que no sólo buscan intimidar. Por debajo subyace una puja política por los cadáveres que renueva el mito de Antígona: nosotros pretendemos honrar a nuestros muertos pero ellos quieren poner fin al velorio cuanto antes para evitar que se congregue una multitud en el cementerio de la Chacarita.

A las seis de la tarde se confirman nuestras peores sospechas. Un topetazo brutal sacude la casona: una de las tanquetas azules ha derribado la puerta de entrada. Alguien grita: “Sentémonos, compañeros”, y nos sentamos en el piso. Entonces estallan los vidrios de la casa lindera y los vemos aparecer, en el frío del atardecer, con sus cascos y sus perros. Los hombres blindados nos rodean y nos inmovilizan y se llevan los ataúdes golpeándolos contra las paredes, como si fueran tachos de basura. Van a enterrarlos a escondidas, sin testigos, en la Chacarita.

Cuando terminan la faena nos dejan salir, de a uno en fondo, las manos en la nuca, hacia el portón destrozado. En la calle, una bruma espesa y verdosa difumina las siluetas que corren, pegadas a las paredes, con un pañuelo en la nariz para protegerse de los gases lacrimógenos. Cerca de allí Dardo Cabo y otros militantes de la JP lanzan cascos y bombas molotov, en rápida respuesta a la brutalidad policial.

LUCHE Y VUELVE

(25 de agosto al 12 de setiembre de 1972)

¡Qué días estos! Cuántas cosas importantes caben en 24 horas. El 25, poco después de que el comisario Villar asaltara con tanques la sede del PJ, me reuní con Ernesto Jauretche y otros compañeros de la Juventud Peronista. Ernesto, con su estilo trágico, disparó: “Se viene un baño de sangre”. El Tano Galimberti, a pesar de que es más dado a la ironía, también sostuvo que el régimen no aguantaría el regreso de Perón. Y la verdad es que en estos diecisiete años de exilio no ha tolerado esa posibilidad. Ahí está el fracaso de la Operación Retorno de 1964 para demostrarlo. Y ahí está también el Ejército y la policía en las calles de Buenos Aires para impedir que nos movilizemos.

Pero don Héctor Cámpora, el Delegado Personal del General, actúa como si fuera lo más natural del mundo que el Jefe regrese al país el próximo 17 de octubre. Insiste en lo que le dijo a Timerman hace algunos meses, que él sería el último Delegado porque él traería a Perón de regreso al país. Timerman se sonrió, escéptico. No era el único.

Hasta hace poco tiempo los más duros de la JP le tenían poco respeto a este político untuoso y solemne, al que los críticos de otras épocas consideran un simple amanuense sin iniciativa ni agallas. Galimberti mismo solía bromear a costa de su sonrisa excesiva, bautizando “Súper Corega” a quien es su jefe formal en el Consejo Superior. O “Hijitus”, a su hijo Héctor Pedro. O “Gaby, Fofó y Miliki”, al trío que componen Héctor hijo, el sobrino Mario y el Bebe Righi.

Ahora ya no nos reímos tanto. El “módico dentista”, como lo llaman los escribas a sueldo del dictador Lanusse, ha demostrado tener más consecuencia y coraje que la mayoría de los políticos y sindicalistas del peronismo. El 23 prestó la sede para velar a tres compañeros caídos en Trelew y el 25 partió a Tucumán para iniciar la campaña del “Luche y vuelve”. En medio de rumores sobre un posible atentado contra él, se persignó, se subió a un avioncito de mierda, rodeado por compañeros de la JP como Beto Ahumada, el Canca Gullo o Jorge Llampart y se lanzó a Tucumán a iniciar la campaña. Por mal tiempo tuvieron que bajar en Santiago del Estero y seguir en auto a Tucumán, que no es precisamente un lugar de veraneo.

A pesar de este clima represivo que se corta con cuchillo y de la demora de la caravana, más de ocho mil tucumanos — en su gran mayoría jóvenes — los esperaron a pie firme y aplaudieron a Cámpora cuando recordó que ese mismo día se cumplía el plazo fijado por la dictadura para que Perón retornara al país si quería ser candidato. “El General no acepta los límites que fija la dictadura y va a regresar en octubre, para festejar el Día de la Lealtad con el pueblo peronista”, anunció el Delegado y la muchachada coreó:

Lanusse, marmota,

Perón va a regresar cuando le canten las pelotas...

De allí los intrépidos en sus máquinas voladoras siguen camino a Santiago del Estero y Río Hondo, para volver luego a Tucumán. Y partir días después a Córdoba, a San Luis, a la conflictiva Corrientes donde Llampart, emisario del Consejo Superior, hace equilibrios entre los opositores a Julio Romero y el propio caudillo con quien acabará peleado. Y de allí al Chaco. Siempre con la misma rutina: un Delegado que seguramente no leyó a Dumas pero copia en la práctica la frase de aquel Enrique de Navarra que marchaba, temblando, al frente de sus ejércitos. Un Delegado que se persigna, sube al avioncito de mierda con el Rosario entre los dedos y va lanzando en cada plaza un discurso más duro.

Y en cada destino encuentra un fenómeno parecido: una mayoría absoluta de jóvenes a los que se suma siempre un grupo de viejos militantes de la Primera Resistencia. Mientras la gente humilde, no encuadrada, se le acerca a preguntarle con unción religiosa si es verdad que va a regresar el Presidente (y le dicen así, “el Presidente”, como si no lo hubieran derrocado y enviado al destierro hace diecisiete años).

En cada destino una notoria ausencia de sindicalistas de la CGT y las 62 Organizaciones y una preeminencia, por encima de otras voces, de los cánticos y consignas de la Tendencia. Un apoyo explícito a las organizaciones armadas con el permanente recuerdo de la masacre:

Ya van a ver cuando

vengemos los muertos de Trelew.

Y la amenaza de “los muchachos” hacia los capos del sindicalismo que negocia con los militares:

Rucci, traidor,

a vos te va a pasar

lo que le pasó a Vandor...

Según Ernesto Jauretche los burócratas sindicales están enfurecidos y ya lo apretaron a Cámpora en su despacho de Avenida La Plata. Don Héctor les explicó amablemente que él no podía controlar a la multitud y agregó con malicia: “sobre todo teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los que vienen a nuestros actos son de la Juventud Peronista”. Una forma elegante de decirles: “Muchachos, ustedes no mueven a nadie”.

La estrategia del doctor Cámpora es sencilla pero efectiva: sabe que el General

no podrá regresar nunca si no hay un proceso creciente de movilización y ha entendido que la Juventud (“el ala más dinámica del Movimiento”, como la define Galimba) es la única rama del justicialismo que, hoy por hoy, puede garantizar esa movilización. De allí que haya puesto al Consejo Superior en estado permanente de asamblea y haya lanzado el “Luche y vuelve” para agitar durante cerca de dos meses antes del posible regreso del Viejo. Otra señal que no debe resultarle muy grata a la dictadura es que haya encargado de la seguridad de Perón en su regreso a los dos consejeros juveniles, Rodolfo Galimberti y Francisco Julián Licastro.

Perón, sin duda, avala y propicia esta dureza política que responde a la masacre. Y por eso habría hecho una movida a lo Bobby Fischer. Hay un rumor que viene creciendo: el viejo Jorge Gianola, un político amigo de Cámpora que ocupa la secretaría general, sería reemplazado nada menos que por Juan Manuel Abal Medina, hermano de Fernando, fundador y primer jefe de Montoneros. La causa: Gianola, un peronista del 45, no ha entendido el fenómeno de “los bombos nuevos” y vive peleándose con nosotros. Perón lo decapitó y cifra muchas esperanzas en el joven del apellido explosivo.

Aunque Abal —que apenas tiene 27 años— parece ubicarse a la derecha de su hermano, en ese nacionalismo católico donde militó tantos años, su posible designación como secretario general del Movimiento Nacional Justicialista no deja de ser un formidable patadón en los testículos al Partido Militar. Galimberti está feliz con la designación y asegura que es un duro. Dardo —como buen peronista plebeyo— recela y hace bromas a costa del posible secretario general, a quien llama “Abal El Medina”.

Lo cierto es que las cuerdas se están tensando y, a contrapelo de lo que sostienen “los varones prudentes del justicialismo” (como llama Galimberti a varios de sus compañeros de Consejo), el “Luche y vuelve” está ganando las calles, los actos, las paredes. Otorgándole, de paso, un momento de refresco a las Organizaciones Armadas Peronistas, que ya venían muy golpeadas antes de la masacre de Trelew.

Estoy contento, tenemos la iniciativa. Como escribió ese gorila (genial) que es Borges:

Siempre el coraje es mejor, la esperanza nunca es vana...

POR CULPA DE ATHOS

(Sin fecha. Anotado en una agenda del 72)

– ¡Ah, me trajiste el sonajero! – dice el Gordo Extenso con su tonada cordobesa, sacando del envoltorio de cartón y papel madera el 38 que le ha conseguido un compañero, para que no se sienta huérfano en Buenos Aires.

El Gordo es realmente Extenso. Miro sus dedos rechonchos acariciando el empavonado del revólver con imprevista ternura y pienso en el Domingo del *Hombre que fue Jueves*. Sólo que el voluminoso vecino de silla no es – de manera simultánea y perversa – el jefe de los anarquistas y el jefe de la policía, como en la ingeniosa novela de Chesterton, sino un compañero probado; uno de los “históricos” de la Organización, de los que “aprendieron a combatir combatiendo” en las barricadas y azoteas del Barrio de Clínicas, cuando se incendió Córdoba y el Reich del general Onganía empezó a desmoronarse. El arma que el Gordo deja sobre la mesa como al descuido, atrae una y otra vez mis miradas y me certifica con su muda materialidad la índole decisiva del encuentro clandestino que estamos celebrando: una reunión de ámbito de la Organización Político-Militar Montoneros. Que nuestra “unidad básica revolucionaria” (UBR) lleva a cabo en la sacristía penumbrosa de una iglesia de barrio; una presunta casualidad logística que viene a reforzar, desde la adusta escenografía que nos cobija, la imagen que quizás tenemos de nosotros mismos: cristianos primitivos, anteriores a la Gran Prostituta, en lucha mortal contra el Imperio. Salvo que esa reminiscencia del cristianismo primitivo está más vinculada al ascetismo que a la mansedumbre; porque ninguno de nosotros está dispuesto a ser llevado, pacíficamente, a los leones. Somos, quizás, aspirantes a templarios, en trance de ser probados. Con ritos de iniciación que el Gordo encubre con referencias irónicas a distintos personajes de la coyuntura política y chistes al estilo de *Hortensia* que confirman el talento innato de los cordobeses para el humor.

Porque las bajadas de línea del Gordo, la discusión de los documentos de la Conducción, las clases teóricas sobre diseño operativo, las propuestas para el trabajo político en el barrio o (en mi caso) el trabajo en el gremio de prensa, son los entremeses que anteceden al plato fuerte: salir a operar. Demostrarse y demostrarle a los compañeros que uno puede, que no se caga, que es capaz de convertirse en ese “cuadro integral” que la Organización pretende, tal vez con alguna cuota de idealismo en el sentido menos favorable del término.

Sin embargo, me pregunto: ¿somos esa especie de Pico de- 11a Mirándola, que puede hacer bien un embute, desarrollar una política en el movimiento de masas y a la vez ser un gran combatiente, un futuro oficial de la insurrección popular?

Estas reuniones, entre cromos de la Anunciación y corazones de Jesús (que a mis padres, laicos y socialistas, les daría tanta risa como pánico por su único hijo), son

importantes para mí porque han supuesto una suerte de confirmación de mi pertenencia a Montoneros. Ya no soy simplemente un “colaborador” en tareas de prensa e inteligencia, como lo fui durante meses, cuando me reunía con Carlitos Capuano, sino un “aspirante” a oficial que, para “crecer”, debe enriquecer dramáticamente su modesta foja de servicios en el terreno militar.

Hasta ahora he participado más en la violencia callejera de las movilizaciones (o en los cadenzos de la lucha interna peronista) que en operaciones de real envergadura. Entiendo sí de corridas, gases lacrimógenos, balas de goma, asambleas que se disuelven a garrotazos, pintadas y otras amenidades que la historia argentina parece haber reservado a nuestra generación. He corrido riesgos a causa de boludeces como robar la chapa de un auto, poner una caja volantera en un lugar público, fabricar y tirar una “molo”, pintar un paredón en la madrugada o realizar una operación de “propaganda armada”. También me ha tocado estar en algún tiroteo y auxiliar, en tres ocasiones, a compañeros heridos por balas policiales. Y no me ha gustado nada esa faz carnal, sangrienta, de la lucha revolucionaria. La violencia, vista de cerca, tiene el rostro grisáceo del que fue baleado en el vientre, la mueca de asco del que acaba de tirar y ve el resultado, la súbita invalidez, el desamparo cósmico del que se ligó el plomazo. He recibido amenazas cara a cara de Alberto Brito Lima, Norma Kennedy y otros jefes del Comando de Organización, además de algunos asesinos de Coordinación Federal como el Chanco Speratti y sé que no me cago. Pero me pregunto qué pasará por mi cabeza y mis tripas si un día me toca matar. (Tengo siempre presente la frase favorita de mi amigo, el cura Carlitos Mugica: “Estoy dispuesto a que me maten pero no a matar”, y sé que él lo siente de verdad porque es lo más parecido a un santo que he visto por estas latitudes. Aunque a veces se le olvide su santidad y a la vista de tanta prepotencia, de tanta injusticia, se diga que no hay más remedio que “agarrar la metra”.)

¿Qué carajo hago entonces acá, al lado del Gordo y su sonajero? Si yo soy un periodista de éxito, que llegó tarde a la militancia y ganaba lo suficiente como para disfrutar de esta ciudad tan propicia para los gozos que es Buenos Aires.

¿Qué caminos me condujeron a este destino que, al cabo, elegí de modo voluntario?

Fuera de la reunión, en largas tenidas con Extenso frente a un pedazo de muzzarella, hemos hablado del tema. De cómo llegamos a este grado de compromiso absoluto y definitivo. (Que puede ser “a muerte”, de manera literal.) El Gordo me entiende, porque a diferencia de otros “históricos” es casi de mi edad, mayor que los “fundadores” que están todavía en sus veinte. Los que ya empezamos los treinta tenemos algunas cosas en la retina: el atardecer del 16 de junio de 1955, cuando el pibe de quince que yo era vio los aviones que habían bombardeado la Plaza de Mayo huyendo al Uruguay, pero dejando caer en su fuga la metralla guiada por las balas trazadoras. O el viejo Arturo Illia sacado a empellones de la Rosada por una compañía de gases de la Policía Federal.

¿Acaso son los genes de mi madre, la vasca Carmenchu, que atravesó de punta

a punta la guerra civil española con una Browning en la cartera? ¿O la impronta troska de mi viejo Ernesto, que se hace el escéptico y el realista pero me regaló *La historia de la Revolución Rusa* de su amado León? ¿O incluso esa literatura aparentemente alejada de la política con la que mis padres, chamuscados por sus propias derrotas, quisieron vacunarme contra los peligrosos avatares de la revolución?

¿No estaré en esta sacristía porque Athos, el señor Conde de la Fére, me inoculó para siempre el virus del honor? ¿O porque el Conde de Montecristo me hizo comprender que una venganza no cumplida altera la armonía del Cosmos?

El Gordo ha tenido que esconder apresuradamente el “sonajero” porque entró el cura principal de la parroquia para ofrecernos un mate. El cura nos saluda con una sonrisa franca y astuta a la vez; la sonrisa de un tipo que no es ningún boludo pero se hace. El cura se va y el Gordo retoma el análisis de una operación efectivamente realizada por Montoneros, que le sirve para examinarnos. Y me pregunta qué medidas habría tomado yo para acortar los tiempos y evitar que llegaran los temidos patrulleros. Me pesca en babia y le pido que me repita la pregunta.

—El compañero Alejandro está en otra —dice, llamándome por mi nombre de guerra—. Debe estar pensando en alguna mina. Uno de esos miñones que rajan la tierra y que, obviamente, no militan en nuestra Organización.

EL 17 DE NOVIEMBRE

(Primeros días de noviembre)

Lo que parecía imposible está por ocurrir: Perón vuelve. Durante años fue pintada, avión negro y utopía. La V.

El rostro afilado y pomuloso de Dardo refleja la tensión. Vivimos el momento como si ya fuera efeméride, historia, óleo de muchedumbre patriótica en una pared encalada.

El sol de las primeras horas de la tarde atraviesa el follaje y derrama una luz verde limón sobre la casita de Hansel y Gretel. Estamos a solas. El Flaco me explica las medidas que se están tomando por si llegara a producirse la provocación más grande de la historia argentina. Imagino el avión de Alitalia cayendo a tierra con las ciento cincuenta personalidades que van con Cámpora a buscarlo. O el asesino de impermeable blanco que en un pasillo de Ezeiza se cuela entre compañeros y custodios y dispara al cuerpo imponente del General.

Hace tiempo que lo sé: Dardo está encuadrado en Descamisados y su nombre de guerra es Enrique. Él sabe que yo también estoy encuadrado, sólo que en Montoneros. Somos primos hermanos, por así decirlo. En rigor, marchamos rápidamente hacia la fusión de las dos organizaciones. Cuando yo estaba por encuadrarme, él tuvo la delicadeza de advertirme:

—Hablálo antes con Silvia, Miguel. No te mandes la cagada que me mandé yo. Yo no lo discutí a fondo con Cristina y la dejé fuera de la decisión, al margen de mi compromiso, en conflicto con la Orga.

Pero ahora, en este preciso momento histórico, el primer plano (el *cióse up* afectivo) de nuestras vidas personales no cuenta; porque nuestras vidas están en suspenso, como las de millones de argentinos. Si alguien alzara una mano contra Perón el próximo 17, la explosión sería tan grande que el protagonismo dejaría de pertenecerle a los individuos con nombre y apellido —militares, políticos, guerrilleros— para trasladarse al gigante miope e invertebrado que integra su organismo con millones de personas absolutamente anónimas.

¿Qué pasará el 17? Dardo recoge una agenda, se calza la bufacha en la cintura y salimos de la casa. Hay ansiedad, pero también una exaltación desconocida que revolotea bajo el sol como los abejorros del jardín.



Noviembre del 72: una burbuja de felicidad en medio de la dictadura. No nos dejaron llegar a recibirlo, pero pudimos verlo en Gaspar Campos. En casa, Flavia y Fede aprendían a decir "Perón".



El 17)

Salimos de casa de madrugada. Vamos a toda la velocidad que permite nuestra descascarada Renoleta por las calles azuladas y brillantes bajo la lluvia. En algunas esquinas, flecos de manifestaciones que empiezan a formarse. El eco de bombos invisibles percutiendo en una avenida cercana. Pintadas con un solo nombre y afiches con un único rostro.

Algún viejo desdentado mira al cielo, como si el avión, que no es la nave negra de la mitología peronista, sino el *Giuseppe Verdi* de Alitalia, se mostrara enorme y flotante como un dirigible sobre las cúpulas de pizarra gris de la mojada y somnolienta Buenos Aires.

La radio repite las advertencias a la población, trasuda el temor de los generales con cañones ante la llegada de un general que durante todos estos años les ha hecho la guerra con un grabador Geloso y una Olivetti portátil. El Primer Cuerpo de Ejército ha formado un anillo de 35.000 hombres armados hasta las verijas para frenarnos. Al mando del general de brigada Manuel Haroldo Pomar, el pícaro que negocia con Juan Manuel Abal Medina un posible golpe nacional y popular, pero hoy (si cuadra) nos hará cagar a tiros.

¿Para qué los tanques? ¿Y tantos soldaditos con sus cascos americanos de la Segunda Guerra? ¿Qué quieren impedir? ¿Que el Pueblo lo busque en Ezeiza y lo lleve en andas a la Rosada?

El Viejo, dicen, viene sin haber negociado nada con Lanusse. El avión que lo trae rodeado de militantes, políticos, intelectuales, cineastas, actrices y deportistas, ya debe estar sobrevolando la verde oscuridad del Amazonas. Mi amigo, el cura Carlos Mugica, está allí, rezando por el éxito de la Operación Regreso. Igual que el inesperado comandante de la histórica travesía, el “módico dentista de Giles”, Héctor Cámpora, que a despecho de todos los vivos, los duros y los irónicos, logró lo que no consiguieron en 1964 ni el poderoso gremialista Augusto Vandor, ni el millonario Jorge Antonio: traer al Macho a la Patria tras diecisiete años de obligado destierro.

El Bloque de Prensa Peronista (que integran la 26 de Enero y la 26 de Julio) se ha dado cita en el búnker de Ongaro, el viejo local de la Gráfica y la CGTA, Paseo Colón al 700. De allí saldrán los ómnibus hasta un punto de concentración, donde todos comenzaremos a caminar hacia el aeropuerto. Con Silvia, seguiremos a los ómnibus en nuestra Renoleta —no menos histórica— con su techo gris picado de viruelas. Los chicos han quedado al cuidado de la abuela Esther.

A medida que avanzamos, empezamos a ver las columnas. Las banderas. Son ríos y ríos que serpentean hacia la autopista Riccheri, chocando en puntos neurálgicos con los retenes policiales. Marchan por las calles y también a campo traviesa. Saltan bajo la lluvia en el carnaval mayor de su existencia. Cantan, corean, gritan. Bailan con los torsos desnudos, al ritmo del bombo y el tamboril.

*A la pelotita, a la pelotita,
a la pelotitaaa, que Perón está cerquitaaa...*

Hay villeros, laburantes que van con el sindicato o por la libre, familias enteras, chicos de la Universidad y del secundario. Los militantes de clase media que hablan con la "eshe" para ser más populares que los que vienen de ajoba. Los que levantan, sin temor, el FAL cruzado con la Tacuara de Montoneros o la Estrella Federal de las FAR.

*San José era radical,
San José era radical;
y la Virgen, socialista,
y la Virgen, socialista;
y tuvieron un hijiitooo
Montonero y peronista,
Ea, ea, ea, ea, ea, ea, ea, eaé.*

Pienso si algunos le habrán hecho caso al Loco Galimberti que ayer se mandó una de las suyas proponiéndole a los muchachos: "El que tenga piedras que lleve piedras y el que tenga algo más, que lleve algo más".

La confusión es tan grande que la multitud nos corta, nos separa de los micros que llevan a nuestros compañeros. Quedamos atrapados en unos andurriales del sudoeste por donde nunca había andado. Estamos a punto de meternos en un barrial. Me bajo para averiguar dónde estamos y veo a los de la Guardia de Infantería que se nos vienen con todo, empuñando las escopetas lanzagases y también las mortíferas Itakas. Subo al auto, arranco, doy marcha atrás y en ese mismo momento, una bomba de gas lacrimógeno culmina su parábola en el mismo lugar donde estaba parada la Renoleta. No nos cayó en el techo oxidado por un segundo. Con Silvia nos reímos. ¿Adónde vamos? ¿Cómo vamos?

Pronto nos resuelven el problema: un grupo de compañeros, muy jóvenes, nos hacen señas de que paremos. Sostienen a un chico que tiene el vaquero levantado y una pierna sangrando. Lo han herido con una bala de goma. Nos piden que lo llevemos a un lugar seguro para curarlo. Ya son las diez de la mañana, Perón está realmente cerquita. Los que estamos lejos somos nosotros.

Cuando vamos a retomar la ruta original, nos para el mismo grupo de antes, que trae otro herido al que le han dado un balazo de goma en la cara, muy cerca de un ojo. Es un pibe de unos trece años que sangra profusamente pero no se queja. Y otra

vez la Renoleta picada de viruelas retoma su destino de ambulancia. Está escrito que hoy no lo veremos al General.

(18 y días subsiguientes)

El país ha cambiado en veinticuatro horas. Parece que no existiera la dictadura en ese territorio liberado que hay en torno de Gaspar Campos, la residencia del Líder en la Argentina. Unos guasos le han cambiado el nombre a la estación Vicente López, que ha pasado a llamarse – desde el aerosol – Presidente Perón.

La multitud más compacta que he gozado y padecido en mi vida se ha congregado alrededor de ese chalet normando destinado a entrar en la historia. A mi cuñada Ana María, que es petisita y flaquita, casi la perdemos en el oleaje de carne. Cuando logramos sacarla a una vereda más despoblada, parecía a punto de desmayarse. Pero estamos felices porque lo hemos visto y nos ha saludado.

Después de permanecer literalmente preso en el aeropuerto durante casi veinte horas, Perón salió hacia Gaspar Campos, por sus huevos, desafiando la ametralladora antiaérea que algún brigadier sin seso emplazó delante del Hotel Internacional de Ezeiza. Eran las seis de la mañana, pero una impresionante guardia popular se desplegó a lo largo del trayecto hasta Vicente López para saludarlo. A la una del mediodía la dictadura se dio cuenta de que a veces es contraproducente prohibir y permitió que el pueblo lo saludara en su flamante domicilio bonaerense.

Allí estuvimos también en la magnífica romería de la noche. Regocijándonos con los campamentos callejeros de chicos y chicas que rodearon el chalet para “custodiar al General”. Hubo fogatas, guitarras, baile y por fin silencio cerca de la casa, porque el Viejo pidió dormir y aclaró – con un maravilloso anacronismo – que llevaba “tres días sin sacarse los botines”. Dardo y los compañeros de la JP ordenaban el tránsito en la avenida Maipú. El Flaco quedó completamente afónico y tenía la palma de la mano derecha desollada de tanto darle con la manguera al bombo.

La dictadura existe, pese a todo. Aunque el General pudo reunir fácilmente a todos los políticos en ese restaurante Niño, adonde solía llevarla a Evita cuando eran novios, el pillo de Balbín no quiso jugarse para que Perón rompa la proscripción y sea candidato. La Unión Cívica Radical condenó la “cláusula proscriptiva”, pero no se va a abstener si los militares la mantienen. Sí o sí van a elecciones.

(Diciembre de 1972)

El Viejo se fue del país muy cabrero. Para joder a los militares designó a su Delegado Personal como candidato. La candidatura de Cámpora fue proclamada en el Hotel Crillón por Ricardo Obregón Cano y Juan Manuel Abal Medina. No sin que antes se armara una trifulca con la gente de Rucci, por cierto.

Montoneros, Descamisados y FAR acatan la decisión de Perón. La Juventud Peronista de las Regionales (que conducen las Orgas) tendrá un papel muy activo en

la campaña electoral.

LA SECRETARÍA DE PRENSA

(Enero a marzo de 1973)

Puedo confiarlo sin rubor a la intimidad del Diario: la felicidad existe. Creo que éste es el momento más feliz de mi vida. En el que coincide la dicha personal que me proporciona la relación con mi mujer y mis hijos y la sensación inigualable de participar en un proyecto colectivo de real significación histórica.

El doctor Cámpora ha pasado a ser “el Tío”; es decir, el hermano del Viejo. La JP ha lanzado una consigna que hará historia: “Cámpora al gobierno, Perón al poder”. El Tío me ha convocado a través de su sobrino Mario y me ha ofrecido la Secretaría de Prensa del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), que acepté de inmediato, sintiéndome muy honrado.

Me tocará conducir el área estratégica de una campaña electoral sin precedentes en la historia nacional. Por primera vez, tras una proscripción que se prolongó durante 18 años, el peronismo puede presentarse con su propio nombre a elecciones. Con ciertos límites, claro. Perón no pudo ser candidato.

Llueven a diario las provocaciones y no sólo debemos competir contra la UCR y su candidato, Ricardo Balbín, sino contra el régimen en su conjunto que simula la imparcialidad, pero trabaja —bajo la mesa— a favor de nuestros adversarios.

Hemos comentado con Mario Cámpora los problemas políticos y técnicos que supondrá esta actitud parcial y enemistosa de quienes siguen usurpando el poder y hemos esbozado ya algunas respuestas. Mario es un personaje bastante extraño para nuestras pautas culturales e ideológicas. Es un tipo delgado, seco, de cuarenta años; un diplomático de carrera (brillante) que trabajó como asesor de un ex canciller de los militares: De Pablo Pardo. Pero de entrada me parece honesto y un excelente aliado para la etapa que se avecina. Su hermano menor, Pedro (que milita en la JP y es amigo mío) lo considera un demócrata cristiano (conservador en la ideología de las costumbres), pero con un componente nacionalista muy positivo: pese a su larga permanencia en la sede de Washington tiene una clara posición antiimperialista. Aunque no detenta ningún cargo oficial y me parece que es de los que prefiere el rol de eminencia gris, es evidente que es el principal asesor del Tío y el jefe, en la sombra, de la campaña.

Me pide un plan por escrito y quedo en tenerlo listo en las próximas 48 horas.

Dardo festeja mi designación con real generosidad, sin el menor resentimiento. No se plantea, como otros veteranos, que tengo una historia peronista muy corta y que él, por ejemplo, debería estar en mi lugar. Le pido que se sume, como mi mano derecha, y acepta con una sola condición: que la tarea de la Secretaría no coarte su

labor militante que él considera estratégica. Aunque pensamos igual no deja de causarme una cierta molestia que considere la campaña como algo “coyuntural”, “táctico”, inferior a la tarea de robar un auto u organizar una actividad miliciana con los muchachos del barrio. ¿Será que yo soy un jetón superestructura!, limitado para laburar en la base? Es curioso que él, que ha sufrido cárcel para que el pueblo peronista pueda votar, no se entusiasme con las tareas de campaña. Aunque viéndolo bien, hay una cierta lógica en su desconfianza: él no cree en el “Partido Justicialista” porque este instrumento “liberal” nunca sirvió para mucho en la Argentina militarizada de las últimas dos décadas. Sirvieron los sindicatos, primero, y luego las “formaciones especiales”. Y tampoco cree en elecciones porque desde 1962 (cuando Andrés Framini ganó las de la provincia de Buenos Aires) cada vez que ganamos una, el régimen las anuló.

Yo creo que ahora no pueden anularlas. Van a provocar, pero no pueden anularlas. Pienso, y en eso Dardo coincide, que desde el Cordobazo venimos en un proceso de avance cada vez más notorio.

Dardo, a su vez, lleva a un compañero de confianza para que lo secunde: Ricardito Roa.

Este fue el núcleo inicial que pronto se expandió al calor de una tarea verdaderamente demoledora. Mientras empezábamos a trabajar, avanzaba un proceso subterráneo: la fusión de Montoneros y Descamisados. Hecho que ha terminado por generar una divertida contradicción orgánica: yo soy el jefe público de Dardo en la Secretaría de Prensa y el flaco es mi jefe secreto en la célula de la Orga unificada.

La Organización está entusiasmada con mi designación en la Secretaría de Prensa. Las otras noches fuimos a festejarla con Dardo y otros compañeros de mayor nivel, Enrique y el Pilo. Cenamos en un carrito de la Costanera y el guionista que subyace en la realidad volvió a mostrarse grosero cuando pedimos vino “de la casa” y nos trajeron El Montonero.

La Secretaría de Prensa se establece en el local del FREJULI, que es un “aporte” de nuestros socios minoritarios, los conservadores populares. Es un inquilinato grande y pintoresco, de tres pisos, con entrada por la calle Oro y balcones herrumbrosos sobre Santa Fe. Lo regentea su real o aparente propietario, un simpático barbián, delgado y canoso que responde al apellido Sambucetti. El portero o cuidador es un morocho correntino, de pelo recio cortado a la americana, que ha decidido rendir homenaje al Palermo borgiano y el otro día peló un cuchillo cebollero para achurar a uno de los muchachos de la guardia. Como una de las autoridades de la casa, me vi obligado a intervenir y quedé entre el cuchillo cebollero del correntino y la pistola 11,25 del compañero que cuida la puerta de la calle Oro. El correntino fue finalmente reducido y encerrado en su mísero cuarto con olor a humedad, donde hizo una nueva crisis, esta vez epileptoide y comenzó a revolcarse en el suelo echando espuma por la boca. No es el único raro de la *troupe*. Los otros días, en mi primera rueda de prensa, se presentó un quijote estrafalario, vestido con un traje negro,

brillante y casposo, que puso su talento de inventor y noble centroeuropeo al servicio de la causa.

Esta es la sede oficial de la coalición que se enfrenta a la dictadura militar, a la oligarquía vacuna, al capital financiero internacional y a Washington.

Pronto supe que el poder se repartía en varias sedes:

La Quinta 17 de Octubre de Puerta de Hierro, en Madrid.

El departamento oscuro y bastante modesto que ocupa el Tío junto con su mujer y sus hijos en la calle Meló.

El departamento de la calle Rodríguez Peña, cercano al Bajo, de Mario Cámpora.

El piso ostentoso del ex mayor y embajador en Irán, Benito Llambí, lindero a la residencia del embajador de los Estados Unidos. Llambí es un tilingo insufrible, que se sigue haciendo llamar embajador, usa corsé, encarga sus camisas a Londres y ha hecho carrera gracias a un afortunado casamiento con Beatriz Haedo, la hija del famoso político uruguayo Eduardo Víctor Haedo que se jactaba de haber hecho amistades tan antagónicas como Hitler y el Che Guevara. Allí Cámpora se reúne con otros dirigentes y aliados del FREJULI y hasta con algunos enemigos, como el "Chanco" Álvaro Alsogaray. Llambí, hay que admitirlo, es generoso en materia de comidas y bebidas y parece totalmente resignado a que su casa se haya convertido en cuartel general de la campaña.



En plena batalla proselitista. Como secretario de prensa tomo nota: Héctor Cámpora advierte a los militares que no hay espacio para una jugazeta proscriptiva. A su lado, un joven de nombre y apellido comprometedores: el secretario general del Justicialismo, Juan Manuel Abal Medina.

El maneja, por ejemplo, los fondos del FREJULI, que guarda en una caja de hierro escondida detrás de una biblioteca móvil, como en las películas de la serie negra.

Allí hemos ido, con Dardo, a buscar el presupuesto de la Secretaría de Prensa. Allí nos ha mirado con la nariz respingada el delicado mayordomo de la casa, que el otro día llamó a Oro, para preguntar –con aparente amabilidad– si no habíamos visto un encendedor de oro que había desaparecido. Insolente inquisición que lo hizo acreedor a la respuesta de Dardo.

–No, Julio, diríjase a los amigos de su patrón. Nosotros somos peronistas, no chorros.

En Oro y Santa Fe sienta sus reales el secretario ejecutivo del FREJULI, el conservador popular Alberto Fonrouge, con quien me llevo mal y Jorge Taiana, con quien me llevo muy bien. Desde el comienzo, Mario Cámpora me aconsejó que me acercara por cualquier problema al famoso médico y la verdad es que no me costó ningún trabajo.

Pese a las apariencias y las brutales contradicciones entre distintos sectores del Movimiento, la campaña está bien organizada por Mario Cámpora. Siguiendo las instrucciones de Perón hemos utilizado nuestra “ventaja comparativa”, que es la creatividad del propio pueblo: la tiza, el carbón y la capacidad de movilización y repentización. A la que se suma el talento organizado de publicitarios, periodistas, escritores, actores, músicos, dibujantes, etc., que han hecho aportes decisivos como ese CAMPORA con la que sintetiza la consigna de la JP, al señalar que con Cámpora, Perón Vuelve. Con esas armas políticas nos reímos de los millones que gasta en televisión el ingeniero Álvaro Alsogaray y de las técnicas norteamericanas con las que se pretende popularizar al “presidente joven”, el brigadier Ezequiel Martínez, candidato de Lanusse para sumar votos con Balbín en una eventual segunda vuelta.

Hay una sola cosa que me jode: por la famosita división de tareas, a mí me toca quedarme a cargo de la Secretaría mientras otro compañero de prensa, Jorge Bernetti, acompaña al candidato en la gira. La verdad es que lo envidio. Lo que está ocurriendo en las provincias deja atrás los mejores momentos del “Luche y vuelve” y anticipa que nuestro triunfo va a ser arrollador. Como dice el jingle de Sciamarella:

Compañeras, compañeros, la elección ya está resuelta.

Ganaremos la primera, y no habrá segunda vuelta.

EL 11 DE MARZO

(11 al 12 de marzo de 1973)

Agotado y feliz, antes de dormir, abro el Diario y lo lleno de apuntes inconexos sobre este día coral, multifacético y extraordinario que acabamos de vivir. Me pregunto, en la cresta de la ola, cómo lo calificará la historia y quién contará la historia. Le ganamos a la Argentina militar la batalla más grande desde el Cordobazo, pero aún pueden hacernos trampas y llevarnos a una confrontación. Aunque no creo que a esta altura de los acontecimientos les dé el cuero para proscribirnos. Me pregunto cómo se observará este 11 de marzo de 1973 desde ese 2000 inimaginable en el que estaremos, como dice el General, unidos o dominados. ¿Valdrá la pena contar en el 2000 los detalles desconocidos de esta epopeya? Pequeñas historias domésticas, como la de nuestro Centro de Cómputos, esta curiosa combinación de cibernética y Armada Brancalione, que montamos en nuestra sede de Oro y Santa Fe, la gigantesca covacha, el entrañable conventillo desde el cual nos enfrentamos a la dictadura militar para hacer nuestra campaña. Por ahora es mi única frustración, porque ese cañón Berta de la contrainformación se ha portado hasta hoy como una pistola de agua. No ha servido, todavía, para contrarrestar las maniobras del Ministerio del Interior, que ha dado los resultados a cuentagotas y se ha detenido —sospechosamente— en los datos correspondientes al 10 por ciento de los sufragios. Algo habrá que hacer en las próximas horas para que el cañón dispare y pegue en el centro de la mentira oficial. Me voy a dormir, acunado por las imágenes de la jornada. Le agradezco al Tío Cándida que me haya encargado la Secretaría de Prensa. No lo olvidaré mientras viva, así estemos unidos o dominados.

El borrachín va de mesa en mesa, transportando un gigantesco copón cargado de cerveza, que da a beber a los distintos parroquianos del bar. Amanece el 12 de marzo sobre Plaza Italia. Una brisa levanta en la vereda volantes del FREJULI. Y el viejo borrachín de rostro agudo y discepoliano, poblado de madrugones y esperanzas postergadas, festeja con su comunión cervecera este regreso del peronismo que la dictadura militar aún no quiere reconocer. Bebemos del inesperado cáliz y reímos con la estridencia de la juventud y la exaltación del triunfo. Estoy con Silvia y con los muchachos de la Secretaría de Prensa del FREJULI, que llevan días sin dormir y no lo sienten, embriagados por la conciencia de participar en la historia.

El borrachín no es el único que intuye la verdad escamoteada por la dictadura y los medios de comunicación: decenas de miles de peronistas se han largado durante el día a la calle a festejar y ser reprimidos por la policía.

Por la mañana pudimos votar para presidente tras diez años de urnas cerradas por los militares. Y, por primera vez en 18 años, el régimen nos permitió elegir a un presidente justicialista, que no pudo ser Perón, pero es su delegado, “el Tío” Héctor

Cámpora.

El conventillo es una casa tomada. Revienta de gente, se agobia con los reflectores de las cámaras. En la puerta de entrada montan guardia compañeros con los brazaletes rojinegros de la JP. Héctor Cámpora llega a primera hora de la tarde, con la marea humana que lo precede y lo envuelve, en la que asoman entre forcejeos algunos dirigentes: Lorenzo Miguel, Juan Manuel Abal Medina, Jorge Taiana y el inseparable Solano Lima.

El candidato establece su cuartel general en el primer piso, donde seguirá los acontecimientos acompañado por la dirigencia del FREJULI y la eterna corte de los milagros compuesta por custodios, arribistas que se las dan de importantes y más de un curioso que ha logrado colarse. El segundo está íntegramente ocupado por la Secretaría de Prensa que habilita una sala especial para ir brindando información a los periodistas locales, a los corresponsales extranjeros y a los numerosos enviados especiales que han llegado a la Argentina para cubrir la histórica elección.

En el tercero (Área Restringida) está el cañón Berta: el Centro de Cómputos. Un territorio vedado a los visitantes, donde las huestes de la JP que comanda el "Canca" Juan Carlos Dante Gullo anotan datos en incomprensibles planillas. El Centro nació a iniciativa de la Secretaría de Prensa, a fin de prevenir maniobras de la dictadura y difundir información con toda la rapidez del caso. Se ha conformado (como todo en esta campaña) con una mezcla de aptitud técnica, improvisación militante y una cuota inevitable de picaresca peronista. Los compañeros telefónicos, por ejemplo, han provisto líneas prolijamente sustraídas en la vecindad; la agencia italiana Inter Press Service armó el sistema de comunicación nacional e internacional y el sindicato de Luz y Fuerza ha puesto a nuestro servicio su flamante computadora. El enlace entre la Secretaría de Prensa y Luz y Fuerza es un joven y ambicioso militante llamado Carlos Grosso.

A partir de las ocho y media de la noche comenzó nuestra frustración. Aunque los primeros cómputos mostraban que el FREJULI había picado en punta y le llevaba una enorme ventaja al candidato radical Ricardo Balbín, la compleja maquinaria empezó a fallar. Los informes nos llegaban lentos, espaciados, rezagados incluso respecto de los datos oficiosos que iban adelantando las radios. La mayoría de nuestros "corresponsales" partidarios no se comunicaba para darnos datos de las distintas mesas. Por primera vez desde que lo conozco vi al cortés Cámpora perder los estribos. Me ordenó a los gritos que hablara personalmente con los distintos distritos y amenazara a los responsables con la expulsión. Los medios, que estaban mayoritariamente en contra del FREJULI, comenzaron a burlarse del Centro.

La situación empezó a mejorar en la madrugada; el Tío tomó el teléfono, marcó un número en Madrid y pudo arriesgarse a decirle al "señor General", que habíamos "superado el 50 por ciento". En la calle, la policía cargaba con ferocidad contra los manifestantes. Con Marilina Ross debimos subirnos al camión de exteriores de Canal 7 estacionado frente a nuestra sede, para pedir con un altavoz que los sindicatos enviaran ambulancias para asistir a los heridos. A las cuatro de la madrugada, una

militante de la Rama Femenina interrumpió nuestra adormilada vigilia, gritando que era verdad, que habíamos ganado por el 50 por ciento. Lo había escuchado en una radio, pero no era un dato oficial, sino un rebote de nuestros propios comunicados. A las cinco abandonamos el local y nos metimos en el cafetín de Plaza Italia.

(12 de marzo)

El Cañón efectúa su primer disparo. Según nuestras cifras hemos superado el 52 por ciento. (Nunca sabré cuánto hay en los guarismos de rigor científico y cuánto de entusiasmo militante. Pero tampoco resultará importante averiguarlo.)

Al caer la noche, el propio gobierno admite que tenemos más del 49 por ciento y le llevamos una distancia sideral a la UCR, que apenas supera el 21 por ciento. Sin embargo, se resiste a reconocernos la victoria que una gigantesca murga celebra ya en todo el país. Ricardo Balbín tiene un gesto hidalgo: se comunica con el doctor Cámpora y le anuncia que la UCR desiste de ir a una segunda vuelta. El Tío, fortalecido por el gesto de su adversario, me ordena que anuncie oficialmente nuestro triunfo para presionar a los militares. A las nueve de la noche, el presidente de facto Alejandro Lanusse envía un emisario a reconocer a quien los medios llaman ya “el virtual presidente electo”. En la esquina de Oro y Santa Fe ruge el océano. Por consejo de un compañero de prensa, Martín, leo la nómina de los caídos en estos años. Cien mil gargantas responden “¡Presente!” a cada nombre. Cien mil brazos se alzan dibujando la V de la victoria. Entre ellos, los de los propios policías que nos estuvieron reprimiendo hasta un rato antes.

NOTAS

(Correspondientes a abril y primeros días de mayo de 1973)

Después del 11 de marzo hay como un posparto de las primerizas: como una melancolía, un extraño desasosiego y ya, muy temprano, la nostalgia de los días de la campaña. Hemos ganado en casi todos lados, pero hay distritos donde debemos pelear una segunda vuelta, como en Córdoba y en la Capital. Pero ya no es lo mismo. En la Capital llevamos al amigo de Abal Medina, el viejo nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo, que "es un patriota" (como dice Galimberti) pero tiene una imagen de facho que va a causar una desbandada en circunscripciones como "Villa Freud", Villa Crespo, etcétera. Y aunque los radicales llevan a un joven bacalao de Escocia, Fernando "Chupete" De la Rúa, igual nos van a pasar un camión por la cabeza.

Se arma un importante grupo de apoyo para asegurar que yo vaya a la Secretaría de Prensa de la Presidencia, a cumplir un plan muy ambicioso. En las reuniones participan compañeros del grupo de Francisco Julián Licastro, como Carlos Grosso; dirigentes del Bloque de Prensa; compañeros que dirigen el Sindicato de Publicidad; representantes de los gráficos; cineastas como Fernando Pino Solanas o su mujer, la bella Chunchuna Villafañe; actores como Emilio Alfaro, etcétera.

Para reforzar mi candidatura me hacen hablar en un acto de los equipos político-técnicos de la Juventud, al que llegan comunicados solidarios de Montoneros y las FAR. Me pregunto si no es una cagada que me destapen de esta manera. ¿No es mejor que se piense que soy simplemente un "hombre de Cámpora"?

El Tío acaba de regresar de Madrid, adonde se supone que fue a revisar con el Jefe la posible nómina del gabinete. Lo noto gélido conmigo. Casi como enojado. Mucho menos amable que en los ya lejanos tiempos en que me decía Bosano o Bonaraso. ¿Qué habrá pasado?

La interna por los cargos es feroz. El lopezreguismo y el vandorismo están unidos y pegan con todo. Aquí y en Madrid. Me harta y decido irme con Silvia y los chicos a Pinamar, a pescar pejerreyes en el muelle. Un compañero de la agrupación, el "Yaya" Azcone, no lo puede creer: "¿Estamos disputándole el terreno a estos hijos de puta y vos te vas a pescar pejerreyes? No te entiendo, Cogote". Me río y me voy a pescar. La primera tarde vamos con los chicos al espigón. Silvia nos espera en casa. No hay lucha por el poder que iguale la caminata por la playa desierta en otoño con los dos enanos. Sintiendo sus manos en las mías, espiando su cándida picardía al planificar la broma que le haremos a la mamá ("que no sacamos ni uno"), cuando en realidad traemos a nuestras espaldas el balde rojo de plástico rebosante de pescados. Tornasolados, resbaladizos, espléndidos para la fritura de la noche.

Como era de esperar, De la Rúa nos ganó en la Capital.

El Loco se ha mandado una de las suyas, convocando a formar “milicias populares”. Perón lo ha mandado a llamar y lo ha destituido en un juicio fulminante en el que usó personajes de quinta para denigrarlo. Como Norma Kennedy o el secretario del Sindicato de Prensa, Salvador Damiano. Abal Medina se ha salvado raspando, pero ha quedado herido en un ala. Tanto por ser amigo del Loco, como por haber patrocinado a Sánchez Sorondo. La cosa afecta al propio Tío. En una charla privada, entre compañeros, Mario Hernández defendió al Loco y le pegó al Viejo. Yo dije que la forma jodida en que Perón lo había defenestrado no excusaba al Loco de un gigantesco error político que se asemeja mucho a una provocación. El Gordo Extenso estaba furioso y me dijo que la Organización ya le avisó a Perón que va a “despromover” al Loco y lo va a mandar a la base, a laburar de albañil.

El Brujo y la Chabela conspiran activamente para cagarlo al Tío. La guerra contra el Régimen se ha desplazado al interior del Movimiento.

11 de marzo del 73: festejo la victoria, la vida, la juventud y la historia con mi hijo Federico. El Tío arrasaba y "Chupetito" De la Rúa nos ganaba en la Capital.



EL GABINETE DE LOS MONTONEROS

(Mayo de 1973)

Siguen las versiones. Un viento negro llega de Madrid. Dicen ahora que le entregamos a Perón una propuesta de gabinete y una lista con 300 nombres para cubrir cargos clave en todo el país. Y que el Viejo lo tomó muy mal. Quienes lo conocen a fondo sostienen que pudo recibir esa propuesta como un insolente pase de factura de la Juventud Maravillosa.

Para mi desgracia figuro en “el gabinete de los Montoneros” como candidato a Secretario de Prensa y Difusión. Cargo que ya sé que no voy a ocupar. Hace una semana, después de un largo silencio, me llamó Mario Cámpora y me citó a las nuevas oficinas del PJ en la calle Córdoba. Son convencionalmente elegantes, con moquette, cálidos veladores y secretarías bien calafateadas. Sin lúmpenes que trabajan semi en bolas por el calor y se cagan en los figurones como ocurría en la Secretaría de Prensa. Mario mismo me lo hizo notar, cuando apretó un timbre y le trajeron el papel que había pedido: la cercanía del poder, ¿no?

Según le entendí a “Richelieu”, que siempre habla dejando puntos suspensivos, el secretario de Prensa y Difusión va a ser José María Castiñeira de Dios. Un histórico. Pero el Tío, de todas maneras, quiere que yo esté cerca de él como asesor. (Gracias, yo pensé que ya me habían usado y me habían tirado por la ventana como suele ocurrir tan a menudo en las lides políticas.)

El Gabinete del doctor Caligari fue elaborado por compañeros como Alejandro Peyrou que coordinan a los grupos de profesionales, pero la nómina, antes de pasársela al General, fue corregida de puño y letra por el Pepe Firmenich, que rechazó a ciertos candidatos propuestos por su propia Organización.

La lista, de unas seis carillas, abarca todos los ministerios y secretarías de estado, la Municipalidad de Buenos Aires, la Corte Suprema de Justicia y otras dependencias estatales. Para cada cargo se presenta una terna, lo cual puede interpretarse como una delicadeza pero también puede leerse como una grosera imposición: elija el que más le guste, pero tiene que ser uno de estos tres. Al final hay recomendaciones redactadas con un lenguaje cortante que a Perón pueden haberle molestado mucho. Dice, por ejemplo: “Entendemos que podría ofrecerse a los radicales: a) En el área económica: equipos del Ing. Roque Carranza, b) En el área energética: Equipos del Dr. Conrado Storani”.

Más dura aún es la forma en que se vetan posibles nombramientos: “Estimamos como peligrosa y contraria a los objetivos del futuro gobierno la presencia en el gabinete de...” y a continuación viene una lista de unos veinte censurados, entre los que destacan el cardiocirujano Miguel Ángel Bellizi ligado a Lorenzo Miguel (Bienestar Social); el sindicalista de Luz y Fuerza Juan José Taccone

(Trabajo) y los economistas Antonio Cafiero y Alfredo Gómez Morales, vetados para Economía junto con los equipos del frondicista Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). En lo que respecta a Cafierito, es probable que coincidamos con Perón, que lo excomulgó después de su encuentro con Lanusse, pero igual debe pensar que aquí el único con capacidad de veto es él mismo.

El General es el General y debe haber leído la propuesta como una imposición, como un inadmisibles intento por compartir la conducción del Movimiento y no ha ocultado su cólera ante algunos compañeros que han pasado en estos días por Puerta de Hierro. Entre ellos, el secretario general Juan Manuel Abal Medina, que figura en la lista montonera como candidato a ministro del Interior. (Lo cual realmente me sorprende porque ha tenido ya más de un encontronazo con nosotros, por alinearse muchas veces con Lorenzo Miguel.)

Alguien me ha comentado que hay coincidencias entre la lista de Firmenich y la que el propio Héctor Cámpora elevó a consideración del Jefe. Lo cual puede alimentar la idea de que algunos camporistas son también montoneros. Como el Bebe Righi, que en nuestra lista figura como candidato a ministro de Justicia y en la de Cámpora – dicen – tallaría para ministro del Interior.

Un amigo de Righi y de Héctor hijo, el abogado laboralista Hugo Anzorreguy, aparece propuesto en dos ternas: como candidato número tres a ministro de Trabajo (el Número 1 es el “Pelado” Rodolfo Ortega Peña) y como candidato número dos a subsecretario de la misma cartera. Hugo fue abogado de la CGTA pero tiene también nexos fluidos con la burocracia sindical.

En general hay una superabundancia de abogados, aunque también se incorporan nombres de fuste en el plano intelectual y académico, como el ex decano de Ciencias Exactas Rolando García, a quien se postula para el Ministerio de Obras Públicas. O el escritor e historiador Rodolfo Puiggrós, número uno de una terna en la que figuraron también Lucio Gera y Juan José Hernández Arregui.

No creo que a López Rega y a Isabel les haya hecho gracia enterarse que Montoneros pretende entregarle el Ministerio de Bienestar Social al abogado rosarino Eduardo Zanella o, en su defecto, a la jueza María Luisa Anastasi de Walger (madre de nuestra compañera y colega Silvina Walger).

Mi amigo el cura Mugica fue propuesto para la Subsecretaría de Promoción y Asistencia a la Comunidad. Para el mismo cargo, como tercera de la terna, se postulaba a otra compañera, la abogada Alicia Pierini.

Hay ciertos errores formales que no deberían cometerse: Oscar Sbarra Mitre figura como candidato a ministro de Hacienda y Finanzas y también – en evidente premio consuelo – a subsecretario de Comercio Exterior.

Francisco Delich fue propuesto para ministro de Comercio. Firmenich, me dicen, puso literalmente una cruz junto al nombre de Carlos Grosso, que ha

empezado a trenzar con los sindicalistas contra nosotros. Grosso era propuesto para una subsecretaría en Educación. Más duro –parece– fue con Francisco Julián Licastro, al que algunos compañeros veían como posible intendente de la ciudad de Buenos Aires. Me dijeron que Firmenich anotó a un costado: “no seguirlo promoviendo más”. Dicen que el segundo de Licastro, el también ex teniente José Luis Fernández Valoni, estuvo coordinando con Peyrou algunos trabajos preliminares para la confección del polémico gabinete.

El episodio se suma a otros y muestra lo tiernitos que somos en este tema del poder. “El Organigrama”, como lo llama con unción religiosa el Canca Gullo. También distamos de ser duchos para las intrigas cortesanas.

Me cuentan acerca de otros episodios inquietantes, como una charla que algunos compañeros mantuvieron en Roma con el General. Alguien habría dicho que con siete mil fusiles FAL garantizaríamos la insurrección armada en la Argentina. “No se preocupen que yo les consigo quince mil”, habría sido la cruel respuesta del Viejo.

INSTANTES DE UNA PRIMAVERA

(25 de mayo. De día)

No sé cómo vamos a entrar a la Casa Rosada. Nunca he visto tanta gente junta. ¿Cuántos hay: cien mil, doscientos mil, medio millón? Gritan, son felices, corean:

Se van, se van, y ya nunca volverán...

Cuando el compañero Cámpora sobrevuela la Avenida de Mayo con el helicóptero que lo lleva del Congreso a la Casa de Gobierno, contempla quince cuadras compactas de multitud y un monumental cartel de Montoneros que casi atraviesa la Plaza.

A esa misma hora otro compañero con pelos de clown alrededor de la coronilla pelada, acerca su oreja al aparato de radioescucha y escucha. Escucha la respiración acechante de los que se supone que se van. El hombre de labios finos e irónicos, al que los íntimos suelen llamar "Neurus" o "Capitán Delirio", tiene experiencia en estos menesteres y anota de manera prolija y rigurosa los movimientos de la Policía Federal y las fuerzas de seguridad, que avanzan, se repliegan ante los insultos de la multitud y mantienen un cerco en torno de la sede del poder. Para llevar a cabo esa oscura tarea, en un oscuro departamento de la calle Tucumán, Rodolfo Walsh se ha privado a sí mismo de ir con los compañeros a la Plaza de Mayo.

Llegamos penosamente a la explanada de la calle Rivadavia, cuando se produce el remolino en la muchedumbre. Veo, entre empellones, la espalda azul de un uniforme de gala, llovido de escupitajos. Es la levita naval del almirante Coda, jefe de la Armada que trata de escapar de las escupidas. Entre los gritos, distingo los inconfundibles golpes secos de los tiros que parten el aire. Cae un muchachito con el rostro ensangrentado y se enreda con una bandera. Hay un rojo profundo, inesperado, sobre el paño celeste. Otros más, trastabillan y caen. La gente se enardece. Han disparado los custodios de civil del almirante. Estallan los gases policiales y la gente se atropella en las estampidas. Ni siquiera hoy pueden dejarnos festejar en paz estos hijos de puta.



Fue la principal consigna de la campaña: "El Tío Presidente, libertad a los combatientes". Y se cumplió la noche del 25. Como enfermero de la Revolución, me tocó llevar al hospital a un compañero herido de bala en una nalga.

Después de un siglo, ingresamos a la Rosada, donde nos esperan otros peligros. Un teniente de Granaderos, más estúpido que un zapato, ha dispuesto a su compañía frente al gigantesco portón de la entrada, rodilla en tierra, con los FAL apuntando a las enormes hojas que se entreabren como esclusas para dejar pasar a los invitados y permiten ver, en un fugaz segundo plano, el océano de carne, que vocifera y presiona. Como complemento, un comisario, de civil, obeso y perverso, enarbola su 45. Con el Canca Gullo y el ex teniente Fernández Valoni, logramos apartar a los milicos de la entrada. Como dice Gullo: "Si los morochos de afuera llegan a ver milicos apuntando, van a entrar como manada y nos van a pasar a todos por encima".

El traspaso del poder es precisamente este instante de portones que vacilan con el empuje de la muchedumbre. Una escena de Eisenstein. Un vacío. Un Lanusse que deja de ser presidente de facto y un compañero Cámpora que todavía no llega desde el Congreso para jurar como presidente constitucional. Para rubricar el libro de actas, junto al compañero Salvador Allende de Chile y Osvaldo Dorticós de Cuba. El primer presidente peronista en 18 años.

(25 de mayo. Por la noche)

Parece la toma de la Bastilla pintada por David. Los presos comunes han quemado mantas y las exhiben, en llamas, por las ventanas enrejadas. Se han solidarizado con los presos políticos y piden que los larguen ya. Igual que los treinta o cincuenta mil compañeros que se han dado cita frente a la cárcel de Villa Devoto. El doctor Cámpora, en su discurso de esta mañana ante la asamblea legislativa, giró ya el proyecto de ley de amnistía para su inmediato tratamiento y es seguro que no va a demorar ni veinticuatro horas. Pero el lema de la campaña es "ni un día de gobierno popular con presos políticos" y los manifestantes están decididos a que se cumpla. También los compañeros de las organizaciones armadas, que han ocupado la cárcel. Todos claman por un indulto presidencial inmediato.

Llego con Silvia a Devoto en la inefable Renoleta. Nos acompaña Rodolfo Walsh y su mujer, Lilia. Llegamos a tiempo para ver a Juan Manuel Abal Medina, encaramado en la azotea de la prisión, junto a su secretario Julio Mera Figueroa y uno de los responsables de la ocupación, Pedro Cazes Camarero del ERP. Juan Manuel empuña un megáfono de director de cine y le asegura a la multitud que está en contacto con el ministro del Interior, Righi y que es "inminente" la liberación de los compañeros. Redoblan los bombos y los gritos.

La liberación no es inminente, pero finalmente se produce. Escoltados por la muchedumbre que no para de aplaudir, con sus bolsos al hombro como conscriptos en día de franco, los combatientes abandonan Devoto en fila india. Divisamos a Paco Urondo, que está preso desde febrero. Se me hace un nudo en la garganta al ver a mi compadre de El Pulpito, el camarada euskaldún y bestia, con el pelo largo de poeta que se ha dejado en estos meses, el saco azul marinero y el bolso donde van (me entero luego) las largas grabaciones que les hizo a los sobrevivientes de Trelew: María Antonia Berger, Alberto Camps y Ricardo Rene Haidar. El embrión de un libro sobre la masacre. Cuando lo abrazo, lo siento frágil, digno de ser protegido por todos

nosotros. Como los otros combatientes.

También lo descubro al “Chupa” Andrés Alsina, otro compañero del diario *La Opinión* que cayó el año pasado a raíz del secuestro del presidente de la Fiat, Oberdán Sallustro. En lo personal hay una profunda alegría que nace de un sincero afecto, pero me molesta el sectarismo del Chupa y sus camaradas del ERP, que hacen rancho aparte; no quieren ir con los otros liberados a la sede del justicialismo y forman, militarmente, para retirarse por las suyas. Veo los camiones llenos de “morochos” que vienen a buscar a todos los combatientes (sean del color ideológico que sean) y me duele esta falta de gratitud. A fin de cuentas: ¿quién los ha liberado?

Rodolfo insiste en que nos quedemos hasta que salgan todos. Al parecer hay compañeros que, por alguna razón, aún no pueden salir. Entonces, cuando se acerca la madrugada y ya se han retirado los dirigentes como Abal Medina y la mayoría de los periodistas, empiezan los incidentes. Nadie sabrá nunca quién los inicia, ni cómo estallaron. Pero pronto se escuchan tiros. Son los guardias del Servicio Penitenciario que disparan hacia afuera, hacia los manifestantes que siguen rodeando la prisión sin ninguna intención, creo, de ocuparla.

Cuando cesan los balazos vamos hacia la Renoleta. En la noche nos cruzamos con otras sombras como nosotros, que hablan de dos muertos y varios heridos. Ponemos proa hacia la sede justicialista de Avenida La Plata. En el repuesto portón que el comisario Villar tiró abajo, veo la silueta conocida del Loco Galimberti con su infaltable campera negra de las grandes ocasiones. El Loco me pregunta si tengo auto y me pide que trasportemos a un compañero “de otra organización”, al que le metieron un plomazo. Con Silvia nos reímos y la Renoleta regresa a su vocación de ambulancia. (Deberíamos pintarle una cruz roja en el techo descascarado.)

Igual de descascarado está el hospital adonde conducimos al herido, que pertenece a una agrupación chica de la izquierda. Los “candados” del Servicio Penitenciario le han metido un proyectil calibre 9 mm, pero por suerte para él en un glúteo. La bala no ha tocado el hueso ni cortado ninguna arteria. El médico de guardia decide sacársela en el acto.

Las primeras horas del 26 nos agarran cansados, semidormidos, en la sala de espera. El curioso corolario de un día histórico.

(Fines de mayo y primeros días de junio de 1973)

Ya está: por primera vez en mi vida soy oficialista y trabajo en la Presidencia de la República. Mario Cámpora me convocó y me dijo que su tío quería tenerme cerca porque venían momentos complicados. Me muevo como asesor libre, aunque reviste formalmente en la Secretaría de Prensa que ocupa el veterano José María Castiñeira de Dios. Allí, uno de sus segundos, el periodista profesional Oscar García Rey (que nunca fue peronista y está allí respondiendo a José Gelbard) me pide que organice un grupo de “inteligencia”. Le digo que sí, por supuesto y me cago de risa. O el tipo es un cabrón y me está gastando porque sabe algo o es un gil a la acuarela. Porque yo ya

realizo tareas de inteligencia pero para la Organización Montoneros. Al mismo tiempo, ando cerca de otro grupo interesante que se reúne en el Ministerio de Interior, en torno de dos subsecretarios muy piolas: Domingo Mercante, hijo del mitológico coronel Mercante a quien en los cuarenta llamaban “el corazón de Perón”, y el excelente jurista Leopoldo “Polo” Schiffrin. Por allí andan también tres destacados colegas: el Perro Verbitsky, Luis Guagnini y Pablo Piacentini, que es secretario de prensa del ministro del Interior, Esteban Righi, para quien escribe un excelente discurso dirigido a los jefes de la Policía Federal, condenando la tortura.

En la Organización Montoneros, hay un nuevo ámbito “de gobierno”, para atender a los compañeros que nos movemos en esta difícil “superestructura”. No debería ni pensarlo, pero me dio en los huevos encontrarme allí a un oportunista que hace seis meses era del PRT-ERP y se burlaba de Dardo y de mí, diciendo que no sabía si defendíamos al socialismo nacional o al nacional socialismo y ahora –que es tan cómodo y vistoso– ha decidido “ encuadrarse ” en Montoneros. O, mejor dicho, en el funcionariado montonero. Espero que estos malentendidos duren poco, aunque mi madre, la Vasca, suele decir que los arribistas son un lastre de todas las revoluciones. O mejor aún: “Cuídate hijo, porque el día que esos hijos de puta vuelen se pondrá negro el cielo”.

Es curioso: no me siento a gusto en esta Casa Rosada, con sus oficinas oscuras de altos techos donde se han perpetrado tantas infamias. Puedo oler la presencia de “ellos” en cada recodo del viejo palacio. Distinguir sus sombras al final de los pasillos que enmarcan los patios de palmeras. Imaginar los micrófonos en veladores y floreros. O las lenticulas azules dentro de los teléfonos.

Un día la Organización me da una carpeta sobre un tipo siniestro que trabaja en la Secretaría General pero es agente del temible Servicio de Informaciones Navales (SIN). Se la llevó al compañero Presidente y me siento un kamikaze, porque empieza a preguntarme en voz alta si estoy seguro de lo que digo, porque esto “afecta el buen nombre de un compañero”. Imagino –como si fuera una novela de Dumas– que el propio tipo escucha lo que hablamos. Siento una fatiga enorme.

Una noche, tarde, atravieso el patio de palmeras y veo, en la semioscuridad, el cambio de guardia de los Granaderos. El piso ajedrezado, las columnas de mármol, la sombra de los altos morriones en las paredes desvaídas, me generan una extraña aprensión: la certidumbre de que el gobierno popular va a ser arrasado por un golpe de estado inusitadamente sangriento.

Afuera hay distensión, felicidad, un estado de permanente movilización. Lo que alguien llama “la primavera camporista”. Florecen decenas de publicaciones políticas. Se autorizan películas prohibidas. Los jóvenes dejan de estar bajo sospecha. Se ha disuelto DIPA (la policía política) y se han quemado sus archivos, donde había centenares de miles de argentinos fichados como sospechosos. Aunque sería tonto pensar que las incineraron sin antes fotocopiarlas, el hecho político de que se quemen fichas policiales en lugar de “libros subversivos” define una política, marca una tendencia y refuerza el carácter libertario de esta primavera acechada.

Siguen llegando versiones venenosas desde Madrid. El Brujo y Chabela lanzan chismes injuriosos contra los hijos de Cámpora, contra el Bebe Righi. Y el General guarda silencio.

La temperatura de la lucha interna peronista ya es tórrida. El 9 de junio pasado hubo tiros en el cementerio de Olivos. El Gordo Miguel Garaycochea, uno de nuestros compañeros que estuvo en la refriega, me contó los detalles: el vandorismo se viene encima con todo.

Me pregunto qué pasará el 20, en Ezeiza, cuando Cámpora traiga al General en su regreso definitivo al país. Anoche, en una oficina de la Casa de Gobierno, coincidí con dos compañeros periodistas y militantes que trabajaron en el *think tank* de Mario Cámpora, Luisito Guagnini y el Perro Verbitsky. Nos pusimos a charlar –como siempre– en voz baja. Conscientes de que seguíamos siendo conspiradores y estábamos de paso en la sede del poder. Filoso como siempre, Luisito Guagnini nos soltó su pronóstico sobre Ezeiza:

–Tengan cuidado, chicos, porque nos van a dejar como odres perforados.

OCHO POSTALES PARA LA MASACRE DE EZEIZA

1

(20 de junio de 1973)

– ¿Qué pasa? ¿Ya llegó el Viejo? – pregunta Silvia, despertándose de su siesta en mis rodillas.

– No, ¡qué Viejo!... ¡nos están cagando a tiros!

Me incorporo de un salto, levanto en vilo a mi mujer y la arrastro literalmente hacia un árbol de tronco negro y grueso que nos servirá de parapeto. Aunque estamos lejos del palco, los tiros se oyen secos, nítidos, en el aire frío de junio. Lo que más me preocupa no son los tiros sino la estampida de la muchedumbre aterrorizada. Morir pisoteado por los propios compañeros. ¿Cuántos hay? ¿Dos millones? ¿Cuatro millones? Los veo venir como bisontes, mientras Leonardo Favio pide calma por los micrófonos, alguien ordena con voz castrense que “el personal” se baje de los árboles y el día más largo y gélido del año comienza a oler a pólvora y adrenalina. Oímos el aullido de las ambulancias. Nadie sabe qué está pasando. Me invade la imposible certeza de haber estado aquí antes. Estoy seguro de haber vivido preparándome para esta tarde.

2

Juan Carlos Dante Gullo, el Canca Gullo, jefe de la JP de las Regionales, vuela en helicóptero sobre la concentración más grande de la historia argentina (y tal vez de la historia de Occidente). Un acto al que acude el 10 por ciento de la población. Que viene en masa a recibir a un solo hombre. El Canca calcula: “si fuera en China serían 100 millones de tipos”. “Sólo en Cuba – admite – pasa algo así. Porque Fidel junta un palo en la Plaza de la Revolución y los cubetas son diez palos en total”. “Es increíble – piensa el secretario de la Juventud del Gobierno Popular – es un espectáculo tremendo, una cosa oriental, como tener debajo la Gran Muralla, columnas y columnas de millones de chinos”.

También parece el Far West. Leonardo Favio, a quien uno de los “muchachos” ha empujado cuerpo a tierra, elogia “la serenidad del pueblo peronista”. Mientras tanto, arriba del palco, “tiran para todos lados”, los músicos de la Sinfónica aplastan la jeta contra los tablones y algún corresponsal despistado se mea encima. “Se ruega a los peronistas no hacer uso de sus armas”, propone el director de *Juan Moreira*. Pero nadie le hace caso, como él mismo constata desde su atalaya: “Tiran a rolete. Tiran para todos lados. Si incluso mataron a una señora embarazada”.

4

Hasta hace pocas horas el “Negro” Teobaldo Altamiranda estaba orgulloso de ser uno de los pilotos del Boeing 707 de Aerolíneas Argentinas que trae al General en su regreso definitivo a la Patria. El avión que el Brujo José López Rega rebautizó como *Betelgeuse* (la estrella moribunda). Pero hace unos minutos el Negro —que viene de la Resistencia Peronista y tiene un hijo militante— comienza a sufrir el desengaño que pronto anegará a los que esperan allá abajo; esas hormigas que aparecen y desaparecen como un enigma entre las hilachas de nubes. Porque el Negro Altamiranda ya sabe que no tomarán tierra en Ezeiza sino en la base militar de Morón que (desde antes de la partida) estaba señalada como aeropuerto alternativo. ¿Qué está pasando allá abajo?, piensa el Negro que acaba de ser testigo de un triste diálogo entre el presidente Héctor Cámpora, que viene en el avión acompañando al General Perón y el vicepresidente Vicente Solano Lima, que se opone terminantemente a que bajen en Ezeiza. El Negro piensa en sus hijos y piensa en “esa pobre gente que lleva días esperando al General”. Pero la realidad urge y la estrella moribunda comienza la aproximación a la base de Morón, escoltada por dos cazas de la Fuerza Aérea.

5

Lo de Morón parece una decisión de último momento pero no es así. Me consta personalmente por una infidencia que ahora cobra trágico sentido: Oscar García Rey, el segundo de Castiñeira en la Secretaría de Prensa, me comentó esta mañana en la casa de gobierno que, “ante cualquier quilombo el avión seguirá a Morón. Y lo más seguro es que se va a producir un quilombo”. ¿Cómo lo supo? García Rey acaba de llegar de Madrid, donde acompañó a Castiñeira. Y se enteró de esa posibilidad que se ocultó a millones de argentinos. Y de algo más, que insinúa pero no se atreve a decir: que alguien le está tendiendo una cama al doctor Cámpora.

6

Pocos días antes del 20 de junio, en una reunión de ámbito, Dardo Cabo nos informa que no vamos a ir con armas largas a Ezeiza. Los compañeros responsables de las distintas columnas sólo llevarán cortas para defenderse de eventuales agresiones. La línea de la Organización Montoneros y los aliados de las FAR es nítida (y tal vez algo esquemática): Perón ha establecido siempre una relación dialéctica con el pueblo. Dialoga con la multitud y hace, finalmente, lo que el pueblo quiere. Por eso la batalla es política y no militar. Los burócratas sindicales, aliados con López Rega, tratarán de rodear el palco con activistas de la Juventud Sindical Peronista, pero

nosotros tenemos una capacidad de convocatoria diez veces mayor como para ganar la batalla por el palco y hacer prevalecer nuestras consignas. En la víspera del regreso definitivo llegan mensajes alarmantes al ministerio del Interior: 300 fachos que responden al Brujo y al teniente coronel Osinde han ocupado militarmente el palco y están armados hasta los dientes. Ellos sí, con “largas”.

7

Desde temprano se hace evidente que los burócratas sindicales están muy lejos de juntar los 400.000 manifestantes que le prometieron a Perón en Madrid. En las cercanías del palco predominan nuestros carteles y consignas. Pero el palco es de ellos. El teniente coronel Osinde le ha ganado la puja a Solano Lima y al ministro del Interior Righi: la Policía Federal está a 1.500 metros del teatro de los acontecimientos, impedida de intervenir. Cuando ingresa la Columna Sur de Montoneros, un inmenso brazo de multitud compuesto por sesenta mil personas, la gentuza del palco (el C de O, la CNU y los pistoleros del Ministerio de Bienestar Social) abre fuego a granel. En el Hogar Escuela, otras fuerzas de Osinde oyen los disparos y pensando que son “los zurdos” comienzan a tirar en dirección al palco. Los compañeros de la Columna Sur quedan atrapados entre dos fuegos. El Cabezón Norberto Habegger –veterano de muchos operativos– piensa que esta vez va a morir en ese bosquecillo cercano al Hogar Escuela. José Luis Nell, un “histórico” que ha pasado hasta por Tupamaros, recibe un tiro que lo deja parálítico. El “Beto” Horacio Simona queda herido en un claro del bosque y alcanza a ver las sombras de los que regresan a rematarlo. No es la única escena de terror que apadrina el crepúsculo: los tipos del palco izan muchachos de los pelos, los adormecen con spray y los llevan a torturar en cuartos que alquiló el teniente coronel Osinde en el Hotel Internacional. Alguno no llega a esas habitaciones de paredes ensangrentadas porque lo ahorcan antes en los tubos de acero del palco. Con su propio cinturón.

8

Nos replegamos con la muchedumbre silenciosa. Una multitud azulada en el anochecer. Difuminada por el humo de las hogueras. Que arrastra los pies sobre el pavimento de la Riccheri o apura el paso en las campas laterales. Un sinuoso dragón que ocupa kilómetros y nadie jamás podrá ya calcular, ni consolar. Es un espectáculo sin precedentes. El 11 de marzo al revés. La marcha atrás del 25 de mayo. Pero aún nos aguarda otra sorpresa: escuchar al Viejo, la noche del 21, responsabilizando a la juventud. Es decir, a las víctimas de la masacre. El proceso de ascenso popular que arrancó en el Cordobazo acaba de frenarse bruscamente. ¿Hay un golpe contra Cámpora? *Ora pro nobis.*

EL DIARIO NOTICIAS

(Agosto a noviembre de 1973)

Este país es el reino de la *parajoda*. Luchamos para que Cámpora fuera al gobierno y Perón al poder. Ahora que se cumple la instancia estratégica de la consigna y Perón va al poder estamos tristes. Y, curiosamente, extrañamos al Tío que era sólo la instancia táctica, el escalón transitorio del gobierno.

Parece irracional, sí, aunque hay motivos para la tristeza: la masacre de Ezeiza, la condena de Perón a las víctimas, la patada en el trasero al peronista más fiel que es el Tío, la presidencia provisional de ese mozo de lenocinio que es Raúl Lastiri, la fórmula Perón-Perón con ese batracio gigantesco de Isabelita que hemos debido deglutir.

O esa teoría del cerco que debimos inventar para no tener que blasfemar abiertamente contra el Padre Eterno. Alicia Eguren, que lo conoce bien a Perón, desnudó todo con una parábola genial: "Tengan cuidado, chicos, porque cuando salten el famoso cerco se lo van a encontrar al General esperándolos con una metra en la mano".

Por mi parte, mi tránsito por el poder (o sus apariencias) ha sido bien fugaz: cuarenta de los cuarenta y nueve días que Cámpora duró en la presidencia. Y ni siquiera cobré el sueldo, que no sé por otra parte a cuánto asciende. Lo único que me quedó en la mano (para demostrarme que este paso por la Rosada no fue un sueño) es una credencial de la Presidencia que me reclaman los botones de la calle Balcarce y, por lo que putas, no pienso entregar.

He regresado a *La Opinión*, donde soy un redactor cualquier y a la Comisión Interna, desde la cual irrito a la patronal. Timerman y Abrasha Rotemberg no me pueden ver ni en fotografía. Un compañero, que no voy a mencionar, me preguntó si no me sentía muy deprimido por haber caído al llano desde las gloriosas alturas de la Secretaría de Prensa. Y no me cree cuando le digo que no.

Mi compromiso con la Orga crece. Y sé que algún día del futuro cercano podré perder la libertad y la vida. El tema me inquieta pero lo controlo. Lo que me resulta más difícil de controlar es el terror de que le pase algo a mis hijos. Tengo la fantasía funesta de que me van a poner una bomba en la casa de la calle Moldes. De que alguien va a tirar una granada al pequeño jardín donde Flavia se enchastra la cara con barro y Federico aprende a jugar al fútbol con las dos piernas, como le enseñó uno de sus tíos postizos, ese cura irreverente que, para colmo, es hincha de Racing y medio peronista mogólico: Carlitos Mugica.

Anoche vino Dardo y me largó una idea sensacional: la Orga quiere lanzar un

diario popular de gran nivel, con los mejores periodistas del país.

—Y queremos que lo dirijas vos, que tenés imagen de pirucho. No vaya a ser que los de la R le den la dirección al Perro Verbitsky.

Me río. Aunque la R (las FAR) y Montoneros están por fusionarse, las rivalidades no cesan. Los “faroles” inventan cantitos donde muestran a los “montos” como fachos y los montos corean: “¿Dónde están los faroles, dónde están? En la sinagoga, leyendo a Carlos Marx”.

Los rumores sobre el diario van *in crescendo*. La Orga ya tiene su semanario *El Descamisado*, que tira 90.000 ejemplares. Pero vamos a por más. La “línea” de la Orga tiene que estar todos los días en la calle y llegar a los laburantes. Se dice que la financiación provendría del rescate del “holandés”, un alto ejecutivo de la Phillips por el que se pide un millón de dólares.

Paco me invita a cenar a su casa, junto con Juancito Gelman. O coincide con Dardo o los Montos han ganado la pelea, porque me ofrece la dirección del diario. En rigor, que ponga la jeta como director, porque la dirección va a ser colectiva. El diario será conducido por un equipo de compañeros de excelente nivel profesional, supervisados por Paco como comisario político y responsable de esa célula. Los primeros nombres que se barajan marcan el nivel: Horacio Verbitsky, Rodolfo Walsh... En los casos en que no se encuentren compañeros de la Orga que puedan hacerse cargo de un puesto determinado, se buscará a profesionales brillantes cercanos a nuestra línea. Como podría ser Pablo Piacentini en Internacional. O Pablo Giussani en Información General.

Un compañero de la Conducción Nacional va a supervisar los preparativos y bajar línea. Nos reímos: es lo que haría cualquier capitalista.

Me encanta la idea de unir lo profesional con la militancia política. Nunca me había ocurrido. Nunca había ocurrido algo así en la Argentina.

— ¿Estás contento, bestia? —comprueba Paco con una palmada de pelotari sobre mi omóplato derecho.

Las primeras reuniones se hacen en casa. Bajo la supervisión de Martín (también conocido por su otro seudónimo de “Lino” o su nombre real Julio Iván Roque). Es miembro de la Conducción Nacional, ha estado preso con Paco y se comenta que tiene un par de huevos que no pasan por la puerta. Se le atribuye, entre otras bagatelas, la temeraria operación que concluyó con la vida del sátrapa militar de Rosario, el general Juan Carlos Sánchez Verdugo, responsable de varios casos de secuestro y torturas. Roqué es cordobés, de cejas renegridas y cara de turco. Algo taciturno pero amable y nada milico. Con una cabeza rápida y flexible.

Con Roqué viene a la primera reunión un personaje espectacular, que no tiene nada que ver con los arquetipos generacionales. Tiene 63 años, se llama Gregorio

Levenson y es bajo, gordo, de nariz ganchuda y bigotito canoso a lo Francisco Franco. También es ceceoso y dueño de un talento especial para perpetrar furrios que superan a los del propio Cámpora. Don Goyo, o Goyito, como le dice Roqué es una especie de padrino de las FAR y padre de uno de sus jefes, Alejo, que murió después de una operación. En este proyecto va a manejar la guita. Las valijas del holandés errante.

En esa primera reunión, nuestro gato siamés Simón (que también es errante) se trepa a la punta del alto pino que tenemos en el jardín y chilla desesperado sin atreverse a bajar. Silvia intenta diversos métodos y hasta le pide ayuda al portero. Pero todos fracasan estrepitosamente. Para que la reunión no fracase, Lino arma un extraño mástil con palos y escobillones atados, pero tampoco funciona. Y será, curiosamente, Rodolfo Walsh el que dejará sus gruesos lentes de miope sobre la mesa ratona y trepará con gran agilidad al pino, para devolver al aurista Simón sano y salvo y conquistar los aplausos de Fede y Flavia.

—No por nada —acota Rodolfo limpiándose las punzantes agujas del pino que se le han clavado en el *sweater* — escribí “Irlandeses detrás de un gato”.

—Hola, habla Pepe — dice la voz neutra en el teléfono.

— ¿Pepe Eliashev? — pregunto yo estúpidamente.

La voz vacila y luego insiste:

—Pepe.

Me cae la ficha: es Firmenich que viene a una importante reunión en casa y no recuerda exactamente el número de la calle.

El otro polo decisivo de la reunión es mi viejo jefe político de la campaña, Mario Cámpora. Aquí podrían unificarse mis dos lealtades. Firmenich le va a plantear a Richelieu que vamos a hacer un diario abierto, frentista, en el que puede haber un lugar importante para ellos. La idea es mía y tiende a cubrir, también, las apariencias legales. Necesitamos que el vampirismo nos aporte dos o tres nombres conocidos para integrarlos al directorio y blanquear de este modo el origen *non sancto* de nuestros fondos. Es una jugada astuta porque a mí mismo, en las solicitadas de Alberto Brito Lima, me pretenden devaluar como “el empleadito de Cámpora”, un insulto que viene al pelo en estas circunstancias.

No sé muy bien cómo es Firmenich y temo, conociendo a Mario y su proverbial cautela, que el jefe montonero meta la pata. La primera vez que vi en persona al Número 1, fue en casa de Juan Manuel Abal Medina. Pero fue en una reunión con varios miembros de la Conducción, en la que habló más un hombre de cara tallada: el veterano Marcos Osatinsky. Después lo vi en otra reunión con el grupo del diario. Es físicamente corto, robusto, algo tosco. Con ojos marrones opacos y cejas hirsutas. Habla bien y es ameno, pero tiene un cierto retintín escolástico de maestroescuela. Lo veo escarbando intensamente en las ideas derechistas de Perón que ha encontrado en

La Comunidad Organizada y sospecho que él también paga tributo al síndrome del converso: haber creído que el Viejo era Mao y ahora pensar que es Adolfo Hitler.

Escribo esto y en cierto modo me avergüenzo de haberlo escrito: ¿quién carajo soy yo para juzgar al Pepe? Nadie es Número 1 por casualidad y él es quien es por su estratégica participación en el Aramburazo.

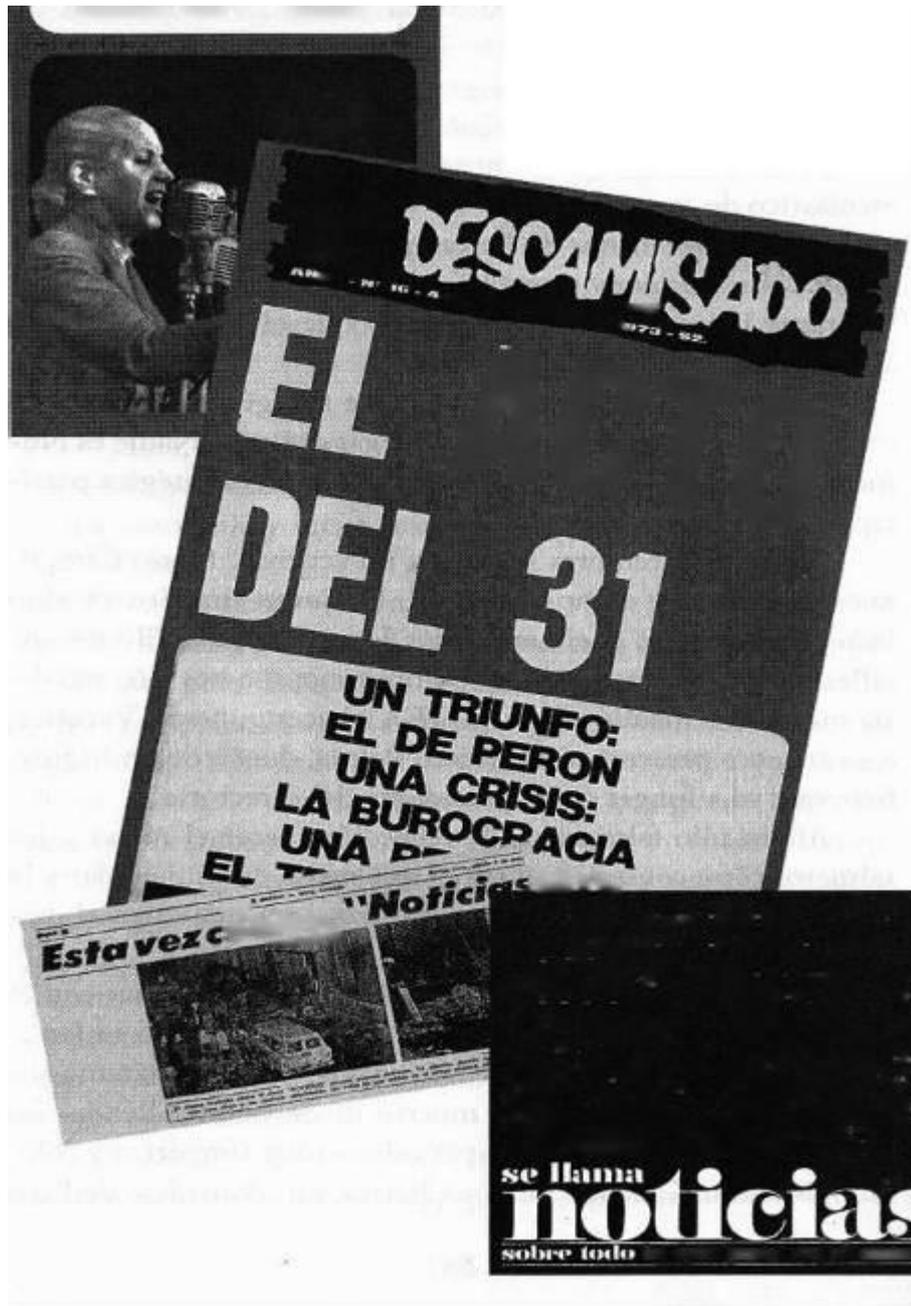
Contra mis temores se llega a un acuerdo. Mario Cámpora es expeditivo y cumple su parte. Un joven simpático y algo loco se nos acerca: es el embajador Jorge Vázquez. El vicescanciller del Tío que juró con los bombos montoneros y (como diría mi madre) mandó a la vieja OEA a hacer puñetas. Vázquez, a su vez, nos presenta al ingeniero Palma, dueño de un frigorífico, que va a fungir como presidente del directorio.

Ahora sólo falta armar la redacción, hacer el mono y los números cero; conseguir el papel que nadie nos quiere dar y la imprenta que nadie nos quiere alquilar, para que salga el diario que aún no tiene nombre.

Se me ocurre *Pueblo*, y viajo a Tucumán a negociar con el dueño del título, José Ignacio García Hamilton, pero su familia ya lo ha cedido y no puede hacer nada. En Tucumán me entero del derrocamiento y la muerte de Salvador Allende. En Tucumán conozco a un joven periodista muy simpático y colorado, Ricardo Kirschbaum, y a Chacho, un compañero de Paco en la cárcel que fue fundador de la R. Al salir de la provincia, en auto, me para una patrulla de la policía y zafo pelando la credencial que no les devolví a los cabrones de Presidencia.

Pensamos en *Noticias Gráficas*, pero hay problemas de registro. El Perro soluciona el problema con un abogado especializado en estos temas. El diario se va a llamar —en letras grandotas— *Noticias*. Y más abajo, con la letra chica de los contratos: “Sobre todo lo que pasa en el país y en el mundo”.

Saldrá a la calle el próximo 20 de noviembre: Día de la Soberanía. Así sea.



La Tendencia tuvo siempre una prensa fuerte. *Militancia*, de Ortega Peña y Duhalde; nuestro "*Desea*", que tiraba mil ejemplares semanales y, de remate un diario, *Noticias*, que en solo nueve meses llegó a editar 150 mil ejemplar diarios, entre amenazas y bombas.

EL ATENTADO CONTRA RUCCI

(25 de setiembre de 1973 y días siguientes)

Me entero de la muerte de José Ignacio Rucci en casa de Héctor Cámpora. Tanto el Tío como yo estamos lejos de sentir por el secretario general de la CGT el aprecio que siempre le ha prodigado Juan Manuel Abal Medina, pero esta boleta — que nadie firma — tiene el tamaño de la cancha de River y abre un gigantesco interrogante. Ocurre a dos días de unas elecciones que han plebiscitado a Perón para una tercera presidencia con el 62 por ciento de los votos. Esto parece un desafío al Viejo que siempre respaldó al Petiso Rucci.

Llego a nuestras oficinas del diario en la calle Piedras 735 y comento con Goyo que para mí fue la CIA. A eso de las siete aparece Paquito y me saca del error con una novedad que me deja anonadado.

— Fuimos nosotros. Me lo acaban de confirmar.

Más tarde, en mi departamento de la calle Moldes, recibo el llamado de Julito Bortnik, que le escribía los discursos a Rucci. Más allá de sus previsibles expresiones de condena por el atentado, hay un mensaje solidario apenas disimulado.

— ¿Y vos qué hacés, Cogote, siempre viviendo tan lejos? ¿Por qué no te mudás de una buena vez?

Después me dice, en clave, que hay mucha bronca y se está planeando una represalia. Que los muchachos de Rucci, entre ellos los pesados de la CNU, se proponen asesinar a varios miembros de la Tendencia.

Me está avisando que me van a matar, que lo sabe de manera directa y que es mejor que me levante esta misma noche. Hablo con Silvia y decidimos hacerle caso: iremos a dormir a casa de su hermana Ana María.

El petiso Bortnik sabía de lo que hablaba. Menos mal que le hicimos caso. En la madrugada del 26 tres tipos intentaron meterse en Moldes a través del jardín. La vecina de la casa de al lado, donde hay como un pequeño corralón, sintió pasos en la medianera y empezó a chillar. La vecina — una vieja corajuda — armó tal quilombo, que empezaron a prenderse luces por todos lados y los tipos, jóvenes, tuvieron que escaparse entre los techos de zinc y las oscuras higueras de los patios.

Unas horas más tarde, a una cuadra de mi casa, en la calle Blanco Encalada, unos desconocidos le tocaron el portero eléctrico a Enrique Grinberg que bajó, desprevenido, junto con uno de sus hijitos, y lo asesinaron a balazos. Enrique era un compañero de la JP (y dicen que de las FAR) y lo velan en la unidad básica de la Tendencia que está en la calle Amenábar. Con Silvia pensamos que sus asesinos son

los mismos tipos que intentaron meterse en casa. No conocí a Enrique en vida, pero su muerte me conmociona. Pertenecíamos a una misma generación (con hijos de la misma edad) y desembocamos en la misma opción política. Anoche pude haber corrido su misma suerte.

Nos reunimos con el Pepe Firmenich en uno de esos lugares que consigue Goyo: la oficina céntrica de un amigo que militó con él en el PC hace cuarenta años. El amigo nos deja su modesto despacho, un termo con café y se hace humo.

Firmenich nos cuenta que ha llegado en taxi, porque le parece más seguro que desplazarse con un auto propio, aunque no sea robado. Nos revela que en otras épocas, antes de la clandestinidad, trabajó un breve tiempo como chofer de taxi. Pequeños toques que humanizan al mito desconocido, como esa pasión por Racing, que comparte con el cura Mugica.

De manera fría y seca, nos confirma oficialmente que Rucci fue ejecutado por la Organización. Lo explica en términos estratégicos: la lucha contra el vandomismo como aliado del imperialismo en el movimiento obrero y su responsabilidad personal en la masacre de Ezeiza.

No estoy de acuerdo y lo digo. Rucci era un burócrata fascista y su gente torturó compañeros en Ezeiza, pero su asesinato es una abierta provocación a Juan Perón. No entiendo cuál es la lógica que nos llevó a perdonarle la vida al Brujo López Rega tras la masacre de Ezeiza y ahora nos hace atentar contra un hombre de Perón, cuando el Viejo acaba de ganar las elecciones. Goyo, no menos populista que yo, secunda mis argumentos con su viejo *ritornello*:

—No queremos darnos cuenta, pero Perón zigüe siendo el ejemón del prozezo.

Firmenich me contesta con cierta condescendencia, sin molestarse. Da largas explicaciones e incluso sugiere que el capo de la UOM, Lorenzo Miguel, le dio luz verde al atentado, al sugerir que su compañero y rival en metalúrgicos era el obstáculo central para un eventual acuerdo con la Orga.

El Pepe recién se impacienta cuando argumento que una organización revolucionaria no puede producir un ajusticiamiento sin asumirlo públicamente, porque si no, equipara sus acciones a las de un servicio de inteligencia. La frase, me parece, conspira contra mis posibilidades de ascenso.

Anoche fuimos con Silvia a cenar a lo de Paco y Lily Masafarro. Estaba también Lino (Roqué) con su compañera. Mi mujer se fue muy enojada conmigo, porque lo sintió como una encerrona para convencerla de algo que no quiere hacer, que es encuadrarse en la organización. Ella apoya mi decisión, corre los mismos riesgos y está dispuesta al voto de pobreza que impone nuestra ideología de las costumbres (la famosa proletarización de los cuadros), pero rechaza visceralmente el voto de obediencia.

—Soy católica, pero no monja —fue la frase final que le disparó a Paco para cortar de cuajo el intento de encuadrarla.

En un aparte de esta cena que acabó siendo tan gravosa para mí (Silvia es dura cuando se enoja), Lino me contó con pelos y señales el atentado contra Rucci. Incluso dibujó un pequeño croquis para que entendiera la operación, que fue difícil y compleja. El secretario general de la CGT se desplazaba con una gran custodia y no dormía nunca en el mismo lugar. Sin embargo, la Organización detectó que cada tanto se veía con sus hijos en una casa y montó el diseño operativo a partir de esta rutina. Se analizaron cuidadosamente las características del terreno y, horas antes de la operación, se redujo a ocupantes de viviendas vecinas para ocupar posiciones desde las cuales se pudiera hacer fuego y replegarse luego —en medio de la confusión— con relativa facilidad.

La gran custodia fue efectivamente superada y Rucci cayó bajo el fuego cruzado. El relato de Lino me impresiona y me conflictúa a la vez: es indudable que la Organización nacida de la fusión entre Montoneros, Descamisados, FAR y un ala de las FAP, es la más poderosa con que ha contado el peronismo revolucionario en toda su historia, pero esa misma fuerza se le puede volver en contra si el temible anciano al que Goyo define como “el ejemón del prozezo”, nos lanza su anatema.

Ayer los integrantes de la célula que conduce el diario *Noticias*, fuimos al Tigre, a la isla de Walsh, a realizar prácticas militares. Goyo se reía solapadamente del “orden cerrado” a que nos sometió nuestro responsable (Paco), pero —a pesar de sus casi 64 años y su generosa panza— hizo un papel bastante decoroso. Tiramos con revólver, pistola, carabina 22 y escopeta (una del 16). Debimos hacer bastante ruido, porque al rato comenzó a sobrevolar la isla un helicóptero y tuvimos que ocultarnos entre altos pajonales, como en las películas de guerra.

De regreso a la capital, mientras esperábamos que llegara la lancha en el embarcadero, volví a tocar el tema Rucci con Paco. Me preocupó su respuesta, porque tenía un fuerte componente emocional, de evidente desengaño con el Viejo: “Ahora sabe que no puede llamarnos un día ‘juventud maravillosa’ y al siguiente pegarnos una patada en el culo”.

No me convence: sigo pensando que lo de Rucci ha sido un grave error y que podemos pagarlo muy caro.

Por suerte, una buena noticia: hemos logrado superar todas las dificultades materiales (papel, imprenta, distribución) y *Noticias* saldrá a la calle el 20 de noviembre. En los avisos televisivos —a cargo de Antonio Carrizo— se subraya el carácter peronista del nuevo matutino. Algo que seguramente les dará en las pelotas a los fachos de *Mayoría*.

UNA TORTA EN LA MADRUGADA

(Otoño del 74)

Aquí estoy, en el diario, esperando lo inimaginable: ese pastel de homenaje que un desconocido se empeña en regalarnos... a la una de la madrugada. La misteriosa torta me recuerda las películas de gánsters: los tipos de traje cruzado que emergen de la crema chantilly empuñando una Thompson en el cumpleaños del capo rival.

En cierto modo vivimos en el Chicago de los años 20 y hacemos periodismo defendiéndonos de Dillinger y Al Capone. Cada noche *Noticias* renueva el milagro de su existencia: textos, fotos y diagramas salen de nuestra covacha de la calle Piedras al 700 hacia *El Cronista Comercial*, donde se compone la tipografía "en frío", se arman los cartones de las páginas y se los fotografía para mandar las películas a Fabril Financiera donde una impresora Plarris, buena pero lenta como corresponde a una máquina revistera, se empeña en cortar el papel y demorar hasta el infarto nuestra tirada. Los sucesivos traslados de un local a otro son verdaderas operaciones militares en el paisaje nocturno de la ciudad hostil. Las 24 páginas del diario marchan en nuestros castigados Renault 12, conducidos por choferes temerarios como el bueno de "Virulana" y custodiados por entrañables lumpenazos de la Juventud Peronista, que dejan asomar sus escopetas por las ventanillas. En las sombras, los fachos del C de O, de la CNU, de la Triple A y de tantas otras siglas no menos perversas, acechan el paso de la flotilla, dispuestos a sabotearnos la edición a balazo limpio.

En estos precarios transportes, destinados a solucionar nuestra dramática carencia de talleres e infraestructura, viaja una síntesis irrepetible de compromiso militante y talento que ha parido el periodismo argentino: la página policial que conduce Rodolfo Walsh; la sección política con el sello vitriólico del Perro Verbitsky; las imágenes estremecedoras de Carlitos Bosch y sus intrépidos fotógrafos voladores; la historieta de Oesterheld con sus imperiales Antartes; la visión internacional de Pablo Piacentini y Zelmar Michelini y además cultura, espectáculos, deportes y muchas carreras, con acertados pronósticos (como corresponde a un diario que quiere disputarle a *Crónica* el mercado popular). Páginas vigiladas por el celo político de Paco Urondo y la visión certera del jefe de redacción, Juan Gelman. Diseñadas por el "Oso" Smoje, un gráfico exquisito con pinta de sabio loco y diagramadas con buenos nervios para el cierre por Eduardo Mezzadra, diariero por vocación y tradición familiar. Páginas que pueden irse a la mierda en cualquier esquina, con la misma facilidad con que nuestros jóvenes choferes suelen hacer bolsa los autos, provocando los lamentos de nuestro implacable gerente administrativo, el zar de los furcios, Goyo Levenson. El sexagenario Goyito, tío adoptivo de todos nosotros. Veterano de la revolución y campeón indiscutido de los furcios, que en las reuniones de célula pide que no lo "dejen en el tintero" o "no le enrosquen la víbora".

Yo figuro como “director”, pero en realidad integro esa rareza, también única y probablemente irreplicable, que es una dirección colectiva; una célula conformada por periodistas que son a la vez militantes. Integrantes de la curiosa sociedad anónima que financia el diario con misteriosas valijas repletas de billetes. En un secreto a voces que no logramos disimular con nuestra línea amplia y frentista y ese directorio *ad hoc* con empresarios y políticos “camporistas” como Jorge Vázquez. No son de extrañar, entonces, las precauciones: los hombres del Brujo López Rega saben quiénes somos en realidad y les molesta que en pocos meses estemos vendiendo más de cien mil ejemplares diarios.

Lo que no saben, por suerte, es la precariedad en que nos movemos, las bestialidades organizativas que perpetramos a diario en un clima juvenil y ácrata, propenso tanto a la genialidad como a la chantada, donde no prosperan las formalidades y el único que me dice “director” en vez de “Cogote” es el encargado de la sección carreras, que por supuesto es mayor de edad y afiliado radical.

Una tarde, ese clima anarco llega al paroxismo. Los miembros de la dirección hemos almorzado en la cercana Taberna Baska con Raúl Alfonsín que quiere agradecernos el haber incorporado al diario a su joven pupilo Leopoldo Moreau, quien se va a ocupar de “universitarias”. El político radical está acompañado por Conrado y Fredi Storani y el propio Moreau. A los postres, los invitamos a visitar la legendaria redacción de la calle Piedras a sabiendas de que puede gemir el protocolo.

Entro al diario charlando con Alfonsín. En el primer rellano de la escalera, uno de los mocetones de la guardia nos empuja literalmente adentro del edificio, mientras masculla: “Córranse, Cogote, que no veo la puerta de entrada”.

Al rato otro compañero de la guardia nos sirve un café en la austera sala de reuniones. Paco Urondo revuelve su taza y descubre un pedazo de cebolla. Se calla pero cuando se marchan los ilustres visitantes, manda a llamar al compañero que trajo los cafés y le pregunta con una sonrisa crispada:

— Si al café le ponemos cebolla... ¿qué le pondremos a los cañones?

Y es en esa covacha anarquista de la calle Piedras, amoblada con tacañería por el buen Goyo, que me sorprende, mientras preparo una segunda edición, una llamada de Perlita, la telefonista, anunciándome que un señor, admirador del diario, quiere venir a regalarnos una torta.

— ¿Y vos le dijiste que viniera a esta hora, a la una de la madrugada? — vocífero. Perlita, que es uruguaya, despistada y asustadiza, se pone a llorar y me obliga, encima de todo, a consolarla. Cuelgo y lo llamo al “Negro” Raúl que es el jefe de la guardia. Raúl es villero, taciturno y confiable, aunque a veces peca por un exceso de iniciativa. Días atrás, cuando arreciaban los rumores de que los horribles iban a tomar el diario, me llevó silenciosamente hasta la terraza para mostrarme la sorpresa que destinaba a los posibles “visitantes de la noche”: una gigantesca garrafa repleta de nafta y pintura asfáltica. Una bomba molotov de 20 litros. Tuve que mortificar su

orgullo de artista, explicándole que si les tiraba eso desde la terraza nuestras escaleras estrechas y empinadas harían un efecto chimenea y moriríamos abrasados. No quedó muy convencido por la razón física y pensó que yo era un reformista.

Ahora le pido que esté alerta a la llegada del misterioso pastelero y me avise de inmediato. A la media hora suena el interno: “Baja, llegó el tipo”, dice escuetamente el Negro. Bajo a la dirección saltando de a dos en dos los escalones, sin llegar a imaginar el cuadro que me espera. En el vestíbulo de acceso a mi despacho, ante la mirada despavorida de Perlita, hay un hombrecillo calvo y regordete, con un bigotito de peluquero, que prueba un pedazo de su propia torta ante la mirada inquisitiva del Negro Raúl y los compañeros de la guardia que lo rodean con las manos en jarras y los fierros al cinto.

—Yo sabía que me iba a pasar esto — murmura el hombrecillo —. Pero no podía dejar de hacerlo. Soy siempre el mismo boludo romántico.

Suspendo cortésmente la degustación compulsiva y me pongo a charlar con el hombrecillo que, además de la torta, ha traído una bandeja de masitas para los muchachos de la guardia. Masitas que ahora, ya sin temor al trotyl ni al veneno, los muchachos degluten con entusiasmo.

El hombrecillo, con dulzura de repostero, me aclara el enigma.

—Yo leí en el diario las palabras que dijo el papá del montonero Escribano despidiendo a su hijo en el cementerio. ¿Se acuerda? El muchacho ese que mataron... Y, bueno, me emocioné tanto que me dije: yo tengo que hacer algo por esa gente, yo tengo que rendirles homenaje, aunque yo no sepa escribir, ni expresarme. Y como soy panadero... hice una torta.

EL MINISTRO DE MOSCÚ

(Sin fecha en el manuscrito.

Debe ser fines del 73 o comienzos del 74)

Don José se ríe, con sus dientes frontales abruptamente separados que evocan a Pete Pata de Palo. Y la cara de bulldog orejudo, surcada de muescas y arrugas, se distiende y se torna franca y cordial. Es evidente, por sus bromas, que quiere otorgarle a la relación naciente un carácter que trasciende el ámbito formal y estrecho de un diálogo entre un periodista y un ministro de Economía. Es como si dijera: “yo soy mucho más que el ministro de Economía de Perón y usted (no me joda) es algo más secreto y peligroso que un simple director del diario *Noticias*, pero conviene que el mundo piense lo contrario: que sólo somos lo que parecemos. Sobre todo los enemigos”.

Me digo que José Ber Gelbard es un profesional de la conspiración, que juega fuerte pero sabe enmascarar su juego con cautela. ¿Es un agente soviético? ¿Es — a la vez — un agente del Mossad? Su currículum formal dice que es un empresario exitoso, un *selfmade man* que llegó al país con una familia de judíos polacos, empezó como buhonero en Catamarca y ahora es dueño de Fate, Aluar y otras empresas de punta. Un gran burgués que en su juventud fue militante del Partido Comunista y acaso — secretamente — sigue cotizando al Partido. Lo que no le impide representar y dirigir — con paternalismo de caudillo catamarqueño — esa CGE, esa Confederación General Económica que reúne a los pequeños y medianos empresarios nacionales que Juan Perón eligió — ya en la década del cincuenta — como tercera pata de una mesa económica y social que complementan los sindicatos y el Estado. Haya sido agente o no, es evidente que el General confía en su pragmatismo como empresario para mantener ese Pacto Social que ha logrado frenar la inflación. El equivalente de lo que fue Miguel Miranda en el peronismo de los cuarenta.

Mientras el mozo del Ministerio nos sirve el pionono de atún en el pequeño comedor de los años cincuenta aledaño a su despacho, Don José cambia de tema y se diluye en vaguedades. Pero cuando la puerta se cierra, retorna a lo que de verdad le interesa: saber si los Montoneros vamos a utilizar a la Juventud Trabajadora Peronista como un ariete para tratar de Asurar el Pacto que ha congelado los salarios. Este es nuestro primer almuerzo a solas. En el primero participó Jorge Riaboi, su jefe de prensa, con quien trabajamos juntos en *La Opinión*.

Riaboi hizo el contacto inicial pero ahora — por discreción o por orden de Don José — se abstuvo de participar. Yo había conocido a Gelbard unos años antes en un encuentro que no tuvo continuidad. Durante la dictadura militar de Alejandro Lanusse, critiqué al empresario por sus arreglos “pasteleros” con el poder, que favorecían al sector negociador y acuerdista del peronismo. En julio del 73 me dio

bronca verlo alineado en el golpe del Brujo José López Rega, para desplazar a Héctor Cámpora. Y ahora me encuentro con un tipo muy diferente al que recordaba. Un autodidacta inteligente y audaz, que esconde detrás de su talante negociador, ciertos principios inamovibles, como la voluntad de construir un capitalismo autónomo en la Argentina y equilibrar el peso determinante de Estados Unidos a través de una alianza económica (no sólo comercial) con la Unión Soviética y la Europa del Este.

Don José se tira con todo contra el imperialismo yanqui, mientras me observa con ojos picaros para calibrar el efecto que me producen sus anatemas. Yo traía en las alforjas un discurso deliberadamente moderado para propiciar el diálogo con el jefe de la burguesía nacional y descubro con estupor que he quedado a su derecha.

—Usted habla de la necesidad de construir un frente de liberación nacional — dice con sus erres gangosas — pero ¿piensa que puede funcionar un frente liderado por la burguesía?

Me río y simulo una protesta:

—No le permito, ministro, me está robando el libreto. Ese bocadillo debía decirlo yo, que soy aquí el ultraizquierdista.

El padrino de los “empresarios nacionales” también se ríe y me provoca:

—Ya ve, ustedes se equivocaron al aliarse con Cámpora que era conservador. Tenían que haberse aliado conmigo.

—No pudimos, porque usted se juntó con López Rega para jodernos.

—Con López Rega no — replica con aspereza — . Con la señora Isabel, con la que sigo manteniendo una excelente relación.

Retorna la cara de bulldog y por un instante temo que la discusión pueda tornarse áspera y frustrar la relación. En cambio, Gelbard se pellizca el labio inferior, baja la voz y entra, inesperadamente, en el terreno de las confesiones.

—No se confunda conmigo. Cerca del General, como usted sabe, hay gente de la CIA, para los que soy un enemigo declarado. Pero en julio del año pasado era imposible salvarlo a Cámpora. Yo tenía una misión ordenada por el General y debía cumplirla como la estoy cumpliendo desde este ministerio. Después ustedes hicieron algunas cagadas y no era muy saludable frecuentarlos. Hay cosas que usted no sabe, pero no faltó quien le dijera al General que yo, personalmente, había ordenado el asesinato de Rucci.

Consigue sorprenderme y dejarme sin respuesta. No le puedo confirmar lo que sabe de sobra, reconociéndole que Montoneros, aunque no haya firmado esa operación, ejecutó el atentado contra el secretario general de la CGT. Menos aún le puedo confesar que yo critiqué duramente la acción ante el propio Mario Eduardo

Firmenich. Advierte que me ha descolocado y agrega con una sonrisa intencionada:

—Imagínese, yo. ¿Con qué tropas? — enfatiza, hablando para los grabadores—. Además, ¿por qué? Me llevaba bien con José y firmamos juntos el Pacto Social. Por otra parte, yo detesto la violencia.

Para mi alivio la conversación retorna a los andariveles teóricos. A lo que debería hacerse en este país. A la utopía que esbozamos y él intenta (afirma) con mayor realismo. Consciente —dice— de las fuerzas poderosas que pueden minar al gobierno popular y conducirlo a la debacle de Chile, al temido “pinochetazo” que Estados Unidos receta sin pudor para todos los gobiernos que propician el socialismo, como el de Salvador Allende e incluso para aquellos que se definen simplemente como nacionalistas (el Perú del general Juan Velazco Alvarado o el Panamá del general Ornar Torrijos).



LA INFAMIA SE LLAMA "NOTICIAS"



El Caudillo, "house organ" de López Rega y la Triple A, se indignó por los "privilegios" que nos otorgaba José Gelbard. La relación con el ministro de Economía-que alcanzó su pico en el viaje a Moscú- era estratégica, pero llegó tarde.

—Hay que estar acá... —insinúa, acariciando la copa de vino—. Hay que estar acá para saber cómo sopla el viento del Norte. Y no caer en infantilismos.

Me sonrío, el viejo “pecheto” me está tirando con Lenin (“el izquierdismo, enfermedad infantil del socialismo”). Pienso que viene el sermón, pero me equivoco. Me llega una confesión inesperada. El bulldog luce serio, inesperadamente más viejo que los 57 años que tiene. Habla con serenidad y un dejo de melancolía.

—En el fondo admiro y envidio a la generación de ustedes. Envidio su coraje y su pureza. No han tenido que agacharse y transar como tuvimos que hacerlo nosotros. No han tenido que llenarse de mierda.

Me despide con un fuerte apretón de manos. Es indudable la empatía entre el viejo que conoce a fondo la trastienda del poder y el joven que sueña con el asalto al Palacio de Invierno.

Regreso a la sede de *Noticias* y redacto un informe para la Organización. Pienso que Gelbard puede ser un puente de plata para recomponer nuestra relación con Juan Perón. No soy el único que lo piensa. El Cabezón Norberto Habegger, mi nuevo responsable político en el diario y en Montoneros, está de acuerdo. El tema sube a la Conducción Nacional y nos reunimos con el Pinguli Carlos Hobber. Un tipo duro, irónico y despectivo, que se hace el bruto pero en los sesenta iba a La Paz con *Rayuela* bajo el brazo y es, posiblemente, el más político de los cuadros de la Conducción.

Durante la reunión, Pinguli bromea con un palillo en la boca: “No vaya a ser, Cogote, que hagas la de Paladino y empieces como delegado nuestro ante Gelbard para pasar a ser el delegado de Gelbard ante nosotros”. Lo mando a la mierda, mientras anoto lo que debo decirle al ministro en la próxima reunión. La Operación Gelbard está en marcha.

OPERACIÓN GELBARD

(Comienzos de 1974)

El día está en sombras y la noche encubre a las bestias pardas. El Brujo López Rega tiene cada vez más poder. Su revista *El Caudillo* cambia el orden de los factores: el socialismo nacional debe ser nacional socialismo. En enero, Juan Perón cita a los ocho diputados de la Juventud Peronista que no han querido avalar las leyes represivas y los obliga a renunciar ante las cámaras del canal oficial. A nuestra izquierda, los compañeros del ERP ponen lo suyo y lanzan un ataque insensato contra el cuartel de Azul. El General responde echando a Oscar Bidegain de la gobernación de Buenos Aires. Con él se va un representante honesto del viejo peronismo y uno de nuestros mayores aliados. En la Policía Federal ascienden dos comisarios que han reprimido al peronismo durante los gobiernos militares: Alberto Villar y Luis Margaride. En una reunión en Olivos representantes de la JP le informan al General que se trata de “dos gorilas”. La respuesta no deja lugar a dudas: “Pero son buenos policías”.

El Viejo parece haber abandonado “el centro del dispositivo” para recostarse sobre la derecha. En febrero, el coronel retirado Domingo Antonio Navarro, jefe de la policía provincial, se levanta contra el gobernador constitucional Ricardo Obregón Cano. El presidente Perón no condena este verdadero golpe de estado contra otro viejo peronista. Se multiplican los ataques contra nuestros locales. Es allanado nuestro semanario *El Descamisado*. Denunciamos que hay un intento de copamiento de *Noticias* por parte de grupos fascistas como la CNU y el Comando de Organización de Alberto Brito Lima, con apoyo y cobertura de la propia Policía Federal. Su jefe, el general retirado Miguel Ángel Iñíguez, se molesta por nuestra acusación y nos promueve una querrela. Hay una reunión en el Departamento de Policía, a la que concurre escoltado por el doctor Isidoro Ventura Mayoral. Exijo hablar a solas con Iñíguez, de peronista a peronista, sin represores a la vista como Villar y Margaride. Llegamos a un acuerdo, pero esa noche una poderosa bomba estalla frente al diario *Noticias* y destroza la sedería de la planta baja, mi despacho y la sala de reuniones del primer piso.

Los compañeros de la custodia se salvan porque se mueven rápido. Uno de ellos, que observa la calle desde una ventana del primer piso, advierte que han retirado al policía que suele montar guardia en la vereda de enfrente. Está pensando en esa significativa ausencia cuando llega un taxi y frena abruptamente en la puerta del diario. Se bajan dos tipos llevando un tacho humeante que depositan contra la puerta. Luego se trepan al taxi en movimiento y huyen. El compañero grita: “¡Pusieron una bomba!” y sube al segundo piso, donde se arroja cuerpo a tierra, tapándose los oídos con las manos. Alertados por él, los otros muchachos de la guardia buscan una cubierta segura antes de que una poderosa explosión sacuda al

edificio hasta los cimientos.

En estos días proliferan las provocaciones. Alejandro Giovenco, el más célebre matón de la extrema derecha, muere en la calle al explotarle la bomba que llevaba en el portafolios y pensaba colocar en la sede de la JP. Inventan un complot contra Perón y encarcelan al compañero Carlos Caride, uno de los héroes de la Primera Resistencia. La Federal detiene y tortura a uno de los tres sobrevivientes de Trelew, Alberto Camps, a mi secretaria en el diario Luisa Galli y a su compañero Eusebio de Jesús Maestre (hermano de Juan Pablo Maestre, asesinado durante la dictadura de Lanusse). Liliana Ivanoff, otra compañera de *Noticias*, es secuestrada en el barrio donde militaba, violada y acribillada. En abril renuncia Iñíguez y asciende a jefe de la Policía Federal el comisario Alberto Villar, un poli-CIA formado en Estados Unidos; el mismo sujeto que irrumpió con tanquetas en la sede del Partido Justicialista para robarse los ataúdes de los compañeros asesinados en Trelew. Cuesta mantener la calma y no llevar la mano a la pistola.

En este marco sólo restan pequeños bolsones de lo que el pueblo votó el 11 de marzo. El Ministerio de Educación, que conduce Jorge Taiana, la Universidad, y el Ministerio de Economía, donde José Gelbard promueve medidas audaces, como obligar a la Ford a romper el bloqueo para venderle autos a Cuba. Adonde el ministro viaja en febrero y es recibido en triunfo por Fidel Castro. Es el último resto de progresismo que le queda al gobierno popular y yo estoy persuadido de que debemos apoyarlo, para recuperar terreno y tratar de recomponer la relación con Perón, antes de que todo vuele por el aire. Este es el clima que se vive, el marco agobiante en el que se desenvuelve la Operación Gelbard.

A pesar del macartismo imperante, mi relación con el ministro es cada vez más frecuente y cordial. Nos vemos en el Ministerio y fuera de él, en una confitería cercana a la Recoleta, donde una tarde nos encontramos con Jacobo Timerman, que no me saluda, porque me acusa de haberle vaciado de talentos el diario *La Opinión*. Allí charlamos con Don José sobre este agobiante presente y sobre el futuro que pretendemos construir. La misma tarde del encuentro con Jacobo, pregunta como jugando:

—Si ustedes ganasen... ¿a quién pondrían al frente de mis empresas nacionalizadas?

—A usted, don José. ¿A quién si no?

Luego dejo de lado la política-ficción y voy a los bifés: le propongo que promueva una reunión entre Perón y la Conducción Nacional de Montoneros. ¿El objetivo?: llegar a un acuerdo que permita bajarle los decibeles a la lucha interna. Le parece buena idea, aunque teme que ya sea demasiado tarde. Especula, con inesperado candor, que la Señora (Isabel) puede ayudarlo a conseguirla. Le digo que ella y el Brujo son lo mismo, pero no está de acuerdo. “Además, me debe algunos favores”, comenta misteriosamente.

Sin dar demasiadas vueltas acepta la peligrosa encomienda y sólo pone tres condiciones que me parecen lógicas: 1) la gestión debe ser secreta; 2) él mismo se entrevistará una o más veces con nuestro Número Uno, Mario Firmenich, antes de ir con la propuesta a Perón, y 3) cuando se convenza personalmente de que nuestras intenciones son serias, hará un sondeo previo con Isabel.

En una reunión con mi “respo”, el Cabezón Habegger, y con el Pinguli, trasmíto alborozado la buena nueva. Pinguli, en su estilo parco e introvertido, se muestra complacido y establece que el Cabezón va a supervisar los preparativos. Tiene credenciales para hacerlo: ha sido el responsable del Operativo Dorrego donde la Juventud Peronista desarrolló una tarea de asistencia a la comunidad junto con el Ejército, ha conducido detrás de las bambalinas a los cuadros que trabajaron en la gobernación de Oscar Bidegain y tiene muy buenas relaciones con el empresario Miguel Nazar que conduce la CGE bonaerense. Por si fuera poco, se lleva bien con el banquero David Dudi Graiver, amigo de Nazar y del propio Gelbard.

Conozco bien a Norberto y sé que es un tipo dúctil y entrador, que se va a llevar bien con Don José. Además tiene una buena cobertura para acompañarme al Ministerio: aunque es mi superior en la Organización, figura en la superficie como subdirector del diario *Noticias*. Somos dos periodistas en diálogo con el ministro.

Mi pronóstico se cumple y Habegger –que ya conocía a Don José– hace buenas migas con el jefe del “empresariado nacional”. Al cabo de dos reuniones preparatorias, acordamos el encuentro decisivo: Firmenich y Gelbard dialogarán a solas en el austero departamento de José Ramón Palacio, un antiguo dirigente de la CGE que es secretario privado del ministro. El Pepe llega escoltado por su mujer y otra compañera. Debajo del saco sport, en la sobaquera, pende un Magnum 357; en un bolso de tenis viaja la metra. Hago las presentaciones de rigor y me repliego discretamente a la cocina, donde montan guardia sus dos escoltas. El señor Palacio nos da café y una charla de circunstancias que elude prolijamente las indiscreciones.

A las tres horas salen los protagonistas de la Cumbre. Vienen haciendo bromas, pero observo la cara de Don José y descubro una sombra de recelo en su frente. Se fija fecha para una nueva reunión.

Dos días más tarde me encuentro con el ministro y me dispara a quemarropa:

–Firmenich no dice lo mismo que usted. Me pareció muy duro. Usted es mucho más político.

–No creo que pensemos distinto. Tienen que seguir dialogando –le contesto.

Gelbard se rasca la barbilla.

–Usted debería ser el interlocutor de este acuerdo.

Me río.

– Imposible, don José. Él tiene la manija.

UNA PELIGROSA INDISCRECIÓN

(1974. *Vísperas del 1° de mayo*)

El ministro nos espera en su despacho del Palacio de Hacienda. Entramos a un recinto adusto, apenas iluminado por lámparas de bronce de los años cuarenta. Viene conmigo el Cabezón Norberto Habegger, que con sus modales campechanos se ha ganado el afecto de José Gelbard. La cara de Don José, en sombras detrás de un velador, nos alarma: está enojado. Extiende una mano gélida y no dice ni una palabra. Luego se levanta del butacón ministerial y nos señala enigmáticamente una ventana. Camina hacia ella con unos papeles en la mano (que creemos reconocer) y nos hace señas de que lo sigamos. Con Habegger cambiamos una mirada rápida y yo confirmo en sus ojos mi sospecha: Gelbard tiene en sus manos un documento interno, secreto, de la Organización Montoneros. Camino a la ventana, sobre una pequeña mesa de caoba hay un receptor de radio donde se escucha a Bach en la sintonía de Radio Nacional. Gelbard aumenta el volumen.

Nos reunimos los tres junto a la ventana abierta que da a la Plaza de Mayo, donde pronto se festejará el primer Día de los Trabajadores con Juan Perón en la Presidencia. Vemos la Rosada pálida en la noche, amortajada por la luz de los faroles. Don José blande los papeles en nuestras narices y nos dice con voz sofocada:

– ¿Pueden explicarme qué significa esto?

Tragamos saliva, bajo la mirada irritada del ministro. “Esto” es un informe de Carolina Natalia (la Conducción Nacional en la clave interna) y antes de leer sabemos lo que vamos a encontrar: un extenso párrafo dedicado a nuestras entrevistas secretas con Gelbard, a quien el prosista de la Conducción revela más que encubre con el obvio apodo de “el Ruso”. Puteo mentalmente al que haya sido. Don José, amparado en el contrapunto bachiano, murmura indignado:

– ¿Ustedes piensan que los servicios no existen o creen que son boludos? ¿No se dan cuenta que si yo tengo esto, *ellos* también lo tienen?

El “ellos” es claro y abarca a un lote de enemigos, que encabeza el Brujo José López Rega.

Asentimos en silencio, como deudos en un velorio. El incidente puede interrumpir la relaciones anudadas con el ministro y esa Operación Gelbard que no sólo apunta a restablecer un diálogo con Perón, sino a objetivos estratégicos que van más allá de una posible y temida muerte del General. Gelbard es clave para armar el Frente de Liberación Nacional que sigue pendiente. Ahora todo puede irse a la mierda por una torpeza inaudita, por una verdadera chiquilinada.

—Esto parece una provocación — sentencia el ministro con las erres gangosas trabadas por la furia.

Pensamos que va a seguir enojado, pero súbitamente se calma. Es evidente que su decisión de establecer una relación con Montoneros no se detiene ante una torpeza que lo compromete. Nos confirma que va a concurrir a una nueva entrevista con Mario Firmenich. El Cabezón suspira, aliviado. Yo me digo que el tipo será del PCUS o de la KGB pero es un cuadro.

La segunda cumbre Gelbard-Firmenich sigue los lineamientos protocolares de la primera. Nuevamente me toca esperar en la cocina, junto con la mujer del Pepe y otra compañera de la escolta. Sé que me enteraré de los detalles por Gelbard antes que por mi jefe. Pero esta vez hay un cambio. Me convocan a la reunión. “Cómprase buena ropa que va a viajar”, me dice Don José cuando entro al living. Y ambos me informan que debo ir con el ministro en su viaje a los países socialistas. Estoy al tanto de la gira y argumento que no conviene que vaya porque sería el único director de un medio en un *chárter* donde sólo van los clásicos enviados especiales. Gelbard bromea, dice que me doy importancia. Le respondo que no es por eso, que temo comprometerlo poniendo en evidencia su relación con nosotros. El bulldog hace un gesto indicando claramente que eso le importa un carajo. Firmenich cierra, entre broma y veras: “Prepárate, Cogote, porque el lunes te vas a Moscú con Don José. Es una orden”.

Salvo que antes del lunes viene el 1° de mayo. Pienso en lo que puede traernos el almanaque como los antiguos podían pensar en las ondas brumosas que iban más allá del cabo Finisterre.

“ESTÚPIDOS, IMBERBES, MERCENARIOS”

(La víspera)

Los últimos días se han ido en febriles discusiones. Tanto en nuestros ámbitos territoriales, como en la propia célula que conduce el diario *Noticias*. Algunos tememos que el 1° de mayo pueda producirse una ruptura pública y total con Perón. En una reunión con el Pepe Firmenich, Rodolfo Walsh se lo dice con todas las letras. Y es importante que lo diga Rodolfo, porque nadie puede acusarlo de ser un peronista mogólico.

El compañero teme que la impaciencia creciente por los avances de Isabel y el Brujo López Rega nos lleve al desastre político. En verdad, los golpes se suceden día a día, pero el tema es cómo se debe responder a esas provocaciones que buscan arrojarnos fuera del Movimiento.

Pepe desoye las prevenciones, trae todo muy armado en su cabeza. La idea de la Conducción Nacional es nítida: desafiando la prohibición de ir a la Plaza con carteles y banderas sectoriales, los compañeros van a llevar —escondidos entre sus ropas— las telas y los palos para armar grandes cartelones de Montoneros y la Juventud Peronista (los palos, de paso, servirán por si hay quilombo). Una vez instalados en la Plaza de Mayo, los compañeros armarán los carteles y producirán el segundo desafío: en un marco anodino como el imaginado por el botón de López Rega, que pretende confinar el día de los trabajadores a una fiesta cursi con reinas rubias y bailarines folklóricos, nuestros militantes van a corear la consigna “¿Qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?”.

Nadie discute la justicia de la pregunta, sino la oportunidad. Al Viejo la cosa le va a dar en las pelotas y el Viejo sigue siendo nuestro puente, nuestro intermediario con las masas. Él sabe que nos debe mucho en relación con su retorno y por eso no nos ilegaliza (como al ERP), ni se atreve siquiera a llamarnos por nuestro nombre, Montoneros. A lo máximo que ha llegado es a decir que no va a permitir que nadie le cambie los planes, ni siquiera “Mongo Aurelio” (tomamos nota: dejamos de ser “la juventud maravillosa” y los “compañeros Montoneros”, para pasar a ser Mongo Aurelio. Una nueva demostración de esa picardía verbal de Perón que nos deleitaba cuando apuntaba a Lanusse: Mongo Aurelio se acerca fonéticamente a Montoneros y, a la vez, significa alguien que no cuenta, que no existe).

Para demostrarle que sí contamos, vamos a ir a la Plaza a tirarle de la cola al león. Mientras pretendemos volver a dialogar con él gracias a la mediación con José Gelbard. Una contradicción que es muy difícil de explicar y que, por lo tanto, no se explica.

Descartada la discusión política, Firmenich pasa a los aspectos prácticos: la

Conducción va a instalar su central de comunicaciones en el edificio del propio diario que está ubicado a siete cuadras del teatro de operaciones. El puesto de comando se va a establecer en la planta baja, en la sedería del pobre “turco” que fue arrasada por el bombazo de marzo.

El Cabezón Habegger, hábil para las relaciones públicas, va a conseguir que el “bobre durco” –que no es militante ni nada parecido– nos preste el local. Compañeros del sindicato de telefónicos van a robar líneas de los edificios vecinos para armar la central de comunicaciones. Hay guardias de abogados y sanidad. Jetones listos para poner la jeta en caso de emergencia. Tememos provocaciones y tal vez algo más. Ronda el fantasma de Ezeiza.

(Primero de Mayo)

Con los compañeros de la plana mayor del diario seguimos la jornada por televisión. Aunque la cadena oficial trata de tapar carteles y consignas, se alcanza a escuchar la pregunta de marras. El Viejo saluda en el balcón, escoltado por Isabel y el Brujo López Rega, que silabea las palabras del General. La tele lo amortigua, pero podemos adivinar lo que está pasando: cuando el locutor oficial menciona a María Estela Martínez de Perón, estalla un nuevo desafío: “No rompan más las bolas, Evita hay una sola”.

Entonces sucede lo que algunos temíamos pero nadie esperaba: el rostro del Viejo se desencaja, se muerde el labio inferior y la voz pastosa se convierte en escupitajo para insultarnos: “¡Estúpidos, imberbes, mercenarios!”.

No podemos creer lo que estamos viendo; alguien sonrío crispado y comenta en voz baja: “¡Qué viejo de mierda!”. Es una forma de expresar la profunda amargura que nos produce el enfrentamiento con el Padre. La propia identidad está en juego: hasta hace pocos meses la consigna “Perón o muerte” no era para nosotros una frase retórica. Nuestros mejores compañeros dieron la vida por Perón.

Luego todo se sucede a gran velocidad: la Conducción Nacional me manda llamar a la tienda del Turco y me ordena ir volando a la Plaza, a discutir o negociar con la policía, para impedir –con el dudoso peso del nombre y el cargo– la eventual masacre. Los informes que llegan de la Plaza son confusos: hay agresiones de los grupos derechistas (como el Comando de Organización) contra nuestras columnas. Por ahora, palazos y trompadas. Algo raro ocurre que no se calibra bien: los compañeros devuelven los golpes, pero al paso, mientras se repliegan a gran velocidad. Los responsables de las columnas no pueden contenerlos. ¡Se van! ¡Están saliendo de la plaza! Dardo Cabo informa: “Los compañeros se van, no quieren quedarse”. La Conducción no entiende nada: ¿quién ha dado la orden? “Nadie la dio”, contesta Dardo que se crió en la adoración del General. “Y bueno –concede Firmenich–, si se quieren ir que se vayan”.

Uno de los choferes del diario, Ricardito “Virulana” Sapag (el hijo del gobernador de Neuquén, Felipe Sapag) me lleva en un santiamén, pero igual llego

tarde. Ha sido tan rápida la retirada que en las vías de salida (las Diagonales, Avenida de Mayo) sólo encontramos vestigios de la gigantesca estampida: carteles y palos por los suelos, vinchas, astas de banderas, papeles... Pero ningún compañero.

(El día después)

Nuestra foto de tapa es elocuente: tras los insultos de Perón se vació la mitad de la Plaza. La imagen cristaliza una verdadera tragedia: la división del Movimiento Peronista, la fractura del campo popular. A partir de esto se torna posible la restauración oligárquica, el pinochetazo a la chilena. Es sólo cuestión de tiempo. Dicen que el Viejo salió abatido del balcón y cuando uno de los políticos presentes, el "Bisonte" Oscar Alende, le preguntó por qué había sido tan duro con nosotros le respondió, de manera paternalista, que nos merecíamos una reprimenda. No piensan lo mismo viejos peronistas, como Andrés Framini, Oscar Bidegain, Armando Cabo o Sebastián Borro, que militan en APA, la Agrupación del Peronismo Auténtico.

Muchos de ellos rompieron viejos carnés del Partido Justicialista y abandonaron llorando el escenario de tantos encuentros con el Líder.

Mientras tanto, los periodistas gorilas, los grandes medios de la prensa regiminosa, que hasta hace muy poco tiempo le sacudían sin asco al General, ahora lo consideran prenda de paz y han comenzado a escribir la historia oficial: "Perón echó a los Montoneros de la Plaza de Mayo". Un anatema político imprescindible para perseguirnos después con los tormentos de la Inquisición. Pero los que estuvimos detrás de la escena sabemos que eso no fue exactamente así: que unos sesenta mil compañeros se fueron por su propia decisión, hartos de escuchar insultos hacia quienes lucharon por su vuelta y loas hacia quienes negociaban con los militares. No nos echó: nos fuimos, que es muy distinto.

VIAJE AL FIN DE LA NOCHE

(Del 2 al 11 de mayo de 1974)

Faltan horas para el viaje con Gelbard a los países socialistas. Todavía escucho los insultos del General. Vomitados con esa mueca feroz que el Perro Verbitsky destaca en nuestra tapa de hoy. Donde también se puede ver, con claridad meridiana, media plaza vacía. Con viaje o sin viaje, todo se ha ido a la reverendísima mierda. Ni Gelbard ni Mandrake podrían conseguir que nos amiguemos con Perón.

Me sumo a la comitiva oficial en el salón VIP de Ezeiza. El avión parece el Arca de Noé. Van los periodistas más importantes del país, miembros de las tres armas, sindicalistas, empresarios y dos representantes máximos de ese entorno al que solemos llamar "ellos": la hija del Brujo, Norma López Rega, y su esposo Raúl Lastiri, que fue presidente interino porque es yerno del Brujo.

Mientras viajaba al aeropuerto pensaba que Gelbard me saludaría fríamente ante la presencia de tantos canas, pero ocurre exactamente lo contrario. En un aparte me dice que el diálogo con Perón es más necesario que nunca porque avanza la ultraderecha. ¿Cree él también en esa teoría del cerco que nosotros levantamos hace unos meses para explicar lo inexplicable?

En el avión se multiplican las gentilezas. En el largo viaje, con escala en Madrid, Gelbard me convoca varias veces a la cabina de primera donde viaja con su familia. Sergio Villaruel lo comenta asombrado. Bernardo Neustadt espía avinagrado desde el fondo del aparato, adonde lo ha confinado Alberto Rudni, un veterano periodista que forma parte del equipo de prensa del Ministerio.

Paso frente a Lastiri (a quien insulté en tiempos de la campaña) y al resto de los encumbrados personajes que forman parte del *chárter*. La Normita López Rega con su cara de galleta inocente; el solemne Ítalo Luder; el edecán naval de Perón...

Nadie entiende por qué el joven jefe de prensa de Cámpora, sospechado de montonero, es convocado cada tanto por Noé, el dueño del Arca.

Moscú es una fiesta. Y también Varsovia y Praga.

Con Juan Carlos Algañaraz, con Carlos Abalo y otros periodistas amigos, nos llenamos los ojos de ese mundo desconocido de los países socialistas, objeto de tantos análisis y críticas. Gelbard está exultante: pocas horas después de nuestro arribo, Leonid Brezhnev – que dialoga por reloj con los grandes del mundo – le concede una hora y media de audiencia. Cuarenta minutos más que el tiempo otorgado la semana pasada a Valéry Giscard D’Estaing, el presidente de Francia. Las perspectivas entusiasman a Don José: los soviéticos no sólo van a comprar cereales, también van a dar soporte financiero y técnico a las gigantescas obras de Salto Grande. Con Polonia habrá acuerdo pesquero. Con Checoslovaquia, empresas mixtas para fabricar grandes turbinas.

Cuando el avión especial de Aerolíneas deja atrás la Unión Soviética, Don José vuelve a convocarme.

– ¿Qué le pareció Moscú? ¿Vio esos chiquitos gorditos, bien comidos, bien vestidos? Una sociedad que tiene así a sus chicos no debe ser tan mala, ¿no?

Me río. Flor de deschave. “Es agente”, me digo. “Es un agentón soviético grande como San Basilio”.

Respondo afirmativamente a su pregunta: yo también he distinguido esos detalles por encima de la “monotonía” que ha encontrado Luder en los monoblocks de la ruta que une a Moscú con el aeropuerto. Como si los de la Riccheri, camino a Ezeiza, fueran menos “monótonos”...

Los días y las noches de la gira constituyen una verdadera tregua, una estación luminosa cercada por la oscuridad que acecha a nuestras espaldas. La fiesta de los cortesanos negadores en *La máscara de la muerte roja*.

La fiesta termina en Budapest. Allí nos enteramos, a la salida de un templo bizantino, del asesinato frente a otro templo

en Buenos Aires de mi amigo del alma, el cura Carlos Mugica. Neustadt (me cuenta Algañaraz) ha comentado en un corrillo que lo asesinaron “los montoneros”. Por suerte no lo escuché.

No imagino a Carlos cayendo acribillado. Insisto en verlo jugando al fútbol con mi hijo Federico. “Babington –le dice por el pelo rubio–, Babington: tenes que patear con la izquierda o nunca vas a ser un crack”.

El Danubio corre entre las viejas ciudades de Buda y Pest. Otro río, púrpura, separa las ciudades que nos esperan al regreso.

PERÓN HA MUERTO

(Primero de julio y días siguientes)

Perón ha muerto y temo que el Perro Verbitsky tenga razón en lo que dijo hace unas horas y la Argentina entera se convierta en un inmenso cráter.

Elegimos la mejor foto del Viejo para el suplemento sobre treinta años de luchas peronistas y allí vemos que la muerte anidaba en los ojos de obsidiana del viejo General. Juan Gelman me señala el vidrio de esa mirada que ya no es de este mundo. Aunque sí sea de este mundo el uniforme de teniente general que quiso vestir como revancha y con el cual velan su gigantesco cadáver en el Congreso.

Varios de nosotros hemos llorado esta tarde. Por él y por nosotros mismos. Porque fuimos sus soldados y sus hijos y sus elegidos y sus réprobos.

Hace unos días, el 12 de junio, fuimos de nuevo a la Plaza del amor y la discordia, a escuchar su despedida, a saber que se llevaba en los oídos la música más maravillosa que es la voz del pueblo argentino. Por suerte hubo un 12 de junio, que rectificó aunque sea en parte el 1° de mayo y permitió que Dardo, que se crió en la adoración del Padre Eterno, pudiera reencontrarse con el anciano del balcón.

La muerte, como suele suceder, suprime las miserias de los últimos tramos y obliga al balance positivo. El Cabezón Habegger entra a mi oficina, me pega una feroz palmada y me explica:

—No les podemos regalar a Perón a esos hijos de puta.

Y yo asiento en silencio, mientras imagino el revuelo de enfermeras, los pases mágicos del Brujo que agarra sin pudor los tobillos de cera y atrae el corpachón inerte hacia su propio cuerpo, mientras repite su letanía:

—Regrese, regrese, Faraón.

Imagino a Jorge Taiana, el ministro-médico (padre de un compañero nuestro) que se aleja de la estancia mortuoria para no vomitar o no cruzarle la cara de un cachetazo al peligroso secretario.

El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos 30 años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional



El sacudón es tan fuerte, que hasta nos apiadamos de la frágil mujer que, enfundada en un vestido negro de alamares estampados, ha hecho el anuncio entre sollozos. Por unas horas (y tal vez unos días) nos olvidaremos de que López Rega está muy próximo a ella. No será Evita pero no la vamos a cagar. Vamos a darle un crédito.

Perón estrena su muerte en una caja oblonga y brillante que recuerda el féretro de Evita. En un día lluvioso que recuerda la muerte de Evita. Con calles a las que ya ha salido el pueblo, como un gigantesco infante lloroso y desamparado.

A las dos de la tarde, cuando vimos el anuncio de Isabel con todos los ministros, confirmando lo que ocultaban estos días los comunicados de Prensa y Difusión y las declaraciones de López Rega y Lastiri hablando de una gripe terca, sentimos que el viejo guacho al que habíamos amado y odiado como se ama y odia a un padre, se llevaba nuestra propia juventud a la cripta. Supimos que venían tiempos difíciles y que muchos de los que estábamos en silencio frente al televisor no llegaríamos a la plaza de la victoria.

En la reunión ulterior del equipo de conducción, Rodolfo Walsh propuso:

—Creo que en estos días, el diario debe hacerlo “populevich”.

Y todos se volvieron a mirarme.

A las ocho de la noche, cuando hicimos la clásica reunión para decidir la tapa, yo propuse que titulásemos con una sola palabra en letras tamaño catástrofe:

DOLOR

Debajo, un texto muy breve y muy destacado. Nada más. Por unanimidad decidimos acercarle una Olivetti a Walsh, para que él redactara las ocho líneas en cuerpo 72 que había diseñado el Oso Smoje.

Es imposible concebir una síntesis mejor:

El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos 30 años, murió ayer a las 13.13. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional.

El 3, don Antonio Rubbo, el genial padrino que tiene a cargo la distribución, me informó que el diario del 2 batió todos los récords de venta, superando los 180.000 ejemplares. En rigor, no me hizo falta el dato para saber que habíamos sintonizado la misma frecuencia de onda que el pueblo peronista. Lo supe cuando vi a la gente común que hacía cola para entrar al velatorio del Congreso y exhibía, acongojada o desafiante, la única portada de diario que había interpretado su sentimiento.

EL GENERAL POMAR

(Julio de 1974)

El general viste de paisano y cualquiera podría pensar que es un banquero, aunque resulte un poco cinematográfico su impermeable blanco. Es delgado, canoso y aparentemente inocuo, a no ser por unos ojillos inquisitivos, rapaces, que lo califican para el área más despiadada de la ornitología. El general comanda la Jefatura II del Estado Mayor: Inteligencia. Ha pedido verme a través de un amigo común, Isidoro Ventura Mayoral, antiguo abogado de Perón y de los presos políticos de la "P" y, por otro lado, como cuadra a un penalista que se precie, de famosos delincuentes como el "Cacho" Otero. Por sus habilidades y contactos, me lo he llevado como abogado al diario *Noticias* y la verdad es que no me ha defraudado.

Calvo, regordete, con aire dickensiano, el penalista guarda secretos terribles sobre Isabel y López Rega. Algo que dista de favorecerlo en los días que corren: Isabel hace como que gobierna y el Brujo es el poder detrás del trono.

Ventura me ha llamado al diario para decirme: "Véngase volando a mi estudio, que un amigo quiere hablar con usted". Le hice caso, porque sé que no llama por tonterías, y aquí estoy, en su estudio, dándole la mano al jefe de Inteligencia del Ejército, el general Manuel Haroldo Pomar.

Ya en la antesala sentí olor a milico, al ver a ese petiso, morrudo y zaino, que era indudablemente un zumbo aunque también malvistiera de paisano. ¿Cuántos más habrá afuera que no he visto? No es la única ventaja que el general Pomar tiene sobre mí: él llegó a la cita sabiendo a quién iba a ver y seguro que se pasó un buen rato hojeando mi expediente. Yo también le sé algunas cosas: desciende del militar radical que se alzó contra sus pares por haber derrocado al viejo Yrigoyen y él mismo es lo que se llama un "fragotero", un conspirador nato. Hace dos años, cuando trajimos a Perón con el "Luche y vuelve", Lanusse montó un impresionante dispositivo militar (35.000 hombres) para impedir que los peronistas llegáramos a Ezeiza y el jefe de ese operativo era Pomar. A quien Juan Manuel Abal Medina cortejaba para sumarlo a un eventual alzamiento cívico-militar.

El general Pomar aborda el tema que presuntamente habría motivado su pedido de entrevista: le preocupa que el diario esté embarcado en una campaña contra el dirigente petrolero Diego Ibáñez. Lo tranquilizo: Ibáñez es un burócrata, pero nadie prepara ninguna campaña contra él. Me pregunto, observando su mirada de aguilucho, por qué está tan preocupado por el capo del SUPE. ¿Será una excusa? O es una manera indirecta de decirnos "no lo toquen porque es nuestro"?

Desde el raído butacón de su escritorio, Ventura Mayoral sigue la escena en un segundo plano. Parece divertido.

El militar deja de lado rápidamente el tema Diego Ibáñez (para quien reclama clemencia periodística) y se interna en el terreno de las confidencias, reales o inventadas. Me comenta, sin que venga a cuento, que los teléfonos de su jefatura y aun los de su domicilio particular están pinchados por el ERP. Me sonrío y me encojo de hombros como diciéndole: ¿y qué carajo tiene eso que ver con nosotros? Entiende el gesto y se apresura a decirme que conoce bien las diferencias entre ERP y Montoneros. Pero asume que su relato puede servirme y continúa con un cierto retintín didáctico. Los “erpios”, al parecer, le siguen los pasos y no hacen nada para disimularlo.

—El ERP puede matarme... —sugiere súbitamente, sin dramatismo, como quien analiza un movimiento en la mesa de arena. Y agrega: — Pero ¿cómo saber si fue realmente el ERP? Quiero decir: ¿quién sabe lo que es realmente el ERP?

Le digo que sé muy bien lo que es el Ejército Revolucionario del Pueblo y me dirige una sonrisa condescendiente, la que merece un novato en estas lides. Ventura asiente detrás del velador de bronce de su escritorio. En la pared, un archivero metálico donde el penalista no guarda ninguna botella de whisky, enmarca al general del piloto blanco que enuncia su tesis conspirativa.

—Es más viejo que mear en los portones, mi querido Bonasso. Yo voy, ametrallo a uno de mis hombres y digo que fue el ERP. ¿Me sigue?

—Conozco el ejemplo.

El general me observa atentamente, el belfo ligeramente caído contrasta con su tostado de caballero que juega al polo. Parece un psiquiatra examinando a un oligofrénico. Carraspea y aclara:

—No es un ejemplo teórico. Ocurrió la semana pasada.

Juego con un cortapapeles de Ventura y no puedo evitar la provocación:

—No me diga que mandó matar un milico y le echó la culpa al ERP.

Niega con la cabeza, pero se ríe; el tema le hace gracia.

—No, yo no. Pero usted sabe que estas cosas se hacen. O debería saberlo.

Suspira, se pasa una mano por la frente. Parece muy fatigado. O asustado. No sé. Es difícil saberlo, porque el general está educado como un inglés para ocultar sus emociones.

Súbitamente acerca su cara a la mía, baja la voz y me dice en un susurro:

—Se viene algo terrible acá. Algo terrible. Una verdadera carnicería. Va a morir mucha gente, Bonasso. Le aseguro que va a morir mucha gente. Y lo peor es que no se

va a saber quién empezó ni cómo va a terminar. Y yo no quiero estar cuando eso ocurra. ¿Me entiende? No quiero hacerme cargo de lo que viene, porque no tengo nada que ver. ¿Me sigue?

Me agarra un hombro y me escruta, quiere asegurarse de que he copiado puntualmente sus palabras, que no hay confusión.

—No quiero estar cuando ocurra —insiste—. Me voy. No sé si soy claro: yo me voy.

Y uniendo la acción a la palabra, el general Pomar se levanta. Me palmea el hombro y me pregunta:

— ¿Usted anda calzado, verdad?

Asiento en silencio y empiezo a comprender para qué pidió verme.

— ¿Me puede mostrar? — pregunta, señalando mi cintura.

Saco mi vieja Star española y se ríe despreciativo.

—Disculpe, pero no creo que haga mucho con ese cachivache. —Se abre el piloto y el saco, lleva la mano al sobaco izquierdo y desenfunda un refulgente 357 Magnum. — Debería usar algo así.

— ¡Qué gracia!... —comento resentido—. Usted es un general de la Nación y yo solamente un irregular.

No le hace gracia. Me dice a modo de despedida:

—Cúidese, Bonasso, porque usted es boleta.

—Y usted también, general, usted también es boleta —le digo ya sin sombra de resentimiento.

LA BOMBA Y LOS GLADIOLOS

(Agosto de 1974)

– Buenas noches, diario *Noticias*, ¿con quién desea hablar?

– Con el hijo de puta de Bonasso.

– Decile que llamó la Alianza Anticomunista Argentina y que encabeza la lista de periodistas que vamos a fusilar.

Mi secretaria, Bachi, me pasa el recado diario de la Triple A con una sonrisa y un encogimiento de hombros, como diciendo “¡Qué le vamos a hacer, son los gajes del oficio!”. A pesar de su aspecto frágil y dulce, es una militante de hierro y se ríe de las amenazas. Yo me río también, de dientes para afuera, pero no dejo de sentirme como una paloma torcaza. Cada jornada, cuando entro a la redacción de *Noticias* me topo con el mismo chiste siniestro que me hace la “Negra” Silvina Walger: “Parece mentira, Miguel, otro día más y seguís vivo”.

Desde el asesinato de Carlos Mugica tuvimos que abandonar nuestro querido departamento de la calle Moldes, para pasar a una semiclandestinidad. Mi mujer, Silvia, que es un genio para conseguir “infra”, alquiló un bulín muy seguro, no muy lejos de la casa que debimos dejar. Sólo ella, con esa pinta de gran señora, podía lograrlo sin despertar sospechas. El departamento pertenece a un capitán de fragata que está en Puerto Belgrano y debe ser un gorila de aquellos. Por si fuera poco, la cueva está ubicada a media cuadra de una comisaría. ¿Quién podría imaginar que el director de *Noticias* elige semejante lugar para esconderse? Silvia lo alquiló con su libreta de soltera y un verso convincente: es una señora separada, con dos hijos, que dejó un grueso depósito y excelentes garantías y referencias.

El depto de Moldes tuvimos que venderlo, con el corazón estrujado. Allí Flavia y Federico dejaron de ser bebés y en el jardín donde fuimos tan felices está enterrado su conejo Tambor. Mañana vamos a firmar la escritura y lo van a ocupar los nuevos dueños. Una simpática pareja, con una criatura de año y medio. El departamento lo ha comprado en realidad el padre del muchacho, un polaco que vino al país huyendo de la guerra.

Me quedo solo en la madrugada, amortiguando la ansiedad con el opio de la tele. Silvia y los chicos duermen. Mañana, mi mujer los llevará a la Nueva Escuela Argentina 2000 (la vieja y querida NEA 2000) para darles la sensación de que todo sigue igual y luego pasará por Moldes, para dejarles unos mosaicos de la cocina a los nuevos dueños. Yo dormiré mi sueño ligero de todas las mañanas.

Stan Laurel llora. El gordo Oliver Hardy se enoja, se arregla el pantalón y

sacude su mano como si tratase de despegar un moco. Se oye el ascensor, el rumor lejano de los autos en la calle. Es la rutina de todas las noches.

Vine del diario cumpliendo el barroco programa de seguridad que han diseñado para cuidarme. Una serie de medidas que no pocas veces degeneran en gags de película cómica por las continuas desprolijidades de la Armada Brancalione. Salí de la calle Piedras con un auto del diario, hice antiseguimiento y luego pasé a buscar mi Renault 12 gris en el sitio que yo solamente conozco. Al meterlo en el garage de la nueva casa, me ocurrió un accidente estúpido y peligroso: la pistola Star que llevo al cinto, se fue deslizando por la pernera del pantalón pata de elefante hasta caer al suelo. Y el portero estaba en el garage. Por suerte, mi propio auto le tapó la visión y no creo que el ruido de la pistola haya sido tan fuerte y elocuente. Hago malabares para agacharme y recoger el arma sin que el tipo se dé cuenta. Cada día ocurre una tontería así, que puede significar una fuga precipitada para evitar la cárcel o la muerte.

El Flaco Laurel se rasca la coronilla, como si no pasara nada, como si yo lo siguiera viendo en el cine Roxy de mi infancia. Son las tres de la madrugada. La selva está afuera.

La bomba resuena en la noche. Un trueno solitario y maligno. Calculo que es un “provolone” de dos o tres kilos y que ha estallado cerca. Muy cerca. Pienso: “Le metieron un caño a un boludo”.

(Las doce del mediodía)

Silvia me despierta, con el rostro lívido semicubierto por un ramo de gladiolos. Antes de que hable adivino lo que va a decir:

– Me parece que nos metieron una bomba.

“El boludo era yo”, me digo, confirmando la sospecha que tuve al escuchar la explosión tan cerca. Silvia me cuenta su peripecia.

– Fui a llevarles los mosaiquitos que faltaban en la cocina. Iba por Monroe y al pasar por la florería, ¿te acordás la que digo?, les compré unas flores a los nuevos dueños. Ahí mismo pedí una tarjeta y les escribí... (Mirá vos, si parece una joda siniestra), les escribí: “Que lo disfruten”. Cuando llego a Moldes, veo un patrullero, una ambulancia, cualquier cantidad de curiosos, periodistas, cámaras de televisión y escombros, un montón de escombros. Y me dije: ¡zas, nos metieron una bomba! Así que me tapé la cara con las flores para que no me reconocieran los vecinos y seguí caminando por Monroe.

Nos reímos de ese antológico “que lo disfruten” y corremos a encender la tele. No hay noticieros. No tenemos radio. No hay más remedio que sacar el auto. Salimos del garage, hacemos unas pocas cuadras y nos detenemos frente a las Barran cas de Belgrano. Sintonizo Radio Colonia y no tengo que esperar nada, porque justo en ese momento se escucha la voz inconfundible de Ariel Delgado:

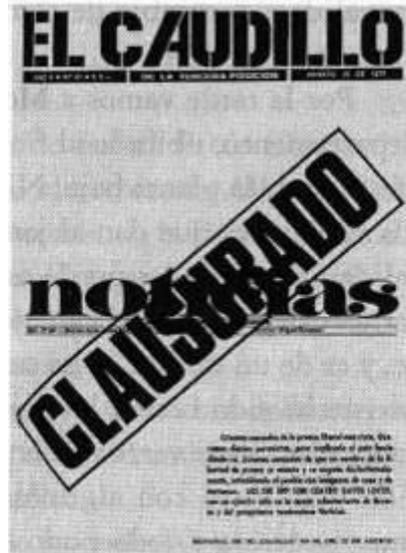
–Bueeeeeenos Aireees. Un poderoso artefacto explosivo detonó anoche en el domicilio del director del diario *Noticiaaaaas...*

Se acaban las risas. La bomba ha vuelto a explotar en la voz de Delgado y nos vacía el estómago. La amenaza de la Triple A ya no es una voz anónima. “Es verdad que nos quieren matar”, pienso mirando la vieja fuente, el empedrado de las Barrancas. En esta ciudad entrañable, llena de recuerdos, un poder oscuro e impune nos quiere matar y puede que al final lo consiga.

Los chicos llegan de la escuela y conocen la noticia por sus compañeritos. Debemos restituirles la sensación indispensable de que sus viejos son tan omnipotentes como para controlar las acechanzas del mundo y derrotar “a los malos”. Federico, extrovertido, tapiza el miedo con bronca y desde sus siete años proclama: “Los vamos a reventar”. Flavia, de seis, empalidece y cambia de tema. Insiste en contarme una anécdota de la escuela.

Los horribles nos atacan con todo. El comisario Alberto Villar, jefe a la vez de la Triple A y la Federal, clausuró personalmente nuestro diario, mientras sus agentes encubiertos metían una bomba en mi casa de la calle Moldes 2460.





Por la tarde vamos a Moldes a evaluar los daños. Nuestro departamento, ubicado al final de un largo pasillo, es el menos afectado de la planta baja. Ni siquiera se han roto los vidrios de los ventanales que dan al jardín. Apenas la puerta de entrada, salida de sus goznes por la onda expansiva, ha golpeado el cielorraso, dejándole un boquete. El departamento que da al frente, y es de un taxista, sí ha sufrido grandes daños. La esposa del taxista ha sido herida levemente, igual que un muchacho que caminaba por la vereda de enfrente en el momento de la explosión y se cortó con algunos vidrios voladores. La bomba era muy poderosa y todo pudo ser mucho peor. Nos vamos a firmar la escritura. ¿Querrán firmarla?

Hay una discusión espesa y desagradable en la escribanía.

El hijo del polaco quiere que le rebaje el precio del departamento y yo me enfurezco. Le recuerdo que nosotros somos las víctimas y no ellos. El tipo termina por firmar, pero la despedida es tensa.

Por la noche doy una conferencia de prensa en *Noticias* para denunciar el atentado. Entre los periodistas distingo un hombre mayor, de pelos grisáceos y alborotados, que espera para hablarme a solas. Es el padre del nuevo dueño. El polaco. Me saluda con mano vigorosa y me pide disculpas por el exabrupto del hijo.

—Yo le dije a hijo mío que no preocupa. Yo estuvo en güera y sé. Yo le dije: usted va a estar en lugar más seguro de Buenos Eras; porque, yo sé, donde cae un bomba no cae otra.

SETIEMBRE NEGRO

(28 de agosto)

Esta madrugada el gobierno de Isabel Perón clausuró el diario *Noticias*. Vino a

clausurarlo el comisario Alberto Villar en persona. El hombre que de día comanda la Policía Federal y de noche la banda de asesinos de la Alianza Anticomunista Argentina. El comisario vestía una chalina blanca, de guapo, y un sobretodo largo y negro, de funebrero.

Pese a sus kilos de más, el hombre de la cara de luna y las granadas al cinto, trepó de dos en dos los escalones de la estrecha escalera, gritando a voz en cuello:

– ¿Dónde está el escritorio de Rodolfo Walsh? Quiero ver el escritorio de Rodolfo Walsh.

Luego, cuando estuvo frente al pequeño cubículo donde Neurus pergeña sus maldades contra los malos policías como él, se detuvo un momento en actitud de falso recogimiento. Hasta empezar a manotear los papeles que había sobre la mesa con su mano regordeta, de uñas cuidadosamente manicuradas.

Mientras sus sicarios ponían la redacción patas para arriba y le metían fajas a todas las puertas, el comisario Villar se acercó al subdirector Norberto Habegger, que anoche estaba de guardia, le clavó un dedo en el pecho y le advirtió:

– Yo sé que ustedes tienen un ataúd con mi nombre, pero yo tengo un cajón para cada uno de ustedes.

Hacemos todo el escándalo que es posible. Visito a los bloques legislativos y todos se solidarizan, pero los queridos parlamentarios, como de costumbre, no hacen nada en serio. El único que saca una declaración es el senador Carlos Perette, ex vicepresidente del viejo Illia. Damos una conferencia de prensa frente al Congreso y explicamos que el gobierno y los otros diarios están dando una falsa imagen sobre el diario “terrorista”; que las armas secuestradas por Villar y sus secuaces en la guardia del diario son escasas y de bajo calibre (22 y 32 milímetros). Un armamento notoriamente inferior al que pueden usar los custodios de *La Nación*, *La Prensa* o *Clarín*.

La revista *El Caudillo*, que paga el Ministerio de Bienestar Social y es el *house organ* de la Triple A, se congratula de que el comisario Villar haya clausurado el diario “que dirige el cretino de Bonasso”. Los fascistas tienen al menos una tétrica virtud: no mienten como algunos politiqueros hipócritas que derraman lágrimas de cocodrilo.

Mantengo una larga entrevista con el ministro del Interior, Alberto Rocamora, un “peronista histórico” devenido lugarteniente del gobierno lopezreguista, como tantos dirigentes políticos y sindicales de nuestro querido Movimiento. El, formalmente, es el superior de la bestia de Villar, pero ambos sabemos que eso es una entelequia.

Para demostrar que los jóvenes estamos con el caos, Rocamora recuerda que coincidió con mi compañero de la JP Ernesto Jauretche en el gobierno bonaerense de Oscar Bidegain y que “el amigo no dejó un coche sano en toda la Gobernación”. Yo le

hablo de libertad de expresión y él me contesta con preocupaciones de burócrata por la flota automotriz de La Plata. Me voy conteniendo a duras penas las ganas de mandarlo al carajo.

Bajo la mirada astuta de Goyo, un hombre pequeño y delgado logra escurrirse por la abertura de una pared lintera y entra al edificio de *Noticias*, para sacar algunas cosas importantes que guarda la caja fuerte: dinero, ciertos documentos estratégicos. Es el Pelado Julio, un héroe de la Primera Resistencia Peronista que sigue en la joda. El policía de consigna no lo ve y nadie se entera, las fajas de clausura siguen en su lugar.

(Setiembre de 1974)

En compañía del Canca Gullo y otros dirigentes de superficie, el Pepe Firmenich anuncia el pase a la clandestinidad de Montoneros y todos los frentes de masas (Juventud Peronista, Juventud Trabajadora Peronista, Juventud Universitaria Peronista, Unión de Estudiantes Secundarios, Agrupación Evita, Movimiento Villero Peronista, etcétera, etcétera). El anuncio me parece una burrada gigantesca: todos los pobres jetones, los tipos que han puesto la cara por la política de la Organización quedan expuestos al terror de la Triple A y las medidas "legales" del gobierno de Chabela. Paradójicamente van a correr más riesgo los que hagan política a la luz del día, que los oscuros del aparato que operen en el anonimato y la clandestinidad.

Además de exponer a la gente, la medida puede achicar dramáticamente nuestro espacio, ya muy reducido por el atentado contra Rucci, que nos separó de muchos peronistas, y el de Arturo Mor Roig, que nos enfrentó con los radicales. Hablamos mucho de von Clausewitz, pero hemos elegido el choque frontal antes que la guerra por líneas interiores, fuertemente anclada en lo social y conducida por la política. Argentina, aunque algunos compañeros no lo crean, no es Vietnam.

A veces me dan ganas de mandar todo al diablo, pero no es tan fácil. Los compañeros que han roto con la Organización no han encontrado, hasta ahora, un espacio que los represente. Muchos de los que se fueron a la JP Lealtad derivaron hacia el peronismo mogólico al estilo Guardia de Hierro o, directamente, el lopezreguismo, como el negro este jodido del Movimiento Villero que se ha convertido en un verdadero botonazo.

Esther, la madre de Silvia, tiene una recidiva de su cáncer de colon y la tienen que volver a operar. Es una mujer delgada, extraordinariamente sufrida, a la que aprendí a querer en estos años de relación con su hija menor. Viene de una familia tana de Pergamino, emparentada con los Illia, que no tiene nada que ver con nuestra ideología, pero me integró al clan. Estoy convencido de que nos darán apoyo solidario frente a cualquier persecución. Temo que a Esther, que siempre sufrió con su pierna mala por la polio infantil, le queda poco tiempo de vida. Aunque tiene un médico genial (el doctor Jorge Viaggio) que ya la operó con éxito en el 71 y volverá a operarla el mes próximo.

El doctor Viaggio es, asimismo, un militante comunista de San Fernando que

ha sufrido varios atentados, pero aguanta en su barrio de siempre con gran coraje. Se distingue de algunos dirigentes del PC por su dureza contra milicos y policías (se dice, por ejemplo, que ha operado a un combatiente del ERP herido en combate). A pesar de nuestras diferencias políticas mantenemos un diálogo fluido y cariñoso.

Con Silvia planeamos una suerte de tregua familiar antes de la operación de Esther, que nos sirva también como una suerte de pequeña vacación del *stress* padecido en los últimos tiempos de *Noticias*. La idea es agarrar el auto —que ya no es la vieja Renoleta sino un Renault 12— y recorrer con los chicos la Mesopotamia y el Noreste hasta llegar a las Cataratas del Iguazú, desde donde regresaremos a la inquietante Capital.

Pero no hay tregua posible: la muerte va pautando nuestro recorrido. Cada mañana, con el desayuno, el diario trae la noticia de un nuevo asesinato de la Triple A. Hay hombres de izquierda como el abogado Silvio Frondizi y su yerno, pero también notorios peronistas como el secretario general de la CGT de Córdoba, Atilio López o nuestro compañero y amigo, Julio Troxler, que se salvó de la masacre del basural en José León Suárez y vino a caer acribillado en el gobierno de la viuda de Perón.

Los detalles son atroces: al Negro López, un icono del Cordobazo, le meten más de 130 balazos, de los cuales 30 le destrozan la cara. La bomba que la CIA, los chilenos y la Triple A le colocan en el auto al general chileno Carlos Prats y su esposa, deshace al matrimonio y envía el techo del Fiat 125 a ocho pisos de altura.

Julio Troxler, que fue honesto jefe de la Policía Bonaerense durante la primavera camporista, recaló luego en nuestro diario *Noticias*, donde Paco y Goyo lo nombraron “intendente”. Era un hombre bueno, sencillo, que a pesar de su nombre legendario, en la Organización no había pasado del grado de aspirante. Y tenía cómicas contradicciones con las severas normas de socialización que imponía nuestra ideología de las costumbres. Una tarde, recuerdo, me vino a ver para plantearme un dilema terrible: si quería ascender en la Orga tenía que socializar su modesta casita, que había comprado con los módicos ahorros de toda una vida y no se animaba a plantearle el asunto a su mujer. Su responsable, un muchachito veinte años más joven, que seguramente podía socializar todo porque había pasado de la familia a la Orga, le había advertido que sería “despromovido” si no convencía a su esposa y superaba esa “debilidad ideológica”. Ahora estaba muerto, desfondado a balazos.

Los crímenes eran anticipados por los editoriales de Felipe Romeo en *El Caudillo* y festejados cuando ya se habían consumado.

La muerte tiñó las barrancas de Paraná, la casa natal de San Martín en Yapeyú, la lomada de pasto misionero donde Horacio Quiroga se sentaba a pensar sus historias, las ruinas de San Ignacio e incluso el estruendo blanco y salvaje de las Cataratas. En Puerto Iguazú paramos en una cabaña de madera, en medio de un bosque de altísimas coníferas, que encantó a los chicos, pero no alcanzó para mejorar a mi mujer, doblada sobre la cama, con atroces dolores de estómago.

Regresamos a Buenos Aires. Una tarde, en el Parque Nacional, vimos una rareza: una familia de jaguares que cruzaba la ruta y se internaba en la selva. Pensé absurdamente que ellos y nosotros pertenecíamos a otra dimensión y que algo anacrónico y terrible nos unía: éramos dos familias de dos especies en extinción.

En un restaurante del camino, me ocurrió una de las mías: ese sello Woody Allen que me empeño en conseguir para interrumpir por unos minutos el clima de duelo. Me dejé en una silla la carterita negra de cuero con la pistola y me di cuenta cuando ya habíamos hecho varios kilómetros por una carretera lluviosa y embarrada. Con Silvia decidimos que, pese a los riesgos, era mejor volver a buscarla con toda naturalidad.

El dueño del mesón (como dirían en las novelas de Dumas) nos aguardaba de pie, en la puerta, con una extraña expresión que tanto podía ser de complicidad como de suspicacia y posible denuncia.

Era complicidad, porque me sonrió y me dio amablemente la pesada carterita de delgado cuero negro, que contenía una carga imposible de disimular. Su esposa y sus hijas se asomaban a sus espaldas mirando a ese forastero, que vaya uno a saber lo que sería en su fantasía. Como el *pater familias*, sonreían, con gran amabilidad, al boludo alto y torpe que se había dejado la pistola.

Les agradecí, me despedí efusivamente y me metí en el Renault con mi trofeo, que le pasé a Silvia. Sin dejar de saludar con el brazo, giré en la esquina, di marcha atrás, el auto cayó en un bache del camino enfangado y lo saqué, patinando y a los bandazos. Me sentía orgulloso de mi hazaña automovilística y no entendí por qué Silvia y los chicos me advertían, señalaban hacia atrás y me puteaban. Hasta que volví la cabeza y los vi: allí estaba el dueño del mesón con su amable familia, los cuatro parados en la esquina, totalmente cubiertos de barro.

LOS VIEJOS (ENCUENTRO Y DESPEDIDA)

(Ginebra, febrero de 1975)

La carta procedente de Lima, está escrita en lenguaje comercial y el mensaje cifrado viene, como es natural, en las columnas de números que simulan cuentas. La base Lima de Montoneros me informa, telegráficamente, que debo interrumpir la visita a mis padres para regresar a Perú, primero y al “territorio” después. Mi madre, la vasca Carmenchu, se lo teme, pero hace como si fuera boluda y no se diera cuenta de nada. ¡Tan luego ella que fue en sus tiempos de la guerra civil una experimentada conspiradora! A veces lo niega en redondo, claro, y se refugia en el inmenso placer que le produce andar de un lado para el otro con sus nietos, que parecen corderitos enfundados en sus abrigos de piel.

Decido que primero hablaré con mi viejo, para que él la vaya preparando. Dejamos la Résidence du Cendrier donde viven desde hace más de un año, saludamos ceremoniosamente a la gerente del residencial –la imponente madame Locká– y caminamos con el Gato por el hermoso barrio de Carouge, que es lo más bohemio en esta ciudad de banqueros, relojeros y funcionarios internacionales.

Mi viejo ha hecho un proceso extraordinario de acercamiento a nuestras posiciones, que tal vez se reforzó el 1° de mayo cuando nos enfrentamos con Perón en la Plaza. Mi madre, en cambio, no ha podido superar el trauma de la gran derrota española. Está más escéptica que el viejo o lo enfatiza por una razón muy simple: tiene miedo de que maten a su único hijo.

Al Gato no le hace gracia que regresemos a Lima y al país, desde luego, pero lo entiende.

–Tu madre tiene que entenderlo también, porque cuando ella tuvo que salir a Francia por Santander, regresó a España por Cataluña y se quedó hasta el final de la guerra. A pesar de que su madre, Rosario, que estaba exiliada en París, quiso retenerla en Francia. Es lo mismo. Ella no puede negarte lo que exigió para sí misma: volver a luchar.

Regresamos a paso lento a la “residencia del cenicero”, al gran arco de su entrada, a los dos cálidos departamentos que ocupamos, con ventanas a una plaza interna del edificio, don de la nieve cae sobre un viejo carricoche que en los veranos sirve de gigantesco macetero.

Federico y Flavia juegan en la sala. Silvia acompaña a mi madre que ha transformado la pequeña *kitchenette* en una cocina profesional y prepara uno de sus guisos vascos, antológicos.

Por la noche escucho el viento sacudiendo los postigos, imagino la nieve que cae sobre la *Vieille Ville*, como anoche cuando fuimos a pasear con los chicos y Federico celebró los copos que bajaban sobre la catedral iluminada, con una frase que nos hizo reír a todos:

– ¡Qué suerte poética!

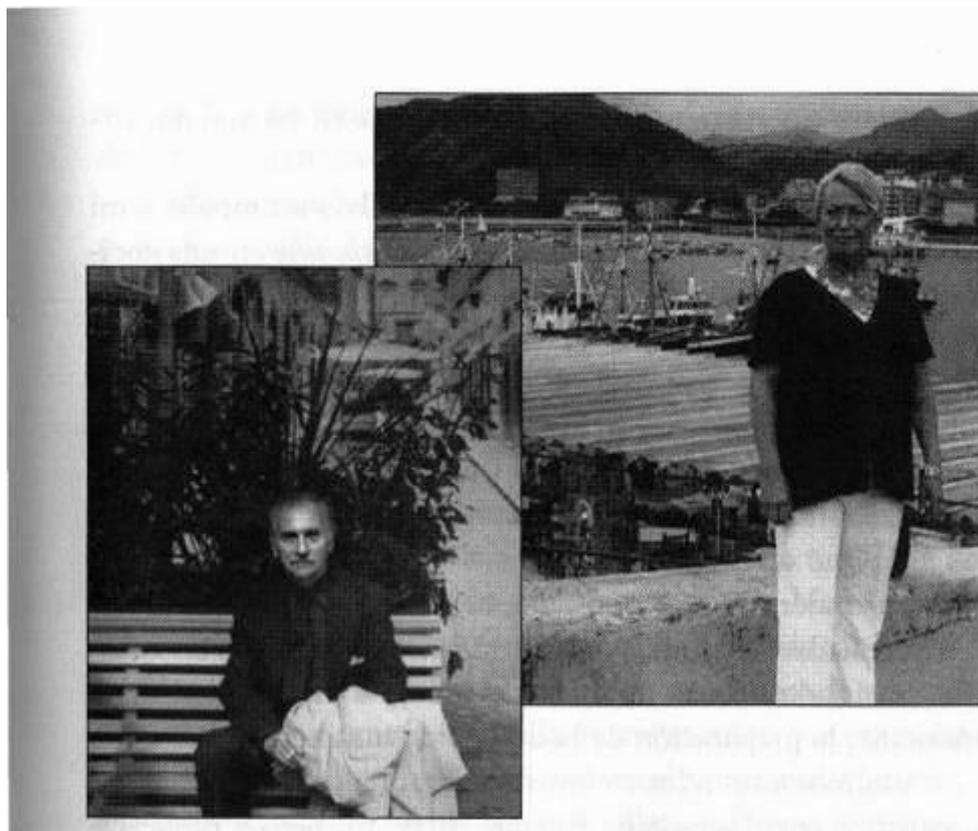
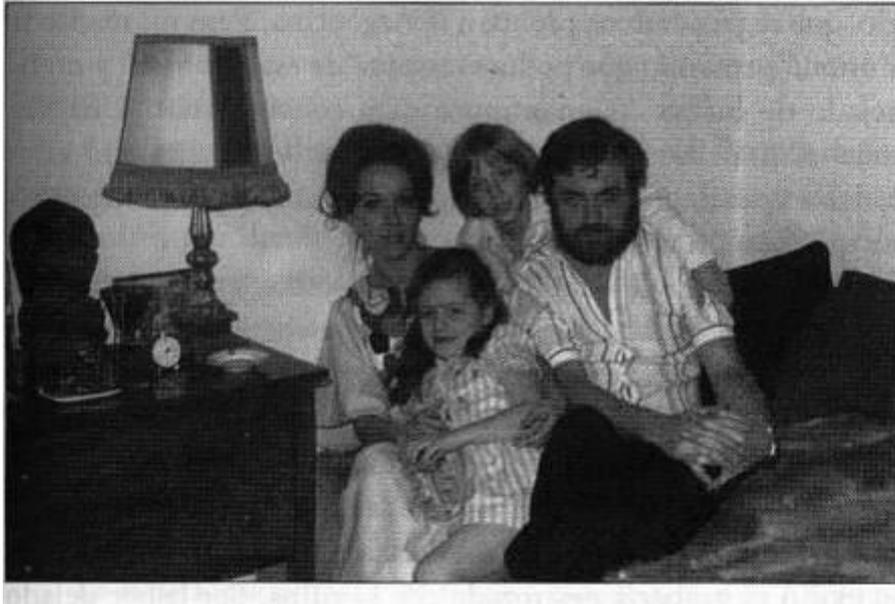
Mi mujer duerme a mi lado, hermosa, sobre las gigantescas almohadas de plumas de la *Résidence* y los chicos en la cama de al lado. Siento el latido del reloj, la electricidad de la montaña, la preparación de la despedida inminente.

Vinimos a ver a los viejos en diciembre, como lo habíamos previsto y arreglado desde Buenos Aires, primero y desde Lima, después. Siempre les advertimos que el paso sería provisorio, que regresaríamos pronto a la Argentina. Pero mi madre se ilusionó pensando que podía sacarnos “de esa ratonera” y no ha cesado de luchar ni un minuto para convencernos. Una vez más, el inmenso placer de verlos y vivir estos días con ellos queda supeditado a las obligaciones de un compromiso político que no admite medias tintas.

Cuando salí de Argentina, en noviembre, estaba distanciado de la Organización, pero me reenganché rápidamente tras una larga reunión con el Pelado Carlitos.

– La Organización confía en vos y te abre las puertas – me dijo, diplomático y me cagó: ya no pude rehusarme.

Con Silvia lo hablamos mucho, en aquellos días de Lima y ella entendió perfectamente mi decisión: si nos quedábamos en el exilio yo acabaría destrozado por la culpa, por haber dejado en el país a mis compañeros.



El encuentro en Ginebra con mis viejos significó a la vez alegría y despedida. Mi madre intuyó que no volveríamos a vernos. Mi padre aprobó que regresara a la clandestinidad. Silvia también: "No soy monja pero soy católica".

—No soy monja, pero soy católica —dijo con gran suavidad, ratificando su apoyo invariable.

Ahora, que ha llegado la hora, vuelve a jugarse. No sólo porque es católica sino por amor. Un valor supuestamente tradicional (en rigor, bastante escaso) que no siempre es aceptado por los responsables de la Orga, más apegados a las decisiones que se toman por motivos ideológicos.

Salí yo primero para Lima. Es mejor hacerlo en dos tandas, para no arrancarle todo a la vieja, en un solo golpe de vacío. Me llevó un chofer portugués en un taxi Mercedes Benz. Mamá espío la salida desde la ventana de su cuarto, a medias cerrada con el postigo de madera. Con la distancia se borraron las arrugas de sus sesenta años y volvió a ser esa maravilla de mujer rubia que enamoraba a mis amigos del colegio. Le tiré un beso al subirme al Mercedes y ella me lo devolvió desde la penumbra flamenca de la ventana.

Temo no volverla a ver más en mi vida.

(Lima, fines de febrero)

Aquí estoy en Barranco, a escasos metros del Puente de los Suspiros. Provisoriamente alojado en la casa de Joan y Pablito Piacentini, por donde suelen caer el Perro Verbitsky y varios amigos peruanos, como ese joven capitán de nombre leninista, Vladimiro Montesinos. Con quien le damos a la delgada botella de pisco con gran decisión.

Los barrancos gigantescos de terracota se desdibujan con la niebla limeña. El Pacífico se abre como la vida y la muerte y el corazón se ensancha, pese a todo, con la aventura y la posibilidad de la lucha.

La Base Lima prepara mi regreso clandestino a la Argentina que será, me dicen, a través de Cuba.

EN LA HABANA: CON BUÑUEL Y BARBARROJA

(La Habana, marzo a mayo de 1975)

Me escapo del aire acondicionado hacia el húmedo calor del balcón y descubro la vista nocturna de la bahía, la luz del Morro, la llamarada lejana de una refinería. A mi lado, el Petiso J (el compañero del Partido Comunista de Cuba que me atiende), comenta con una sonrisa:

— A tus pies, La Habana.

Estoy embriagado. Ahora me toca a mí, aunque sea con muchos años de retraso. Recuerdo anécdotas de los primeros viajeros, los de los tiempos heroicos. Los relatos que hacía Paco Urondo. Aquel vuelo de La Habana a Santiago en un vetusto Britannia al que se le abrió la puerta a poco de haber despegado. Puerta que las azafatas y el comisario de a bordo cerraron, entre gritos y risas infantiles, haciendo una cadena de brazos para que el aire no los chupara.

Cuba, carajo. No es mentira. Estoy en la habitación 1125 del Habana Libre (Havana Hilton en tiempos de Batista, las putas y los gánsters de George Raft).

Voy a estar aquí por un tiempo indeterminado: hasta que los cubanos me introduzcan clandestinamente en la peligrosa Argentina de Isabel Perón. Mi mujer, Silvia, y mis dos hijos han quedado en Lima, donde aguardarán mi ingreso al país, para reunirse conmigo en la clandestinidad. Eso es al menos lo que mi partido ha pactado con “los barbas”.

El Petiso J me anticipa someramente la actividad del día siguiente y me entrega la milagrosa “tarjetica”, una cartulina blanca con una franja verde que me habilita para realizar consumos en ese hotel maravillosamente anclado en la escenografía de los años 50.

Al despedirse, el Petiso J me anuncia que voy a realizar algún viaje por el interior, para observar la obra de la Revolución, antes de que empiece la operación retorno.

Lamento que Silvia, Federico y Flavia no estén a mi lado. Siento culpa por haberlos dejado en Lima, aunque sería una locura que entraran conmigo al país. (¿Cuándo los volveré a ver?) El Petiso se retira con su maletín de ejecutivo y suena el teléfono. Es un viejo amigo que me invita a cenar en uno de los restaurantes del hotel, donde me encontraré otros conocidos. En los días subsiguientes iremos armando una pandilla tumultuosa de sudamericanos que bromea (desagradecida) acerca del ritmo

tropical del *room Service*, la persistencia del jugo de tamarindo en los desayunos, el cucú de Radio Reloj o la consistencia plúmbea del *Gramma*, sin dejar por eso de admirar las conquistas sociales de la Revolución y algo más conmovedor: el coraje y la solidaridad del cubano común.

De ese entrañable hombre de la calle que veo en mis paseos solitarios por la heladería Copelia, por los cines donde me deleito con los documentales de Santiago Álvarez, por esas esquinas donde se combina la potencia de la música afrocubana, con las candorosas consignas de los cuadros inferiores del Partido. O de los CDR (esos Centros de Defensa de la Revolución, que me recuerdan nuestras unidades básicas). Una noche me doblo de risa. En la esquina de un barrio popular han montado un pequeño tablado donde un combo sacude el merequetengue con todas las ganas y el ritmo del mundo. Las mulatas menean sus prodigiosas caderas. Un colombiano picado de viruelas y cargado de ironía parafrasea a mi lado la consigna del M-19: “Construiremos una Patria a la altura de nuestros sueños”. “Por ahora lo único que está a la altura de nuestros sueños — comenta — es el culo de las cubanas”. El combo se detiene. Un compañero del Partido predica contra el machismo:

—Vamos a ver, compañeros, ¿ustedes respetan a las compañeras? Digo, si ven venir por la calle a una compañera que está muy buena, le dicen algo delicado o le dicen: “¡Coño, tú ta mu buena!”

Me mezclo con los cubanos. Hablo de política con ellos. Nadie me lo prohíbe. Mi operativo está demorado. Aún no estoy clandestino en Cuba.

La fiesta dura casi un mes. Recorro la Isla desde la cabeza a la cola del caimán: desde los negros mogotes de Pinar del Río hasta la caliente verdura de la Sierra Maestra. Visito granjas y hospitales modelos; charlo con brigadistas y pioneros, con hombres sencillos que trataron al Che; conozco la prehistoria urbana de la guerrilla a través de mi chofer Eddie, que es un extraordinario personaje; disfruto del mar turquesa de Varadero; practico tiro al blanco en un cuartel; me compro decenas de libros de los clásicos por precios irrisorios y los leo en largas tardes habaneras de toallas húmedas y nostalgia, en las que cierro a Engels para preguntarme qué harán Silvia y los chicos en la remota Lima. Y —sobre todo— trato de imaginar cómo podremos vivir con los hijos pequeños en una lucha despiadada.

Ni noticias de mi viaje a la Argentina, que deberá hacerse con un cambio de identidad a partir de Praga. Sigo en el Habana Libre, retozando en la piscina con la pandilla de argentinos y con sobrevivientes de todas las guerrillas, que los cubanos siguen hospedando con munificencia, como ese ex combatiente venezolano que se pasea por el borde de la alberca, con su silla de ruedas.

Al pasar el mes empiezo a quejarme ante el petiso J y otros compañeros que me atienden. A veces en persona, otras por teléfono. El Petiso J mantiene una calma guajira, que aumenta mi exasperación. Para consolarme me lleva al Tropicana y me explica cómo será la revolución en la Argentina. Mis quejas van en aumento. Hasta que una noche otro compañero me lleva a comer a la Habana Vieja, a un restaurante

español que desafía la canícula con callos a la madrileña y otros colesteroles más apropiados para el frío de la meseta castellana.

En la mesa de al lado, “por casualidad”, está sentado Manuel Piñeiro, el legendario comandante Barbarroja, compañero histórico del Che y Fidel, jefe de inteligencia en los primeros tramos de la Revolución, actual capo del célebre Departamento América del Partido, reiteradamente marcado por la CIA como el gran “exportador de la guerra revolucionaria”.

Por otra “casualidad” me hacen sentar a la mesa de Barbarroja. Y, por suerte, hay una buena química de entrada. Es evidente que el Comandante – que tiene en sus manos mi destino – quiere conocerme y saber por qué estoy tan impaciente por ir al Sur, a que me rompan la crisma. Pero no dice palabra sobre el tema. Hablamos de la Argentina. De pronto, sin que venga a cuento, me pregunta:

– ¿Te gusta Buñuel?

Me está invitando a ver una privada en el ICAIC. Obviamente, acepto. En una pequeña sala del Instituto Cubano del Cine, nos exhiben *Ese oscuro objeto del deseo*. Son las dos de la madrugada; es evidente que los históricos de la Revolución son todos noctámbulos como Fidel. Me río para mis adentros de la escena surrealista que estoy viviendo. El Comandante no ha dicho una palabra sobre mi retorno. Le pasa la pistola Majarov a un ayudante y se dispone a gozar la película. Además de un hombre de acción es un tipo culto e inteligente, pero se comporta en el cine como todos los cubanos, que comentan las películas a los gritos.

Fernando Rey avanza en la pantalla en busca de la protagonista. Barbarroja me codea y profetiza:

– Se la va a templar, chico. Se la tiempla. Te digo que se la tiempla.

El rijoso barbado se abalanza sobre la mujer. Caen detrás de un seto. Barbarroja me da un codazo triunfal:

– ¡No te dije: se la templó!

Se hace la luz, Piñeiro enciende un puro. En el estrecho ascensor me mira como si me viera por primera vez.

– Cono, ¿qué tu dices, Bonasso? ¿Qué coño está haciendo mi gente que todavía no te mandan a la Argentina?

Sonrío esperanzado. Al día siguiente aparecen dos misteriosos compañeros por el hotel. Parece que ahora sí, la cosa va en serio.

ANCLAO EN LA HABANA

(La Habana, mayo de 1975)

Parece que esta vez va en serio. Después de mi encuentro “casual” con el comandante Barbarroja mi expediente se agiliza y se avizora mi regreso a la inquietante Argentina de Isabel Perón. Finalmente he logrado que dos compañeros de la inteligencia cubana me visiten en la habitación 1125 del Habana Libre, para planear la operación. Son la versión antillana de Mutt y Jeff: uno es alto, delgado y lampiño; el otro retacón, gordito y bigotudo. El alto es amable pero sombrío; el gordito tiene una risa asmática y contagiosa y es bastante confianzudo. Me explican que vienen a estudiar conmigo todos los detalles: documentación, caracterización, itinerario y leyenda: quién es uno, de dónde viene y adónde va; todo lo que debe decirse a policías, espías y extraños.

Los escucho con unción: he visto la película *El hombre de Maisinicú* sobre la ingeniosa y sacrificada contrainteligencia revolucionaria; he leído todo acerca de la inmersión clandestina de Tania y el Che en Bolivia o sobre “los topos” que “los barbas” tienen infiltrados en Miami. Y ahora, yo mismo estoy sometido a los expertos en la aventura conspirativa del regreso, que tiene su lado inquietante y fanático, pero también – para qué negarlo – su costado lúdico.

Ambos especialistas empiezan por lamentar mi altura que me torna fácilmente reconocible. “Habría que serrucharte las patas”, dice previsiblemente el petiso. “Lo peor son los ojos”, comenta el larguirucho taciturno y yo le pregunto qué tienen de malo. “El color, chico, el color”. Me explica, didáctico: “Tú no lo sabes, pero la mirada azul se descubre a más de cien metros de distancia”. Deberé teñirme el pelo y usar lentes de contacto “de color *cammelita*”. Carmelita en la fonética isleña: es decir, marrón.

La idea básica es la siguiente: me van a teñir el pelo y cambiar el color de los ojos, me van a proveer de documentación falsa y me van a mandar a Praga, de donde viajaré a un país de Europa occidental, en el cual asumiré la documentación y la leyenda definitiva con la que entraré finalmente a la Argentina. En ese país europeo (¿Francia? ¿España?) dejaré todo lo que llevo y renovaré el ajuar de acuerdo con la nueva identidad y su correspondiente leyenda. Por hoy no hay mucho más que agregar y se despiden. Por mi parte, marchó con otros amigos y compañeros a la Plaza de la Revolución, a presenciar el desfile del Primero de Mayo.

La gigantesca explanada donde un día Fidel proclamó el carácter socialista de la Revolución, está colmada. Se calcula un millón de personas. El diez por ciento de la población total de la isla. Bajo el gigantesco cartelón con el rostro del Che que cubre la fachada del ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) se apiña la multitud variopinta, tanto la organizada como la espontánea. Por la calzada

desfilarán los sindicatos ante un palco donde se ubicará el Comandante en Jefe, las autoridades del Partido, los invitados especiales. Yo soy “invitado” común y me ubican unos escalones abajo del palco principal, donde voy viendo llegar a Raúl Castro, al presidente Osvaldo Dorticós y a otros dirigentes, entre los que distingo –de impecable guayabera blanca– al Comandante Barbarroja, el hombre astuto y misterioso que me invitó al cine y de quien depende mi reingreso (sano y salvo) a la atmósfera.

La tarde es una bóveda cristalina arrojando miles de banderas. Esta vez Fidel no pronuncia uno de sus conocidos discursos-río. Se calla, mira, sonrío, saluda. Está cerca de la cincuentena. En el apogeo. Habla, en cambio, aburridamente, el jefe de los sindicatos y provoca la molestia de un mexicano exiliado que presencia la ceremonia a mi lado al elogiar a un burocrático visitante de los gremios aztecas. “¡Que no chingue, mano – rezonga el exiliado – llamándolo compañero revolucionario, si es un ratero y un lambiscón del PRI!”

Acaba el desfile y los ríos humanos se desconcentran al son de *La Internacional*, que llena la tarde con esa esperanza que alimentó a mi abuelo vasco, metalúrgico y seguidor de Pablo Iglesias: la candorosa y potente ilusión de un mundo sin explotadores ni explotados.

En los días siguientes continúan los preparativos de mi regreso, aunque de manera espasmódica. El Petiso J, Mutt y Jeff desaparecen a veces durante dos o tres días y luego caen de sopetón en el Habana Libre. Una madrugada me sacan con gran sigilo y me piden que no preste atención a los nombres de las calles, para no reconocer el lugar al que vamos. En el trayecto me pregunto por qué tenemos que hacer las cosas en ese horario de funeraria.

Entramos a uno de esos edificios destartalados que la Revolución abandonó al priorizar el campo en desmedro de la capital. En un departamento de la planta baja, una compañera que parece peluquera de barrio y probablemente lo es, me tiñe de castaño oscuro con mano experta y suave. Luego me sacan toda clase de fotografías.

Dada mi nueva apariencia, me cambian de hotel y me piden que no tome más contacto con mis amigos habaneros. Comienza una larga temporada en el Sevilla, de la Habana Vieja. Allí me entregan los famosos lentes color carmelita y me piden que me los ponga varias veces por día para acostumbrarme. Lo intento a cada rato, pero tienen una consistencia dura, campesina, que me deja los ojos como los de un conejo. Se lo digo, lagrimeando, al gordito y se molesta conmigo: “Coño, chico, si son muy buenos, son checoslovacos. ¿Qué va a pasar entonces cuando te torturen?”. Comprendo que soy un inútil, que he arrojado una sombra sobre la seriedad de la industria socialista checoslovaca y que se teme, además, que sea un débil. Sigo la reunión con las lentillas puestas, llorando en silencio. El gordito, lanzado con todo al realismo mágico, formula una propuesta que tardo en asimilar: voy a entrar a la Argentina con un pasaporte de Puerto Rico, simulando ser un millonario portorriqueño. Insinúa una protesta: “¿Les parece que con mi metro noventa de altura doy justo el *physique du role* de un portorriqueño?”.

—Coño, chico, no seas racista —dice el gordito, dando por terminada la reunión.

En los días siguientes habrá nuevas polémicas. El larguirucho trata de congeniar y propone alternativas: “¿Qué te parece entrar de sacerdote gallego?”. Admito que es una caracterización más a mi alcance, pero insisto con una trivialidad: ¿no habrá, por casualidad, un simple pasaporte uruguayo?

Después, durante días, se produce una ausencia exasperante, que lleno bebiendo decenas de mojitos y daiquiris, sometiéndome a la escuela de gastronomía que funciona en el Sevilla, escuchando tangos en la radio cubana o yendo a la playa de Santamaría, donde me topo —al emerger de una ola— con unas amigas del Habana Libre, que me reconocen enseguida. Al cumplirse dos meses, me hartó de estar anclado en La Habana, llamo a Lima donde está mi contacto partidario y doy por concluida la experiencia. Extraño a mi mujer y a mis hijos y quiero entrar cuanto antes a la Argentina. Hablo con el Petiso J y sus jefes y me entienden. Se sienten en deuda. El Petiso J me lleva al aeropuerto y me regala ron añejo y habanos Montecristo.

— ¿Nos guardas rencor? —pregunta.

Le contesto que no y soy sincero, pero no puedo evitar una sospecha: la historia demuestra que no pueden ser tan chantas en materia conspirativa; toda esta historieta al estilo *Bananas*, ¿no será una excusa para evitar una operación que puede comprometerlos diplomáticamente? Me subo al Ilyushin con la duda.

Tal vez no la despeje nunca.

BIENVENIDA A LO MENÉNDEZ

(Buenos Aires, octubre, noviembre de 1973)

Regreso a la Argentina en llamas. Sin pasaportes portorriqueños ni disfraces de sacerdote español, de manera demasiado sencilla, incluso anticlimática. Con Silvia y mis dos hijos llegamos de Colonia un domingo por la noche. Venimos en el último aliscafo, el que toman los timberos que van a jugar a la ruleta al Uruguay. Ni nos miran los documentos. Subimos a un ómnibus y enseguida nos encontramos en la estación de Retiro. Nadie piensa en esta Argentina ensangrentada, en la que se escuchan los ruidos de sable de los golpistas, que un proscrito sea tan imbécil como para entrar en lugar de salir.

Antes de tomar un taxi, compro la sexta de *La Razón* y pago con mil pesos. Me quedo esperando el vuelto y el quiosquero me mira como diciendo: “¿Y ahora qué querés?”. Vale justo mil pesos. Cuando me fui, hace once meses, costaba diez o veinte veces menos. El taxi nos lleva a Belgrano, a la casa de mi cuñada, Ana María. Allí aguarda también, muy enferma, mi suegra Esther. Para Silvia es un alivio poder acompañar a su madre que tiene un cáncer terminal.

A pesar de todo lo terrible que se avecina en lo colectivo y lo personal, nos arropa y conmueve el paisaje recuperado. El tiempo vivido en el limbo nos ha desgastado. Mañana mismo me veré con los compañeros. Debo hacerme cargo de la secretaría de prensa del Partido Peronista Auténtico (PPA). Me gusta el proyecto del PPA. La alianza entre Montoneros, la JP y los viejos peronistas como Armando Cabo, Andrés Framini, Oscar Bidegain o Jorge Cepernic. Es una síntesis histórica que puede apartarnos de las tendencias militaristas que alientan algunos cuadros del “aparato”. Los “viejos” piensan lo mismo. “Ojalá en 1955, cuando derribaron a Perón, hubiéramos tenido una organización como esta”, me comentará en algún momento Andrés Framini.

El resultado de la primera etapa de afiliación, que se llevó a cabo en tiempo récord, ha sido sorprendente: desafiando la represión del gobierno de “Chabela”, 80.000 peronistas disidentes han llenado la ficha, jugándose al poner su nombre y su domicilio. El PPA es la tercera fuerza política de la Argentina, detrás del PJ y de la UCR. Además, el “Auténtico”, unido al Partido Intransigente (PI) de Oscar Alende y a otras pequeñas formaciones, puede dar lugar a un frente con excelentes posibilidades electorales. Espero que los oscuros del aparato no lo frustren convirtiéndolo en un teatro de títeres, en una simple máscara de esa actividad militar que no pocos compañeros siguen considerando “la forma superior de lucha”.

Nadie duda, yo tampoco, que el régimen no se va a suicidar y los poderosos no van a dejar sus privilegios si no se los obliga, pero una cosa es enfrentarlos desde el movimiento de masas y otra, muy distinta, desde la soledad del aparato. La

revolución en la Argentina –creo– va a estar más cerca de la explosión insurreccional que de la Guerra Popular Prolongada, que se cocinó en geografías asiáticas.

Pronto, tras la alegría del reencuentro con los compañeros, percibiré hasta qué punto la práctica de todos los días es una inquietante caminata en un campo minado. Nunca se sabe dónde termina la aparente legalidad y comienza el terror. Nuestros locales son semiclandestinos. No están abiertos al público, pero los conocen decenas de compañeros que no controlamos. La unión con los “viejos”, tan importante en lo que hace a la legitimación de nuestra política, tiene peligrosas consecuencias para nuestra seguridad. Hay ejemplos cómicos. Estamos por realizar el Primer Congreso del PPA. Para confirmar las asistencias, los distintos delegados simulan en sus comunicaciones que son ejecutivos que concurren a una convención empresaria. Desde Mendoza, don Alberto Martínez Baca, ex gobernador desplazado por la ultraderecha peronista, nos manda un telegrama que sería impecable en su disfraz empresario, si no fuera por el detalle final: “firmado: Martínez Baca”.

Con Ernesto Jauretche debemos recorrer las redacciones y a veces tenemos desagradables sorpresas. Una tarde estamos en *Clarín*, con el jefe de redacción Marcos Citrimblum, cuando alguien nos avisa que hay dos Falcon sospechosos estacionados frente a la entrada principal. Eficaz y solidario, Citrimblum nos hace atravesar el taller y nos saca por la puerta trasera que da a otra calle.

Pero la prueba de fuego será el Primer Congreso, al que asistirán como observadores dirigentes del PI y otros partidos. En lo que a mí respecta, debo asegurar que concurren importantes periodistas nacionales y extranjeros, no sólo para lograr una buena cobertura, sino también como un manto protector para nosotros mismos. Los inconscientes de la Conducción Nacional han decidido que el Congreso se haga en Córdoba, donde reina el general Luciano Benjamín Menéndez y los milicos han creado una nueva organización terrorista que viene a suplantar a la desprestigiada Triple A: el Comando Libertadores de América. Y nosotros allí vamos. ¿No suena como una provocación? ¿Qué quieren, meterle un dedo en el culo a la fiera? Lo pienso pero no lo digo. Las órdenes no se discuten. Si uno tiene dudas o críticas se las calla para no parecer “reformista” o cagón.

Con Jauretche nos concentramos en lograr una buena concurrencia y lo conseguimos. Confirman su asistencia periodistas nacionales de primer nivel como Claudio Escribano de *La Nación* y lo más granado de la prensa extranjera: la RAI, la TV alemana y plumas individuales muy celebradas en sus países como la norteamericana Joanne Omang del *Washington Post*, el holandés Jan van der Putten de *De Volksrant* o nuestro secreto aliado británico Christopher Roper, del *Latin American Newsletter*.

Con Ernesto bloqueamos las reservas de dos vuelos de Austral: el de ida a la mañana y el de regreso por la noche. Dos virtuales *charters*. Allí viajan nuestros dirigentes junto con los periodistas. Difícil que haya detenciones en el aeropuerto y más difícil aún que metan una bomba en el avión. El viaje de ida es placentero, pareciera que vamos realmente a la convención de una empresa o de un partido en el

poder.

Pero en Pajas Blancas nos esperan los rostros pálidos de los compañeros de la Orga, como Aníbal (mi viejo responsable, el Gordo Extenso), que nos largan a boca de jarro la novedad: una patota del Comando Libertadores de América ha volado literalmente el Centro de Industriales Panaderos donde se iba a realizar nuestro congreso. Los horribles llegaron en la madrugada, sacaron al sereno y metieron nueve kilos de gelamón en las columnas estructurales, dejando al Centro como un edificio de la Segunda Guerra. El Congreso se hará en una nueva sede clandestina. Intuyo que hay que actuar como en el judo y usar la fuerza del adversario en su contra. Llevo a los periodistas a visitar la sede bombardeada. Será la gran nota. Percibo la excitación de los camarógrafos de la RAI o la Deutsche Welle mientras se mueven entre los escombros. Y ningún periodista me discute cuando declaro con sincera cólera: “Esto lo han hecho los que nos acusan de terroristas”. Menéndez, por lo menos, va a quedar como un nazi en Europa.

Fuera de este episodio, el Congreso discurre según lo previsto: largas ponencias, copioso asado con invitados y periodistas y regreso al aeropuerto. En el camino a Pajas Blancas el compañero que maneja nuestro auto nos señala una vistosa construcción a la derecha. Es un gigantesco hotel para parejas que se acaba de estrenar.

— Dicen que tiene colchones de agua — dice el compañero, que es cordobés y pícaro, mirándolo al ex gobernador de Santa Cruz, Jorge Cepernic que viaja a su lado. Don Jorge, que a pesar de su cepa yugoslava es un paisano de aquellos, le pregunta con real preocupación:

— ¿Y qué pasa si lo pinchás con las espuelas?

Llegamos a Buenos Aires, sin novedad.

En el debate, sin embargo, ha ocurrido un hecho político que me preocupa y los periodistas locales (como Escribano) subrayan cuidadosamente: por voto unánime, los congresales del PPA reconocen la conducción estratégica de la Organización Montoneros, que ha sido ilegalizada por el gobierno de Isabel. Me pregunto si no estamos condenando al PPA a correr la misma suerte que la Orga. Si no estamos colocando en la mira de los “Libertadores” a los 80.000 afiliados que supimos conseguir. Ojalá me equivoque.

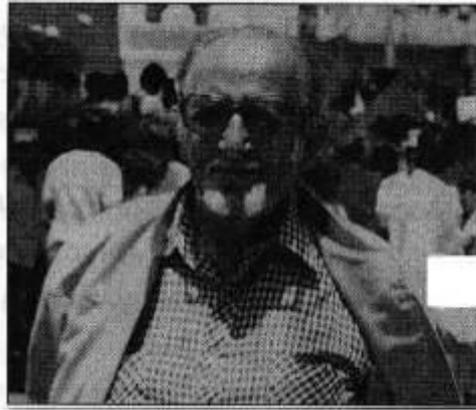
GUERRILLEROS DETRÁS DE UN MUEBLE

(Finales de 1975)

A pesar de lo que dice el DNI que lleva en su saco arrugado, Gregorio Weinberg se llama en realidad Gregorio Levenson. Y Gregorio Levenson marcha al trote por las calles de Belgrano ensimismado en un problema serio. Lo suficientemente serio como para hacerle olvidar los Falcon que recorren la ciudad en busca de posibles presas. Esa mañana su hijo Bernardo, que milita en Montoneros como él, lo ha puesto al tanto de una inquietante novedad: han debido levantar apresuradamente la casa de la calle Moldes que les servía como vivienda y local clandestino. A las pocas horas “cayó la patota, reventó todo y se llevó hasta el último mueble”. En esa casa, Bernardo y otros montoneros cavaban “un pozo”, los movimientos de tierra llamaron la atención de los vecinos y alguien le avisó a la policía. Los guerrilleros, a su vez, advirtieron que los estaban vigilando y emprendieron una veloz retirada.

Don Goyo está contento de que su hijo, su nuera, su nietito y los otros compañeros hayan zafado por un pelo, pero le preocupa que los represores se hayan llevado “hasta el último mueble”. Porque en uno de esos rústicos artefactos que él mismo ha comprado de segunda mano, en el doble fondo de una cómoda que él llama “baiut”, ha embutido 20.000 dólares de la Organización, que sería bueno arrebatárselos a esos tipos, aunque no sepa cómo diablos hacerlo. Ahora, amparado por su propia apariencia, ha decidido darse una vuelta por el lugar “para hazer inteligencia con loz vezinoz”.

Nadie, en efecto, podría sospechar que ese viejo petiso, barrigón, de nariz ganchuda y mirada cargada de malicia, es un administrador de los Montoneros. Cualquiera diría que es un buhonero del Once, embarcado en regateos arduos pero inofensivos. La cara no cuenta la historia de su vida, ni desnuda una predisposición revolucionaria que viene en los genes y continuará en los hijos que le dará su mujer, Lola, otra esforzada militante. El padre de Goyo, Boris, era un obrero socialdemócrata que participó en la insurrección de San Petersburgo en 1905; su madre, Esther, pertenecía a una familia judía rusa de clase media alta, pero compartía con su marido la devoción por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Una de sus hermanas, Raquel, peleó como voluntaria en la Guerra Civil Española. Goyo mismo tiene casi cincuenta años de militancia, que arrancan con un breve paso por el yrigoyenismo, del que saldrá para incorporarse a la Federación Juvenil Comunista, donde participó en la expulsión de la fracción trotskista a la que pertenecía mi padre, que no se olvida y alguna vez se lo ha recordado al propio Goyo con fingido enojo.



Sin solidarios nadie aguanta la clandestinidad. El abogado seductor Roberto Sinigaglia.

El Viejo Goyo Levenson.

El maestro protector Antonio Salonia. Mi cuñada, Ana María y, junto a ella, la francesita Claudine Fitte, gran amiga de mis viejos.



En los 30 y en el comienzo de los 40, Gregorio conoció la persecución y la tortura de las policías bravas, a las que engañó con sus trucos de Viejo Vizcacha. En el 45, junto con Rodolfo Puiggrós, rompió con el Partido y se sumó al naciente peronismo. A fines de los 60, su hijo Miguel Alejo fundó con otros compañeros lo que debía ser el grupo de apoyo al Che Guevara en la Argentina y, con el correr de los años, devino una de las organizaciones más fuertes de la guerrilla peronista: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). En diciembre de 1970, perseguido tras una operación frustrada y acorralado por un ataque de asma, Alejo Levenson murió en un refugio transitorio. Primer golpe de una inacabable seguidilla de tragedias que Goyo esconde –púdicamente– bajo una máscara alegre y picara. Porque el Viejo goza con la hilaridad que causan sus furcios antológicos, desgranados con su característico ceceo. El furcio es una de sus tácticas para hacerse querer, como esa astucia que acuñó para que los pibes del barrio no lo segregaran como “rusito de mierda” y lo incorporaran en sus incursiones por los burdeles de San Fernando, donde más de una polaquita no le cobró sus favores a cambio de que el rusito le hiciera de correo y comisionista en ese mundo ancho y ajeno que se abría tras las puertas del lupanar.

La “inteligencia” de Goyo da resultados. Los muebles (que alguna vez formaron parte del inventario del diario *Noticias*) han seguido un curioso periplo: primero van a una comisaría, luego a una dependencia del Ejército. La investigación les lleva un mes, pleno de zozobras. Los muchachos piensan que no hay nada que hacer, pero el viejo no se desanima: tarde o temprano los tipos tendrán que venderlos y ese será el momento de recuperar el “baiut”. Sólo queda esperar, vigilar los posibles traslados y rogar que los tipos no encuentren los dólares. Una mañana, la parejita que monta guardia observa cómo los milicos cargan los dichosos muebles en un pequeño camión de mudanzas. Lo siguen y comprueban que el Viejo tenía razón: el camión se detiene frente a la casa de remates Guerrico y Williams y los mozos de cordel bajan el lote de muebles. Entre los que va, con su escondido tesoro, la codiciada cómoda. Averiguan la fecha del remate y Don Goyo prepara su estrategia: concurrirá él mismo como posible comprador, escoltado por dos o tres amigos que son realmente

trapisondistas y buhoneros.

En la mañana del día D, tras apurar un cafecito con los tipos que le harán de “grupines” para subir la oferta, Goyo da la orden de actuar.

– El que madruga ríe mejor – sentencia y entra a la casa de remates.

En el local se tropiezan con “viejas pichincheras”, “oligarcas venidas a menos” y otros hábitos de estos eventos. Cuando el martillero anuncia el lote, Goyo dirige una mirada de inteligencia a uno de sus soldados. Dejan pasar escritorios y sillones y se lanzan, ansiosos, al rescate del “baiut”. Una vieja, de perfil ornitológico, comienza la puja con el equivalente de 50 dólares. Un secuaz de Goyo sube a setenta. El guacamayo lo observa con sorpresa, pero aumenta a ochenta. Otro de los “grupines” acarreados por Goyo levanta a cien y comienzan a escucharse graznidos de protesta. El rematador, exultante, azuza con la eterna fórmula: “¿Quién da más?”. Inesperadamente, otro papagayo de pelos azulados decide aplastar a esos intrusos que hacen subir los precios. “Ciento cincuenta”, dice la augusta dama, segura de su victoria. Entonces, desde el fondo del salón, un hombrecillo barrigón, de barba mefistofélica, grita: “¡Dozientoz!”. Un golpe de martillo cierra la operación y ante las miradas furibundas de la pajarera, el señor Gregorio Weinberg se lleva el anhelado “baiut”.

Veinticuatro horas más tarde, en una guarida segura, las manos expertas de Bernardo Levenson abren el embute de la cómoda trashumante y comienzan a caer papelitos verdes con la venerada efigie de Benjamín Franklin. Padre e hijo se abrazan. La Organización recupera los 20.000 dólares. Se ha ganado una batalla. No será la primera ni la última.

CUIDADO CON LA MOROCHA

(Febrero de 1976)

— Vos no sabes lo que me pasó — dice Roberto Sinigaglia, bajo la sombra del gomero de la plaza Libertad. Y aunque Roberto no es porteño sino santafesino, no cuesta adivinar que la frase siguiente es:

— Me levanté una mina...

Etcétera.

Acierto, sólo que el etcétera en este caso viene con un suspenso que trasciende lo erótico y promete un final fuera de serie que Sinigaglia — buen lector de literatura anglosajona — deja entrever desde las primeras palabras.

Resulta por lo menos curioso que estemos aquí, en pleno centro, a las tres de una tarde de verano, hablando de minas. Dos proscritos, a los que haría mierda con gusto la Policía, el Ejército y toda clase de patotas. Pero son esas treguas...

Dejo de ver entre celajes los Falcon que pasan por Charcas o por Libertad para imaginar las gambas del hembrón que el amigo se levantó en el subte. Los muslos satinados y firmes; unos ojos verdes, enormes, que me parecen un clisé en ese fantasma del deseo que Roberto describe como “una morocha impresionante”. Los pómulos salientes y todo lo saliente que la morocha exhibe gracias a la elasticidad de su solera de jersey. Los labios mórbidos que disfrutó Sinigaglia con sus labios de Joker, habituados al sarcasmo. Puede que exagere los encantos de la mina, pero le doy crédito a lo sustancial del relato: Roberto es un seductor de tiempo completo y me consta que varias compañeras están muertas por este flaco que pasa grandes apuros económicos, aunque tiene arreos de aristócrata italiano en una novela de Stendhal.

Recuerdo la joda que le hizo hace algunos años el inolvidable Pelado Ortega Peña. Roberto había logrado quebrar la resistencia de una compañera abogada que solía cuestionar su conducta machista y la llevó a un hotel alojamiento. El Pelado, que pasaba por ahí de causalidad, los vio entrar, le hizo gracia la claudicación de la compañera que también solía criticarlo a él y decidió hacerles una broma: compró un paquete de Gallo y cuando salían del telo les vació el arroz encima, gritando: “¡Vivan los novios!”.

Por cierto que el primero en reírse fue el propio Sinigaglia, que suele relatar con gran ironía sus experiencias amorosas. Y no sólo las amorosas: Roberto es un gran narrador que no escribe por flaca, un verdadero cultor del arte de la conversación que va desgranando historias por las calles y los cafés de Buenos Aires. Como su primer encuentro con Juan Perón en Madrid, cuando confirmó que el líder admirado a la

distancia era “perfectamente amoral; un príncipe florentino”.

Hace tres años, Roberto fue decisivo para ganarle el juicio a Neustadt, a quien detestaba y solía comparar con aquel editor francés que supo adecuar los títulos de su periódico a los avatares de Bonaparte: “El tirano en la isla de Elba”, “El corso abandona la isla”, “Napoleón desembarca en Francia”, “El Emperador aclamado en París”.

También estuvimos juntos en los 49 días de Cámpora en la Rosada. Sinigaglia había sido un solidario y eficaz abogado de presos políticos y el Bebe Righi lo llevó como asesor al Ministerio del Interior. Roberto fue uno de los consejeros que sugirió el nombre del comisario Ricardo Vittani para jefe de la Federal y eso le valió el odio eterno de los azules.

Ahora tenemos algunas diferencias políticas que para otros serán muy importantes, pero para nosotros no tanto: él milita con los camporistas que han traído a Don Héctor de México soñando con la posibilidad (utópica) de que pudiera suceder a Isabel como presidente. Yo sigo como secretario de prensa del Partido Peronista Auténtico, que se ha convertido —por un lamentable error político— en un simpleseudopodio electoral de los Montoneros, cuando debía haber sido la gran síntesis entre los viejos peronistas y la nueva militancia.

Nuestra amistad trasciende las diferencias, que son mucho más de matiz que de fondo. Como lo demostraría rápidamente el enemigo si nos agarrase en este momento. Estoy seguro que los tipos de la Triple A o del Comando Libertadores de América no se detendrían a preguntar quién es el más revolucionario y quién el más reformista para decidir a quién le vacían primero el cargador en la cabeza.

Fumando, espionando con el rabillo del ojo la siempre temida aparición de los horribles, escucho el relato de la morocha, que Roberto detalla hasta el barroquismo. La mina, al parecer, quedó flechada y sin muchos preámbulos (que el flaco no hubiera podido financiar) desembocaron en el telo. Allí la apretó en el ascensor, la llevó pegada hasta el cuarto número 5 y la arrojó sobre una cama gigantesca, escoltada de espejos. Aunque Sinigaglia suele ser un caballero y jamás quema a sus conquistas o aporta detalles que pueden dejarlo como un arribista del sexo, esta vez se cebó con la muchacha del subte.

Vi, bajo la luz roja del hotel, el *cióse up* de su expresión gozadora. Escuché sus murmullos húmedos en mi oreja. La tuve abajo, arriba y de costado. Insaciable y acrobática. Conocí cada encaje de una ropa interior que no era de lujo pero cumplía su cometido. Comprobé que era una felatriz imaginativa y sedienta. Fumamos juntos entre polvo y polvo y compartí la sorna impía de Sinigaglia cuando descubrió que la “bomba” se morfaban las eses (cosa de la que obviamente no se había percatado antes) y contaba historias aburridas sobre su tío y su hermanito menor. Lunares que ella disimulaba con una real ternura y nuevos picos de pasión.

Roberto se sonríe con picardía, comprueba mi interés por la morocha y me

suelta el final.

—Cuando la mina se empezó a pintar frente al espejo, puso el bolso que traía sobre el piso, a su lado, y yo pude ver, clarito, lo que no había visto antes: que traía una pistola 45 en la cartera. Por un instante pensé: “Será una compañera”. Pero lo descarté rápidamente: estaba muy buena para ser una militante. “¿Será una chorra?”, pensé, pero tampoco me parecía. Decidí preguntárselo de frente mar y la mina me lo chantó con naturalidad: “Es el arma de la Repartición, papi. Soy cabo de la Federal. ¿A que nunca te habías encamado con un cabo de la Federal?”. Me hizo un gesto procaz con la lengua y se siguió pintando las pestañas.

EL GENERAL Y EL GUERRILLERO

(Apuntes para una posible saga sobre la familia Alsogaray)

(*Primeros días de marzo de 1976*)

Mataron en Tucumán al Hippie Juan Carlos Alsogaray. Su vida y su muerte podrían inspirar una “tragedia argentina” que Eduardo Mallea no hubiera osado imaginar: el extraño combate entre dos generaciones dentro de una misma clase, con situaciones griegas o dostoievskianas, que invierten la proposición de Bioy Casares en su *Diario de la guerra del cerdo*; porque en la realidad son los jóvenes los que están muriendo a manos de los viejos.

Después de los días de vino y rosas en el mayo francés, Juan Carlos Alsogaray se recibió de sociólogo y regresó a la Argentina en 1970, junto con su compañera Cecilia Taiana con la que poco después se casaría “formalmente”. Su padre ya no era comandante en jefe del Ejército; había sido suplantado por el general Alejandro Agustín Lanusse que buscaba una salida política al naufragio de la dictadura militar; aquel Reich de veinte años que imaginaba el general Juan Carlos Onganía.

El Hippie consiguió un trabajo en la Comisión Municipal de la Vivienda y cambió definitivamente su marco social: ya no se veía con María Julia y el tío Álvaro, sino con Raimundo Ongaro, el tipógrafo carismático que conducía la CGT de los Argentinos. Había empezado a militar en el peronismo revolucionario y pronto, a finales de 1971, la asunción de un compromiso mayor lo colocó ante una disyuntiva existencial: quería sumarse a los Montoneros, pero Cecilia no estaba de acuerdo. Ella presionaba para que regresaran a Europa y el Hippie estuvo a un tris de acompañarla; finalmente optó por el “compromiso del encuadramiento” y perdió la pareja.

A fines de 1972, cuando Perón protagonizó su primer regreso al país tras diecisiete años de exilio, ya era un cuadro importante de Montoneros. Su hermano mayor Julio también se había incorporado al peronismo en ese proceso de cambio gigantesco que abarcó a buena parte de los jóvenes de la clase media antiperonista. Por esas fechas Julio cayó preso en Bariloche en una manifestación del “Luche y vuelve” y María Julia la prima hermana, que ya hacía carrera con su padre Álvaro, aprovechó para colocarse en las antípodas del preso y su hermano menor. En declaraciones a la revista de Neustadt, criticó a sus primos con el lenguaje paternalista que siempre la caracterizó: “Yo no me puedo poner a nivel de unos niñitos (a los que ni siquiera veo seguido) que cambian de ideas constantemente”.

En 1973 Juan Carlos ocupó un cargo formal en el gobierno de la provincia de Buenos Aires que conducía Oscar Bidegain. El puesto era sólo una tapadera de su real actividad: la conducción de la Columna La Plata de Montoneros. Pronto ingresaría en la clandestinidad y pasaría a ser “Paco”. La dureza de la nueva vida y el costo afectivo

que había pagado por ella, no le habían cambiado el carácter festivo, burlón, que Julio le celebraba. Algunas noches desembarcaba de improviso por el departamento del hermano mayor, dejaba la pesada 45 sobre una cómoda y tras beberse unos cuantos vasos de vino, se subía sobre una mesa y proponía una imitación del tío Álvaro, a quien por los tics que sacudían su cara de luna lo llamaban “mazo de truco completo”. “¿Te imaginás al Chanco en una orgía? –le decía a Julio, guiñando los dos ojos a la vez y pellizcando un hipotético pezón–. Debe ser un relampagueo del carajo”.

En 1974 cometió uno de esos errores que en la lucha armada asumen proporciones de catástrofe y fue “despromovido” y enviado a la dureza del monte tucumano, donde la principal guerrilla ha sido siempre la del ERP, y Montoneros tenía solamente un “destacamento”; un puñado de cuadros “invertidos a futuro”. Para entonces había formado pareja con Adriana Barcia, una muchacha de singular belleza, y ambos vivían (hasta hace pocos días) en una prefabricada del barrio La Victoria de San Miguel, en un proceso de proletarización a fondo, que los identificaba con los humillados y ofendidos del lugar y los alejaba definitivamente de los privilegios de cuna. Ahora, no muy lejos de allí, en ese infierno que es el Tucumán del general Antonio Domingo Bussi, la gente comenta que cayó combatiendo como guerrillero “el hijo de un general”.

Unos meses antes, su compañera Adriana había bajado a Buenos Aires y se reunió en un café con su cuñado Julio. El hermano mayor le preguntó entonces si no pensaban tener hijos y la muchacha le contestó con una amarga profecía: “No, porque Paco se fue al monte y no quiero tener un hijo huérfano”.

En esta última Navidad, el propio Juan Carlos descendió del monte a verse con su familia. Todos supieron que era la despedida.

Durante los últimos años el general y el guerrillero habían hablado muy poco. Ambos evitaban la discusión y el enfrentamiento. La noche de Navidad, el Hippié abrazó a su padre y le confesó: “Viejo, te quiero mucho”. El general, que siempre ha sido introvertido hasta el mutismo, le apretó los hombros y le rogó: “Repetímelo, repetímelo”.

Hace unos días, el 23 de febrero, les llegó el terrible rumor y el general Julio Alsogaray viajó a Tucumán con su esposa, a confirmar si el Hippié había muerto. Su antiguo subordinado, el general Bussi, los recibió de mal talante y les mostró fríamente un álbum con fotografías de los guerrilleros abatidos o asesinados por el Ejército. En una de ellas les costó reconocer a su hijo menor, cosido a bayonetazos. La madre del Hippié, Zulema Legorburo, que ya había viajado en estado de shock, se largó a sollozar. Entonces, el señor gobernador militar de Tucumán la fulminó con sus ojos saltones y no dudó en retarla con voz cuartelera:

—Señora, no le voy a permitir que lllore en mi presencia. Si va a llorar, retírese, porque usted sólo ha perdido un hijo y yo todos los días pierdo hijos en esta guerra.

EL 24 DE MARZO

(Martes 23 de marzo de 1976)

La clandestinidad no acaba necesariamente con la vida social, pero la somete a reglas rigurosas y, a veces, pintorescas.

Con Silvia hemos decidido entreabrir nuestra “cueva”, para que vengan a cenar dos buenos amigos que, sin embargo, no deben conocer nuestra dirección. Cuidamos “la cueva” porque es óptima y no hay muchas posibilidades de reemplazarla. Es un departamento de planta baja en un edificio que se levanta en el corazón de la Buenos Aires militar. Un lugar que nos obliga a caracterizarnos para mimetizarnos como camaleones en el medio ambiente. Yo suelo llevar el pelo corto, peinado a la gomina y cultivo un mostacho marcial que propicia el saludo cordial de los peligrosos vecinos. Nadie imagina que ese hombre de traje azul cruzado —tan correcto— es el jefe de prensa del Partido Peronista Auténtico, la coalición diabólica de los Montoneros con algunos peronistas históricos.

A veces me cruzo con el portero, Don Luis (que ha sido “pesado” de un sindicato) y me mira de manera inquisitiva, como si se preguntara “¿De dónde conozco yo a este tipo?”. Pero se le pasa rápido y me saluda amablemente, incentivado por la excelente propina que suele acompañar el pago de las expensas.

Nuestros invitados de esta noche son dos amigos entrañables. Claudine Fitte es una francoargentina, que reside en París desde hace décadas y fue compañera de bohemia de mis padres en los años que precedieron a la Segunda Guerra. Me preocupa poco que ella descubra adonde fue conducida a cenar, porque mañana abandona Buenos Aires y regresa a Francia. Es una señora de canas respetables, con un pasaporte francés aún más respetable, que no tiene por qué ser detenida. No es el caso de Leo, que además de amigo es compañero de militancia y se queda en el país. A él sí podrían arrancarle el dato si cayera preso y lo sometieran a terribles torturas. Por eso, cumpliendo las reglas de la “compartimentación”, los voy a buscar en auto y los traigo “cerrados” a casa: es decir, mirando hacia el suelo, para no reconocer el lugar al que están ingresando. A Don Luis debería llamarle la atención que todos mis invitados sean cabizbajos y meditabundos, pero si es así no lo demuestra.

información

Año 1 - Número 1 - Buenos Aires del 23 al 29 de marzo de 1976 - Precio: 70 pesos

TODO ESTA NAUFRAGADO

En los últimos meses, Ricardo Balbín, jefe del Partido Peronista Auténtico, tuvo la loca fantasía de sacar un semanario frentista. Información salió a la calle el 23 de marzo. Fue debut y despedida.



- Inquietud social ante la crisis** Páginas 9, 10, 11, 12 y 13
- Lo de Mondelli no era el plan** Páginas 16, 17, 18, 19 y 20
- Los acuerdos de Bittel y Balbín** Páginas 2, 14, 15 y 16

Al borde del naufragio patrocinado por Ricardo Balbín, Montoneros, desde la identidad del Partido Peronista Auténtico, tuvo la loca fantasía de sacar un semanario frentista. *Información* salió a la calle el 23 de marzo. Fue debut y despedida.

ES INMINENTE EL FINAL Todo Está Dicho

UNA REUNION DE SINDICALISTAS CON URAMONO

Calma en la Casa Rosada
Cual Reunión al Palacio del Congreso

5" LA RAZON
Una Madrugada Para Recordar
La Asamblea Multisectorial, Muerta Antes de Nacer

Guerrero

La cena es tan grata y amable como lo habíamos previsto. Una burbuja de vino y risas que hace olvidar por unas horas la tiniebla que nos circunda. Hablamos de mis padres, que están en Europa, impedidos de regresar por portación de apellido; recordamos tiempos más felices que este final catastrófico del gobierno de Isabel Perón y aunque coincidimos en que el golpe de estado es inminente, hablamos de él de manera desapasionada, casi didáctica, tratando de que Claudine entienda lo que está pasando.

A las dos de la madrugada los volvemos a sacar cabizbajos y los llevamos en auto. Acompañamos a Leo hasta una esquina que nos indica (tampoco debemos saber nosotros dónde vive él) y luego nos dirigimos a plaza San Martín, para dejar a Claudine en el hotel donde se hospeda.

No advertimos en el camino ninguna señal de alarma, salvo algunos camiones militares que se desplazan, ominosos, por el Bajo. Pero no es raro verlos en estos días. Regresamos a la “cueva”, donde nuestros hijos pequeños duermen protegidos y nos vamos a la cama. Hemos atravesado indemnes la ciudad, ignorando el tamaño de la locura que acabamos de perpetrar y lo que estaba ocurriendo en ese preciso momento.

(Miércoles 24 de marzo de 1976)

Nos despierta la luz metálica de la televisión que nuestros hijos han encendido para ver dibujos animados. El dormitorio se sobresalta con los sonos de la marcha *Ituzaingó*. En la pantalla, en vez de Tribilín o el Capitán Araña, luce —frío y pétreo— el escudo nacional. “Dieron el golpe”, le digo a Silvia, mientras voy cambiando los canales para verificar que están en cadena. La voz funeraria del locutor confirma la noticia más esperada y temida: “Se comunica a la población que a partir de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta de Comandantes”.

Fumamos en silencio, hipnotizados por el escudo y me pregunto qué pasará con nosotros. Temo a este golpe más que a todos los otros que padecemos y no comparto el triunfalismo de algunos compañeros que lo ven condenado a un rápido desgaste y una retirada similar a la de la anterior dictadura. He criticado sin éxito nuestra política de prensa que acumula decenas de compañeros en un solo local, para sacar una revista legal y frentista —*Información*— que ayer fue a los kioscos en lo que amenaza ser debut y despedida.

Deberíamos estar preparándonos ya para una prensa artesanal y clandestina que recoja la herencia de la Resistencia Peronista.

Por la tarde, me encuentro en una esquina previamente convenida con el “Colorado” Miguel Zavala Rodríguez, mi responsable en Montoneros. El Colorado es un compañero singular por más de un motivo. Pertenece a una familia patricia (su tío, el político radical Miguel Ángel Zavala Ortiz, participó en el bombardeo a la ciudad de Buenos Aires en 1955) y, aunque es un hombre de acción probado, tiene una sólida formación cultural, que llega a la erudición en materia filosófica. Militó en las Fuerzas

Armadas Peronistas (FAP) y en el 68 fue detenido (y brutalmente torturado) por resistir a balazos, junto con Carlos Caride, un allanamiento policial.

El Colorado es bajo, taurino y sanguíneo. También inteligente, ascético, necio y maligno para insultar como buen pelirrojo. Solemos hablar de muchas cosas y compartimos una pasión adolescente por la *Historia de Roma* de Mommsen, pero también discutimos por lo duro y reglamentarista que el Colorado se ha puesto últimamente. Pese a eso, lo quiero y lo respeto porque es un tipo derecho y solidario.

Ahora se le acaba de ocurrir una de sus típicas locuras: con su clásico ceceo y su voz más imperativa, me ordena que entre al local clandestino que tenemos en la calle Corrientes, a dos cuadras de Callao, simplemente para ver “qué eztá pazando”. La tarea sería sencilla si no fuera porque la Infantería de Marina ha ocupado el edificio donde además de nuestro local --que simula como de costumbre ser un estudio jurídico-- funciona el consulado de Panamá. Pienso que este loco es capaz de arriesgarme para salvar una abrochadora del Partido, pero las órdenes no se discuten.

En la puerta de entrada me sale al paso un joven teniente de corbeta, al que logro decirle con voz normal que soy “el doctor Cuello” y voy a mi estudio en el séptimo piso. El tipo me cree y respetuosamente me deja pasar. Una vez arriba, solitario entre escritorios, espero la llamada del Colorado. Suena el teléfono y la pregunta esperada: “¿Qué tal, doctor, cómo andan laz cozas?”. “Todo en orden, doctor”, contesto contemplando la paz de las abrochadoras.

Al rato salgo y oigo tiros a granel en las cercanías. Algunos curiosos corren hacia Callao a ver lo que está pasando. Me uno a ellos y un desconocido me explica que el Ejército y la Federal disparan contra un local del PC, en el que resisten algunos militantes del aparato militar con más honor que muchos de sus máximos dirigentes. En mi absurda carrera hacia el tiroteo, me llevo por delante una de las vallas metálicas que el Ejército ha colocado en la esquina de Rodríguez Peña y caigo de rodillas frente a un centinela que me apunta con el FAL. En la mano traigo un portafolio lleno de papeles que sobran para sentenciarme; en la cintura calzo mi vieja pistola Star que, por suerte, no se ha caído. Se me ocurre un chiste idiota: “Así está la ciudadanía, de rodillas frente al Ejército”. El colimba no contesta y sigue apuntándome, pero el fusil le tiembla de risa contenida.

Me sacudo el polvo y sigo caminando hacia el tiroteo, sin mirar para atrás.

VECINOS PELIGROSOS

(Otoño de 1976)

Alberto está lívido. Sus labios parecen de papel. Lo veo mirar por la ventana siete pisos hacia abajo y comprendo que algo terrible está ocurriendo allí, en la avenida Corrientes, en la puerta de entrada del edificio donde alquilamos la oficina.

Hace un rato bromeábamos con el chiste fúnebre que cada tanto suelta una de las compañeras, Alicia Pierini: “¿Cuántos de nosotros llegaremos este año al pan dulce de Navidad?”. A la lejana Navidad de este 1976. Por debajo de los chistes subyace un temor espeso que ninguno de los dos quiere nombrar en voz alta: Ernesto Jauretche salió para cubrir una cita hace tres horas y ni regresó ni llamó por teléfono para controlarse. Con Alberto decidimos esperarlo.

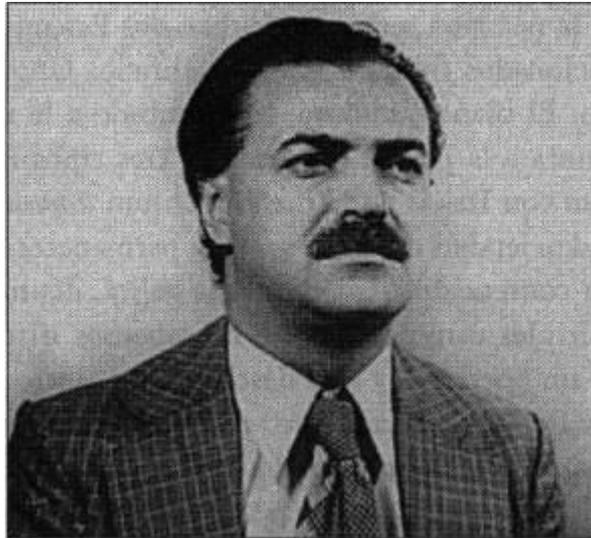
Sólo estamos nosotros dos en esta oficina que conocen unos treinta compañeros. Treinta posibilidades de caer y cantar sin que podamos enterarnos hasta que sea demasiado tarde. Una suerte de ruleta rusa inmobiliaria. Alberto no se llama Alberto. Es mucho más joven que yo, pero ya es mi jefe en la célula partidaria; yo no logro hacer carrera en el escalafón montonero. Mi joven jefe parece un D'Artagnan suburbano y es ducho en construir embutes, cambiar patentes de autos y preparar gigantescas bombas molotov con pintura asfáltica.

D'Artagnan me hace señas de que me acerque y comparta su terror. Me acerco a la ventana y miro hacia abajo entre los listones de la persiana semicerrada: hay dos Falcon ostensiblemente estacionados frente a nuestro edificio. Uno es verde y otro blanco. El blanco, incluso, se ha subido a la vereda y su trompa apunta a la puerta de entrada. Tres tipos inconfundibles se bajan con Itakas en la mano y entran *a nuestro* edificio. Otros tres descienden del auto verde y permanecen apostados, haciendo la contención. ¿Cuántos más habrá, disimulados entre los múltiples caminantes que no sabemos distinguir? Es claramente un operativo y está destinado a nosotros. ¿A quién si no? El edificio, aparentemente, está lleno de inofensivas oficinas. Sólo se destaca el consulado de Panamá que está dos pisos arriba de nuestro “estudio”, pero no parece que esta patota tenga que ver con los panameños.

Uno de los dos susurra: “Cagamos”. Se me aflojan las piernas. Amortiguo el pánico con una espesa bronca contra nosotros mismos: tarde o temprano tenía que pasar. Sólo a nosotros, a los inefables integrantes de la Armada Brancaleone, se nos podía ocurrir tener un local clandestino en el 1600 de la avenida Corrientes y llenarlo de compañeros conocidos como Ernesto, Alicia, Armando Cabo o yo mismo. No acabamos de entender que el drama de los jetones es, precisamente, su jeta. Varias veces nos hemos tropezado en la calle, o en el mismo ascensor, con amigos que nos miran espantados, preguntándose qué hacemos todavía en la Argentina de Videla y Massera. Por suerte no nos topamos con ningún enemigo. Pero no sabemos si alguien

nos vio de lejos y pasó el dato. Además, Ernesto no viene ni llama.

—Hay fierros en la caja fuerte —dice Alberto, carraspeando. No hay gran cosa si se compara con lo que traen los visitantes: una Browning 9 milímetros y un Smith & Wesson 38. Alberto se calza la pistola y yo el revólver. Volvemos a la ventana. Todo sigue casi igual. En un momento los tipos del Falcon verde miran hacia arriba y aunque no nos pueden ver, retiramos la cara instintivamente.



Aunque no lo puedan creer, ese señor con cara de botón es el autor de estas líneas. Pese a la tragedia, Federico (que obviamente es “gallina”) festeja la Navidad del 76 con la dulce Flavia.



La escena que acabamos de observar es muy elocuente: salvo los dos Falcon

todo parece normal. Una dorada tarde de otoño en la trajinada Corrientes. Veo, cruzando la avenida, ese teatro Astral que Sandrini y Discépolo hacían refulgir en los años de mi infancia. Algunos transeúntes contemplan la cartelera o las fotos de los actores en las puertas de vidrio. Nadie parece reparar en los cazadores de hombres que vienen a buscarnos. (¿Harían algo para impedirlo si lo supieran?) Fantaseamos con la posibilidad de abrirnos paso hacia el consulado panameño para pedir asilo. Pero sabemos que no, que nos quedaremos defendiendo hasta la última abrochadora.

—Hay documentos de la Secretaría Política en la caja fuerte —dice Alberto—. No deben caer.

Entro al pequeño baño con olor a pis y humedad y empiezo a rasgar y quemar los voluminosos documentos. Quemo y tiro la cadena. El pequeño baño se llena de humo. Toso y tiro la cadena. Con exasperante lentitud, el remolino apaga la flama verdosa, se lleva la negra ceniza. Alberto, pistola en mano, escucha los ruidos del palier, la marcha del ascensor amenazante y me hace señas contradictorias.

—Se está llenando todo de humo —comenta con acrimonia. Le explico que no hay forma de quemar sin humo. Verlo así, con la pistola en la mano y un oído pegado a la puerta, me acerca a lo que nos espera, una ratonera con cuatro alternativas: tirarse por la ventana, meterse la última bala en la garganta, caer acribillado o entregarse. Me pregunto qué haré en los segundos que vienen. ¿Qué me espera en ese futuro inminente: un héroe, un mártir, un cobarde, un traidor?

Entonces pasa algo muy extraño y totalmente inesperado: pasa el tiempo. La guardia del Falcon verde sigue abajo, pero los pesados que indudablemente han entrado al edificio, no vienen nunca a patearnos la puerta. Al comienzo creo que me engaño, que los segundos del terror parecen minutos. Pero el reloj lo certifica: pasan cinco, diez, quince, veinte minutos. Media hora. Nos miramos con una risa nerviosa, sin entender lo que está ocurriendo. Como en un teatro, la luz de la tarde se va amarotando en la ventana de listones. Ya no queda olor a humo. Sólo se oyen los ruidos normales del edificio: alguna cañería, un llanto infantil, una risa inesperada.

A la hora volvemos a asomarnos: nada ha cambiado. Media hora más tarde miramos y ya no están. Anochece sobre Corrientes, se enciende la cartelera del Astral. Alberto y yo estamos a punto de abrazarnos, pero decidimos no cantar victoria antes de tiempo. El cabrón de Ernesto no llama. A las nueve de la noche decidimos dejar el local, llevándonos los fierros y algunos impresos del Partido y el Movimiento Montonero que no valía la pena quemar. Entonces llama Ernesto y lo puteamos, con el vigor que otorga la felicidad.

Hay todavía un instante de suspenso cuando el ascensor se detiene en la planta baja. Abrimos la puerta metálica y vemos al portero. El hombre (que me conoce como “doctor Cuello”) me comenta con una risita:

—¿Se enteró, doctor? Vino la policía y se llevó al gordo del tercero B. Parece que el tipo vendía películas raras y consoladores... Ya no se puede creer en nadie.

LOS SOLIDARIOS

(Buenos Aires, otoño del 76)

Es imposible sobrevivir sin un tejido solidario. Ese es el sentido del terror que ellos imponen: secar el agua donde podríamos nadar. Sólo que no cuentan con el valor y la dignidad de la gente común. Incluso de mucha gente que se ubica en las antípodas de nuestra ideología; gente a la que uno podría calificar certeramente como “de derecha” (¿certestamente?).

Cuando llegamos de México, en noviembre del año pasado, Silvia fue a ver a Florín Escardó (el hijo del genial Florencio) que es el pediatra de Flavia y Federico. Y le dije, lo más delicadamente que pude, que no lo culparíamos si él, para eludir un riesgo cierto, no quería atender más a los chicos. El excelente pediatra con pinta de *playboy*, que los fines de semana sale a navegar con su velero, la miró con el entrecejo arrugado y certificó que es un hombre digno.

—Silvia, el que yo piense que ustedes deberían estar a miles de leguas de aquí, no significa que esté queriendo borrarlos. Yo he sido el médico de Flavia y Fede desde que nacieron y si ustedes están de acuerdo lo seguiré siendo hasta que no me necesiten más.

Silvia, que no llora fácil, estuvo a punto de quebrarse.

¿Y qué podría decir de la Tía Chita? Ella es el puente entre nosotros y el mundo exterior. Estrafalaria como buena tía, hiperactiva pese a sus años, las piernas macetonas llenas de várices y sus apocalípticos picos de presión, va y viene con los productos más baratos de la feria, dialogando con Luis, el enigmático portero, sobre la humedad y el perejil y arrojando sobre la familia clandestina un manto insuperable de normalidad.

Distraída, muchas veces cómica, adora a mis hijos y suple el rol de su hermana Esther, la abuela, que murió en diciembre pasado.

A veces la candidez de la Tía Chita me hace temer que meta la pata con el portero o los vecinos. Me tranquilizo pensando que no es nada tonta y que tiene un ángel de la guarda que protege sus idas y venidas del mundo a la “cueva”. Los otros días me agarró en la cocina y mientras cebaba un mate me dijo en voz baja:

—Nene, allá donde vos estás... (no se atreve a decir el nombre de “la empresa”), allá donde vos trabajás... por lo menos, ¿te pagan bien?

Me río y me quemo con el mate. De golpe, militar en la organización Montoneros es como trabajar en la sección bonetería de Gath y Chaves. La tía me mira

sonriente y aclara:

—No, digo, porque con todos los sustos que pasan ustedes, que al menos te paguen bien.

Ingenua y todo, encabeza la lista de los solidarios. De los que permiten seguir viviendo en el campo minado con las apariencias de una vida normal. Que es lo que Silvia exige para nuestros hijos. Los otros días me dijo muy firme:

—Los chicos tienen que seguir yendo al colegio todos los días para no rayarse. A nosotros nos toca reducir los riesgos, pero no tenemos otra. No podemos encerrarlos.

Estoy de acuerdo. Tendremos que hablar con Antonio Saloma, el director de la NEA 2000, a la que van desde el jardín de infantes. “Niño” Salonia ha sido subsecretario de Educación con Frondizi y políticamente está distante de nosotros, pero es un excelente educador y una bella persona. Su esposa, Martita, que es el numen de la NEA, adora a los chicos.

Nos vemos en La Farola de Belgrano, en esa iglesia circular debajo de la cual (según las fantasías de Ernesto Sábato) nacen los túneles del “Informe sobre Ciegos”. Es una buena metáfora del momento que vivimos: algunos en los túneles, otros ciegos.

Salonia escucha atentamente. Le explicamos que es facilísimo para los horribles llegar a nosotros a través de los chicos, pero que pretendemos —pese a ese peligro cierto— que sigan yendo todas las mañanas a la escuela. Se involucra de inmediato y ofrece una sabia solución:

—Yo los voy a borrar de la lista que mando al Ministerio. Para que no pierdan el año y en noviembre les tomo un examen como si hubieran dado el grado libre. Si esta gente viene a preguntar por ellos los mezclo con los otros chicos y nos los llevamos con los míos a casa.

Silvia está a punto de quebrarse por segunda vez. Yo siento los ojos cargados. Niño Salonia es un gran tipo, que sabe muy bien el riesgo que está corriendo.

Con los días el sistema se perfecciona. Hay otro “cómplice” de infinita ternura: es Liliana, la maestra de los pibes, que es casi adolescente. Ella entra y sale del colegio todos los días con un ramillete de pibes que busca en sus casas. Cada día arregla con Silvia una esquina distinta para encontrarse y recibe los chicos o los entrega con la disciplina de una militante.

Ella también corre riesgos gravísimos por esa rutina cotidiana. Los horribles podrían descubrirla y apretarla para que entregue a los hijos y la mujer de Bonasso. Pero lo hace con la misma naturalidad que las otras almas sencillas que nos acompañan. Es probable que en su caso (es tan joven) coincida con nuestras ideas,

pero su móvil principal es el amor.

Hay más: en esa búsqueda de la normalidad que trata de preservar la salud mental de Flavia y Fede en medio del terror, mis hijos suelen muchas veces quedarse a dormir en casa de sus compañeritos y, desde hace un tiempo, exigen que algunos de esos amiguitos duerman también en casa. No sé cómo hace Silvia para convencer a los padres de esos chicos para que los dejen venir a dormir sin saber dónde están sus hijos ("Yo no lo haría", confiesa mi mujer que es muy madraza, después de convencer a los otros padres). Así pues, no sólo los compañeros vienen "cerrados" a nuestra cueva, también he llevado "tabicado" a Florín Escardó, al doctor Jorge Viaggio (que visitó a mi suegra Esther hasta último momento) y a varios pibes de la NEA 2000.

Un fin de semana traemos a la Tata, la hija de Dardo Cabo, que está preso. La nena viene también con los ojitos mirando el piso, con más disciplina que los otros, porque es hija de militantes. Es la mejor amiga de Flavia y hay una insinuación de romance entre ella y Federico. Y justo ese fin de semana se desata una catástrofe...

La culpa involuntaria es de la Tía Chita que es muy generosa con nosotros, pero ultratacaña por genética piamontesa, Para ahorrar y luego pasarnos sus ahorros, la Tía vive comprando porquerías a mitad de precio. Abre una lata de palmitos y le da el jugo a los tres pibes. Cuando veo la lata me aterro: está completamente negra.

Es sábado a la noche, debemos atravesar la ciudad del miedo para llevar a los presuntos intoxicados hasta el Hospital de Niños donde les hacen un lavaje. Por suerte volvemos todos sanos y salvos a la cueva, donde nos espera la Tía Chita con un pico de presión.

LA ESTACIÓN DEL TERROR

(Buenos Aires, 1976)

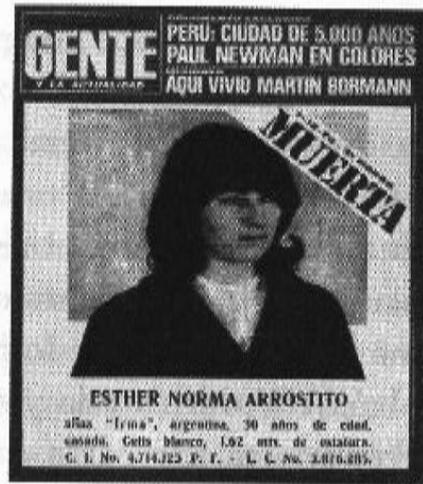
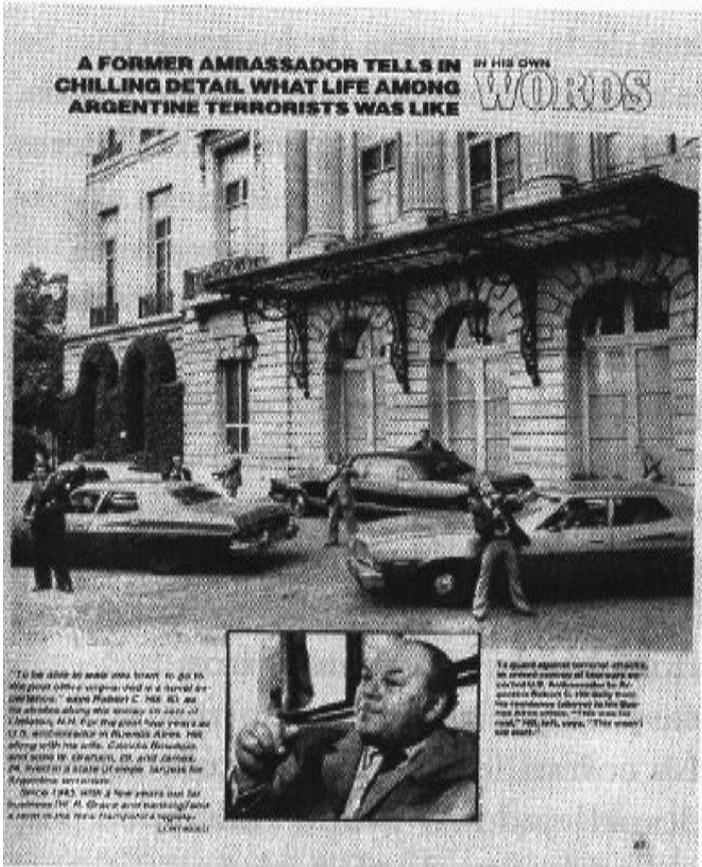
El terror desciende con el techo de tu propia casa. Te acompaña en todas tus salidas a la calle. Por la noche, de regreso en la guarida, ves una película sobre la resistencia francesa y lo que antes te parecía una hazaña del *Maquis* hoy te resulta trivial. Te has pasado el día burlando controles, razzias y “pinzas”, compartiendo el territorio con ellos: los horribles.

Ayer en la tarde, conversaste en voz baja con un compañero, sobre lo que está pasando en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Pese al silencio total de los medios, pese al hermetismo impuesto por los milicos, hay filtraciones, vahos que se escapan por las grietas de la gran casa de los muertos. Se dice que logró evadirse una chiquita de quince o dieciséis años. La dejaron por muerta en un galpón, junto a otros cadáveres que estaban por ser cremados en el horno de la Escuela. Aparentemente trepó sobre los cuerpos, alcanzó un ventanuco, se escurrió por él y se arrojó al piso. Nadie la vio y avanzó hasta una alambrada, que logró saltar, luego corrió a campo traviesa, saltó otra alambrada y se perdió en la tiniebla. Evocaban la escena oculta mientras caminaban por la calle Córdoba pasando Pueyrredón, entre bares, pizzerías, inmobiliarias y un kiosco de diarios; el barrio viviendo a pleno con las luces de la noche, mientras la voz del compañero te recreaba los pies desnudos, en la sombra azulada, trepando sobre la pila de muertos.

¿Verdad, mentira? Acaso nunca lo sepamos.

Dicen que en la ESMA cortan los miembros con una sierra eléctrica. Que allí fue despellejado el “Nono” Lizaso en presencia de su familia. Jorge cayó frente al café Los Angelitos en avenida Rivadavia. Así lo contó en la Orga Diego Guelar, un compañero que tenía una cita con él y vio cómo se lo llevaban, herido y gritando que era un secuestro.

Todos los días te enterás de una caída. Alguien te dijo ayer: “Secuestraron a Jarito Walker en un cine. Tenía una cita en un cine de barrio, entró la patota y se lo llevó de los pelos”. Jarito: su entusiasmo ante una “nota bárbara”. Jarito en la Orga.



El horror y la paradoja del presente. *Gente* y la ESMA inventan la falsa muerte de Norma Arrostito; los horribles llegan hasta las puertas de la embajada yanqui.

El frente de mi último refugio en la clandestinidad: Luis María Campos 1035. Al lado, en la actualidad, hay una mutual militar que entonces no existía.



No sabés cuándo te va a tocar. Cuándo vas a caer vos en la cita envenenada.

Tenés miedo por Silvia, por los chicos. Sabés que tenés que matarte cuando te agarren para que no puedan chantajearte con tu mujer o tus hijos. Que ese es el punto vulnerable de esta guerra sucia. La ventaja que tienen ellos sobre vos. Su absoluta falta de límites para vencer. Su definitiva renuncia a la condición humana.

Compartís el territorio con los horribles. Los ves todos los días. Pasan en los Falcon verdes o celestes, medio cuerpo emergiendo de la ventanilla, la Itaca enarbolada contra cualquiera, desde la impunidad absoluta. Tienen caras siniestras, de auténticos degenerados. Donde no cuesta descubrir los rasgos del asesino, el violador, el tipo que se va a meter una noche en la tibieza de tu intimidad, para arrancar de la cama a tu mujer en camisón, para meterle una 45 en la cabeza a tu nena. Este es el Estado, querido, la alimaña que se esconde detrás de los faldones retóricos de la Patria. La fiera que acecha en el sótano del poder. Con ellos compartís el territorio. Hasta que todo se acabe en un minuto.

Subís al colectivo cerca de tu casa. Hace frío y viene bien que haga frío, porque el sobretodo te permite disimular los dos fierros: el tuyo y el que le llevás a un compañero. Estás por pagar el boleto cuando ves, a través del gran parabrisas, que hay una "pinza" del Ejército a dos cuadras. La cabeza funciona a mil por hora. Le hacés una pregunta estúpida al colectivero y le pedís que te abra para bajarte. Balbuceás que te equivocaste de colectivo. El chofer sabe que estás mintiendo. Te mira y ve la muerte en tus ojos. No dice nada pero se caga en la disciplina de las paradas y te abre la puerta, para que te descuelgues con el coche todavía en movimiento. Le murmurás "gracias" antes de saltar y él sabe que no es una fórmula de cortesía.

Llegás a la cita y "olés" que está cantada. No hay nada en el barrio sur que te lo diga. Los mismos balcones, los mismos balaustres. Las mismas tiendas bostezando al sol de la tarde que comienza. Pero hay algún elemento indefinible en el paisaje urbano que te alerta. De pronto lo descubris: es un Chevy negro con cuatro tipos que aguarda estacionado sobre Solís, en la entrada de las cuatro cuadras que demarcan el territorio de la cita. Rápidamente guardás en un bolsillo interno el "buscapolo" que tenías a la vista como contraseña. Pero no te detenés abruptamente porque eso sería alertarlos. Seguí caminando hasta la esquina, luego cruzás en diagonal y te vas por Solís de contramano. Sin darte vuelta, con el rabillo del ojo ves que el Chevy sigue parado en la puerta de la trampa. Aparentemente no te miran porque no entraste en la zona demarcada. Das la vuelta hacia Entre Ríos y te trepas al primer colectivo que baja hacia el centro. Te creés a salvo; estás totalmente equivocado.

Al llegar a San Juan te arrojás literalmente dentro de la boca del subte, para hacer "antiseguimiento". Un golpe de adrenalina te eriza la piel: hay un soldado de fajina, con un FAL en la mano que monta guardia en el rellano. Y vos bajaste ya tres escalones. No tenés retorno. Si te das vuelta el tipo dará la alarma o te meterá un tiro por la espalda. Mientras lo pensás, aparece un oficial. Por suerte estás "limpio". Ni armas, ni papeles. Tampoco documentos falsos, sino una cédula con tu nombre

verdadero. El oficial te mira. Bajás como si nada y le preguntás como un ciudadano decente que no teme al Ejército: “Disculpe, ¿éste es el subte que va a Boedo?”.

El tipo contesta maquinalmente que sí, por suerte es un queso de bola y le ganaste psicológicamente la primera jugada. De pronto reacciona y te dice bruscamente: “¡Documentos!”. Le extendés con terror la maléfica cédula donde desgraciadamente dice la verdad, rezando para que ese salame no se acuerde de tu nombre maldito. El boludo la examina atentamente para comprobar que no es falsa. Falsa, je, je, ojalá fuera falsa.

Entonces le ganás la segunda vuelta. “¿Puedo entrar?”, preguntás con estúpida naturalidad y el salame asiente. Perdió el round, pero vos no sabés lo que te espera. Entrás al infierno del Dante y lo que ves a tu derecha termina de helarte la sangre: tipos de civil (que deben ser de Coordinación Federal) tienen a varios pasajeros contra la pared, mientras cotejan sus documentos con unas listas en las que tu nombre no debe faltar.

Escurriéndote, procurando convertirte en el hombre invisible, caminás hacia los molinetes y tratás de meter en la ranura uno de esos cospeles que tenés la previsión de llevar siempre en los bolsillos. El miedo es esa falta de puntería: una fichita metálica, apretada por dos dedos temblorosos, que no acierta a meterse en la ranura. Lo conseguís, espionando con disimulo que nadie te haga señas para llevarte al lugar donde los canas realizan su control, porque entonces sí que estarías jodido.

Bajás las escaleras reprimiendo el impulso de correr y llegás a un andén vacío. Casi vacío. En un costado lográis descubrir a un abuelito con dos nietas que se pesan en una balanza. Vos y ellos son las únicas cuatro personas que han logrado eludir la pinza. El tren no llega nunca. Durante un siglo estás seguro de que milicos y policías van a aparecer en cualquier momento por la arcada que acabás de trasponer, gritando tu nombre.

¿Qué vas a hacer entonces? Tirarte a las vías, tratar de escapar por las vías o de morir bajo un tren o acabar con la ráfaga que te disparen por la espalda. Tu vista está clavada en ese túnel dolorosamente vacío por el que no acaba de aparecer la maldita máquina.

Todo llega, también el subte argentino. Nadie ha bajado vociferando tu nombre. Entrás al vagón y te mezclás con los argentinos normales que soportan la grisura de sus vidas con prescindencia de que gobiernen los peronistas, los radicales o los militares. Ponés la misma cara de aburrido que tus compatriotas, pero tenés los sobacos aureolados de sudor y te gana –en medio del alivio– una nueva aprensión: que te detecten por el olor. Porque el terror huele.

LOS COMEDIANTES

{Buenos Aires, 1976}

Silvia, que suele ser bastante tranquila, está muy alterada.

— Cuando se duerman los chicos te digo lo que pasó — me anuncia en voz baja.

Se me hace larguísimo el cuento que yo mismo debo improvisar para que se duerman, cerca de las certezas que los protegen, como la jirafa Lola y el mono con la banana.

Nos sentamos a cenar en la cocina y Silvia relata, en voz muy baja, una de esas historias que hacen a la vida cotidiana en la clandestinidad. Situaciones en las que la sobrevivencia depende en gran medida de la capacidad histriónica que uno tenga.

Esta tarde vino a visitarla el administrador de la casa, un hombre maduro, muy delgado, de tez cenicienta y bigotes canosos percutidos de nicotina, que alguna vez me crucé en el pasillo. El tipo le infundió aprensión de entrada, pero desmintiendo la ley de la reciprocidad en materia de empatía, se instaló como un plomo en nuestro living durante casi dos horas.

— ¿Te querría levantar? — arriesgo. Silvia se enoja.

— No seas boludo. Escuchá que es bien jodido lo que pasó.

Y realmente lo era. Del tema de la casa, el administrador pasó rápidamente a la situación que se estaba viviendo y empezó a despotricar contra los “extremistas” y los “terroristas” que pretendían destruir el país para sumergirlo en el comunismo. Silvia lo escuchaba con gran atención, como una madre de familia católica, apostólica y romana podría escuchar a un hombre de orden preocupado por el destino de la Patria. Pero el tipo era mucho más que eso y mi mujer tuvo que redoblar sus aptitudes de comediante, cuando el tipo bajó la voz y le confesó que era militar retirado pero había sido convocado nuevamente al servicio activo, para integrar un grupo que, precisamente, se dedicaba a capturar y ejecutar extremistas.

Ahogándose de asco, Silvia logró dibujar un gesto con su mano delicada que pretendía acompañar sus palabras escogidamente cursis, mezcla de aprobación secreta enmascarada en aparente censura.

— Por favor, no me cuente. Yo soy madre y las madres estamos para dar la vida...

Entonces, el tipo volvió a sorprenderla. Con los ojos enrojecidos y desorbitados

le confesó que, “justamente por eso”, su mujer y su hija acababan de abandonarlo. Fue duro, pero Silvia encontró las palabras apropiadas para intentar un consuelo *ad hoc*, aunque el administrador sacudía la cabeza, convencido de que las “había perdido para siempre”. Luego el tétrico pajarraco se sonó estrepitosamente los mocos y con una voz inesperadamente mecánica, interpeló a mi mujer.

—Señora, perdone que me meta, pero... ¡cómo dejan un arma al alcance de los niños!

Silvia sintió que se le doblaban las rodillas y mientras se daba vuelta hacia el lugar que le indicaba el monstruo, imaginó que yo (pedazo de inconsciente) me había olvidado el arma fuera de su embute. Por suerte, mientras giraba, recordó que Federico se había dejado en la cocina un viejo regalo que le compramos en Italia: la perfecta reproducción en plástico de una Browning 9 milímetros.

Entonces mi mujer fue, la agarró y se la mostró al administrador, con una sonrisa que no hubiera logrado fácilmente Vanessa Redgrave.

— ¿Esta dice? Pero, por favor, agarrelá, ¿no ve que es de juguete?

El Falcon color mostaza atraviesa las umbrías calles de Caballito a toda velocidad. Los cuatro montoneros van armados hasta los dientes. El compañero a cargo del volante es hábil, pero no sabe que al doblar la esquina de Doblás, los espera una pinza del Ejército y la Federal. Sería fatal intentar pasar con éxito el control y la revisión. Tampoco sería buena idea detenerse de golpe y bajar unos metros antes. La calle está llena de milicos y policías que darían el alto y empezarían a los tiros.

Sólo queda combatir.

Una pelea contra fuerzas con una capacidad de fuego diez veces superior. El combate augura una muerte segura.

Entonces, el compañero que está al volante tiene una ocurrencia genial: intentarán hacerse pasar por una patota policial que está operando.

Por suerte, el compañero le ha colocado una sirena a ese auto que le encanta, precisamente, porque parece de la cana. Enciende la potente sirena y simultáneamente les hace señas a los del control con las luces altas. Con una voz increíblemente serena, se vuelve y ordena:

—Saquen los fierros por la ventanilla, abiertamente, para que piensen que somos de Coordina. Si nos paran, tiren.

Asoman los caños de las escopetas.

Las gargantas están secas y las rodillas se esfuman en hilachas de algodón. El auto se acerca a la pinza. Se pueden distinguir ya los rasgos del oficial que está a

cargo. Del policía bigotudo que le dice algo. Que le dice algo y se vuelve, haciendo la venia al auto que pide paso. Luego hay otros que alzan la mano hacia la frente y se apartan, para que el supuesto grupo operativo siga su marcha y cumpla su papel en la lucha antisubversiva.

La pinza queda atrás. Los guerrilleros se ríen y palmean al compañero del volante que en sus tiempos mozos, casualmente, fue actor en un teatro vocacional.

Son las once de la noche y suena el portero eléctrico en la puerta de la cueva. Nunca suena a esa hora. La Tía Chita nunca viene a esa hora. Sólo puede ser Ana María, la hermana de Silvia.

Espiamos por la mirilla y no vemos a mi cuñada, sino a varios policías uniformados que hablan con el portero.

Voy al embute y saco la pistola con ánimo suicida. Se pudrió todo. Silvia se queda mirando y me llama en voz baja.

—Ojo, mirá bien. No parece que vengan por nosotros.

La visión deformada de la mirilla parece darle la razón. Se ven vecinos que bajan en pijama y muchos uniformados, dialogando, sin apuntar con las armas, en una actitud absolutamente desprevenida. Finalmente, tras largos cabildeos, un oficial y dos suboficiales se acercan a nuestra puerta acompañados por Luis, el portero, que les viene diciendo:

—En este departamento vive gente sin importancia.

Pese al terror nos reímos. Luis toca el timbre y aclara el enigma:

—Señora Pérez, ábrame que vengo con la policía. Alguien los llamó porque dice que pusieron una bomba en la casa.

Nos miramos. Es increíble pero suena sincero.

Silvia se aleja y dice con voz somnolienta:

—Un momento, Luis. Ya le abro.

Me da tiempo para que guarde la pistola, me ponga los anteojos y me caracterice.

Los policías entran muy corteses, disculpándose. Luis me comenta:

—Parece que el vecino del primero B, que es un poco nervioso, dice que lo llamaron los Montoneros y le anunciaron que iban a poner una bomba.

El oficial a cargo de la inspección nos mira y se pasa un dedo índice por la sien.

—Mire, señor, se lo digo por experiencia: cuando los Montoneros ponen una bomba no avisan.

Silvia, entrenada con el administrador en su papel de madre burguesa, le ruega a los técnicos en explosivos:

—Por favor, miren bien en el jardín, que tengo dos hijos chiquitos.

—No se preocupe, señora —contestan amablemente los policías, pero luego los oigo que comentan entre ellos, por lo bajo:

—Acá es imposible ver nada, Cacho. Este jardín es una selva.

Goyo Levenson sigue con sus infatigables transacciones. Visita el guardamuebles de un amigo, un viejo gallego anarquista, que le ha guardado escritorios y máquinas del clausurado diario *Noticias*. Cada tanto acude para retirar algunos sillones y vestir las oficinas clandestinas de la Organización. Esta vez lo espera un sobresalto: dos tipos jóvenes, de pelo corto y contextura atlética, le están mostrando al dueño la pata de un escritorio donde puede leerse *Noticias*. Los tipos quieren saber quién trajo ese escritorio. El gallego dice que no se acuerda, que “un tal Rodríguez”. Goyo espera, demudado, el desenlace. Entonces el viejo anarquista se vuelve hacia él y le dice con impecable serenidad: “Señor, no me espere que tengo para rato. Váyase a su casa que ya le mando el piano”. Goyo se escapa empapado en sudor. No sabe quiénes son los tipos. El anarquista se lo dirá después: son dos marinos de la ESMA.

LA MUERTE DE PACO URONDO

(Junio de 1976)

Suenan los timbrazos convenidos, observo por la mirilla y no me gusta lo que veo: es la "Cabezona" Vicky Walsh y viene llorando. Ella, que es tan dura como su padre.

—Lo mataron a Ortiz —dice mientras entra, con su beba en brazos.

"Ortiz" es el nombre de guerra de mi amigo y antiguo jefe, Francisco "Paco" Urondo. Cierro la puerta del "estudio jurídico" y me abrazo con Vicky. Me cuesta relacionar la frase "lo mataron a Ortiz" con algunas imágenes: la cabeza en forma de barco de Paco, típicamente euskalduna; Paco morfando con gula ancestral en El Pulpito; el poeta que conocí en mi adolescencia en la peña intelectualosa de El Ciervo, cuando él (diez años mayor) era ya subsecretario de Cultura en Santa Fe; Paco caminando con su amigo Julio Cortázar junto al puente de la calle Soler; Paco saliendo libre, con otros combatientes, la noche del 25 de mayo de 1973; Paco, Juan Gelman y yo puteando porque se rompe el papel en la Harris de Fabril Financiera y nuestro diario *Noticias* corre el riesgo de hundirse; Paco dándome duro para convertirme en un militante duro, como había llegado a serlo él mismo; Paco riéndose a carcajadas de la creatividad para el furrio de Goyito Levenson o recordando, alguna madrugada, "la otra vida", aquella bohemia de San Telmo que vivió con Zulema Katz, antes de que llegara la hora de los hornos. Paco también, muy serio, diciéndome en el jardín de Moldes: "cuando veamos crecer las lechugas desde abajo".

La última vez que lo vi fue de pura casualidad, en la esquina de Riobamba y Corrientes. Paco estaba con Alicia y la beba en una furgoneta Citroen y se bajó para charlar un rato conmigo. Bromeamos, como siempre, sobre lo vascos y brutos que éramos los dos. "Qué dices, bestia", fue, como siempre, la contraseña. Cuando se percató de que llevábamos más de diez minutos en semejante esquina me dijo: "Creo que tenemos que separarnos porque esto ya es una grosería. Si nos ven, no nos van a levantar porque no van a creer que somos nosotros".

Paco era "Ortiz" por su admirado Juan Ele, con quien compartía poesía y Litoral. Además es mejor llamarse con un apellido que con un nombre de pila. Más apropiado para un hombre grande, de 46 años, como Paco. El Nono, como le decíamos, porque su hija Josefina ya lo había hecho abuelo. Y apenas un año atrás el Nono se había puesto a competir con su hija y le había hecho una nena a su última compañera, Alicia Raboy, que era veinte años más joven. El romance del Paco y la Alicia ("Lucía", según su nombre de guerra) había empezado justamente en *Noticias*, donde la compañera tenía a su cargo la sección gremiales. En una de esas reuniones de ámbito en donde discutimos hasta los calzones que llevamos puestos, analizamos si era correcto o no que la Orga lo hubiera sancionado por haberse metido con "Lucía"

cuando todavía no había roto su relación anterior con Lily, otra compañera muy valiosa y querida por todos los presentes. Hubo una áspera discusión entre “liberales” y “moralizadores” y estos últimos llegaron a enarbolar el artículo 16 del Código Montonero, que pena con degradación y arresto la infidelidad conyugal. Ahora todo eso resulta paja barrida por el ventarrón. Paco y Alicia habían consolidado su pareja, la habían proyectado hacia delante con una beba preciosa, negando con esa actitud vital esta encrucijada, esta cita envenenada en una esquina de Mendoza.

Vicky explica que se tomó la pastilla y que Alicia y la bebita cayeron en manos de la cana mendocina. Luego me extiende un papel con un número telefónico. Debo llamar a la familia de Alicia para avisar que se llevaron a la beba junto con la madre y tienen que reclamarla para que no se la queden los canas. Salgo del edificio en pos de un teléfono público. Me gusta el de un bar que está lleno de gente. Por suerte funciona. Marco, atienden y desde el “hola” comprendo que ya conocen la noticia. Digo lo de la nena. La voz asiente, agradece y pregunta:

– ¿Quién habla?

– Un compañero de Alicia – respondo. Hay un silencio espeso. Me despido y cuelgo antes de que la llamada sea detectada. Entre las charlas de los parroquianos y el estrépito de la máquina express ningún curioso indeseable ha podido escuchar la palabreja de marras. En las mesas más cercanas charlan dos vendedores y unos jubilados juegan al dominó.

Tengo los ojos secos, la garganta seca y un sollozo seco en el plexo que va a quedarse encerrado. La muerte ya no es algo ajeno: se está llevando a los más cercanos.

En los días que siguen voy conociendo detalles: Paco viajaba con Lucía, la nena y una compañera en un Renault 6. Cayeron en una cita cantada, los persiguieron, hubo un tiroteo. Lucía puso a la beba en el piso para protegerla de los tiros. Ortiz y la compañera que viajaba con ellos fueron heridos. Paco se tomó la pastilla de cianuro y detuvo el auto, para que bajaran las mujeres, que salieron corriendo. Lucía lo hizo, desgraciadamente, hacia el lado donde estaban los milicos. La otra compañera (la Turca) logró zafar y fue la que contó la historia al Partido. Su propia fuga, herida en una pierna, y su llegada a Buenos Aires, constituyen una verdadera epopeya. Me gustaría hablar con la Turca.

LA TURCA RECUERDA

La Turca habla de sí misma con pudor. Revivir esta historia le hace mucho daño.

“A Paco la Orga lo designó como responsable de Mendoza que por ese entonces estaba terrible. En realidad el país estaba terrible, todos los días caían cumpas en una seguidilla de nunca acabar. El no conocía Mendoza, llevaba apenas dos semanas. Era un tipo bárbaro, lleno de humor. Un día mi hermana le hizo unas empanadas y Paco le dijo: ‘Con esto te ganaste un lugar en mi corazón’.

“Hacía reuniones con los pocos cuadros que quedaban, tenía una vivienda provisoria y andaba con media casa auestas en el auto, un Renault celeste clarito, medio turquesa. Con ese auto entró el 17 de junio, a las seis de la tarde, en la cita de control que teníamos en la calle Guillermo Molina, desde Costanera hasta Coronel Dorrego. Estábamos en emergencia porque Varguitas, un compañero que vivía con nosotros, había caído y tuvimos que levantarnos. Otro compañero, Martín, había desobedecido la orden de no volver a la casa y a la semana de caer Varguitas, la cana lo levantó en ese lugar.

“Este Martín (que ahora sé que se llamaba Aníbal Torres) era un ex comisario de San Juan que se hizo monto. Al caer se quebró y volvió al primer amor. El cantó la cita.

“Paco se me acercó con el Renault y yo me subí en el asiento trasero. En el de adelante iba su compañera (Alicia Raboy), a quien conocí en ese momento, y la hijita de los dos, una bebida menor de un año que Alicia llevaba en brazos. Paco me comentó que había visto cosas raras en el recorrido de la cita y me dijo: ‘Pasemos de vuelta para que vos evalúes’.

“Apenas empezamos a recorrer el circuito me aterré: estaba lleno de policías camuflados. Hombres y mujeres. Algunos simulaban ser parejitas afilando, otras hacían de vecinas charlando, pero la verdad que las minas eran muy burdas, con pelucas demasiado notorias. Y entonces lo descubrí: en la esquina estaba ese Peugeot rojo que había sido un auto operativo nuestro. En el asiento trasero venía Martín con una gorra que no alcanzaba a taparle la cara y un tipo a cada costado. (La verdad es que a la distancia pienso ¡qué burdos fueron! Y en qué pésima posición estábamos nosotros para venir a perder con estos tipejos brutos.)

“— ¡Rajemos! —le dije a Paco—. La cita está cantada —Paco aceleró y el Peugeot rojo se nos vino encima. Empezamos a correr y sonaron los primeros tiros. Paco dijo que en el baúl tenía armas largas, pero no podíamos pararnos a sacarlas. El me pasó una pistola y se quedó con un revólver. El comenzó a disparar sobre la izquierda y yo sobre la derecha para tratar de cubrir la fuga.

"Paco doblaba bruscamente y bamboleaba el auto para que los tipos no pudieran hacer puntería, pero igual nos metieron varios tiros. Alicia bajó a la beba al suelo para protegerla. Todo el tiempo la bebé lloraba. Cuando teníamos el Peugeot a unos diez metros, llegamos a una esquina con el semáforo en rojo. Paco cruzó como venía y con el lateral izquierdo embistió a un rastrojero que quedó atravesado en la calle, taponándole el camino al Peugeot. Ahí pensé que podíamos zafar, pero me equivocaba. Sentí un golpe y una quemazón en las piernas. Era el rebote de una 9 milímetros, que me atraviesa una pierna, entra en la otra y allí se detiene. Paco preguntó si alguien estaba herido y yo le dije que sí. No podíamos despegarnos del Peugeot y se nos acabaron las balas.

"Paco frenó y dijo: 'Me tomé la pastilla (de cianuro) y ya empiezo a sentirme mal. Rajen ustedes'. Alicia lo miró: 'Pero, papi, ¿por qué hiciste eso?'. Bajamos y empezamos a correr en diferentes direcciones. Alicia con la bebita, hacia delante. Yo me mandé por una lateral. (Después supimos por alguna gente del barrio que Alicia se metió con la beba en un aserradero y allí la agarraron.

"A Paco le pegaron uno o dos tiros de gracia; yo digo que de rabia porque no lo pudieron agarrar vivo.

"Yo encontré un alambrado con una puerta abierta y me mandé. Había un ranchito y le pedí a sus ocupantes que me ayudaran a huir. Un muchacho me hizo trepar una tapia de unos dos metros de alto y caí en un baldío. (Después supe que el pibe era de la JP.) Encontré unos piletones y aproveché para lavarme las manos que estaban manchadas de sangre. Luego traté de apretar a un tipo que iba en un auto pero no paró. Por fin aparecí en la calle Paso de los Andes, donde circulaba un trolley. Mientras esperaba, vi cualquier cantidad de autos con los monos sacando las escopetas por las ventanillas. Por fin subí al trolley, y pensé que me moría cuando a las dos cuadras lo paró la policía para revisarlo.

"Subieron por delante y por detrás con las armas en la mano. Por suerte yo tenía un pantalón negro que camuflaba mejor la sangre y puse las piernas para atrás, para que la sangre cayera sobre las pantorrillas. Había muy poca gente en el trolley. Los tipos me miraron pero debí poner tal cara de santa que no me dijeron nada. Se fueron y pensé que me había salvado, cuando el trolley dio la vuelta y regresó al lugar donde había quedado el Renault. La gente del trolley se levantó para ver la escena por la ventanilla. Yo también lo hice y entonces vi que ahí estaban Martín y los canas que nos habían perseguido, así que me oculté detrás de los pasajeros. El maldito trolley tardó en arrancar y yo estaba segura de que iban a subir para agarrarme. Por fin se fue. Cuando cruzamos la Costanera empecé a respirar y —qué curioso— recién entonces me dolieron los muslos perforados.

"Cuando llegué a mi casa, abracé llorando a mi hijita que tenía 17 días. Mi hermana me hizo la primera curación y me dio una antitetánica. Luego me atendió un colaborador que estaba por recibirse de médico. A la semana viajé a Buenos Aires y me encontré con mi compañero. Puse a la beba en sus brazos y me desmayé."

EL MISSI

(Buenos Aires, primavera de 1976)

Desde hace un tiempo, un pibe (miliciano) comparte nuestra casa y nuestra vida clandestina. Debe tener dieciocho años o menos. Ignoro su nombre legal; su nombre de guerra es “Arturo” o “Arturito”, pero los chicos lo bautizaron “Mississippi”, inspirándose en el personaje de una película de John Wayne que vieron con él por televisión. Flavia, que tiene esa manía, le redujo el seudónimo a “Missi” o, mejor, “el Missi”. Los pibes adoran al Missi y él confiesa a veces que se siente más cercano a los nueve años de Fede y los ocho de Flavia, con quienes juega o escucha a los Beatles de la noche a la mañana. Lo que nos conduce a la idea de que viene a ser como nuestro hijo mayor y demuestra que nuestra generación —la de la guerrilla— no es uniforme desde el punto de vista biológico; que integramos —en todo caso— *una generación política* compuesta por más de una generación biológica.

El Missi es un muchacho de pelo enrulado y ojos negros, curiosos y chispeantes, con una mueca entre tierna e irónica en la boca ampulosa y el mentón desafiante.

No le disgusta el apodo de Missi (aunque deteste a John Wayne como epítome de la cultura imperial), porque las hazañas del Mississippi cinematográfico evocan, desde el lugar común de las carretas, las que muchos compañeros realizan a diario y la prensa canalla malversa como si se tratara (según el poema de Borges) de “sórdidas noticias policiales”.

Fui a buscarlo, una noche muy fría, a una cita cercana a nuestra “cueva”. Nuestra primera cena fue un tierno matambre, que preparé en la parrilla del horno con cebollines y pimientos verdes, convenientemente adobados con vino blanco, aceite de oliva y ají molido.

Las condiciones para que viviera con nosotros era que no nos “destabicáramos” recíprocamente: ni él debía saber nuestra verdadera identidad ni nosotros la suya. Hasta ahora, esa ley se ha cumplido a rajatabla. A veces, cuando los chicos, por imperio de su edad están a punto de cometer una infidencia, el Missi los para en seco, con cariñosa autoridad.

En esta vida gitana de la militancia, uno se vive preguntando qué le tocará en suerte para una obligada convivencia, pero en este sentido el Missi ha resultado una grata compañía: es un chico atento, que se esfuerza por retribuir con gestos la hospitalidad que le brindamos. Solemos cenar los cinco como heliogábalos y cuando él me dice —en broma, haciéndose el cuadrado cuadrado— que tengo desviaciones “pequeño burguesas” lo hago reír al preguntarle: “¿Por qué pequeño? Simplemente burguesas”. De sobremesa discutimos sobre todo lo divino y lo humano y con Silvia

nos sorprendemos de cómo absorbe lo que le vamos poniendo por delante.

Cuando llegó a casa era un poquitín esquemático y solía construir las frases como consignas, pero Silvia le inoculó “el veneno” de la buena poesía (que es como inculcar el sentido del matiz), hasta que una noche pidió el *Miento del pueblo* de Miguel Hernández y se lo llevó a su cuarto. Al día siguiente preguntó qué había hecho Hernández durante la guerra civil española. Y ayer nos sorprendió recitando de memoria el verso que dice: “De sangre en sangre vengo, como el mar de ola en ola”. Luego, por una asociación nada ilícita, evocó a su lejana familia. Una familia que nos ayuda a imaginar aunque no podamos ponerle nombre: con un patriarca que oculta su ternura en el gesto adusto; una madre que lo consiente a más no poder, tres hermanos a los que está muy unido y sus pequeños sobrinitos (hijos de su hermana mayor), que idolatra.

El 20 de setiembre festejamos su cumpleaños. Silvia (a quien obviamente identifica con su mamá) le preparó una torta estupenda. Missi dejó de lado pudores innecesarios y lloró por su madre verdadera. Lloró por esa casa paterna a la que ya no podrá volver hasta que ganemos esta guerra o una circunstancia milagrosa y desconocida nos libre de ser proscritos.

En su estadía, que ya lleva más de un mes, hemos debido sortear varios peligros. Uno de ellos es la Tía Chita que nos sigue llamando Silvia y Miguel y en cualquier momento suelta el maldito apellido.

Cuando salimos del departamento y se quedan Missi, los chicos y la Tía Chita, nos vamos temiendo un desastre. Hace una semana casi ocurre. Se descompuso el calefón y Missi, escoltado por Chita, intentó arreglarlo. Estuvieron a un tris de volar por los aires y sólo la pericia de Luis, el enigmático portero, logró conjurar la catástrofe. Una verdadera suerte porque los clandestinos no pueden sufrir accidentes.

El sábado por la mañana ocurrió algo peor: yo salí para una cita y justo enfrente de la casa había un Ford Falcon con tres de “ellos” montando guardia. Estuve a punto de sacar la pistola, porque los tipos abrieron las puertas en cuanto me vieron salir y uno de ellos, un flaco cetrino y siniestro, vino hacia mí y pasó de largo, rozándome el hombro, con una insinuación de sonrisa. Me salvó el instinto más que la cabeza: me jugué a que no me conocieran y simulé ser un ciudadano común, que se asusta, pero al mismo tiempo mira sin entender. Y me fui caminando hacia el norte, por la avenida. Hice dos cuadras y crucé a la otra mano. Los horribles seguían parados a pocos metros de la puerta de entrada a mi casa. Los tres habían bajado del auto. Pensé que no me habían reconocido pero tal vez tenían el dato de que yo vivía allí y en cualquier momento podían iniciar el procedimiento. Silvia, los chicos y el Missi estaban en peligro sin saberlo. Yo debía volver, pero al mismo tiempo debía evitar que me vieran por segunda vez y pudieran reconocermme. Tomé un colectivo hacia el sur y me bajé a dos cuadras de mi casa. Luego caminé pegado a los edificios, y entré en el nuestro sin que los horribles se dieran cuenta.

Una vez en la cueva, reuní a Silvia y al Missi y — como responsable de la casa —

establecí el plan a seguir: si los tipos intentaban meterse, Silvia, los chicos y el Missi, debían replegarse por los fondos y salir a la otra calle. Yo me quedaría conteniéndolos y, si podía, intentaría fugarme.

En ese momento se operó una formidable metamorfosis: el niño grande que jugaba con mis hijos pidió quedarse él a contenerlos, porque tenía menor nivel partidario que yo (y lo dijo en serio, como se dicen las cosas en esos momentos). Naturalmente no le hice caso: yo era el responsable y él debía acatar mis órdenes. Por suerte, no hubo ataque, los tipos se fueron y por la noche festejamos nuestra buena suerte con una comilona. Con Silvia ya no miramos al Missi como un chico, sino como lo que es: un compañero valiente y solidario que sabe muy bien en la que está metido.

EL ABISMO

(14 de enero de 1977)

Escucho el llanto de Silvia y Mary detrás de la puerta de calle y confirmo lo que sospechaba, lo que ayer Jorge, el marido de Mary, no me quiso decir de golpe: mi madre ha muerto. Un niño remoto la convoca en el grito primario, allá en el huso de la conciencia.

Anoche fuimos al cine a ver *Tiburón*. Fuimos con Mary y Jorge, dos amigos de la infancia, que constituyen el único contacto con el mundo exterior; un cable a tierra en medio de la clandestinidad. Fue una imprudencia ir a ese cine de barrio, porque cualquier tiburón o pez remora podía reconocermé, pero a veces es necesario ser un poco imprudente para no enloquecer.

Jorge permaneció todo el tiempo con rostro sombrío y yo pensé que estaba enojado como suele ser su costumbre. Era, en cambio, que el pobre no se animaba a hablar. Cuando detuvo su auto frente a casa, nos lo dijo a los tres de manera abrupta: lo había llamado mi padre desde Madrid para decirle que "la Vasca" (mi madre) había sufrido un derrame cerebral y estaba muy grave. Enseguida intuí que me iba largando la verdad en cuotas y le pedí que dijera lo que realmente había pasado, porque era lo suficientemente fuerte para soportarlo. "¿Está muerta, no?", lo desafié. Pero él se mantuvo en sus trece. Quedamos en llamar a Madrid al día siguiente para ver cómo había evolucionado la situación. Hoy, Mary y Silvia fueron a telefonar a Jorge y acaban de regresar, llorando.

Jorge lo sabía desde ayer y no me lo dijo de golpe porque mi padre le pidió que fuera muy cuidadoso.

Paso el día en mi cuarto, a solas y a oscuras, tratando de recomponer el hermoso rostro que la nieta ha heredado. Cruel paradoja la de Carmen Vicario: combatiente de la guerra civil española, marchó a Francia como tantos derrotados y allí conoció a mi viejo, Ernesto, un argentino trosko y bohemio, con cara de alucinado, que la enamoró, le hizo un hijo y la trajo para Buenos Aires.



Enero de 1977 no se borrará de mi memoria mientras viva: el general Ramón Camps hizo fusilar a mi mejor amigo, Dardo Cabo; mi madre murió en Madrid, adonde había viajado con el "Gato" Ernesto a fines de 1973-



Aquí se pasó la vida extrañando a España, a sus padres y a sus hermanos, hasta que en la madurez mi padre tuvo que ir a Madrid por razones de trabajo y la vieja lo siguió, como siempre. Los dos quedaron varados en Europa, a causa de su único hijo, perseguido por la Triple A y los militares. Yo mismo les aconsejé que no regresaran porque era peligroso para ellos y para nosotros. Ahora se moría “como del rayo”, en Madrid, a los 63 años, pocos días antes de que su único hijo, su nuera y sus nietos, viajaran a Europa, por una decisión del Partido. Moría sin volvernos a ver, en un nuevo exilio que esta vez le infligía la tierra de asilo.

La despedida de Ginebra era definitiva, tal como lo temí en aquel momento, aunque por razones opuestas a las imaginadas en 1975: yo pensé que no la vería más porque me iban a matar. Y ella –estoy seguro– sintió lo mismo. La figura borrosa que alzó el brazo en la penumbra flamenca sabía que nos despedíamos ^>ara siempre.

La noticia, como suele suceder con todo en la clandestinidad, me ha llegado con patética demora: la vieja se murió el 2 de enero y yo recién me enteré ayer, 13.

Cuando llegan los chicos del colegio, los hago sentar en el living y les cuento que ha muerto la abuela Carmen, que tanto los quería. Me escuchan con los ojos muy abiertos, sin preguntarme nada, asintiendo cuando digo que ella también, a su manera, ha sido una víctima de “los malos”, de los que “defienden a los ricos”.

No logro imaginar a mi madre muerta, en una tumba del cementerio de La Almudena de Madrid, en el mismo sector (“para ateos”) donde está enterrado su venerado Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista Obrero Español. Se empeña en reaparecer joven, con la cara solar que se inclinaba sobre mis terrores nocturnos y diluía el miedo de perderla, la perplejidad de vivir y la certeza inabarcable de la propia muerte.

En cambio, imagino a mi viejo solo en Madrid, atontado por esa ausencia súbita que lo despoja de casi todo, menos de la culpa. Y me pregunto si sobrevivirá hasta que lleguemos algún día a protegerlo.

Las Fiestas, como suele ocurrir en nuestra familia, han venido cargadas de tragedia. En Navidad, Silvia regresaba en un taxi y escuchó en la radio que la policía había “abatido al extremista” Miguel Zavala Rodríguez. Antes han caído, en el combate de la calle Corro, los compañeros de la Secretaría Política, entre los que había dos amigos entrañables: la Cabezona Vicky Walsh y el “Turquito” Ismael Salame.

El 6 de enero, los “malos” han sacado de la cárcel de La Plata a mi mejor amigo, Dardo Cabo, y lo han fusilado junto con otros compañeros (Georgeades, Rappoport, Pirles), simulando un intento de fuga. Recuerdo el día que Silvia lo llamó, preocupada, porque no tenía noticias mías y el loco salió a buscarme en mi propia Renoleta y se estrelló contra un auto en la esquina de la casa de Moldes. Muchas veces temí que el Flaco fuera boleta. Ahora lo han acibillado y no pude estar junto a su mujer, María Cristina, y su hija, la Tata, en el velorio a cajón cerrado. A los

clandestinos nos están vedadas las ceremonias de la despedida.

Recuerdo a Dardo y mi vieja juntos en una cena de las dos familias. Dormito un rato. Sueño con la doble hilera de dientes del tiburón.

(Mediados de enero a comienzos de marzo de 1977)

Chacho, mi responsable en el área internacional, debe haber caído. Con Analía y Carlos, dos compañeros del ámbito a mi cargo, hemos cubierto ocho citas y no ha venido. Concurrir ocho veces a la misma cita es una barbaridad en materia de seguridad, pero confiamos en Chacho. Estamos seguros de que no nos va a cantar. Y si ha caído (¿qué otra cosa podría haber ocurrido si no?) es evidente que no nos ha cantado.

Otra cruel paradoja: hace unos días le había mandado una carta a mis viejos, avisándoles que Chacho pasaría por España y se pondría en contacto con ellos. Lo había bautizado con el nombre de guerra "Bronstein", como un guiño trotskista hacia mi viejo. Pero la carta llegó a Madrid cuando mi madre ya llevaba días bajo tierra y Chacho había desaparecido en las calles carnívoras de este Buenos Aires.

Hemos quedado sin recursos, sin infraestructura, sin contacto con el Partido. Como no tengo medios para sostenerlos dispongo que los compañeros a mi cargo se replieguen por un tiempo a otro país. Mientras tanto, yo seguiré buscando el reenganche con la Orga. No es una tarea grata ni fácil, pero me corresponde hacerlo. Buscar "horizontalmente" a través de viejos contactos y "pies telefónicos" que pueden estar "podridos" es una suerte de ruleta rusa: en cualquier momento se pisa el cable de alta tensión.

Otra "parajoda": estoy sin un peso porque en noviembre le había pasado al Colorado Miguel Zavala 300 millones del partido que guardaba en un embute. (A su vez, el Colorado cayó por solidario, mientras trataba de conseguirle un refugio a dos compañeras.)

Buscando temerariamente en los viejos teléfonos he logrado concertar una cita con el Gordo Extenso y éste me ha dicho que la "Colorada" (Susana Sanz), está en condiciones de conectarme con lo que resta de la Secretaría Política, porque la de relaciones internacionales está casi desmantelada. Susana, solidaria, me engancha con el Partido. Para ella no es fácil tampoco: no sabe, por ejemplo, si yo vengo "podrido".

Hablamos muchas veces en la placita de Las Heras y Pueyrredón adonde llevábamos a los chicos a la calesita. Una vez me cuenta una suerte de vodevil del horror: a un departamento donde vivía y ha dejado por unas horas llegan los horribles, que la esperan durante un buen rato y luego se van, sin montar una guardia. Ella regresa, levanta algunas cosas y se marcha. A los diez minutos retornan los horribles, aguardan durante algunas horas y se vuelven a ir. Cinco minutos más tarde pasa Susana y el portero, aterrado, le cuenta lo que está ocurriendo y le ruega que se evapore de una buena vez.

Nos reímos, si lo imaginás en blanco y negro y paso rápido, parece una de Chaplin. En medio de la risa, reaparece la boca ensangrentada, emergiendo del abismo marino. Una tarde nos vemos con Bernarda, la hija menor de Susana, a la que le llevo de regalo un diccionario Appleton. Estamos en un bar y en la penumbra relampaguean las fauces abisales. Otro día Susana interrumpe uno de sus cómicos relatos, me mira fijo y frunce el ceño. Ella también es como una madre, fuerte y gallega, que me advierte:

—Estás regalado, Miguel. Salí del pozo, porque así estás regalado y te van a matar.

“CAYÓ RODOLFO WALSH”-*

(Buenos Aires, marzo de 1977)

Después de tres meses girando en el vacío, con peligrosos tanteos para retomar el contacto con la Orga, vuelvo a reengancharme.

El Partido aparece en una esquina, encarnado en un compañero al que le dicen “el Oveja”. Seguramente por el pelo enrulado, la baja estatura y la cara redonda y bondadosa.

El Oveja me confirma lo que Chacho me había dicho hace tiempo: debo viajar a Roma para integrarme al Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, donde estaremos nosotros, los montoneros, más los viejos del Partido Auténtico y algunas brillantes incorporaciones de nueva data como el ex gobernador de Córdoba, Ricardo Obregón Cano y el ex rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Rodolfo Puiggrós. Don Rodolfo, en realidad, colabora hace mucho con el Partido, pero ahora se incorpora de manera oficial al nuevo Movimiento que debe recrear nuestra presencia en las masas. Son buenas incorporaciones, que parecen indicar un comienzo de autocrítica y cambio de línea. El militarismo y el aparatismo han tenido costos humanos y organizativos terribles. ¿Cuántos cuadros hemos perdido? ¿Cuántos nos quedan? El pobre Colorado Zavala (con quien sigo discutiendo en sueños) recordaba que el FLN argelino había llegado al final de la guerra contra Francia con el 10 por ciento de los cuadros. Me temo que no es lo mismo, que ésta no es una guerra colonial. El Oveja dice que hemos perdido el 60 por ciento de los cuadros. Pienso que me brinda un porcentaje oficial, morigerado y optimista.

Hago un solo planteo: si el Partido decide mandarme al exterior, debe sacar también a Silvia y los pibes. Juntos regresamos a la guerra en el 75, juntos saldremos del país y juntos volveremos cuando nos digan. Yo no los pienso dejar como posibles rehenes. El Oveja es un buen tipo y lo comprende enseguida. Debe consultar, pero piensa que no habrá problemas. En la segunda cita trae la respuesta afirmativa de la Conducción y hacemos un presupuesto. Me darán cuatro mil dólares para llegar a Roma, pasando por Uruguay, Brasil y Madrid, donde quiero ver a mi padre.

En un tercer encuentro, el Oveja me pasa los dólares y un contacto con la compañera que nos hará un flamante juego de documentos falsos. Me advierte que, a partir de este momento, no haga ninguna cita “horizontal” con compañeros del Partido ni me exponga, por ningún motivo, a ser capturado o muerto por el enemigo. Debo cuidarme a mí mismo como si fuera de cristal. Hay, solamente, una excepción: debo ayudarlo a enganchar a Rodolfo Walsh, a quien la Conducción Nacional quiere sacar también del país para llevarlo al encuentro de Roma. Acepto encantado: me parece estratégico preservar a un cuadro como Walsh y es un nombre muy importante para aumentar la representatividad del nuevo movimiento.

Busco a Rodolfo a través de Luisito Guagnini que es un tipo solidario y genial. Hace algunos años, cuando coincidimos en *La Opinión*, discutía con Luis porque me parecía algo gorilón y muy cínico. Con el tiempo fui comprendiendo que su humor, corrosivo, no era solamente producto de una inteligencia implacable, sino la cobertura pudorosa de un espíritu verdaderamente delicado y sensible.

Cuando se enteró de la muerte de mi vieja, tuvo una salida inmediata de afecto hacia mi padre, a quien conoció mucho:

– Tenemos que conseguirle un trabajo al Gato, porque jubilado y sin la Vasca puede entrar en un pozo depresivo.

Luisito me dice que no es fácil llegar al querido Neurus, a quien imagino hecho mierda tras la muerte de Vicky.

– Voy a intentar a través del Perro, pero no te prometo nada.

Recuerdo la última vez que lo vi a Walsh, a comienzos de la dictadura, en el subte que une Pacífico con Catedral. Estaba algo camuflado pero lo reconocí enseguida y me miró con cierta alarma cuando lo llamé y lo tomé de un brazo. Cuando estuvo seguro de que era yo, me elogió la caracterización:

– Brillante. No te reconocí. Tenés una pinta bárbara de milico.

Unos días después supe por su hija, Vicky, que “Esteban” (ella también lo llamaba por su nombre de guerra) andaba maniobrando para llevarme con él a Inteligencia. La perspectiva me entusiasmó, pero la Cabezona (que era mi responsable y tenía más nivel que su propio padre) me sacó las ilusiones:

– No. Vos te vas a quedar donde estás, en Prensa del Movimiento.

~~68~~ CON ESTE DESPACHO "ANCLA" REANUDA SUS SERVICIOS

BUENOS AIRES, 400 MD (ANCLA)- CON ESTE DESPACHO LA AGENCIA DE NOTICIAS CLANDESTINA, "ANCLA", REANUDA SUS SERVICIOS INFORMATIVOS LUEGO DE UNA BREVE INTERRUPCION.

FUNDADA EN JUNIO DE 1976, A TRES MESES DE LA INSTALACION DEL GOBIERNO MILITAR EN LA ARGENTINA, ESTA AGENCIA SE PROPUSO PROPORCIONAR INFORMACION FIDELICIA Y CON UN ALTO GRADO DE ELABORACION. DEBIDO A LAS RESTRICCIONES A LA PRENSA LIBRE EN ESTE PAIS, QUE INCLUYEN LA PROHIBICION DE INFORMAR SOBRE UNA AMPLIA LISTA DE TEMAS, LA CLAUSURA DE DIARIOS, REVISTAS, RADIOEMISORAS Y ESTACIONES DE TELEVISION, EL ARRESTO, SECUESTRO, ASESINATO O EXILIO FORZADO DE UNOS 850 PERIODISTAS, ORGANIZO SUS SERVICIOS EN FORMA CLANDESTINA.

SIN INFORMACION VERAZ, PRECISA Y CONTINUA, NO SE CONCEBE LA VIGENCIA DE LAS LIBERTADES CIVICAS Y LOS DERECHOS POLITICOS. LA ASPIRACION DE ESTA AGENCIA ES CONTRIBUIR AL RESTABLECIMIENTO DE ESTOS VALORES, ABOLIDOS HOY EN LA ARGENTINA POR UN ACTO DE FUERZA.

Desde la clandestinidad y la soledad, Rodolfo Walsh libró una batalla personal contra el cerco informativo de la dictadura. Sus cables de ANCLA, sus denuncias inaugurales sobre la ESMA, su *Carta Abierta a la Junta Militar* pertenecen a la historia. Abajo: el Rodolfo vital de 1971, juega en La Habana con Norman Briski y Eduardo Galeano.



No le dije nada porque era una de las áreas a su cargo, pero Prensa me aburría. Hacíamos publicaciones en mimeógrafo que distribuíamos por correo (no más de veinte cartas por buzón), sin poder apreciar jamás los resultados. Y luego había que jugarse la vida para sacar los deshechos y sobrantes del local, envueltos como si fueran masitas o bombones, para arrojarlos en los baldíos. El estúpido riesgo de transportar “basura subversiva”, mil veces más letal que la basura radioactiva. El costado tonto y burocrático de la guerra. Trabajar con Rodolfo en Inteligencia era mucho más atractivo. Por hacerlo con él y por el trabajo mismo. Luego tuve culpa de haber sentido eso, cuando Vicky (una piba que había estado a mis órdenes en los primeros tiempos de *La Opinión*) peleó como una leona en la calle Corro y le dio una lección de dignidad a los militares argentinos, al dispararse un tiro delante de ellos, cuando se le acabaron las municiones.

Guagnini sorbe el café, se ríe de algo que está pensando y comenta:

— Ahora el que está bien caracterizado es Neurus. No te descuides que por ahí te cae a la cita disfrazado de monja irlandesa...

Luis me tira una cita con alguien que podría conectarme con Neurus. Espero, pero no llega nadie.

Busco otras “horizontales” sin resultado. Una punta posible es Pepe Capdevila, el periodista, que no milita en la Organización pero está muy cerca de los periodistas montoneros.

Nos vemos cerca de la Recoleta, como siempre. Pepe es de esos pocos tipos que se animan a encontrarse conmigo en estas épocas. Estoy sentado en un banco de la plaza y lo veo venir muy serio.

— Cayó Rodolfo Walsh — dice.

No sabe mucho. Al cumplirse el primer aniversario del golpe, Rodolfo había enviado a las redacciones copias de una “Carta a la Junta Militar”, que parece ser su testamento.

Es absurdo, siniestro, justo ahora que la Conducción había decidido sacarlo del país. Le pregunto a Pepe si está seguro. Está absolutamente seguro de que cayó en una cita y sabe o sospecha que pudo morir enfrentando a los tipos que pretendían secuestrarlo.

Es terrible, pero deseo de todo corazón que haya muerto combatiendo o se haya tomado la pastilla. Imagino crudamente lo que el enemigo le puede llegar a hacer a un Rodolfo Walsh si lo sigue teniendo en sus manos.

Siento una profunda amargura: no pude encontrarlo antes que el enemigo. Sé que hice todo lo posible y no tuve suerte o no me dieron bola. Pero la razón importa poco en estos casos: el diálogo del sobreviviente será siempre un diálogo de culpa con

los compañeros desaparecidos.

Voy a mi último encuentro con el Oveja, donde me pasa la cita que debo cubrir en Roma. Ya tengo los documentos yutos de la familia. El compañero sabe algo más acerca de la caída de Walsh pero no mucho. Se despide con real afecto:

— Bueno. Ahora concéntrate en la salida del país. A partir de este momento no te veas absolutamente con nadie. Y no te amargues más, que hiciste lo que pudiste. A Rodolfo había que haberlo sacado al exterior mucho antes. Aunque quién sabe si hubiera querido salir.

LENIN EN LOS DIENTES DEL TIGRE

(Buenos Aires, 7 de abril de 1977)

Dentro de unas horas saldremos clandestinamente del país: Silvia, yo y los dos pibes. Pasaremos por una experiencia ya conocida, que Ernesto Jauretche llama “los dientes del tigre”. Atravesar indemne el control fronterizo lo asimila al gesto del domador que mete la cabeza en las fauces de la bestia y la retira sin un rasguño. Hemos vivido durante más de un año y medio en la clandestinidad. Algo que muchos expertos, como los cubanos, no creían posible (“No chico, no vas a poder hacer la guerra junto con tu familia”). Sin embargo, hasta hemos preservado la escuela y cierta cuota de normalidad para Federico y Flavia. Y estamos orgullosos de ese logro. Pero los expertos tienen razón en un punto: la clandestinidad con la familia auestas es mucho más peligrosa y desgastante. Los detalles que pueden significar la diferencia entre la vida y la muerte no se multiplican por cuatro sino por cuatro mil.

Algo de eso, pienso, debe quedar en la cara como la señal que marcaba a Demian. El otro día le dije a Luis, el portero enigmático, que estábamos por viajar a Venezuela, adonde me enviaba mi compañía.

El asentía, muy serio, a medida que yo desplegaba mi verso, hasta que me interrumpió con cierta impaciencia:

– Y, sí, yo siempre pensé que ustedes tenían que irse del país.

Con Silvia nos pasamos los últimos días arreglando mil detalles para no reventar la guarida: simulamos varios asados en el jardín para quemar papeles; le entregué los fierros a los compañeros; vacié en un pozo la nafta mezclada con pintura asfáltica con la que había preparado una molotov gigante por si venían los horribles; embutí libros, fotos y documentos históricos que no quiero que se pierdan y llevo horas revisando diarios viejos para ver si no se coló entre sus hojas algún papel comprometedor.

Los cuatro tenemos nuevos documentos yutos. Con sosias; o sea con nombres reales y numeración real que corresponde a personas existentes. Silvia sacó los datos de la oficina de una amiga y pertenecen a un matrimonio de aproximadamente nuestra edad que porta un apellido inglés: digamos Richardson. Silvia ha pasado a ser Beatriz G. de Richardson y yo Pablo Richardson. Los nenes, por sabia decisión de la compañera que hizo los documentos, llevan el apellido Richardson, pero conservan sus nombres reales: Federico y Flavia. Para que se den vuelta de inmediato si los llaman en un control fronterizo. Aunque son tan rápidos estos pibes que se la pasan tomándonos examen a nosotros, para ver si recordamos bien nuestros datos y el verso que armamos en torno de ellos: “¿Cómo te llamás, papá? ¿Cómo se llama mamá? ¿Cuándo se casaron? ¿Dónde vivimos?...”

Aprobamos el examen y realizamos un último control: el de las ropas que vamos a llevar puestas, para asegurarnos de salir completamente “limpios”. Porque nunca se sabe...

(Montevideo, 8 de abril de 1977)

¡Ya está! Ya pasamos por los dientes del tigre y ahora estamos en un hotel de Montevideo. Todavía no podemos cantar victoria porque estos hijos de puta están todos conectados y desde el punto de vista represivo Uruguay parece una provincia argentina. Mi cuñada, Ana María, y su hija Alejandra, nos llevaron el grueso del equipaje a Montevideo para que pensaran que nos íbamos de paseo por el fin de semana. La salida fue mucho más cómica que angustiosa. Estoy cada vez más convencido de que mi principal lazo con el marxismo son los Hermanos Marx.

Hubo una dificultad inicial porque había huelga de taxis. Pero conseguí un oportuno carnero que nos llevó hasta el muelle de Alimar donde debíamos tomar el aliscafo para Colonia. Llegamos con tiempo de sobra: la nave procedente de Colonia aún no había retornado a Buenos Aires. En la caseta había una gran cola para mostrar pasajes y documentos. Observé con temor que un gordo siniestro, de anteojos negros, se llevaba los DNI a una oficina del fondo y luego los traía de vuelta al mostrador. Por suerte no pasó nada con nuestros “yutos”. Como el viaje seguía demorado, nos metimos en la confitería aledaña al mostrador a tomar unas gaseosas. Cada tanto Federico iba hasta el muelle a ver cuándo venía la nave y regresaba diciendo que todavía faltaba mucho. Enzarzados en la charla no nos dimos cuenta de que el salón se iba vaciando. Tampoco prestamos atención a los altavoces que convocaban a personas con apellidos ajenos. De pronto nos percatamos de que estábamos completamente solos. Y, tras cartón, vino el gran cagazo: el gordo de los anteojos negros y otros tipos de uniforme estaban en la puerta de la confitería preguntándonos a los gritos: “¿Ustedes son los Richardson? ¡Hace diez minutos que los estamos llamando! ¡Vengan que se va el aliscafo!”. Arrojé un billete en la mesa y corrimos hacia el muelle, cada uno con un pibe a la rastra. Silvia, que llevaba a Flavia, se tropezó al subir a la cubierta y el gordo de los anteojos negros la rescató con una mano solidaria (si el tipo hubiera sabido a quien ayudaba, se pega un tiro). Una vez a bordo nos reímos mucho. ¿Quién podía sospechar que el tarado de Richardson era uno de “los 32 terroristas más buscados de la Argentina”?

Alguien dijo que sin foto no hay boda: Willy Brandt salía del ascensor durante una reunión de la Internacional Socialista en Madrid, cuando lo interceptamos para que nuestro fotógrafo lo escrachara y Massera bufara en la Argentina. Abajo: en mis funciones de secretario de Prensa del MPM.



(Madrid\ 10 de abril de 1977)

El Gato nos cuenta los últimos momentos de mamá. Estamos en Casa de Campo. Es un soleado domingo de primavera. Los chicos juegan lo suficientemente cerca como para tenerlos bajo control y lo suficientemente lejos como para no escuchar cómo se murió su abuela.

—Se había dado un baño y estaba por planchar una blusa. De pronto me miró, sorprendida y dijo: “Ernesto”. Siguió mirándome y menos de un segundo después dijo un segundo “Ernesto” y se desplomó. Pero este segundo Ernesto era muy distinto que el primero: se estaba despidiendo.

El viejo apaga el pucho sobre un tronco y frunce los labios en una puteada.

—Pobrecita mía — dice, con los labios de la puteada. Y yo imagino su soledad, la noche del dos de enero, con mamá muerta en el departamento que ocupaban en el residencial Meliá. El portero. La policía. La estúpida autopsia por la muerte repentina. Las fotos que él desesperadamente le tomó porque estaba “tan hermosa”. La tumba cavada en el sector ateo y rojo del cementerio de La Almudena, a escasos metros de la bóveda de Don Pablo Iglesias.

—Mamá, Federico me robó a Peluquín — grita Flavia reclamando apoyo contra las tropelías del hermano mayor. Silvia interviene. En el atardecer, los árboles de Casa de Campo tienen el color verdinegro de esa reproducción de Goya que a mamá le gustaba tanto.

Papá me cuenta que en el último viaje a Roma que hicieron pocos meses antes de su muerte, Carmenchu se puso a llorar al ver la *Pietà* de Miguel Ángel y salió corriendo de la Basílica.

“Morir en Madrid”, pienso, mirando el pastel atardecido del Palacio de Oriente. Me acuerdo cuando vi esa película con ellos, en Buenos Aires, en la otra vida.

(Roma, 15 de abril de 1977)

Ya estoy acá, listo para la tarea que me encomendó la Orga: participar en el lanzamiento internacional del Movimiento Peronista Montonero, que se llevará a cabo el próximo 20 de abril. Fue emocionante el reencuentro con algunos compañeros en ese barcito cercano a la casa romana de Dante Alighieri. A uno de los primeros que vi fue al Taño Galimberti, disfrazado de turista boludo con un sombrero tirolés. Conspirativo como siempre, me empujó adentro de un zaguán y me dijo: “¿Cómo sobreviviste?”. Buena pregunta para hacérmela él justamente. Ahora acabo de regresar al hotelito de dos estrellas que ocupamos cerca de Via Nazionale. Silvia lee, los chicos juegan con todas las reliquias de juguetes que han sacado de Buenos Aires y les otorgarán una sensación de continuidad en el peregrinaje que les espera. La Gorda, divina, me da un beso, me muestra las chucherías que ha rescatado y me pregunta:

–Papi, ¿no hay problema en que me haya traído esto, no?

Empalidezco. “Esto” es un escudito del Partido Comunista de la Unión Soviética, con la efigie esmaltada de Lenin sobre fondo rojo, que yo les traje de regalo a los chicos cuando regresé de mi viaje a la URSS con Gelbard. El escudito ha viajado en el morral de Flavia junto con otros emblemas comunistas. Con ellos atravesó los dientes del tigre que separan a la Argentina, Uruguay y Brasil. Pudimos morir por el escudito. Silvia empieza a reírse y me contagia. Flavia y Fede también se ríen. Es que Lenin es muy gracioso.

LOS BÁRBAROS INVADEN ROMA

(Roma, abril de 1977)

Los bárbaros han vuelto a invadir Roma. Y no es una licencia poética. En los días previos a la conferencia que acaba de terminar, uno de los compañeros confundió al Tíber con el Sena. Otro se paró frente al Moisés de Miguel Ángel y sentenció: “Parece Bonavena con cuernos”. Pero los bárbaros hemos concretado una barbaridad mayúscula que demuestra nuestra capacidad de mantenernos organizados y rehacernos pese a los terribles golpes recibidos: veinte dirigentes clandestinos súper conocidos y buscados hemos logrado burlar a los servicios secretos de la Argentina y otros países para concentrarnos en Roma a lanzar el Movimiento Peronista Montonero (MPM). Todos los diarios italianos han destacado la temeraria jugada. Como así también que nuestro padrino y patrocinador fuera el *onorevole* Lelio Basso, senador socialista y figura consular del Tribunal Russell. Alguien ha escrito: “Los montoneros no sólo meten bombas, también tienen buenos contactos con la izquierda y la socialdemocracia de Europa”.

Debo confesar que a pesar de todas las desgracias colectivas y personales me siento exaltado y lleno de optimismo. Parece —eso quiero creer al menos— que la Conducción Nacional de Montoneros ha reflexionado finalmente acerca de sus desviaciones aparatistas y militaristas, que llevaron al fracaso al Partido Peronista Auténtico y está dispuesta a poner el acento en la política y no en las armas. Esta tarde, ante una sala atestada de periodistas internacionales, Mario Firmenich ha descrito al MPM como una fusión entre los Montoneros y los viejos peronistas. A su lado, para corroborar sus palabras, había dos ex gobernadores elegidos por el voto popular: Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano y un gran intelectual, Rodolfo Puiggrós. A mi lado, en voz baja, alguien me ha dicho: “Si respetamos a los viejos y no volvemos a caer en el teatro de títeres que siempre hace el aparato, tenemos grandes posibilidades de recuperar peso dentro del peronismo”. Ahora sólo me resta marchar en tren hacia Milán y de ahí en avión a Barcelona, donde me esperan Silvia, los chicos y el Gato. La consigna ha sido dispersarnos de inmediato tras la conferencia, para volver a reunirnos después en distintos puntos de la Tierra. La idea es no ofrecer un blanco a esos servicios argentinos que están operando en el exterior. Y que, según los cubanos, lo hacen con una audacia poco común.

Aunque la conferencia de prensa se lanzó sorpresivamente, era imposible evitar filtraciones y el Loco Galimberti tuvo que organizar un fuerte dispositivo de seguridad. En los días previos fuimos retirados de los hoteles, se nos hizo despedirnos de nuestras familias y nos “concentraron”, como a un equipo de fútbol, en una villa romana ubicada en las afueras de Ostia, el viejo puerto del imperio. Allí hemos mantenido varias reuniones de trabajo, analizando lo que ocurre en el país y la propuesta que hoy se hizo pública. También hemos charlado de nuestras vidas, comido los extraordinarios menús preparados por el Viejo Alberto (uno de los compañeros a cargo de la logística); hemos jugado hasta la madrugada al TEG

(Táctica y Estrategia de la Guerra) y nos hemos reído de las fenomenales rabietas del Pepe Firmenich cuando pierde. He visto a los compañeros con gran ternura, con ganas de protegerlos de esa fragilidad que el entrañable Paco Urondo advertía en los sobrevivientes de Trelew. Son los “viejos bolcheviques”, los que han quedado después del naufragio. Casi todos han sufrido atroces heridas personales: a Juan Gelman le han secuestrado su hijo y su nuera embarazada; el “Vasco” Fernando Vaca Narvaja ha perdido su primera compañera, su padre y su hermano Hugo; Adriana Lesgart, a su primer compañero Carlitos Capuano y al segundo Pablo Cristiano; Lily Masferro, a su hijo Manolito Belloni; Rodolfo Puiggrós, a su hijo Sergio... La lista es interminable y comprende las historias no menos trágicas de los anónimos, los compañeros que se ocupan de la logística y las comunicaciones de la reunión. Como este loco de Edgar, el piloto, el candidato a jefe de la Fuerza Aérea Montonera, que me ha llevado y traído a los pedos por la campaña romana en uno de los Alfa Romeo alquilados para la reunión.

En la intimidad de la Villa, he visto a Firmenich más dúctil, menos armadito que antes. Y aunque se manda largas parrafadas (imitando a Fidel), parece más dispuesto a escuchar.

En los días previos he charlado durante largas horas con Galimberti. El Taño es un conversador ameno, por su vida aventurera, por su formación cultural y por su talante imprevisible, que salta del humor corrosivo a la indignación en cuestión de segundos. Siempre impecable, con su aspecto de *junker* y sus camperas de cuero crudo o su ridículo sombrero tirolés, camina infatigable por escenarios de película yanqui, mientras revive el infierno de la Columna Norte, brutalmente golpeada por el enemigo y (según él) librada a su suerte por la Conducción. Está muy resentido con la CN y critica su visión triunfalista.

—No te equivoques... —dice, frunciendo los labios—. No queda nada, nos hicieron mierda.

A veces confiesa, melancólico:

—Quisiera haberme muerto como los otros compañeros.

Pero es tan histriónico que uno no sabe qué pensar. Me relata la cinematográfica persecución de la que logró zafar hace algunos meses, cuando el comisario de policía que iba tras de sus pasos le tiró un plomazo de 45 que, por suerte, sólo le dejó un surco en el cuero cabelludo. El Loco dejó el auto, se metió corriendo en una villa, golpeó a la puerta de una casa cualquiera, dijo quién era y se cayó desmayado. Estuvo una semana inconsciente, con conmoción cerebral, hasta que despertó, dio un teléfono a sus salvadores y Julieta, su compañera, acudió a rescatarlo. Es curioso el contrapunto entre sus terribles relatos y el optimismo de que hace gala Firmenich en los almuerzos de trabajo. Mi espíritu se mueve en ese péndulo, pero apuesta a la esperanza. Imagina una alternativa al horror y al fantasma de la derrota.

El tren llega a Milán. Me despido de Edgar con un abrazo. El parte rumbo a

Londres; yo, hacia Barcelona. Una vez allí, tomo un taxi que me lleva por una carretera que va bordeando el Mediterráneo. Llego a Sitges a las doce y media de la noche. Silvia alquiló una casa blanca en el barrio viejo, donde viven los pescadores. Se abre una puerta: mi mujer y mis hijos salen a recibirme.

LA NONA

(Roma, julio, agosto de 1977)

El compañero P. acaba de llegar del país y no está muy canchero en estas lides internacionales. El Vasco Vaca Narvaja me pide que lo guíe y asesore. Yo no solamente estoy canchero sino que le voy tomando el tiempo a esta ciudad increíble que es Roma, donde las situaciones de comedia que uno veía en el cine italiano son cosa de todos los días.

Aquí estamos desde junio, cuando dejamos Sitges, tras una breve escala en París, donde entramos como la familia Richardson.



Lo exótico. Vista del puerto de Dar es Salaam, desde mi habitación en el hotel Kilimanjaro.

Con el entrañable José León Suárez, primer exiliado peronista (1956) en el mundo.

La contratapa de nuestra revista *Vencer*, que se distribuía entre políticos y periodistas de la comunidad internacional.

La Organización quiso que recuperase mi apellido verdadero para ponerme a jetonear por el mundo con políticos y periodistas. Pero a veces me sobresalto – como me pasa en “il residence” Sacconi donde vivimos – cuando un extraño me llama por mi nombre.

El compañero que acaba de llegar del país carga una persecuta mucho más densa que la mía. Como todas las casas están llenas, debí ubicarlo en una pequeña pensión cerca de Termini, la estación de ferrocarril, y este alojamiento acentúa sus temores. P. es un tipo duro, fogueado en decenas de operaciones pero por esas cosas raras de la psicología le ha tomado miedo a la dueña de la pensión. La fulana es una viejuca pequeña y enteca, de boca simiesca y ojillos maliciosos a la que, naturalmente, hemos bautizado “la Nona”.

Como buena romana, la Nona es curiosa y entrometida y se la pasa haciendo preguntas. Yo se las contesto con mi mejor cara de boludo, pero el compañero recién llegado comienza a tartamudear en vez de sacar ventaja de su notoria ignorancia del idioma.

Ayer tenía una cita con P. en uno de los barcitos de Termini y lo vi llegar pálido, comiéndose las uñas. Sin saludarme apenas me largó su entripado:

–Estoy aterrado, loco. Me parece que me dejé fuera del embute los documentos del MPM que me diste el otro día.

-¿Y...?

– ¡Cómo y! ¿Y la Nona? Mirá si llama a la policía.

Tiene razón, si se los dejó a la vista, esa vieja chismosa debe haberlos visto. Trato de tranquilizarlo.

–No te calentés porque no entiende nada. No se va a poner a leer un mamotreto en español.

–Pero loco, no hace falta que se lea enteros los discursos del Pepe; tienen un logotipo así de grande que dice Movimiento Peronista Montonero. Cualquiera sabe lo que es peronista y muchos han oído hablar de los Montoneros.

Es verdad; le pregunto qué quiere hacer y me pide que lo acompañe a la pensión por si la Nona lo está esperando con la cana.

Caminamos por las calles africanas que rodean Termini. El sol enceguece. A lo lejos divisamos la pensión, un *palazzo* finisecular, pintado con el ocre romano, en cuya puerta aguarda la Nona.

Diminuta y delgada pero fuerte y sarmentosa, vestida de luto riguroso. A pesar de la distancia puedo adivinar su labio inferior de chimpancé, esbozando un gesto de

disgusto y sus ojillos taimados midiéndonos de arriba abajo. Pero ya estamos jugados y hay que seguir. Por suerte no veo a los *carabinieri* rondando la zona.

Cuando estamos junto a ella, me basta una mirada para darme cuenta que conoce nuestro peligroso secreto. Entonces la Nona nos mira con los ojillos más brillantes que nunca, nos toma una mano a cada uno y confiesa amorosamente:

– *Anche io sono facista.*

AFRICA RUGE

(Roma, agosto de 1977)

Ha llegado el temible *ferragosto*. El sol del *mezzogiorno* calcina las ruinas del Foro Romano. Tres argentinos que no son precisamente turistas almuerzan en la sombra propicia de una pequeña *trattoria* cercana a Via dell' Corso. Uno se parece a Burt Reynolds, pero en delgado y petiso. Tiene facciones regulares, agradables y un aspecto confiable, que no es desmentido siquiera por sus ojos de aguilucho, un bigote marcial y modales de cadete del Liceo Militar de Córdoba. Es Fernando Vaca Narvaja, secretario de relaciones internacionales de los Montoneros. El legendario Vasco, al que se le reconoce un valor temerario. El otro es delgado, melancólico, con unos anteojitos que lo asemejan engañosamente a un pacífico seminarista de provincias. Su nombre de guerra es "Gerardo" pero también se lo conoce en la Organización como "MMM" (Montonero Muy Malo) por su hazaña más notoria: pocos meses atrás, en las calles de Buenos Aires ha logrado escapar a tiros de un control callejero de la policía y el Ejército. Ahora tiene a su cargo las relaciones con los movimientos de liberación africanos y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). El tercero soy yo, el secretario de Prensa del Movimiento Peronista Montonero (MPM).

—Roma parece África —comento, mientras el mozo sirve el antipasto. Gerardo y el Vasco se miran divertidos y el primero replica, riéndose:

—No, qué va a ser África. África es mucho peor. Ya lo vas a sentir el lunes en carne propia —Gerardo abandona su melancolía y también suelta la carcajada.

No es una broma. El lunes, Gerardo y yo debemos viajar a Tanzania y Mozambique para una visita "oficial" organizada por los compañeros de la OLP. La idea es abrir sedes del MPM en los dos países. La gira va a durar un mes, por lo menos. Protesto. Tengo otras tareas. ¿Qué va a pasar con mi mujer y mis hijos que están conmigo en Roma, en un *apart-hotel*? Es sábado, está todo cerrado, no sé dónde cambiar dólares para comprar lo que necesito y dejarles dinero. Apenas faltan 48 horas. Pero de antemano comprendo que estoy perdido. Las tareas pueden esperar, mi familia será cuidada por los compañeros. El Vasco se anticipa amable, pero inexorable, a todos mis reparos. Mástico, resignado, el antipasto. En el *apart-hotel*, también resignados, mis hijos me piden que por lo menos les traiga lanzas de los guerreros *masai*.

(Dar es Salaam, Tanzania, agosto de 1977)

La delegación del MPM baja, triunfal, la escalerilla del avión de Air África. Hace calor, pero afortunadamente no tanto como el imaginado por el Vasco. Salgo primero yo; detrás de mí, Gerardo y por último, Lily, una militante inglesa que colabora con el MPM y hace las veces de traductora. En la pista, una banda militar que haría las delicias de Osvaldo Soriano, estalla en un himno victorioso. Lily sonrío

divertida, pensando que es para nosotros, pero se desengaña cuando ve que un señor negro, bajo y robusto, cubierto de entorchados y medallas, pasa revista a las tropas de Tanzania. Es Bokassa, el emperador centroafricano. No será el único malentendido de la gira. Sin embargo, aunque no somos Bokassa, a nosotros también nos aguarda un recibimiento especial. Un hombre alto, rubio, vestido con un blanco, impecable, dos piezas local, avanza con varios personajes y periodistas a recibirnos. Es Fuad Al Bitar, el representante palestino en Tanzania y Mozambique, que tiene rango de embajador. Nuestro anfitrión en África, el hombre que nos abrirá las puertas del gobierno que preside el *Mwalibu* (Maestro) Julius Nyerere y las del partido oficial, que responde al rítmico nombre de *Chama-cha-mapinduzi*. Fuad nos conduce, sonriente y cordial, al salón VIP, donde nos aguarda la prensa. Que pregunta por el finado Perón y por la destonada *Isabela*, la Junta Militar, el próximo Mundial y nuestra lucha contra el colonialismo y el imperialismo. El vínculo con Perón nos juega en contra, pero el Che, al que recuerdan y aman, nos abre una carta de crédito. Gerardo, astuto, delega en mí, como jefe de misión, las incómodas respuestas que pasan por el tamiz del inglés y el swahili, dando lugar a maravillosos furcios que conoceremos al día siguiente: Argentina, por ejemplo, es un país eminentemente campesino, con un 81 por ciento de población rural y apenas un 19 de población urbana. En el que los aguerridos *Montañeros* controlan el 75 por ciento del territorio.

Nos alojamos en el hotel Kilimanjaro. Es un cinco estrellas, lo que nos preocupa por razones ideológicas y por los escasos viáticos que nos dio el Vasco, pero Fuad, práctico, nos explica que no sólo es cinco estrellas, sino el único; la alternativa puede ser dormir en una pensión con un lagarto debajo de la cama. En el bar del *lobby*, tenemos nuestra primera reunión con los compañeros del Chama-cha-mapinduzi, que nos atenderán durante nuestra estadía. Bebemos cerveza y cada tanto el de más rango (un gordito con pinta de burocratón) descarga unos sonoros eructos de raíz oriental que sobresaltan a Lily. El de menor jerarquía es un muchacho flaquito y simpático, para quien Gerardo (que se llama Adolfo González) será siempre el *comrade Gonzela* y yo el *Mingo-Mingüel Boneisa*.

En los días siguientes la misión avanza rápido. No llegamos a Nyerere, pero sí a varios de sus ministros. Todos se muestran comprensivos y solidarios con nuestra lucha antidictatorial. La idea de establecer una embajada del MPM en Dar es Salaam les suena bien. También nos entrevistamos con los líderes del National African Congress de Sudáfrica y el SWAPO de Zimbabwe. En las pausas del trabajo, Fuad y su señora, nos agasajan con cenas espléndidas y salidas a la playa. Fuad tiene realmente la manija en Dar es Salaam y nos conecta con el mundo diplomático. Además es un excelente narrador que nos relata dramáticas anécdotas de la lucha palestina. Viajamos al interior y en una aldea, los compañeros del Chama nos organizan un acto al que asisten cientos de campesinos. Debo hablar, con mi inglés de naufragio, que un compañero local va traduciendo al swahili. No sé qué digo, ni qué les llega, pero aplauden rítmicamente con gran cortesía. Al término del acto nos llevan a recorrer diversas plantaciones. El alcalde me muestra una vaina con bolitas verdes y me pregunta cómo se llama en mi país. Cuando digo "arveja", estallan las carcajadas. "¡Arveja!", grita desternillándose el alcalde y todos le hacen coro. Todavía me pregunto qué significará "arveja" en swahili. Pero aún nos falta el plato fuerte del

extraño periplo, que no se parece a los relatos de Conrad, sino a los de Woody Allen.

En Zanzíbar, una de las islas sobre el océano Indico, que junto con la continental Tanganica forman Tanzania, nos internamos en una selva espesa donde vemos elefantes e imaginamos cobras y toda clase de bichos perversos. Los compañeros del Chama-cha-mapinduzi nos llevan a visitar las ruinas de antiguos palacios y prisiones del sultán que en tiempos coloniales gobernaba el archipiélago bajo protectorado de los ingleses. Las ruinas han sido devoradas por la feracidad de la selva. Y mientras el guía explica cómo torturaban los sicarios del sultán a los patriotas, observo con inquietud que la ennegrecida bóveda está cubierta de gigantescos vampiros marrones, que duermen cabeza abajo. El guía se exalta y comienza a gritar. Los vampiros se despiertan. Algunos emprenden el vuelo, molestos. Como jefe de la delegación de aguerridos "Montañeros", debo mantenerme impasible. De pronto un vampiro gordo y maligno sobrevuela nuestras cabezas a veinte centímetros de distancia. Logro contener a duras penas un gruñido de asco, mientras escucho ¡toe! y observo que sobre la cajetilla de cartón de los Rothman's que llevo en el bolsillo de la remera ha caído una sustancia parda y repulsiva. Sí, es lo que parece: yo que durante años he logrado sortear con éxito a las palomas de Plaza de Mayo, vengo a resultar cagado por un vampiro de Zanzíbar.

LA SANGRE DE LOS MÁS PUROS

(Madrid, noviembre de 1977)

Salimos de la cafetería Nebraska y cruzamos la avenida hacia la Plaza Colón, entre ráfagas de viento helado que bajan de la Sierra. Frente a las fuentes iluminadas nos dan la noticia. Nos lo dice un compañero que acaba de salir del país y lo conocía muy bien.

—Lo mataron a Arturito. El 17 de octubre.

Escuchamos sin llegar a entenderlo, en una destemplada esquina de Madrid, que el Missi cayó acribillado a balazos en una operación miliciana de apoyo a la huelga ferroviaria. Por suerte los chicos no están con nosotros. No quiero ver al Missi caído en el piso de un colectivo. Sólo veo cuando nos esperaba con Flavia y Fede para mostrarnos la producción de muñequitos de *papier maché* que habían cocinado al horno ese día.

El compañero me revela entonces su identidad: el Missi era Enrique Sapag, el hijo menor del ex gobernador de Neuquén Felipe Sapag (el Patriarca que disimulaba la ternura bajo un gesto adusto). O sea que era hermano de “Virulana”, de Ricardito Sapag, también acribillado por el enemigo en julio pasado. Con Virulana no habíamos compartido la casa, pero lo vimos a diario durante los nueve meses que duró el diario *Noticias*. Era otro muchacho extraordinario, cuya vida y muerte fueron malversadas por los canallas de *Somos y Gente*. Mayor que Arturito. Mayor, sí. Pero no tanto: Virulana tenía 24 años cuando lo mataron. El Missi, apenas 19(¡Por Dios! ¿Qué clase de país es este donde los padres entierran a sus hijos en medio de la indiferencia de los hartos, de los cerdos que salen a Miami a comprar de a pares los aparatos de sonido? ¿No estaremos trágicamente equivocados? ¿Qué dioses atroces están reclamando la sangre de los más puros? ¿La sangre rica y densa de los más jóvenes? *De sangre en sangre vengo como el mar de ola en ola...*)

Ahora entiendo tantas cosas que Missi nos contaba con la media lengua de la compartimentación: sus discusiones políticas con el Patriarca, sus infidencias de que provenía de una familia importante, su terca afiliación, sin matices, al Hombre Nuevo.

Ahora entiendo. Silvia es dura para llorar, pero está lívida, con los finos labios blancos de angustia, los ojos perdidos en las luces rojas de los autos que atraviesan la Castellana. Pero pregunta, quiere saber cómo cayó el muchacho que mimaba como una madre postiza.

El compañero cuenta que el pelotón que integraba Enrique cruzó un colectivo sobre las vías. Los otros milicianos pudieron escapar, pero el Missi desenfundó y les tiró hasta que los tipos, que eran muchos más y estaban mucho mejor armados que él

lo abatieron. (*Mississippi se acoda y apoya la mano con el revólver sobre la baranda de la carreta. Los tiros se oyen lejanos, en blanco y negro. Un televisor prendido en una cueva montonera de Belgrano. El Missi, carajo.*)

El compañero dice que cuando murió Virulana, los Sapag sintieron terror de que les mataran al otro muchacho y le rogaron al Missi que se fuera del país. Enrique no quiso aceptar: ningún militante podía abandonar el territorio sin orden del Partido. Don Felipe apeló entonces al propio Mario Firmenich, para que el jefe de los Montoneros autorizara la salida. El Pepe, me dice el compañero, estaba de acuerdo y ya había dado la orden, cuando se produjo la tragedia. Debía salir de Argentina pocos días después.

Silvia, que es dura para llorar, se quiebra.

(*México, diciembre de 1977*)

Otra vez estamos en México, como a finales del 75. El Cabezón Habegger, que maneja la Secretaría Política en el territorio está por regresar al país. Le contamos la historia del Missi. Él está en contacto clandestino y riesgoso con Felipe Sapag. Nos pregunta si queremos escribirle a los padres y relatarles la historia de aquella entrañable convivencia. Lo hacemos de inmediato. Silvia le escribe a la madre, Doña Chela y yo a Don Felipe. Ambas cartas deberán recorrer un largo y tortuoso periplo para llegar a manos de los Sapag.

Silvia le escribe a la madre: “Sé que nadie podrá decirle nada sobre él que usted ya no sepa: ni de su generosidad, ni de su ternura, ni de su entereza. Sí en cambio quiero contarle que en medio y a pesar de la guerra, logró vivir buenos momentos y tuvo con quien compartir profundamente sus alegrías y sus penas y hasta su condición de casi niño.

“Tuvimos la honrosa suerte de compartir con él casa y vida y su ejemplo nos acompaña desde la noche en que entró con mi compañero al lugar donde vivíamos. Desde ahí en adelante aprendí a conocerla y quererla como madre a través suyo, a través de mil anécdotas, de sus lágrimas sin pudor recordándola el día de su cumpleaños, emocionado porque yo le hubiera hecho una torta, o riéndose de su supuesta opinión mientras le cortaba el pelo para que no tuviera que ir a una peluquería. Le aseguro que con lo mejor de nosotros mismos tratamos de compensar la ausencia de sus padres que sentía. (...)

“Jugaba con nuestros dos hijos y solía decir que pese a estar más cerca de nuestra edad que de la de ellos, en realidad estaba más cerca de ellos que de nosotros. Llenaba la cocina de papeles mojados para hacer su *papier maché*, que les enseñó a trabajar, y siempre estaban los tres pendientes de alguna figura que se les quemaba en el horno. (...)

“Cómo nos reíamos cuando llegábamos y lo encontrábamos empapado de sudor porque creía que con nosotros comía demasiado y estaba engordando, o

cuando cerraba la puerta de su cuarto para que no entrara el gato porque de noche le daba miedo. Las veces que con los chicos nos daba la sorpresa de esperarnos con la comida hecha para ellos, o nos volvían locos los domingos escuchando a los Beatles de la mañana a la noche, o se apuraban traviesamente a ordenar sus cuartos para que yo no los descubriera en falta. Las largas noches en que nos quedábamos charlando después de ver hasta la última película de la televisión, mirando las fotos de su sobrinito que adoraba o de su pasión por el cine, o haciendo planes, a veces serios, a veces cómicamente disparatados, sobre nuestros futuros.

“No por eso se podía dejar de reconocer en él al mejor de los compañeros, ni de respetarlo como a un hombre de verdad. Nunca le vimos un gesto indelicado, ni siquiera impaciente. Creo que puedo asegurarle que los cinco éramos todo lo felices que era posible en medio de la lucha”

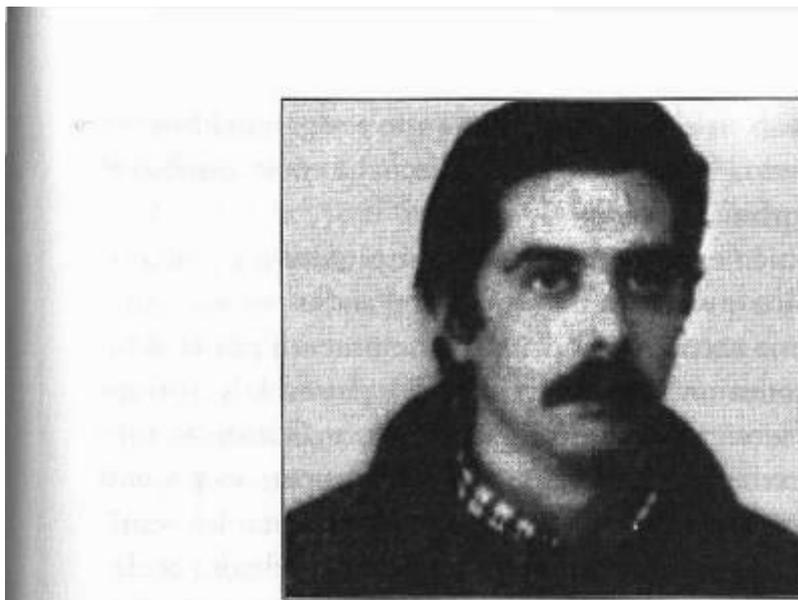
LA PATOTA EN MÉXICO

(México, 16 de enero de 1978)

¿Será cierto que anda la patota por acá? El Loco Galimberti asegura que los vieron, con Carlón, en el Vip's de San Antonio y Revolución. "Eran tipos duros, jodidos, de esos que son cinturones negros de taekwondo, desenfundan mientras vos parpadeás y te dibujan una argolla de tiros en la frente en ocho segundos", dijo hace un rato el Loco, mientras recargaba la pipa. Pero no sé si creerle. Es hiperbólico, fantasioso y paranoico. Sobre todo cuando viaja en avión. Es insufrible viajar con el Loco en avión. Aun en el vuelo más tranquilo te agarra el brazo y comenta aterrado: "Escuchá, escuchá. Escuchá cómo cambió el ruido de las turbinas"

Pero también es cierto que es un conspirador muy experimentado. Si dice que andan por acá, deben andar por acá. Además, ¿de qué me extraño? Sabemos que se mueven por el exterior y tienen conexiones policiales en varios países. Los cubanos dicen que los servicios argentinos son de los más audaces para operar en el extranjero. Nos consta que han operado y van a volver a operar fuera del país. Por suerte, México no les resulta propicio. Por suerte, no los aman en la todopoderosa Secretaría de Gobernación, donde nosotros sí tenemos amigos. Rodolfo Puiggrós es "cuate" del secretario Jesús Reyes Heróles y del subsecretario Fernando Gutiérrez Barrios. Especialmente de Don Fernando, el Edgar Hoover mexicano. El hombre que maneja los servicios locales desde hace más de veinte años. Al que una parte de la izquierda mexicana odia y señala como represor, pero al que Fidel Castro recuerda siempre como el protector que se hizo el distraído cuando salieron con el *Gamma* de Veracruz.

La parábola de Puiggrós en México es bien curiosa. El Viejo Rodolfo vivió en este país surrealista cuando el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz y fue uno de los fundadores del diario *El Día*. No hay cantina que no conozca Rodolfo, especialmente las más folklóricas: esas que aún conservan una canaleta en la barra para que uno pueda mear mientras bebe, sin molestarse en ir al baño. Esas donde todavía hay un cartel que reza: "Se prohíbe la entrada a mujeres, animales y uniformados". En 1968, cuando la masacre de Tlatelolco, el entonces secretario de Gobernación, Luis Echeverría, echó a Puiggrós del país en menos de 24 horas. Seis años más tarde, en 1974, el mismo Echeverría, convertido ahora en el Señor Presidente, lo recibió con un abrazo como perseguido de la Triple A. El propio Puiggrós cuenta estas curiosas mudanzas del destino frente al whisky doble que el mozo de la cantina le trae en una taza de café con leche, para burlar la vigilancia de su esposa Delia, que lo controla desde la vereda.



Tulio Valenzuela. El trágico destino de “lucho”, el militante que hizo abortar la “Operación México” del general Galtieri, al costo de la vida de su mujer, Raquel Negro, y, finalmente, de la propia. Abajo: la quinta de Funes. Fui a ver con mis propios ojos el escenario que relaté en *Recuerdo de la muerte*.

Alberto Gentilcore Página 12



Gracias a Puiggrós hemos establecido una relación cordial (aunque inquietante a veces) con el segundo de Gutiérrez Barrios: el licenciado Galindo. Un tipo alto, rubio (“güero”, como dicen acá), superficialmente amable, pero en el fondo más peligroso que esos policías gordos y morochos, a quienes la “pistola escuadra” les navega sobre los rollos. “Cualquier problema, hay que arreglarlo con el licenciado Galindo”, es el

amable consejo de Gutiérrez Barrios. Consejo que por otra parte seguimos bastante a menudo, porque los integrantes del Movimiento Peronista Montonero, constituimos la mayoría del exilio; hay mucho compañero que se manda cagadas y la conducción (como dice el Pepe Firmenich) debe ejercer un “poder de policía” sobre sus propias huestes. Hay muchos indocumentados, donjuanes que se meten con chicas mexicanas de buena familia, irresponsables que fotocopian manuales bélicos en cualquier papelería y otros percances.

El Loco y yo somos los encargados de ir a Gobernación a poner la cara por todos, para pedir concesiones, liberar compañeros o rogar que no deporten a más de un irresponsable. Hace poco el licenciado Galindo nos tiró un mensaje por el radio llamada y nos citó a Gobernación a las doce de la noche. Por el horario intuimos que la mano venía fulera. Una vez en su despacho, nos extendió una hoja de papel donde alguien había escrito a máquina una lista inverosímil de armas largas. “¿Ustedes compraron esto?”, preguntó gélido. Ni Galimba ni yo sabíamos realmente de lo que hablaba y negamos con sinceridad. Eso, en vez de calmarlo, le provocó una furia helada, humeante como el hielo seco. “Si ustedes no saben, mejor no vengan más” Quedamos en averiguar directamente con Firmenich y los compañeros de la conducción. Entonces soltó una terrible advertencia, que demostraba, de paso, que era un tipo políticamente culto y no simplemente un licenciado que iba a la manicura a cuidarse las uñas. “Miren: ustedes viven clandestinos en México; usan autos alquilados; no le dan su teléfono ni a Gobernación; a varios (usted y usted, por ejemplo) les permitimos andar armados. Concesiones que no le hacemos a ningún servicio secreto de la Tierra. Y lo hacemos porque nos simpatiza su lucha contra la dictadura de Videla. Pero todo tiene un límite: recuerden que los sirios eran los mejores amigos de los palestinos... hasta que dejaron de serlo”.

Salimos con la frase clavada en la espalda, pero reconocemos que tiene razón. Hay que tirar la bronca con el Pepe. Algunos compañeros parecen ignorar lo que es un Estado fuerte como el mexicano.

Ahora se hará necesario entrevistar a Galindo para saber si anda o no la patota por estos lares.

(México, 11 de enero de 1978)

No hizo falta consultar a Galindo para saber si habían llegado los horribles. Hoy a la tarde pasé por nuestra sede de la calle Alabama, para buscar unos papeles en la Secretaría de Prensa y llevarlos a casa. La vieja casona colonial estaba solitaria y en penumbra; aún no habían caído las hordas de la JP que la pueblan y enloquecen hasta bien entrada la noche. Ni bien traspuse el arco de la planta baja, salió el Tío a prevenirme que había un compañero muy importante, que venía del país y quería hablar conmigo para conectarse con la Conducción Nacional. El Tío daba fe de que era un compañero y no un espía. Le creí y me acerqué al comedor, donde el compañero (a quien no conocía) esperaba, nervioso.

Es delgado, tiene un rostro agradable, de facciones regulares, con un jopo negro

que le cae sobre la frente. Pero se lo ve mal, con un color grisáceo. El me conocía y se presentó como Tulio Valenzuela, el jefe de la Columna Rosario. Cuando el Tío nos dejó solos, me dijo sin mayores rodeos:

– Me tenes que enganchar urgente con el Pepe o alguien de la Conducción, porque ha venido una patota para secuestrarlo o asesinarlo acá en México si no se lo pueden llevar.

Debí poner una cara muy especial, porque agregó en voz muy baja.

– Tenés que creerme. Yo lo sé... porque vine con ellos.

OPERACIÓN MÉXICO

(17 de enero de 1978)

Estamos sentados frente a frente en el umbrío comedor de Alabama 17, la vieja casona colonial de la Colonia Nápoles convertida en Casa de los Montoneros en México. El compañero delgado y pálido que acaba de llegar de ultratumba, ha logrado inquietarme. El escenario, que alguna vez pudo cobijar una cinta de Jorge Negrete, debiera tornar surrealista la increíble revelación, pero la sombra siestera que difumina las paredes vuelve verosímil la confesión de Tulio "Tucho" Valenzuela.

Observo su modesta campera de plástico azul, sus ojos marrones que ordenan, ruegan y por momentos retroceden hacia la intimidad de una historia inédita y terrible y no sé qué pensar. Me muevo entre la corazonada y la cautela racional. Hace un tiempo tuve que lidiar con un "chupado" que salió al exterior: un militante que se pasó de bando y vino a México como espía del Ejército. Lo vi en una fuente de sodas y me tuve que hacer el tonto. El también parecía normal. Fue una sensación espantosa. Recordé aquella serie de *Los invasores* donde los "alienígenas" se metían en los cuerpos de los terrestres y sólo eran reconocibles por un meñique deforme. Lo malo es que no hay señas físicas que diferencien al compañero leal de aquel a quien los horribles le robaron el alma. El traidor viste, habla y carraspea igual que antes y cuesta encontrarle ese gesto delator que, según Sarmiento, Facundo descubriría al toque cuando un gaucho mentía.

Sin embargo, si es un traidor que viene a infiltrarse, ¿por qué me avisa que llegó con la patota? Le bastaría con pedirme que le arme una cita con Pepe, sin aclarar que trae a los asesinos a la cola.

Valenzuela va soltando a ramalazos inconclusos los títulos de la historia. Fue secuestrado en Mar del Plata junto con su compañera María (Raquel Negro) y su hijito Sebastián. María (que está embarazada) y Sebastián han quedado como rehenes en una quinta que el Segundo Cuerpo de Ejército tiene en el barrio residencial de Funes, en las afueras de Rosario. Constituyen "la garantía" de que él va a entregar a Firmenich, vivo o muerto. Una operación que conduce el general Galtieri y aprobó el propio general Videla, porque quieren acabar con el "centro de gravedad de la Organización" antes del próximo Mundial de Fútbol. Y para eso cuentan con algunos ex compañeros, que cayeron hace meses en poder del Ejército, pero siguen funcionando como montoneros, para espiar a la organización a la que pertenecieron. Me estremezco al recordar la comparación mental que recién hacía con *Los invasores*. Allí están los cuerpos a los que se vació y usurpó el alma mediante el terror, en una quinta confortable con piletas y asados. Como las casas de recreo que usaron los nazis cuando intentaban seducir a ciertos espías soviéticos de gran talento, como los de la Orquesta Roja. Esta es la versión criolla de la Orquesta Roja y en ese cuadro Tucho podría parecerse a Leopold Trepper, el hombre que engañó a Müller, uno de los cerebros de la Gestapo. Salvo que en este caso, el engañado es el general Leopoldo

Fortunato Galtieri, jefe del Segundo Cuerpo de Ejército y segundo en la línea sucesoria de Videla. Aunque diste de ser “un cerebro”, en la Argentina militar representa mucho más que un Gestapo-Müller; es casi un Himmler o un Goering.

Si la historia es cierta, no hay que perder ni un minuto. Pero tampoco puedo decirle a Tucho que lo voy a contactar de inmediato con la Conducción. ¿Si no es Trepper, sino un invasor?

Hago una vaga promesa: la respuesta le llegará a través del Tío. Lo mejor es que se quede ahí y no se mueva mucho para no despertar las sospechas de los tres milicos y un compañero quebrado (Nacho Laluf) que viajaron con él desde Rosario y se alojan en dos hoteles de esta ciudad. Me mira con una mezcla de ruego y triste desconfianza y me extiende una mano sudorosa.

Si la historia es cierta, Tucho podría estar condenando a muerte a su mujer María, al pequeño Sebastián y al bebé (o los mellizos) de seis meses que María tiene en el vientre. Galtieri no le va a perdonar nunca que se haya hecho pasar por traidor para venir a México y avisarle a Firmenich que los invasores de Rosario han hecho un plan para secuestrarlo y quebrarlo, para que presida una conferencia de prensa de arrepentimiento antes del Mundial; o dejarlo seco en una calle de México si no se lo pueden llevar. ¿Se da cuenta de lo que va a ocurrir? ¿O piensa que basta con avisar y nadie hará pública la historia de esta conspiración?

Salgo al *smog* del DF confundido y abrumado. Me fijo a ver si me siguen los hombres de Galtieri. No veo nada raro.

Comienzo a llamar desesperadamente al teléfono de control pero Pascualito, el asistente de Pepe, tarda en responderme. Cuando varias horas después me encuentro con él ya está al tanto de la sigilosa invasión: en el ínterin el Tío conectó a Tucho con uno de los segundos del Loco Galimberti y la Conducción ya sabe todo. Mañana por la mañana, a primera hora, debo encontrarme con el Loco Galimberti que ha quedado a cargo de la respuesta a la Operación México.

(México, 18 de enero de 1978. Por la mañana)

Me veo con Galimberti en un espantoso restaurante del centro que por suerte está vacío. Toma jugo de naranja y despotrica contra la Conducción que, según él, nos ha dejado solos a cargo de esta mierda. Las viejas heridas de Columna Norte no se han cerrado, brota el resentimiento: “¿No sentís que los jefes nos tiraron el paquete? Pepe y Carlitos están guardados en la embajada de Cuba. Carlitos (Perdía) y el Lauchón (Mendizábal) dejaron tres cassettes. Uno es para los dos, otro para mí y otro de Carlitos para Tucho que tiene que hacer la denuncia pública sí o sí. Para joder a los milicos, pero también para probar que no viene infiltrado. Hay que organizar una conferencia de prensa con muy pocos periodistas (tres o cuatro) y recién después avisarle a Gobernación para que no nos impidan hacer la denuncia. Eso está a tu cargo. A mí me toca la parte militar” Hace una pausa melodramática, carga la pipa, baja la cabeza hacia la mesa y propone: “Escuchá la cinta de Mendizábal. Es para mí y

me arrestarían si supieran que te la hago escuchar, pero fijáte bien lo que nos ordenan hacer...”

Escucho. Ojalá no hubiera escuchado. Siento que se me va la sangre del cuerpo. Miro con náuseas el hule de la mesa. Nunca en mi vida he rogado con tal fervor que alguien acepte dar una conferencia de prensa.

LA CONFERENCIA DE PRENSA

(México, 18 de enero de 1978)

La vieja casona mexicana de Alabama 17 está en pie de guerra, esperando el ataque de los comandos de la dictadura. Jóvenes de la Juventud Peronista montan guardia en el jardín delantero, en el balcón del primer piso y frente al cuarto donde el Loco y yo estamos encerrados con Tubo Valenzuela.

En la habitación devastada, que alguna vez fue dormitorio de nuevos ricos mexicanos, Tucho escucha la cinta que le manda el Número 2 de Montoneros, el Pelado Carlitos (Roberto Perdía). Está pálido, cabizbajo y el mechón de pelo negro que le cubre la frente danza delante de sus ojos en un movimiento pendular de angustia. Aún falta para la conferencia de prensa que demostrará si es un compañero leal que desbarató la operación para asesinar a Firmenich o es un quebrado que se pasó al bando enemigo. Yo no tengo dudas, no me hace falta que Tucho desnude la Operación México para intuir que es un hombre valiente, que atraviesa el peor momento de su vida. Allá en Funes han quedado como rehenes su compañera "María" (Raquel Negro) y su hijito Sebastián. María, además, está embarazada de seis meses y Tucho cree que son mellizos. Todas esas vidas amadas han quedado bajo el poder total del comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, ese general Galtieri que se imagina a sí mismo ante las cámaras, presentando a un Firmenich prisionero y vencido que capitula antes del próximo Mundial de Fútbol. Si Tucho lo "traiciona" y denuncia la Operación México Galtieri puede bajar el pulgar sobre María, Sebastián y los mellizos.

En un sórdido hotel del centro, el Mayaland, espera el "Nacho" Laluf, un ex montonero que colabora en serio con los hombres del Ejército. En otro hotel aguardan noticias de Tucho los agentes del Segundo Cuerpo: el capitán Sebastián, el teniente Daniel y el siniestro civil que responde al alias de Barba. En aguantaderos desconocidos para Tucho, se preparan otros militares argentinos. Si logran secuestrar a Firmenich lo llevarán cloroformado a un avión de la Armada estacionado en el aeropuerto internacional Benito Juárez.

Aún no hemos hecho la denuncia oficial. Hablaremos con el gobierno mexicano después de la conferencia de prensa.

La voz metálica del Pelado Carlitos sigue emergiendo del grabador. Explica didácticamente, sin aparente emoción:

—El problema de tu compañera y la chica...

Tucho salta de la silla; una sonrisa feroz le tajea el rostro: —No le digás chica a Sebastián.

Cambiamos una mirada con el Loco Galimberti. La escena me angustia, pienso que la guerra sucia y sin cuartel que libramos puede deshumanizar a más de un comandante. Me digo que si la deshumanización llegara a ser total, la lucha dejaría de tener sentido, porque el enemigo nos habría moldeado a su imagen y semejanza. Por suerte no es así: Tucho, que es también un comandante, asiente silenciosamente al concluir la cinta. Acepta el cáliz, está dispuesto a dar la conferencia de prensa que puede costarle la vida a los seres que más ama en el mundo. Y a otros compañeros que han quedado en Funes como rehenes y no son traidores. Allí está, por ejemplo, mi gran amigo el “Pelado” Jaime Dri, que fue secuestrado por las Fuerzas Conjuntas en Uruguay, llevado clandestinamente a Buenos Aires y a la ESMA y “prestado” por Massera a Galtieri. Según Tucho es un leal, que pudo haberlo cantado y no lo hizo. También la vida de Jaime depende de la decisión que se está tomando en este cuarto despojado, que alguna vez fue dormitorio de nuevos ricos mexicanos.

Nos abrazamos con Tucho y pasamos a un salón de este mismo primer piso. Allí aguardan algunos miembros del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, algunos compañeros de la oficina de Prensa y los cuatro periodistas que he seleccionado para la estratégica conferencia. Tres son argentinos y militan en el MPM. El cuarto es un amigo mexicano, Luis Alberto García.

Cuando el Loco comienza la presentación, ocurre uno de esos incidentes estúpidos que se cuelean hasta en las situaciones más dramáticas: el “Pelón” Pompeya, uno de los militantes de prensa que tiene a su cargo grabar la conferencia, se equivoca de botón e inunda la estancia con las estridencias de *Boogie-boogie*, un tema de moda.

Valenzuela relata con sobriedad cómo fue secuestrado en Mar del Plata, junto con su mujer y el pequeño hijito de María, su traslado a la quinta de Funes (en las afueras de Rosario) y la terrible sorpresa que lo esperaba en ese centro clandestino: algunos de sus lugartenientes se habían pasado al enemigo y planeaban actuar sobre la Conducción Nacional en el exterior. Relata también cómo simula quebrarse y pasarse de bando para venir a México y desbaratar la maniobra, en doloroso acuerdo con María, que permanece como rehén del general Galtieri.

Estamos todos perplejos. Me imagino el diálogo entre Tucho y Galtieri, cuando el prisionero engaña al general y lo convence de que es Rommel y va a facilitar la captura de Firmenich (supuestamente Hitler) como una forma de acortar la guerra y salvar vidas.

Cuando concluye la rueda de prensa, algunos miembros del Consejo Superior marchan a Gobernación a informar al gobierno mexicano. Ignoran todavía lo que sabremos pocas horas después: que mientras Tucho denuncia, ágiles agentes de Gobernación caen sobre los hoteles y se llevan de los pelos a los enviados de Galtieri.

Antes de que salgan los periodistas, evacuamos el local con el protagonista, al estilo Galimberti: con gran despliegue de autos y fierros. Tucho sube a un Chevrolet color naranja y se sienta en el medio del asiento trasero, escoltado por un compañero de la JP y por mí. El Loco se ubica junto al chofer para conducir el repliegue.

– ¡Bajen los vidrios! – vocifera Galimberti. Luego se vuelve hacia Tucho, que ha sido virtualmente un prisionero hasta ese momento, y le dice, marcialmente:

– Mayor Valenzuela, solicito autorización para continuar con la operación.

Tucho sonríe amargamente.

– Dale, Loco, no rompas las pelotas. Hací lo que tengas que hacer.

Galimberti, para que “el compañero se sienta plenamente confiado”, le entrega una Browning 9 milímetros, que Tucho agarra sin comentarios. A una señal del Loco se abre el negro portón de Alabama 17 y el auto que nos precede arranca con grandes chillidos de gomas, seguido por nuestro vistoso Chevrolet. Tucho, con la mirada perdida en el infierno, acaricia esa pistola a la que el Loco le ha hecho limar el percutor. La extraña caravana se pierde en la noche de Tenochtitlán.

EL DESTINO DE TUCHO

(México, 18 de enero y días subsiguientes)

El auto se detiene en la calleja solitaria. Es medianoche pero parece como si fuera de madrugada: así es por las noches esta megalopolis campesina. Mantenemos el alerta al bajar del Chevrolet naranja aunque es evidente que los agentes del general Galtieri no nos siguen. (No lo sabemos aún pero a esa misma hora los agentes están en los “separos” policíacos de la ciudad, recibiendo una dosis menor de la medicina que ellos suelen aplicar. No lo sabemos aún, pero no han tardado ni media hora en quebrarse y cantar.)

Ingresamos a un edificio mugriento del centro y subimos por la escalera hasta el piso donde se realizará la filmación. Una vez en el sórdido departamento de dos ambientes con lamparitas que cuelgan de cables mugrosos, Tulio Valenzuela repite el relato que ha hecho cuatro horas antes en la conferencia de prensa. Está cansado, pero más emocionado que en el local de Alabama. La cámara de los compañeros registra documentos muy valiosos: el pasaporte falso a nombre de Jorge Raúl Cattone. El pasaje a nombre de Cattone que le compró el Segundo Cuerpo de Ejército en la agencia de viajes D. E. Johnstone de Rosario, con el cual viajó sucesivamente a Brasil, Guatemala y México. Sobre la misma mesa, devorada por la carcoma y las quemaduras de cigarrillos, hay una instantánea en colores de María y el pequeño Sebastián sentados al borde de una piscina. Tucho advierte que estoy mirándola y me aclara que fue tomada allí, en la quinta de Funes, donde la traición y la lealtad, donde la muerte y la vida, juegan en este mismo instante su máxima pulseada. Para un espectador desprevenido podría parecer la foto de una mamá embarazada, sentada junto al agua turquesa de la pileta, acompañada por su hijo. Una imagen pacíficamente pequeño burguesa, de las que un papá viajero lleva consigo para recordar a sus seres queridos; sólo que el agua de esa piscina está envenenada por el

terror y la madre y el nene ya pueden estar fuera de este mundo, a causa de la heroica denuncia que ha hecho el padre. Por orden secreta del general con pinta de abuelo que le ha dicho a Tucho, en esa misma quinta de Rosario: “Nadie es detenido, hecho desaparecer, muerto o puesto en libertad sin orden expresa de un comandante de Cuerpo de Ejército. El poder de decisión sobre la detención, la desaparición, la ejecución o la libertad de todos los habitantes de la jurisdicción del II Cuerpo, la concentro en mis manos y ninguno de mis subordinados, *ni nadie* realiza acciones represivas al margen de mis órdenes”

En las horas febriles que siguen a la filmación, el todavía oficial mayor de Montoneros Tucho Valenzuela, jefe de la Columna Rosario, le escribirá una carta a ese general Galtieri, al que ha conseguido engañar con una formidable maniobra de contrainteligencia, evitando que la dictadura logre secuestrar o asesinar a Mario Firmenich. Es una carta que parece arrancada de las páginas de Dumas, por la nobleza excepcional, cuasi anacrónica, del corresponsal y su visión romántica de la sucia guerra que lo ha elegido como víctima e involuntario victimario de los que más ama en el mundo. Tucho le escribe de general a general, aun a sabiendas de que la columna bajo su mando está destrozada, que varios de sus jefes se han quebrado y pasado al enemigo.

Y le pide un favor que el todopoderoso comandante no le hará, porque carece de los huevos que le sobran a su prisionero: “Yo no puedo impedir que mi compañera Raquel Negro y mi hijo Sebastián sean fusilados, si es que no lo fueron ya. Si usted o cualquier otro jefe militar da esa orden, yo le pido que antes de su ejecución, Ud. tenga el coraje de leerle esta carta y de transmitirle que los Montoneros estamos orgullosos de su heroísmo, que ha sido el ejemplo más alto de conducta en lo que va de esta guerra, que el pueblo la recordará para siempre. En el plano personal le pido que le transmita que la quiero más que nunca y que jamás los olvidaré. Sin ella y su excepcional conducta, la maniobra no hubiera sido posible, hubiéramos sido derrotados, y yo no habría conocido este año de felicidad personal que pasamos juntos”

Es hermosa, sí, la muchacha embarazada de la foto.

El ventarrón de la Operación México pega para todos lados. El secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, cita de madrugada al encargado de negocios de la embajada argentina y lo conmina a sacar “ya mero” a sus asesinos del país o “llevárselos en caja de pino” Su segundo, el subsecretario Fernando Gutiérrez Barrios, nos advierte que Tucho también debe abandonar México en veinticuatro horas y nosotros no podemos seguir haciendo ruido con el episodio (en el diario *Uno más Uno* se ha publicado la conferencia de prensa y un curioso diálogo entre el periodista Germán Ramos Navas y una persona que atiende el teléfono en Funes y admite ser el general Galtieri, pero que después sabremos que es un teniente coronel que se hace llamar “Señor Jorge”).

Firmenich y Perdía dejan en secreto el territorio mexicano e instalan la sede de la Comandancia Montonera en La Habana. Allí recala finalmente Tucho y el

compañero que lo custodia, tras un breve periplo por la inevitable Praga.

{México, marzo de 1978}

No he visto la película que filmamos con Tucho aquella madrugada de enero. Pero acabo de recibir un videocassette realizado en esa Comandancia que imagino –acertadamente– en un viejo edificio blanco de los años cincuenta, en algún lugar del Malecón. En el video, que muestra a Tucho y al salvado Firmenich, percibo a primera vista un detalle que me alarma: el hombre que vino de Funes ya no luce las insignias de oficial mayor sino las de subteniente. La explicación es sencilla, viene rápido y me llena de indignación: Firmenich, Perdía y Yager lo sometieron a juicio revolucionario y lo degradaron por haber “violado la doctrina del partido en materia de comportamiento frente al enemigo”.

– ¡Pero Tucho les salvó la vida, carajo! –exploto en reunión de ámbito. Mi responsable me mira con una sonrisa paternal, consciente de mi debilidad ideológica e insiste en la bondad del fallo.

Para las mismas fechas se establece el tratamiento de usted con el superior, se diseña el uniforme oficial montonero (que según Galimberti recuerda el de los Bomberos Voluntarios de la Boca) y las insignias correspondientes a las distintas jerarquías.

NOTAS

(México, mayo, junto de 1978)

Intenso trabajo en relación al Mundial. No es fácil explicar nuestra posición en la materia. Por un lado, apostamos a que el Mundial se realice y Argentina gane, lo que a la izquierda (argentina y europea) le parece absurdo, porque de este modo – dicen – le hacemos el caldo gordo a la Junta Militar. Tampoco se entiende bien que Montoneros vaya a operar en esos días, pero no contra los estadios y mucho menos contra las concentraciones de los equipos. Nada más alejado de nuestra cabeza que generar una imagen en Europa tipo Munich. Eso podría dañar de manera irreversible nuestras relaciones con la socialdemocracia (Olof Palme, Willy Brandt, Felipe González, etc.).

Con Carlón hemos tenido largas reuniones de planificación. Él es mi responsable partidario y más de una vez esta suerte de doble pertenencia (al Partido Montonero y al Movimiento Peronista Montonero) genera importantes contradicciones. En este caso estamos de acuerdo. La idea es utilizar la Copa para que el periodismo mundial pueda revelar lo que está sucediendo en Argentina. Porque, a diferencia de lo que ocurre con Chile, la comunidad internacional ignora la índole sanguinaria de la dictadura argentina. Hay mucho laburo por delante, dentro y fuera del país. Pero eso es bueno, ya me estaba agotando la paciencia la tarea de llevar el libro de actas y diseñar el papel membretado.

Buen trabajo del Pelón Pompeya en diseño. A la compañera Norita le quedó bárbaro el gauchito montonero que reemplaza al gauchito oficialista del EAM 78. Nuestro gauchito, con su lanza tacuara, presidirá todos nuestros impresos. Especialmente las decenas de miles de obleas que meteremos de contrabando en el país. Las consignas que acompañan al dibujo son nítidas:

Argentina campeón: Mídela al paredón

El lema general de campaña:

Este partido lo gana el pueblo

La campaña está muy diversificada. Ayer grabamos en un estudio local los mensajes de Radio Liberación. Un genial invento de la electrónica montonera que interfiere en ciertas zonas predeterminadas las emisiones de televisión. O sea: cuando los vecinos de Mataderos (por ejemplo) pongan la tele para ver el partido inaugural, seguirá la imagen pero en lugar del sonido original entrará de sopetón la voz de nuestro locutor oficial (el Guille) anunciando:

Atención, atención, transmite Radio Liberación,

Voz de Montoneros

Luego la marchita y un mensaje, no excesivamente largo para que el radiogoniómetro no le dé la cana al móvil montonero desde el que se hace la transmisión.

Hay cualquier cantidad de impresos, en distintos idiomas, para los miles de periodistas que van a cubrir el evento. Y fixtures para los espectadores de los distintos países con informaciones sobre lo que está ocurriendo en el país. Sobre lo que ocurre, por ejemplo, a pocos metros de la cancha de River, en la Escuela de Mecánica de la Armada. El lema:

Cada espectador del Mundial, un testigo de la Argentina real

Las cosas vienen bien: hemos logrado conseguir un ejemplar del plan de relaciones públicas que la agencia yanqui Burson Marsteller hizo para la dictadura argentina. El plancito, que según nuestras fuentes, le costó al erario público un millón de dólares, contiene una serie de recomendaciones idiotas o perversas. Entre las segundas destaca una lista de periodistas coimeros de todo el mundo que piensan invitar para demostrar que la Argentina militar es el reino de la felicidad.

Hay tipos de grandes medios mundiales, como el *Times* de Londres. ¿Quién diría que haya anglosajones corruptos, no? Ya le pasamos copias de este documento a un grupo de periodistas y medios amigos de los distintos países. Todos lo publicaron de manera muy destacada. Poniendo de relieve la clientela de la Burson Marsteller que también incluye a demócratas como Papa Doc Duvalier.

Me la paso cruzando el Atlántico para coordinar con el otro secretario de prensa, Juan Gelman, que maneja la difusión en Europa. Juan, además, va a entrar clandestinamente al país, para servir de guía a ciertos periodistas importantes que pretendemos conectar con cuadros y militantes en el territorio. En la prensa mexicana he seleccionado a un gran periodista, Julio Scherer, que fue director del *Excelsior* y ahora edita el semanario *Proceso*, el único medio del país que se atreve a pegarle al PRI. Le paso la cita con Scherer, que será en el restaurante Otto de Coronel Díaz y Juncal. Juan me pregunta cómo hará para reconocerlo y le contesto: "Muy fácil, es idéntico a Bob Hope"



ARGENTINA '78
PROGRAMA DE JUEGOS Y SEDES
 Este fixture habrá de resultarles útil. Conservele. Líbrelo a Argentina. Pero lo importante es que después usted lo "olvide" allí.

Programa de Juegos y Sedes

Este programa fue elaborado con fines de referencia para guiar al aficionado de la Copa y no como un programa de trabajo. El MPM se reserva el derecho de modificarlo en cualquier momento y sin previo aviso. El MPM no se responsabiliza por los errores de imprenta que pudieran aparecer en este programa. El MPM no se responsabiliza por los errores de imprenta que pudieran aparecer en este programa. El MPM no se responsabiliza por los errores de imprenta que pudieran aparecer en este programa.



"Argentina campeón, Videla al paredón".
 El MPM hizo su propia campaña de afiches, folletos y obleas sobre el Mundial '78.
 En páginas siguientes, con Silvia Berman y Ernesto Jauretche anunciamos el inicio de nuestro propio juego.

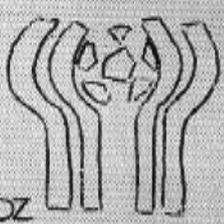
**este partido
 lo gana el pueblo**

**this game will be
 won by the people**

ARGENTINA CAMPEON



EL PUEBLO APOYA A LA
SELECCION Y REPUDIA A
VIDELA Y A MARTINEZ DE HOZ



Movimiento Peronista Montonero

PEGUESELA A VIDELA



**RESISTIR
ES VENCER**



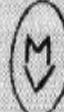
MOVIMIENTO
PERONISTA
MONTONERO

MOVIMIENTO PERONISTA
MONTONERO



ARGENTINA 78
DICTADURA 0

Venceremos



Reproducciones fabricadas en la Argentina con métodos rudimentarios
para enfrentar el aparato publicitario de Videla.

La conferencia de prensa de lanzamiento (aquí en México) fue un éxito total. Fuimos primera página de todos los periódicos, especialmente los deportivos. Buena cobertura en radio y TV.

Gran nota en *Proceso*. Scherer con Juan Gelman, el Cabezón Habegger y Armando Croatto en la más peligrosa clandestinidad.

Empiezo a diseñar las oficinas de prensa en Buenos Aires. Hay que hacerlo con sumo cuidado para no poner en peligro a los compañeros que mandemos. He tenido bastante éxito en la materia con una curiosa operación político-sentimental. Ocurre que Carlón se enamoró de una espectacular rubia mexicana, que en realidad es sueca y judía y a los compañeros de "Carolina Natalia" (CN), no se les ocurrió mejor idea que enviarla al país para probarla, porque la mujer de un jefe montonero tiene que afrontar una vida austera y heroica. Y me eligieron a mí (por prolijo o por boludo, no lo sé bien) para que la enviara con un compañero argentino que pudiera servirle de guía y cobertura. El germánico comandante Yager me lo ordenó en persona. Preparé todo cuidadosamente: "María" (tal su recién estrenado nombre de guerra) fue, estuvo un mes y volvió sin un rasguño. No me hubiera perdonado que le pasara algo y me pregunto también qué hubiera ocurrido en la cabeza del segundo comandante Carlón, si la bellísima sueca hubiera caído en manos de las fieras.

Nuestra ofensiva de prensa aprovechando el Mundial se empieza a notar. La dictadura se queja de "la campaña antiargentina" en el exterior y es bueno ver que ellos sangren por la herida. Pero hace tiempo que vengo acariciando un proyecto mucho más trascendente para romper el cerco informativo y la férrea censura que los militares han impuesto en el interior del país: una radio de onda corta que inunde el país con información, más que con propaganda.

Ya tengo experiencia en estas jugarretas: cuando era secretario de prensa del Frejuli y la dictadura de Lanusse nos cerraba el camino de la televisión y los radios, me dediqué a comprar espacios en emisoras de Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay para bombardear las fronteras.

Como el movimiento se demuestra andando, agarré a uno de los compañeros de prensa que trabajan en la base de Costa Rica y le pregunté si creía que era el país más adecuado para hacerlo. Entusiasmado me dijo que no veía otro mejor en el subcontinente y que nuestras relaciones políticas, tanto con la gente de Don Pepe Figueres como con la oposición social cristiana son óptimas.

En la segunda reunión saqué diez mil dólares de mi presupuesto y se los di para que pague el enganche del terreno donde levantaremos la antena. Perdía me reprochó la malversación y el apresuramiento, pero Carlón (que es un calentón) se entusiasmó, me apoya y sumó al equipo promotor al "Pepe 22", el genio de la electrónica que inventó los aparatitos de Radio Liberación. No voy a parar hasta que esa radio empiece a transmitir.

La euforia por el Mundial nos ha ganado. Fede tiene pegada al cuerpo la

camiseta argentina y todos (incluyendo al Gato, que ahora le dicen Bueli), Silvia y Flavia, quedamos afónicos frente al televisor. Ya se logró el Argentina Campeón... ahora falta lo más difícil.

No todo son rosas. Nuestro movimiento es una suerte de confederación político-ideológica donde coexisten como pueden historias personales muy distintas. Y a veces es difícil evitar la colisión. Aquí en México, por ejemplo, hay dos miembros del Consejo Superior que se odian cordialmente: Silvia Berman y Rodolfo Galimberti. Silvia detesta el estilo flamboyante y condotiero del Loco, le siente un tufillo facistoide que viene de sus años de Tacuara y piensa que en el fondo es un lumpen y un amoral. El Loco, por su parte, la ve como a la clásica psicoanalista judía, más cercana al liberalismo de izquierda que al nacionalismo revolucionario. Hasta ahora sus diferencias habían estado contenidas por la sacrosanta unidad, pero el otro día estallaron a raíz de una denuncia escrita contra Galimberti que le dejaron a Silvia. La denuncia fue formulada por un tipo de la colonia, uno de esos miles de argentinos que marcharon por su cuenta al destierro y que para el Partido son una manga de quebrados. Este "compañero", según Silvia, "babosa" según el Loco, acusa a Galimberti de haber seducido a una chica de quince años (muy cercana familiarmente al denunciante), regalándole ropa costosa e invitándola a los mejores restaurantes. El tema llega al Consejo Superior y se realiza una reunión donde Silvia Berman pierde de aquí a la China. Puiggrós, Obregón y yo mismo salimos a defender a Galimberti y a conjurar una crisis importante en el seno del Consejo. Cuando todos se retiran, Galimba me lo agradece con su clásico taconeo castrense. Silvia me llama a casa y me dice simplemente:

– Algún día me vas a dar la razón.

EL HOMBRE QUE REGRESÓ DE LA MUERTE

(Madrid, 16 setiembre de 1978, por la mañana)

Esta tarde me voy a encontrar con el hombre que regresó de la muerte. Ayer me dijeron que debía viajar con él a París para que haga una denuncia internacional con apoyo del Partido Socialista Francés. Tengo una curiosidad enorme y muchas ganas de verlo. Conozco al "Pelado" Jaime Dri desde hace muchos años. Es un compañero reflexivo, mucho más político que herrero, que organizó la JP en el Chaco. Hace unos días, en México, Josecito Lewinger me confidenció que el Pelado se había escapado de la Escuela de Mecánica de la Armada y que había logrado llegar a Panamá con apoyo del general Ornar Torrijos. Me alegré mucho por él y por todos nosotros. El Pelado es el segundo prisionero que se escapa de la ESMA y decide testimoniar. El primer fugado (que yo sepa) fue el "Nariz" Maggio, que el Partido dejó desaprensivamente en la Argentina y el Ejército acribilló en plena calle.

Ahora, el testimonio de Dri ante la prensa francesa puede ser clave para completar el aislamiento internacional de la dictadura que se fue consiguiendo a partir del Mundial. Otro pelado, Carlitos, me ordenó viajar a París con Jaime y, como al pasar, me dio una pésima noticia que trajo Dri desde el infierno: Tulio Valenzuela cayó en una cita envenenada y se tomó la pastilla de cianuro. Se cerró el ciclo.

Perdía, que es muy bicho, debió leer lo que estaba pensando, porque se apresuró a decir, con voz roña:

—No te preocupes que con Jaime no vamos a cometer el error que cometimos con Tucho.

Me niego a profundizar en los sentimientos y reflexiones que esta terrible noticia convoca. Prefiero concentrarme en la tarea que se avecina.

{Madrid, 16 de setiembre por la tarde}

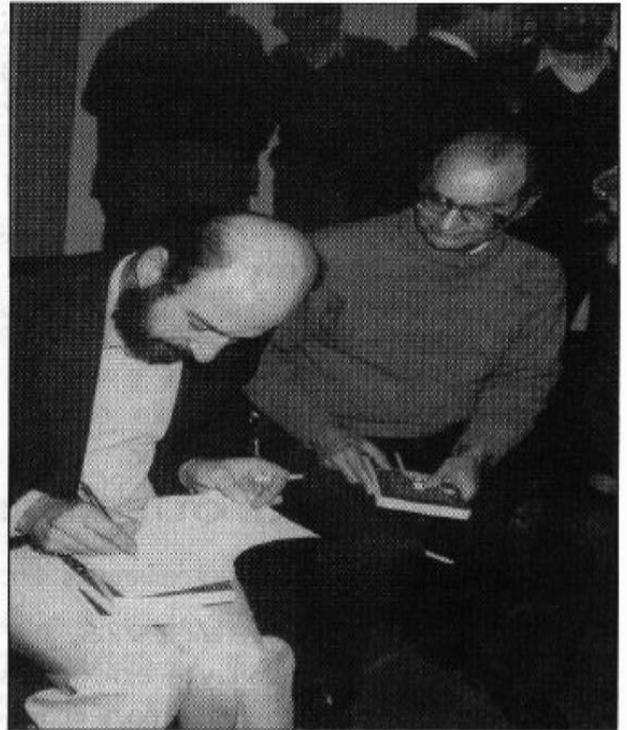
Frena un auto en una calleja del barrio de los Austria y baja un desconocido de melena negra que me abraza con emoción. Es el Pelado Jaime Dri, pero camuflado con una peluca y una barba candado. Al volante del auto alquilado, otro de los múltiples calvos que pueblan nuestra Organización: el Pelado José, el pintor que se hizo pesado y es asistente del comandante Yager. No me hace falta mirar mucho para adivinar que José está calzado y será el custodio de Dri hasta que todo esto haya terminado.

Cuando abrazo al Pelado, lo siento frágil y escucho que me susurra en el oído:

—Ojalá me hubiera muerto.



Hay pocos hombres que hayan regresado de muerte. Jaime Dri es uno de ellos. La dictadura lo secuestró en Uruguay, lo llevó clandestinamente a la ESMA y lo "prestó" a Galtieri. Varios edificios aparentemente inocentes escondieron el horror, como la Escuela Industrial "Osvaldo Magnasco" de Rosario.



Trato de aventar sus malos pensamientos, le recuerdo que es un héroe, uno de los pocos que han logrado fugarse de ese infierno, pero no consigo nada; adivino que los meses de simulación y coexistencia con el enemigo han dejado una mancha en el alma culposa de este *cristianuchi* que no hay Jordán que lave, ni siquiera el peligroso y decisivo Jordán de la fuga.

El Pelado José nos deja a solas y con Jaime nos metemos en una de esas cafeterías madrileñas que huelen a croqueta y pincho de tortilla. Allí, en la penumbra de la cafetería, nos hundimos una y otra vez en la penumbra de la ESMA: en Capucha y la Pecera. En el increíble submundo donde coexisten verdugos y víctimas, donde algunos compañeros (entre miles) han sido dejados vivos por alguna razón misteriosa que sólo el canalla de Massera conoce. Mañana viajamos juntos a París y sé que no pararé de preguntar sobre el Infierno. Y sobre ese diablo mayor que concentra mi atención: el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta, alias “el Tigre” (*París, 18 al 20 de setiembre de 1978*)

Habitamos el sórdido departamento de un colaborador en la no menos sórdida *banlieue* parisina. No hay casi muebles y sobre las altas paredes veo flotar, como en el *delirium tremens* de *Días sin huella*, los fantasmas que evoca día y noche el Pelado Dri. Lo que más me duele, me indigna, me aterra, me repugna y (debo admitirlo) me atrae morbosamente, es el terrible romance de la Lucy con el “Trueno” Pernías, el represor que asesinó a su compañero, el Monra. El Pelado José, con sus modales suburbanos, resume el abismo: “Que a vos te maten para que tu mujer se encame con el asesino” Pienso entonces que en la ESMA han hecho algo mucho peor que torturar militantes o arrojarlos al mar: a cientos de compañeros les han arrebatado el alma, los han convertido en muertos vivos. Y a otros –la minoría, por suerte– los han degradado, para colocarlos al nivel infrahumano de sus verdugos.

Con nosotros vive Florita, la mujer del Cabezón Habegger que acaba de ser secuestrado en el Brasil y va a participar con esa denuncia en la conferencia de prensa. El Cabezón ha sido negado por el embajador de la Junta en Brasil, el desarrollista Oscar Camilión. Y yo me digo que los militares no lograrían nada si no contaran con la complicidad de buena parte de la clase política.

Por las tardes viajo a París, a verme con los compañeros de la base local y con dirigentes del Partido Socialista Francés, para cuidar todos los detalles de la conferencia. Me encuentro con Ives Le Bas y con Leonel Jospin, el secretario de relaciones internacionales. Jospin es un tipo colérico –bien francés– pero indudablemente solidario.

Ayer me preguntó algo así:

–*Qu'est-ce que c'est le peronisme?*

Me vi un figurillas para explicárselo en mi francés del secundario. Aunque no sé si hubiera podido hacerlo en español. Con cortesía le dije que para él sería difícil entenderlo, porque era cartesiano y el peronismo, no. Le expliqué que éramos como

los árabes, que un día se besaban y al siguiente se cagaban a tiros. Dijo “¡u, lalá!” y me dejó solo en la oficina.

La conferencia se lleva a cabo con gran éxito en la sede central del Partido Socialista Francés y viene el propio François Mitterrand, que habla de los Montoneros como *“les combattants de la liberté”*. Al término, los propios custodios de Mitterrand, que son policías profesionales y socialistas, nos llevan al aeropuerto. Tienen un tamaño que desalentaría al Tigre Acosta y sus hombres. Se lo comento al jefe de la custodia, que es un gordito sindicalista y socialista. Le señalo al chofer, un orangután que roza con su cabeza el techo del auto y el gordito se sonríe orgulloso.

— *Oui, il est méchant.*

No sé si los de Massera fueron a Orly, pero nadie nos toca. Diría más bien que todo el mundo se pone súbitamente amable con nosotros.

Ya en el avión, el Pelado dormita y yo leo. Hemos cumplido la misión, pero mi cabeza vuelve una y otra vez al sótano de la ESMA.

EL PRIMER CISMA

(Roma, enero de 1979)

– ¿Sabés lo que me dijo Tucho en México? – pregunta el Loco.

– Que vos y yo éramos peores que Galtieri.

Y me mira, con sus ojos celestes, desafiantes, desde la cama de al lado. La frase me parece exagerada, la haya inventado él o se la haya dicho realmente Valenzuela. Pero contribuye a escarbar la herida.

Es la una de la madrugada y compartimos una misma habitación en el hotelucho suburbano al que nos llevaron los *compagni* del Partido Comunista Italiano. Mañana, si Firmenich aparece, comenzará una reunión importante del Consejo Superior del MPM, donde se tratará el lanzamiento de la contraofensiva popular en la Argentina. Han venido muchos militantes del país, como Jorge Gullo (hermano del Canca) y una compañera que ha trabajado con las Madres de Plaza de Mayo y la Comisión de Familiares, Thelma Jara de Cabezas.

Pero hay algo raro en esta demora del Pepe. Hay algo raro en el discurso de Galimberti. Algo que me hace entender por qué su pariente y segundo de toda la vida, el Vasquito Mourriño, nos puso juntos en la misma pieza.

Galimba insiste con lo de Tucho y luego pasa al tema de la novia de Carlón.

– ¿Te imaginás si mataban a esa muchacha?

Progresivamente va entrando en calor y comienzan las invectivas contra el Secretario General que no llega. Algo digo acerca de la necesidad de mantenernos unidos frente a la dictadura más sangrienta y el Loco estira los labios hacia atrás, como suele hacer cuando está por escupir una invectiva.

– ¿Y nosotros no tenemos nada que ver, eh? ¿Nosotros no hemos derramado sangre?



Tiempo de cismas. El primer hereje del MPM fue el Loco Rodolfo Galimberti, que rompió en febrero de 1979. Aquí está en sus tiempos de París, sin la clásica campera. Mario Firmenich, a quien vemos con uniforme sandinista en el triunfo de la revolución nicaragüense, pronto debería sufrir una nueva ruptura.

Luego se levanta, inspecciona un velador y unos jarrones que integran la modesta ambientación del cuarto y arranca la ficha del teléfono. Con el dedo índice traza un círculo en el aire para darme a entender que están grabando, que hay micrófonos.

Al día siguiente llega por fin Firmenich, que ha tenido un curioso episodio en Migraciones cuando todo parecía arreglado para que ingresara legalmente.

Comienzan largas, tediosas exposiciones sobre aspectos administrativos y una aproximación aún muy general al tema crucial de la contraofensiva. La reunión se vuelve dramática cuando Dri –el único de todos nosotros que conoce el infierno de la

ESMA — rinde su informe. Galimba, que no por casualidad se ha sentado al lado mío, me señala en voz baja al Pelado Dri, que luego de exponer sobre la situación moral en la que se encuentran los marinos, escucha el primero de los largos discursos que pronunciará Firmenich.

— Mirá la cara de ese hombre — susurra el Loco por lo bajo —. Ese hombre no cree en nada de lo que se está diciendo acá.

Un rato más tarde, será el propio Galimberti el que tomará la palabra, para realizar una crítica formal, sin importancia, que interrumpe dirigiéndose a Firmenich.

— Observo que el compañero secretario general ha fruncido el entrecejo — dice el Loco torciendo la boca en una sonrisa burlona —. Así que voy a poner punto final a mi exposición.

Firmenich explica después que la etapa de resistencia ya se agotó y que, por lo tanto, es necesario pasar a la contraofensiva para desalojar a la dictadura.

Por la noche, después de la cena y la pequeña fiesta que hacemos para celebrar el cumpleaños de Pepe y Dri en un salón agobiado de rasos rojos, el Loco vuelve a la carga.

Me cuenta que ha tenido una conversación a solas con Firmenich, que lo envía al país.

— ¿Y sabes lo que me dijo? — comenta mientras hurga en la cazoleta de la pipa —: “Espero que no pierdas, Loco. Espero no tener que autocriticarme por mandarte a la Argentina”

Fuma una pitada, como diciendo “¡qué tal!”, baja la cabeza, la menea, y comenta:

— ¡Es un monaguillo hijo de puta!

Ya de madrugada decido cortar todas sus insinuaciones:

— Loco, me siento como el coronel fulano, al que el general perengano le pregunta si puede contar o no con su regimiento de tanques.

Me mira. Los ojos azules han tomado el color y la peligrosidad de la plata vieja. Como siempre que se lo contraría, agrade.

— No te digo que des gritos en japonés, ni te pases el día haciendo gimnasia. Pero mirá cómo estás de mal a los treinta y nueve años.

— Andate al carajo, Loco. — Y apago mi velador.

La reunión prosigue al día siguiente y concluye, como era previsible, con la aprobación del plan de contraofensiva. Sólo que hay un aspecto, en el cual le doy la razón al Loco, y es que los consejeros del Movimiento no saben qué entienden por “contraofensiva” los cuadros del Partido Montonero. Que también integran el Ejército Montonero, una estructura que –por su propia naturaleza– no puede anticipar sus planes. Pero de cuyos aciertos o errores dependerá la suerte del Movimiento.

Aun así, a pesar de esta formidable reserva, no estoy dispuesto a sumarme a la conspiración de Galimberti. Porque ese estilo conspirativo, en el fondo, nace de una concepción muy similar a la que está criticando.

Después de la reunión de Roma nos instalamos en Madrid, donde deberemos estar algún tiempo antes de nuestro regreso clandestino a la Argentina.

Imitando a Juan Perón, la conducción de Montoneros, ha comprado un chalet de dos plantas en Puerta de Hierro, con la esperanza de que los visitantes del país vayan cayendo a presentar sus respetos. Parece un mal augurio, pero según el compañero José León Suárez (el primer exiliado peronista que llegó a España en 1956), esta calle Fernández Clausells aún no es plenamente aquel barrio residencial, sino otro más plebeyo que respondería al nombre menos prestigioso de Valdeconejos.

Como siempre, me ha tocado la ingrata tarea de reunirme con la policía local, para decirles que no pensamos operar en España y fijar domicilio legal en Fernández Clausells (aunque en realidad los Bonasso –Bueli incluido– vivimos en Virgen del Cortijo, una urbanización cercana a la carretera de Burgos).

Mi viejo proyecto de la radio de onda corta está funcionando a pleno, en San José de Costa Rica. Se llama Radio Noticias del Continente y está conducida por Carlos Suárez, Jorge Ornar Lewinger y el inefable Goyo que, por suerte, maneja las cuentas y no pasea sus ceceos y furcios por los micrófonos. Las emisiones están llegando bien al país en términos técnicos, gracias a la pericia de Pepe 22, pero el contenido –como suele suceder cuando meten la uña los cuadros del aparato– está perdiendo su carácter aparentemente objetivo. Si se avanza en ese camino van a comenzar las presiones del gobierno argentino. La radio, de cualquier manera, es muy útil y no solamente a nosotros, sino también a los sandinistas que la usan tanto para meter informaciones en la vecina Nicaragua como para mandar mensajes en clave a los combatientes del frente Sur. Yo figuro ante las autoridades migratorias españolas como corresponsal de Radio Noticias del Continente. Y también, por si las moscas, me he afiliado a la influyente asociación de corresponsales extranjeros.

En la planta baja del chalet de ladrillos amarillos, funcionan las oficinas de la “corresponsalía”, con télex de 75 baudios incluido. Con el “Griego”, un compañero medio facho que me ayudaba en México, y con mi primo político español, Luis N. (que no es para nada montonero) estudiamos un nuevo sistema de comunicación que está en vía de desarrollo: el telefacsímil. Este aparatejo, que se conecta con cocodrilitos a la ficha del teléfono, puede ser muy útil para comunicarme discretamente con la oficina de Buenos Aires, a cargo de un amigo crítico y sardónico, pero muy eficiente,

que hasta ahora manejó la prensa del MPM en Caracas: el Beto Borro.

En el piso superior hay un escritorio y un dormitorio permanentemente cerrados, reservados a Perdía o al propio Firmenich, cuyo ingreso legal a España será una de mis primeras negociaciones con la policía local.

Este es el escenario donde nos enteramos, a fines de febrero, del cisma que sacude a nuestra fuerza: la escisión que protagonizan Galimberti, con Gelman, Lily Masafarro, Pablo Fernández Long, el Vasquito Mouriño y otros compañeros. Escisión que se da a conocer con un suelto en *Le Monde* y rápidamente se multiplica en otros medios. Para mí no hay sorpresa: el Loco ha concretado lo que insinuó en la pieza del hotel romano. Lo único que me sorprende es que rompa en tándem con Juan Gelman, porque los veo como el agua y el aceite.

La reacción de "Carolina Natalia" es durísima: un comunicado del Partido Montonero firmado por los comandantes Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja, Yager, Mendizábal y Campiglia, acusa al capitán Rodolfo Galimberti (legajo N° 00583) y a los otros disidentes de los siguientes cargos: desertión, insubordinación, conspiración y defraudación. Y ordena iniciarles un juicio revolucionario. En el plano del Movimiento no hay "juicios revolucionarios" y la Mesa Ejecutiva del MPM se limita a ordenar la expulsión de los rebeldes.

UNA MISIÓN SUICIDA

(Agosto a noviembre de 1979)

Ya no hago comunicados de prensa, sino boletines necrológicos. Las caídas de la contraofensiva son en cascada. Mucho más gravosas para nuestras fuerzas que los golpes espectaculares realizados por las Tropas Especiales de Infantería (TEI) del Ejército Montonero. Además, lejos de lo que se esperaba, la cruenta operación contra el empresario Soldati, que dejó un grave saldo de compañeros muertos, ha causado más pavor que admiración en una sociedad aterida por tres años de feroz dictadura.

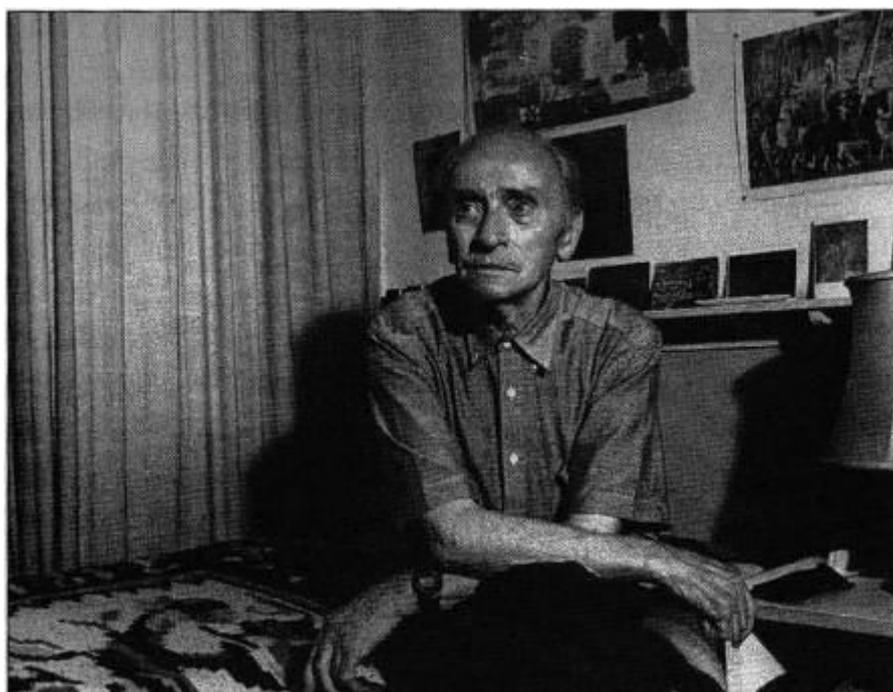
Pero insisto: lo más grave son las propias pérdidas: cuadros de conducción como Petrus (Horacio Campiglia) o el Lauchón (Horacio Mendizábal); el petiso Croatto que fue diputado de la JP; ese dirigente obrero clave que fue “la Chancha” (José Dámaso) López; un político admirado por Torrijos como el Gordo Julio; Jorge Gullo; un cuadro fundador como Adriana Lesgart; un bronce como María Antonia Berger y muchos más. Dicen que hemos perdido al 75 por ciento de los cuadros enviados por la CN al país. Con gran temor, algunos de los sobrevivientes, nos atrevemos a hablar entre nosotros. Es evidente que por este camino marchamos directo al desastre.

Ayer vino Carlitos y me convocó al despacho de la Comandancia en el piso de arriba. Con su escritorio adornado por dos banderitas argentinas, muy escolares. El Número Dos me anunció que debía ir en una misión especial al país, acompañando a un periodista de la revista *Interviú* que iba a realizarle una entrevista al comandante Raúl Yager (“Roque”), jefe militar de Montoneros tras la caída del Lauchón Mendizábal. Supletoriamente debía llevarle 30.000 dólares a don César Cao Saravia (un empresario amigo de Dardo y Armando Cabo, con muy buenos contactos militares) para que él nos ayudara a lavarlos y cambiarlos.

El costo de la Contraofensiva. Todos los días, en Madrid, como secretario de prensa del MPM, debía anunciar la muerte de un compañero, como Armando Croatto (Petete).



Mi Viejo, el Gato, un camino militante que arranca de Trotsky y culmina en la solidaridad con su hijo.



Seco, como cada vez que tiene que dar órdenes desagradables, el Pelado Carlitos me miró con sus ojos redondos, que hacen juego con la cara redonda y la calvicie, y aplastó un dedo índice grueso como una morcilla (un dedo de campesino balcánico) sobre los papeles del escritorio.

—Pero esta vez no habrá pasaportes europeos —advirtió el Comandante—, ni pasaporte con sosias (porque no tenemos). Habrá un pasaporte yuto, obviamente, pero con cualquier numeración.

El labio superior casi inexistente subsumió al inferior después de agregar:

—Tampoco hay infraestructura ni fierros. Como vas a estar limpio, podés ir a un hotel.

Se dio vuelta, para observar algo en la pared que yo no podía ver, hipnotizado como estaba por su cuello ancho y rojo.

—Así es la cosa —concluyó, dándose vuelta y volviendo a subsumir el labio inferior, como si ese gesto certificara que la cosa era así, una cagada que nadie quería pero qué le iba a hacer: yo, que era más conocido que Gardel, debía meterme en la cueva del lobo, con un documento de mierda, sin armas, sin aguantadero, para realizar una misión que ya se había conversado indiscretamente entre varios compañeros allá en Costa Rica, en la Radio Noticias del Continente y todo eso para ver al hombre que había hecho volar el país por el aire con los muchachos que venían de entrenarse en el sur del Líbano.

No sé cómo hice, pero no se me movió un músculo. Le agradecí que me hubieran elegido para la misión y quedé en informarlo sobre los detalles de mi partida y mi ingreso al país.

En cuanto llegué a Virgen del Cortijo llamé a Beto Borro a Caracas y le expliqué en la clave convenida lo que estaba pasando y lo que tenía que traerme. Perdía, mientras tanto, marchó a la Comandancia, en La Habana.

Mientras Beto venía, inspeccioné al periodista argentino de *Interviú* que había recomendado un personaje de Radio Noticias que no me caía muy simpático: el gordo Raúl Cuestas. Lo primero que me alarmó es que sabía con quién nos íbamos a entrevistar en el país, un dato que no necesitaba conocer si la nota era —como me la habían vendido— un encuentro con los Montoneros en la clandestinidad, sin detalles de filiación.

Pero más me alarmaron otras cosas. Fundamentalmente su pasaporte, que estaba lleno de sellos de Nicaragua y El Salvador. Simplemente esos sellos calientes podían darnos un dolor de cabeza en Ezeiza. Él no pensaba así, lo cual me alarmó más. El sudodicho pasaporte había sido librado por la Policía Federal Argentina en diciembre de 1977. Una fecha tórrida para alguien que, como él, estaba fichado en Córdoba por el asalto a un blindado que había realizado el ERP. Me lo explicó con un

dato que podía ser cierto, pero que no disipaba los nubarrones: un tío de su mujer, que era jefe de la delegación de la Federal en Córdoba le había conseguido la renovación del pasaporte.

—Te mandan al muere. No hay nada que hacerle, esta organización lo único que te asegura es un abono con Lázaro Costa —sentenció Beto Borro cuando lo fui a buscar a Barajas. Bajo, morrudo, con una nariz recta de procónsul romano y un cierto aire a Marlon Brando, el Beto es uno de los tipos más corrosivos y sardónicos que he conocido.

De entrada comenzó a despacharse contra la Conducción, a cuyos miembros considera más sargentos que generales y especialmente habló mal de los que tienen “apellidos sospechosamente croatas”

Pero no se limitó a charlar; había traído mucho más de lo que yo le había pedido: un pasaporte real de un amigo perfectamente limpio, tarjetas de crédito a nombre del mismo personaje y un contacto estratégico en Buenos Aires con compañeros del sindicato de Navales que me esperaban con una casa, fierros y vehículos para cubrir las citas.

—Ahora lo que tenés que hacer es decirle a la Conducción que vas a entrar por Foz de Iguazú, pero los vas a cagar y vas a venir por Venezuela, para seguir de ahí a Chile, por donde vas a entrar —sin que nadie lo sepa— al país.

Se tomó una pastilla, citó un pasaje del libro de Chandler que estaba leyendo y agregó:

—Lo único que falta es que te despegues del tipo de *Interviú*, que probablemente es una bellísima persona pero igual puede mandarte a la fosa. ¿Por qué no les proponés llevar a un gallego auténtico, que tire el pasaporte sobre el pupitre de Migraciones y eructe con olor a cantimpalo?

Me veo con la “Pastito” (Liliana Goldenberg), que es el cuadro de más alto nivel en la casa de Fernández Clausells y le cuento lo que averigüé acerca de la documentación de mi compañero de viaje. La Pastito es muy buena mina, pero no es precisamente un cuadro tolerante y se indigna por la “liberalada que estamos por mandarnos” Más que por mí, teme por Yager. Como intuyo que detrás de toda esta absurda operación puede encerrarse más de una trampa, no necesariamente militar, sino política, le hablo con brutal franqueza:

—Mirá. Yo no quiero ponerle peros a esta operación. Si la Conducción, pese a todo esto que vos le vas a informar, me quiere enviar con este tipo yo voy, para que nadie pueda decir que le saqué el culo a la jeringa. Pero yo quisiera hacerles una propuesta superadora: quiero elegir yo al periodista de *Interviú* que va a viajar conmigo. Y que sea un español. Nada más.

A la Pastito le parece perfectamente razonable y lo incorpora a su informe.

Pasan los días. Silvia, que está muy angustiada aunque lo disimula, me lleva a comprarme ropa y un maletín de ejecutivo. Beto parte mucho más tranquilo. Me esperará en Venezuela. Hemos ideado un dispositivo especial para sortear al periodista argentino si la CN insiste en mandarlo.

La respuesta no llega nunca.

La respuesta de "Carolina Natalia" llegó ayer y me la leyó la Pastito: la operación se suspende, porque Yager salió del país y está en viaje a La Habana.

Beto se ríe del otro lado del teléfono y yo no le pregunto por qué.

LA ÚLTIMA CENA

(Abril de 1980)

Llegamos a Managua para la reunión de Consejo Superior del MPM que logramos arrancarle a Firmenich. Como no quiso hacer congreso, ni siquiera reunión de comité central del Partido, lo tuvimos que correr por el costado movimientista. Los estatutos, que él mismo redactó, establecen que debe haber por lo menos una reunión anual. Así que no tuvo más remedio que concederla, salvo reconocer abiertamente frente a los viejos, que se caga en la instancia política de masas.

La llegada a la Nicaragua revolucionaria no puede ser más triste. En vez de venir a festejar el triunfo sandinista, venimos a discutir con nuestros compañeros. Que nos reciben en pie de guerra, vestidos de verde olivo y armados con fusiles Galil. Un despliegue pergeñado probablemente por el "Francés" (un representante del montonerismo galo que es más duro que los muchachos de Mataderos). Ridículo, aunque lo disfracen con la excusa de que hay que defenderse de los guardias somocistas y otros enemigos de la revolución que todavía andan por ahí haciendo lío.

Silvia Berman se indigna con gran razón cuando un asistente de Pepe intenta revisarnos las valijas. La secundo y le digo al soldadito:

—Tengo todo el derecho del mundo a la privacidad. A traerme una novela erótica o una bombacha de mi mujer. O somos compañeros o somos botones. Si nos vamos a tratar como botones nos volvemos al aeropuerto ya mismo.

El compañero suspende la discusión y se va con su uniforme y su despecho.

Al día siguiente, cuando arrancan las deliberaciones, el Secretario General me mira y pontifica:

—Hay compañeros liberales, que no se dejan revisar para no perjudicar su privacidad que va en detrimento de la seguridad estratégica de la Conducción.

Pido la palabra y replico.

— ¿Sabés que pasa, Pepe? Que antes tu seguridad valía para mí más que la mía propia, pero ahora no. Ahora valen exactamente lo mismo.

El debate es áspero, inacabable. En las pausas, Osvaldo Lovey, que está en el bando oficial, insinúa la bronca.

—Se pudrió, se pudrió.

Ellos piensan que la contraofensiva fue un éxito. Nosotros que fue un desastre. Es imposible llegar a una síntesis y Oscar Bidegain propone pasar a votación. Nos

ganan por un par de votos, pero el resultado político es terrible: en este segundo cisma, el Consejo Superior se ha partido en dos.

Al ver que ha ganado la votación, Firmenich juega una última baza con habilidad. Propone que nos separemos sin agravios públicos, para no hacerle el juego al enemigo. Pedimos un cuarto intermedio y pasamos a deliberar. Acordamos que es razonable y nos conviene a todos.

Soy el encargado de transmitirlo. Y el clima se distiende.

Después de la cena desaparecen los uniformes y los personajes irritantes como el francés. Cualquier observador desprevenido que viera la larga mesa en el patio tropical pensaría que seguimos siendo camaradas que luchan juntos y disfrutan juntos.

La sobremesa se extiende durante toda la velada. Como si nos costara despedirnos. Dentro de algunas horas, cuando salga el sol, nuestro grupo dejará la casona que debió pertenecer a un coronel de la Guardia somocista, dejará Managua y dejará la organización en la que varios de nosotros militamos durante más de diez años.

Cualquier fotógrafo desprevenido podría decir también, mirándonos a lo lejos, sin detenerse en los detalles contemporáneos de las ropas que los curiosos personajes que charlamos en ese patio de dos niveles con pilares y balaustrada de madera agrietada, nos asemejamos vagamente al ejército loco del general Sandino. Que en el último cuarto del siglo XX parecemos fotografiados en sepia.

Perdía se me acerca y me reprocha que estuviéramos armados y listos para resistir posibles allanamientos si se metían en nuestras casas de Madrid.

—No pertenecemos a la UCR —le recuerdo con una sonrisa cortés—. Nosotros también somos montoneros. Y si ustedes venían a allanar nuestras casas, los íbamos a cagar a tiros.

Se ríe a carcajadas:

—Rompiendo tus promesas a la policía de no operar en España.

—Tal cual.

Desgranamos anécdotas de una lucha que ninguna de las dos fracciones se resigna a dar por perdida. Firmenich vuelve a contarnos a todos lo que ya leímos hace varios años en *La Causa Peronista*: el famoso "Aramburazo", la inquietante operación que lanzó a los primitivos montoneros. Que reinvidica con fervor, negando que hubieran actuado por inspiración o mandato del ministro del Interior, Francisco Imaz o de cualquier otro milico.

Al amanecer, el “Quique” Lovey se me acerca y me estrecha la mano. Ha vivido en casa y tiene cariño por la familia.

– Hasta pronto, Gringo – me dice con sus modismos de campesino chaqueño.

Nos abrazamos. Nos despedimos casi llorando.

Ya en el avión que me conduce a México, mientras planeamos una nueva organización, tengo un presentimiento positivo y le digo a Jaime Dri:

– En cuanto lleguemos, Pelado, tenemos que ponernos a trabajar en el libro sobre la ESMA.

FICHAS DEL SIE Y DE LA SIDE

BONASSO, MIGUEL

Nombre falso: Cogote.

Nivel: Oficial 2°.

Estado civil: casado

Hijos: dos.

Descripción física: Edad: entre 30 y 35 años. Estatura: 1,90 m.
Cabello: rubio, peinado al costado. Boca: mediana, labios gruesos. Nariz: recta, mediana. Robusto pero no gordo. Buen físico. Ojos: verdes.

Antecedentes: Durante los años 1973/74, fue el director del Diario Noticias. Luego se fue al exterior sin autorización de la organización. Le valió la despromoción. En mayo-junio de 1975 regresó al país y ML Habbeger, que ya lo conocía, le habló para colaborar en prensa del PPA. Mucha iniciativa en materia de prensa. Tenía propuestas para todo y redactaba todos los comunicados para los diarios, declaraciones, solicitadas, etc.

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL Y SECRETO

Los presentes antecedentes constituyen un elemento de orientación y no de prueba, estando su divulgación pende por los Arts. 222/223 del Código Penal

ANTECEDENTES DE:

BONASSO Miguel : ORGANIZACION: OFM MONTONEROS.-

18 May 77: (Orig. Inf. S.I.D.E.).- En informes relacionados con la reunión periodística con elementos de la ESM Montoneros, realizada en la ciudad de Roma (Italia) el día 20 Abr 77, el causante figura como asistente a dicha reunión, participando como representante del "Sector Prensa" de la citada organización -

27 May 77: (Orig. Inf. GP 2 B ICIA 601).- Se toma conocimiento que la organización Montoneros, tiene previsto el lanzamiento de un periódico propio, figurando el // causante como uno de sus responsables.-

NOMBRE LEGAL: MIGUEL BONASSO

NOMBRE DE GUERRA: COGOTE

JERARQUIA: Oficial Segundo

FUNCION: S ecretario de Prehsa

RESIDENCIA: México

